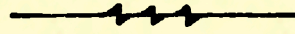


EL LECTOR ECUATORIANO



Libro **TERCERO**

PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS

DEDICADO AL

Muy Ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil

POR

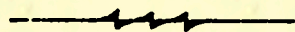
José Antonio Campos

Y

Dr. Modesto Chávez Franco



GUAYAQUIL

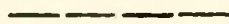


IMPRESA MUNICIPAL

1915

MORAL

Virtud y Patriotismo



DIOS—PATRIA—LIBERTAD

HOGAR—SOCIEDAD



(Alpha y Omega—Principio y fin)

DIOS

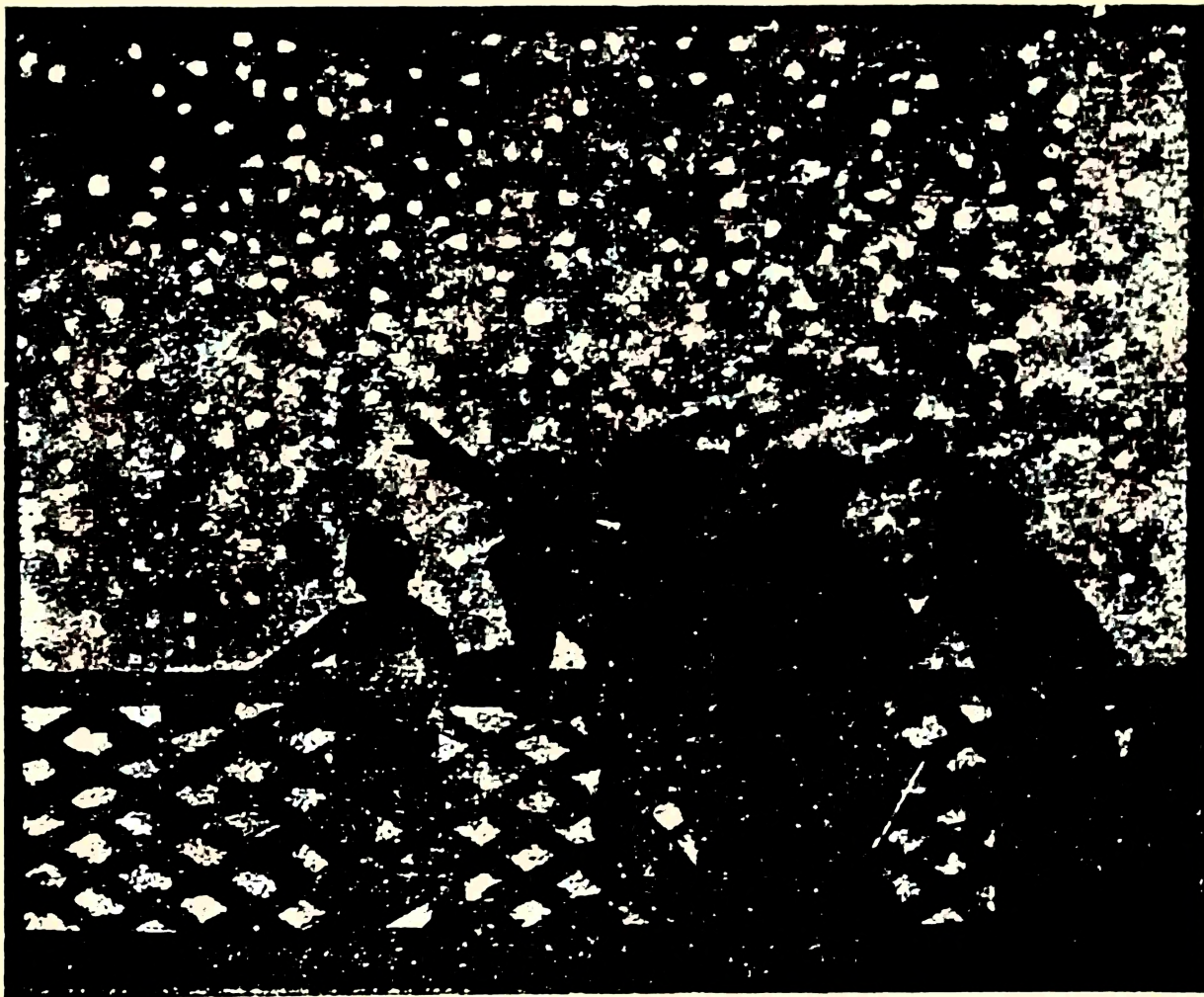
Rayo de luz de tu infinita esencia,
Alumbró del mortal, a un tiempo mismo,
Del corazón el insondable abismo
Y el fondo de la oscura inteligencia.

Alzáronse a su vívida influencia,
Sin la sombra de negro escepticismo,
Del uno, el bien, la fuerza, el heroísmo;
Del otro, la verdad, la altiva ciencia.

Por eso cuando el hombre lucha en vano
Por penetrar el misterioso arcano,
Invencible muralla de granito,

Tú eres la escala de Jacob, grandiosa,
Por donde sube, en ascensión gloriosa,
Con tus alas de luz, a lo infinito.

LORENZO R. PEÑA.



Cómo se ve a Dios

Oh, Dios. Entidad ignota
que riges el Universo:
en vano te busca el sabio
con sus cristales de aumento
tras las engañosas gasas
que de aquí llamamos cielos.
En vano en tranquila noche
el astrónomo en desvelo,
del inmenso mecanismo
quiere inquirir el secreto:
que si osada es la pregunta
imponente es el silencio.

¡Oh, los ojos de la carne
son tan toscos y pequeños. !
Para verte no nos diste,
Señor, tan indignos medios.
Quien predique si algún día
puede mirarte con ellos,
o ignora que tiene el alma
o embauca, culpable, al necio.
En vano el hombre, por verte,
hace de Ti mil bocetos,
procurando darte forma
bajo sus moldes grotescos.
Sólo la Fe es telescopio
que traspasa el campo inmenso,
cuando el que humilde te busca
cierra sus ojos de ciego.
Entonces, Señor, entonces
doquier estás manifiesto
al que te ve con el alma:
como te miran los ciegos.....

Dios es la Belleza

Dios es la belleza absoluta. Por eso la relativa, que, como sus preciosas partículas, las hallamos esparcidas por el mundo, nos seduce y nos atrae de modo irresistible, porque todos los seres gravitamos hacia Dios. Al aspirar el aroma de una flor bella; al deleitar la vista en los cambiantes de luz de los crepúsculos y gozar de la perspectiva de un paisaje; al fijar la vista en las facciones correctas de una mujer hermosa; al acariciar con la mirada las formas encantadoras de un niño sano y bonito, sin apercibirnos nosotros mismos, estamos rindiendo homenaje al Creador de tanta belleza.

FELICÍSIMO LOPEZ.

Deberes para con Dios

Concretando los deberes para con Dios, es necesario considerar que si el primer bien del hombre es la vida, la vida racional con altos fines, y ese Dios es el autor de toda existencia, nuestro primer deber es volvernos a El y agradecerle este primordial favor.

Mas nuestra gratitud hacia un Sér tan alto no puede tener lugar sino por medio de la adoración, y esta adoración será tanto más perfecta cuanto más conozcamos a Dios, porque no se puede adorar sino lo que se conoce.

Luego, pues, nuestro deber de gratitud para con Dios, se resuelve en estos dos: conocimiento y adoración.

Conocer a Dios, directamente, no es posible; pero se le puede hallar en sus obras. Estudiar los seres del universo, las leyes que los rigen, nuestros fines, &, todo ésto es estudiar las obras de Dios: conocer a Dios en sus obras.

La adoración a Dios consiste en cumplir su alta y suprema voluntad; es decir, en la respetuosa ejecución de sus leyes: el hombre está sujeto a las leyes morales como sér inteligente y libre; luego el acatamiento y cumplimiento de la ley moral del Bien es la forma directa y natural de la adoración del hombre a su Autor.

En resumen, nuestros deberes para con Dios, son: 1º. el amor al estudio y la protección a la ciencia; y 2º. el cumplimiento de nuestros deberes morales en todas las esferas de la vida: privada, doméstica, social y política.

F. DE P. SORIA.

(*) I—¿Quién hizo el primer mapa del Ecuador?

(*) Las respuestas al final de la obra.



RELIGION

Puesto que ya sabemos leer, es tiempo de que vayamos adquiriendo ideas claras y modernas respecto de algunos conocimientos generales que son necesarios en la vida presente.

No hay sér humano que no crea en la existencia de un Dios, su autor, pues ese es un principio infaliblemente conatural con el hombre, que lo trae, como dicen, *escrito en su conciencia* desde su misterioso origen, y que lo proclama desde que su conciencia despierta. Sólo que cada religión lo cree y llama a su modo, lo venera a su modo, se lo figura a su modo y lo busca y ama o teme, a su modo. De allí las diversas religiones y sectas.

Por eso debemos respetar las creencias ajenas, para que sean respetadas las nuestras, y no querer a sangre y fuego o con mofas y desprecios obligar a que se sigan las propias. Dice un refrán que por muchos caminos se va a Roma, de modo que cualquiera religión en que el hombre vaya en pos de su Dios y de su perfeccionamiento, cualquiera que mande practicar lo bueno y abominar lo malo, según su conciencia; cualquiera, en fin, que en el fondo mande cumplir la ley moral única de este mundo: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos», aunque lo diga en diferente forma y bajo diferentes ritos, respetable es.

Ese Dios, pues, cuya entidad no podemos comprender adecuadamente porque nuestra mente es limitada y pequeña, porque en lo finito no cabe lo infinito, en lo chico lo grande, le llamamos *Dios* en la religión católica y en el idioma castellano.

La religión llamada Católica, Apostólica, Romana es la más difundida en nuestro país, como que fué la que nos inculcó la madre patria España, esencialmente católica.

La autoridad superior o Jefe de la Iglesia Católica en el mundo es, para los católicos, el Papa o Sumo Pontífice, que reside en Roma, capital de Italia, en un gran palacio que se llama Vaticano. Decimos Jefe de la Iglesia, porque IGLESIA se llama el conjunto de personas que tienen una misma religión. El edificio que tú llamas iglesia, es templo.

Las otras religiones tienen también sus superiores, sacerdotes, templos y ceremoniales, así como diversas representaciones de Dios y divinidades, tales como ellas lo conciben o lo aprendieron de sus mayores. En otras religiones a Dios le llaman Alá, Jehová, etc. así como nuestros antepasados los indígenas llamaban Pachacámac al sol, que era el Dios que adoraban bajo esa forma quizá más digna, ideal y noble que otras grotescas o muy humanas que tienen otros cultos. Pero todas, ya dijimos, van en su fondo tras el reconocimiento de algún Gran Sér incomprendible, inmutable, eterno, bueno con bondad absoluta, Gran Padre y Autor de todas las

cosas y de las humanidades de este mundo y de todos los demás que como el nuestro se mecen sin sostén visible en el espacio infinito.

Deber es, pues, de todo hombre serio y moral respetar y procurar se respete su religión, cualquiera que sea, así como respetar las de los otros aun cuando difieran de las suyas. El católico debe, por tanto, respetos a su culto, a los lugares en donde ese culto se practique, como son los templos, en donde se ha de estar con el debido recogimiento y compostura, sin hacer mofas, ni conversar, ni practicar ningún otro acto de irreverencia que escandalice a los demás y le evidencie como un malcriado e ignorante. Si no se halla en disposición de estar así, es mejor que no concorra al templo, que es lugar de oración y silencio y no de recreo.

Igual respeto debemos a todo culto extraño al nuestro que practiquen grandes porciones de hombres civilizados, por extravagantes y aun ridículas que nos parezcan sus creencias y ceremonias, máxime si vamos al país de ellos, pues el respeto que uno quiere para sí debe tenerlo para los otros. «Al país que fueres, haz lo que vieres», dice un sabio refrán castellano. El hombre es libre y tiene la libertad de practicar el culto que quiera o que le inculcaron sus mayores, pues de su obra en esta vida sólo él ha de ser responsable, con tal de que no irroge con sus creencias o fanatismo daño a la sociedad y a sus leyes.

El Hombre

El hombre es el más perfecto de los seres de la naturaleza.

Pertenece a la especie racional o humana, dentro del género animal; de manera que, por su misma naturaleza, el hombre es superior a los brutos; pues éstos no son lo que él: un ser inteligente y libre.

Se compone de dos partes o elementos, llamados *cuerpo y alma*.

Por el alma goza de vida racional; por el cuerpo participa así de la vida vegetativa de los demás animales y de las plantas, como de la vida sensitiva propia del género animal.

El cuerpo se compone de materia organizada: ya sólida como los huesos, ya blanda como la carne, los músculos y los nervios, ya líquida como la sangre.

Las materias del cuerpo están en incesante movimiento.

Se llaman funciones fisiológicas los diversos movimientos naturales de los órganos.

Son órganos ciertas partes del cuerpo que tienen un oficio especial: como los ojos, de ver; el corazón, de impulsar la sangre.

Vulgarmente se llaman corporales los cinco sentidos del hombre: vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Estos sentidos son también comunes a los irracionales o animales inferiores al hombre; pero a éste le sirven de instrumentos para las más altas operaciones del alma.

El alma se manifiesta por medio de cuatro potencias que son: memoria, entendimiento, voluntad y sentimiento.

F. DE P. SORIA.

Por muchas vías podemos salir a la comodidad; a la Virtud por una solamente. El que no sigue la de la hombría de bien, no hace buena jornada.

JUAN MONTALVO.

El fin del hombre

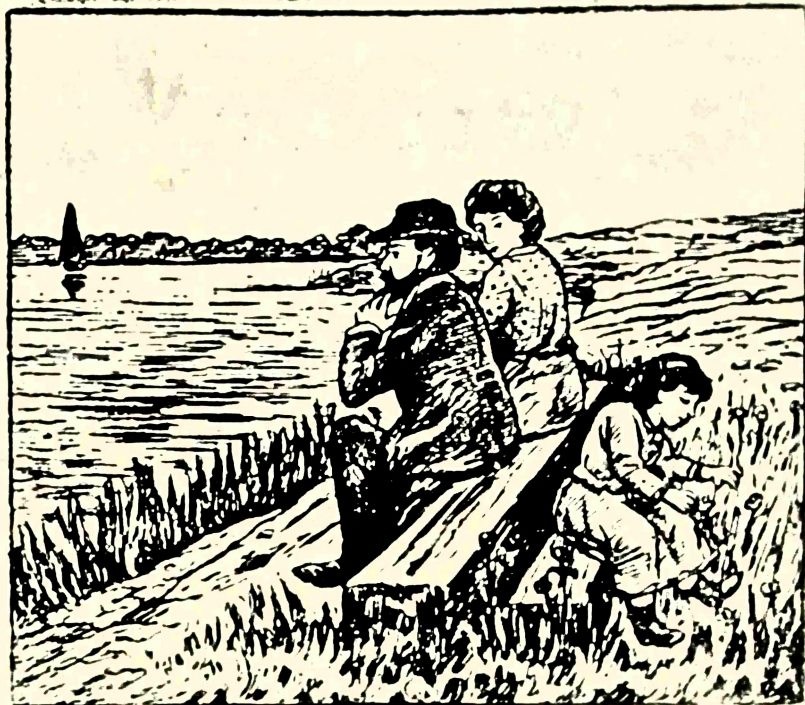
EN LA VIDA

Si hemos de juzgar del fin del hombre aquí en la tierra por nuestras aspiraciones y deseos, parece que hemos venido al mundo para ser felices, puesto que no deseamos otra cosa; mas si fijamos un instante los ojos en las tristísimas realidades que frustran por doquiera nuestras esperanzas y burlan nuestros deseos, parece que debemos resignarnos a creer que el único patrimonio y herencia del hombre aquí en la tierra es el padecimiento y el dolor. Pero nó: la Providencia, sabia y amorosa; la inmortalidad de nuestras almas, nos prueban que Dios no ha podido habernos creado para complacerse en atormentarnos eternamente; luego los padecimientos y dolores del tiempo deben enlazarse con los goces perennes de una eternidad venturosa. Luego nuestro destino en la tierra es el de un soldado que en porfiada liza debe defender la gloria del supremo monarca, que a cada herida de los suyos reserva en la patria mil coronas; nuestro destino es el de un navegante que atraviesa turbulentos mares y es llevado a veces al puerto apetecido por las mismas tempestades que levantaron en contraños vientos.

MANUEL JOSÉ PROAÑO.

2— *Qué es un catastro?*

¿Qué es censo?



La mujer

Su imperio es blando y grato, porque su imperio es el del amor: ella no manda, obliga con tiernas insinuaciones; no reprende, hace ver las faltas y nos castiga con benignas sonrisas; no sirve de tirano, sino de freno moderador de nuestros disparatados impulsos.

Si nos dejásemos llevar por ella, seríamos menos desgraciados: las mujeres no beben, no juegan, no riñen. . . .

Si el tahir oyese a su mujer dejaría de jugar; si el bebedor oyese a su mujer huiría las ocasiones, sería buen padre, pacífico ciudadano, y como tal, querido de sus deudos y amigos, respetado de la asociación en general.

El llanto de la mujer tiene generalmente un santo motivo y se encamina a un noble fin: llora por enmendar a su marido descarriado; llora por echar en buen camino a su hijo: el padre le hace llorar con las dolencias y miserias de la senectud; el hermano le hace llorar con sus vicios o con sus peligros. Si alguna vez derrama lágrimas de soberbia, conviene

disimular y contentarla con blandura: la paloma también se enfurece alguna vez y da picotazos a la mano que se le acerca: ¿acaso se la corrige ni se la doma con rigor? nó, su índole es rendirse á la dulzura; y cuando se le pone por delante la razón en buenos términos, es cierto que se triunfa de su orgullo y su capricho.

JUAN MONTALVO.



La mujer intelectual

La mujer, no por el mero hecho de ser mujer, está destinada únicamente a las faenas del hogar. Las ideas modernas han alcanzado a desvanecer esa preocupación pueril y han descubierto para la dulce compañera del hombre nuevos y más dilatados horizontes.

No es tan reciente esta emancipación del bello sexo para que la consideremos como un triunfo de nuestro siglo. Desde tiempos muy remotos registra la historia algunos centenares de nombres de mujeres ilustres en el gobierno, en las letras, en las artes, en todas las manifestaciones del progreso humano.

Cuando no la autora, siempre una mujer ha sido siquiera la inspiradora de las obras de más aliento. Pero es verdad que sólo en los dos últimos siglos se ha obtenido el reconocimiento universal, en los pueblos civilizados, por supuesto, de los derechos que corresponden a la más bella porción de las gentes de la vida social. Ultimamente nos disputan ya ellas hasta las cumbres legislativas, después de haberse conquistado puestos distinguidos en el comercio, en los talleres industriales, en las oficinas públicas, donde quiera que medran la inteligencia, la ilustración y el amor al trabajo.

Hay hombres egoístas que claman contra esta anomalía. Para honra de nuestro sexo esos sólo son los pusilánimes y los necios.

Que venga el mérito, vestido de pantalones o de faldas, y que tome asiento de preferencia en el banquete de la civilización. Condenar a la mujer a la hegemonía dentro del hogar doméstico o entre los cuatro muros de un claustro, es como si temiésemos los hombres los malos resultados de nuestra incompetencia: es confesar nuestra inferioridad: es poner por obra la ruin venganza del escarabajo de la fábula. Nó: que venga la mujer, que venga y nos estimule a los hombres con su ejemplo; que venga y nos enseñe los secretos reservados a los seres superiores; que venga y forme parte de la máquina social, impulsándola con su sensibilidad esquisita y con su perspicacia.

RAFAEL MARÍA MATA.



La mujercita moderna

Rompamos los viejos moldes
que usaron nuestros abuelos,
propagandistas de ideas
de tiempos en que vivieron:
en que con su fe sencilla
tuvieron por Evangelio
pernicioso a la mujer
saber más del alfabeto.
¿Para qué quiere—decían—
ver la mujer *libros gruesos*,
propios sólo de los hombres,

y de entre éstos, de los menos?
Los haceres de una casa
aprenda y basta con eso:
hacer remiendos, zurcidos,
lavar, remedios caseros,
barrer, cortar una falda
que no tenga muchos vuelos,
contar medios y cuartillos
en las puntas de los dedos
y con granos de lentejas
sacar la cuenta de un vuelto.
Y basta para su oficio:
que bien la pasa con menos.
¿Escribir? No se la enseñe
un tan peligroso medio
de burlarse de sus padres
y de caer en acechos.
La doctrina, de memoria;
el bordado, así. . . . con tiento,
sin enseñarle esas letras
para que marque pañuelos.
I nada más, que ya es mucho
para mujer de provecho.
Si es hija, con ésto basta;
si madre, con mucho menos;
y si esposa, a su marido
le toca enseñar el resto.

Esta era rancia teoría
de los sencillos abuelos.
¡Cómo pensarán distinto
si vivieran estos tiempos!
Sabido que la misión
de la mujer, en el suelo,
según ya nos lo descubre

el alma actual del progreso,
es no sólo ser el ángel
del hogar, su noble templo,
sino la auxiliar valiosa
del llamado fuerte sexo:
ya hija, ya esposa, ya madre,
en sus tres dulces aspectos,
su regazo es el oasis
del incansable viajero
el hombre, que en sus ternuras,
busca paz y refrigerio
y restaura su energía
para alzar con nuevo aliento.

I por eso la mujer
necesita en estos tiempos
instrucción para su auxilio,
madurez en sus consejos,
moral para su enseñanza,
conciencia para el ejemplo,
cultura para su trato,
para su misión, criterio.
Sólo así será cumplido
su programa con provecho
y será la *compañera*,
no la *carga* del viajero.

EL HOGAR

¡Oh, el Hogar! Palabra mágica que el hombre acertó a derivar del fuego con que calienta su vivienda; palabra dulce y sagrada que simboliza, cual ninguna otra, el amor conyugal, el amor filial y el fraternal.

Quitadle al sér humano el hogar y habréis hecho de él el sér más desgraciado de la tierra.

Por el contrario, imaginaos el hombre más infeliz, pobre, enfermo, idiota, o criminal; pero dadle un hogar, un techo que le abrigue, una madre que le bendiga, una mujer que lo ame, un hijo que le encante, y se creará más que un rey, pues no cambiará su suerte con la de éste.

El hogar es nada menos que el simbólico paraíso de que nos habla la Biblia.

FELICÍSIMO LOPEZ



La madre

Todo amor es interesado: se ama a la mujer hermosa por su belleza: se aman los honores y la gloria por ambición: se ama la luz porque alumbrá: se ama la primavera por sus flores; pero a la madre se ama sólo porque es madre.

?Y la madre? Ama al hijo porque es su hijo, sea rey,

príncipe, sabio, noble, pordiosero, salvaje, civilizado, grande, pequeño, ignorante, tiene un título más noble a su amor: es su hijo. Ella no ve nada más: ha estado en su seno, le ha dado la vida, a él consagra su existencia, lucha con él, vence con él, ríe con él. El y siempre él.

¡Qué hermoso es este amor! El ha inspirado siempre grandes cosas y las inspirará en el porvenir.

El amor de madre realiza grandes actos: Veturia, á los pies de Coriolano, salva a Roma; Cornelia muestra á sus hijos como las más brillantes joyas de su hogar.

Buscad todas las virtudes, refundíllas en un sér, y ese sér es la buena madre: abnegación, dulzura, perdón, lágrimas y sonrisas, todo está amalgamado y confundido en el corazón de la madre, inmenso para el hijo como el infinito espacio.

Si el sol se extinguiera, los ojos de una madre iluminarían aún la faz de la tierra para que el hijo transite y no caiga.

¡Oh, amor puro de la madre, bendito seas!

¡Oh, nombre hermoso sobre todo nombre, primera y última palabra que pronuncia el hombre en la tierra, digno de escribirse en letras de oro! Decir ¡Madre mía! es orar.

FRANCISCO CAMPOS.

MADRE MIA!

La semi obscuridad de mi cuartito de bohemio trae a mi alma, con sus penumbras, una multitud de recuerdos tan gratos, que me veo aún en los juegos de la niñez, en los primeros triunfos del colegio y en los arrogantes laureles del aplauso.

Entre esos recuerdos llega a mí la nota más tímida, pero la más grande: en un marquito, ya desteñido por el tiempo, cubierto de besos y de lágrimas, se destaca tu retrato; ¡oh, pobreci-

ta mía! Tú, que en los momentos más tristes de mi existencia, me has dado la energía para apartarme de la senda descarriada; tú, que de esa región que no conocemos, porque somos pequeños para ello, me has enviado tus más puras inspiraciones; aquí, en esta semi obscuridad de mi cuartito de bohemio, ¡idime si no te pienso, madre mía!

JOAQUÍN GALLEGOS DEL CAMPO.



La madre del soldado

Ya los ecos lejanos del cañón no suenan. El combate ha terminado. El campo de batalla presenta un espectáculo desolador: aquí un muerto, allá un herido que se queja amargamente y pide agua para apagar la sed que le devora.

A lo lejos se divisa una mujer que busca al hijo, el que tal vez ya no existe: es la tierna madre del soldado.

Recorre el campo; reconoce los cadáveres uno por uno,

para ver si encuentra el de su hijo. mas no le halla.

¡Virgen Santísima! exclama de pronto la anciana—!Qué veo!...Ese. ¿Ese no es mi hijo?

—Sí, madre mía, sí, yo soy su hijo; estoy herido. Tráigame un poquito de agua para calmar la sed que me mata más que la herida.

—Corro, hijo de mis entrañas; corro en busca de agua..... ¿Oyes? ¡Ya vuelvo!

Y la anciana se dirige a una pobre casucha que a lo lejos se ve. Y no encuentra agua.

Se dirige a otra; tampoco halla el agua que tanto desea.... Corre la pobre madre hasta el pueblo vecino y regresa al campo, con el agua, en busca de su hijo.

Pero éste no parece.

—Dios mío, ¿qué es de mi hijo?—exclama la madre desesperada

Pasa un oficial del ejército vencedor, y le dice la anciana:

—Señor: ¿podría usted decirme a qué parte ha sido trasladado el herido que estaba aquí?

—Sí, señora; murió ya, y a esta hora debe estar incinerado.

La anciana duda aún, se cree engañada, y con un jarro de fresca agua en la mano, recorre el campo en busca del hijo de sus entrañas.....

ALBERTO ARIAS SANCHEZ.

Van a pasar

Sí, van a pasar.

Me lo dicen ese rumor de colmena, ese murmullo de arroyo que se acerca, ese ruido de arbustos mecidos por el céfiro.

Y yo, que no me asomo a las ventanas cuando las músicas anuncian en mi calle una fiesta, un reclamo del negocio o

una necesidad humana; yo, que no me asomo cuando el estruendo del rodar de los cañones o el de las herraduras de los caballos avisa que pasa la artillería o caballería; y el clarín y el atambor y la corneta hacen salir presurosos a los vecinos a las puertas y a los balcones para contemplar las vivas, brillantes, lúcidas vestimentas de las gentes que matan y DAN GLORIA a los países con los degüellos. Yo que, por lo regular, no tengo ventana en mi aposento sino para recibir de Dios la ración diaria de luz y de calor solar, únicos bienes acaso que no son envidiados por mis semejantes.

Yo. Estoy ya en la ventana en espera de lo que me anuncian ese rumor de colmena, ese murmullo de arroyo, ese ruido de floresta dulcemente sacudida por vientos bonancibles.

¿Quién viene?

¿Quién va a pasar?

¿Por qué he dejado caer de prisa la pluma sobre el papel, que ostenta una mancha de tinta en comprobación de la insólita, imprevista, casi instintiva prontitud con que me he lanzado a pegar mi frente a las vidrieras?

¿Quién? ¿qué?

Ah! Ya vienen, ya pasan.

No son los empleados de Gobierno, esas pobres gentes que a trueco de HONORES padecen incesantes heridas en su honra; que en cambio de la envidia de los necios reciben las perennes persecuciones de la misma envidia; que en compensación de las rentas permiten quizá que el decoro, nuevo Jeremías, lllore desolado sobre los escombros del templo de la paz del corazón, del palacio del propio respeto; del monumento de un crédito difícil y lentamente adquirido

No es una comunidad religiosa, nó. No son esas gentes pobres que sepultan su carne en el carnerario de la penitencia con la esperanza de la resurrección de la carne.

No es un ejército, alimentó con que la ambición nutre al monstruo de la guerra.

No son siquiera las partidas de saltabancos, de acróba-

tas, de prestidigitadores, de piamonteses, de gitanos, de charlatanes, que engañan a las turbas para arrebatárles sus monedas de cobre, como sus congéneres los POLITIQUEROS las chasquean para absorberles bienes más valiosos.

No es un aluvi6n.

No es una tempestad.

No es un huracán.

Pero puede ser todo 6sto y algo más, andando el tiempo.

Es el germen que en día futuro, ya no remoto, producirá sí, no queda duda de ello, los huracanes, las tempestades, los aluviones sociales; los charladores, los estafadores, los saltabancos, los embaucadores en grande y pequeño; los ejércitos, las comunidades religiosas; los individuos que han de goberarnos con nuestra voluntad o sin ella.

¡Ah! Ya vienen, ya pasan.

¿Quiénes? ¿qué?

—Míralos.

—Nada: son los niños de las escuelas. (1)

—¿NADA, los niños de las escuelas? ¿NADA esos centenares de hombrecitos que crecen, de personas que se educan, de individuos que aprenden, de ciudadanos que se forman?

Ahí van los que llenarán en vez de nosotros los templos, los alcázares, nuestras propias habitaciones.

Ahí van rotosos, cabizbajos, miserables, pequeños, débiles, los que quizá mañana vestirán de gala a la patria y la harán levantar orgullosa la cabeza.

Ahí los patriotas de una época de esperanzas, los padres de una progenie de prosperidad, los abuelos de generaciones grandes, poderosas, respetadas.

—¿Qué saldrá de allí?

—Todo.

(1) En Quito acostumbran los niños salir de las escuelas todos los días en formación, debidamente custodiados, para distribuirse por los distintos barrios.

Huevecillos revueltos de águilas y de colibríes, de gavi-
lanes y de palomas, de cóndores y de moscas, de serpientes y
de bacterias, incubados simultáneamente al calor de la Provi-
dencia, poblarán en breve las alturas y los abismos.

Allí están fraterualmente juntos hoy la víctima y el vic-
timario, el general y el soldado, el propietario y el paria, el
juez y el patibulario.

Allí van, hombro con hombro en la formación, sonrientes,
cogidos de la mano, los que tal vez combatirán en día no leja-
no en las opuestas filas de deshonrosa guerra fratricida; allí van de
intimidación leal, candorosa e ingenua los que mañana se disputa-
rán con las armas de la calumnia, del insulto, del descrédito,
del odio, de la hipocresía, un retazo de grandeza, el amor de
una mujer ó la posesión de otro bien caduco.

Allí van el probo y el estafador, el abogado y el saltca-
dor, el médico y el asesino, el sacerdote y el impío, el filántro-
po y el dinamitero, el artista y el vago, el sabio y el criminal,
el que habitará en el palacio y el que morará en la cloaca, el
que será ungido con el óleo de los príncipes de la Iglesia y el
que será atado con las cuerdas del verdugo.....

Niños queridos; vosotros los que recibís los exquisitos
cuidados de vuestras madres, que os criásteis en sus regazos,
que no experimentásteis jamás un aire que pudiera resfriaros,
una corriente que pudiera ateriros, un alimento que no fuese
selecto. ¿Cómo os tratará después la vida, cómo transitaréis
por el solitario y helado páramo de la vejez? ¿En el desvali-
miento, en la desnudez, en el hambre?

¿Cuántos de vosotros llegaréis a la edad adulta, cuántos
a la propecta?

¿La prematura muerte no cortará acaso el hilo de vues-
tras rosadas esperanzas, el hilo de las rientes ilusiones de
vuestros padres?

¡Ay! tal vez, si dado fuese a éstos mirar lo porvenir con
ojos présagos, no velarían ansiosos junto a vuestro lecho de
enfermos, no se arrancarían parte de la existencia para resti-

tuíroslo, no importunarían al Cielo en demanda de la suspensión de un decreto sabio, oportuno, compasivo.

¡Cuántos, desviados de las naturales aptitudes e inclinaciones, no terminaréis oscuros, ignorados, menospreciados, a pesar de vuestros eximios talentos para las ciencias, para las artes, para las industrias, para la gloria!

¡Cuántos no sacrificaréis la elación, las nobles aspiraciones, la educación misma en aras del temor a las bestias feroces de vuestros semejantes; o las haréis naufragar en la charca de baladíes ocupaciones!

Venid a mí, queridos de Dios, venid a mí, acercaos: deseo, en vuestra serena frente, en los ojos movedizos y relampagueantes, en los labios incansables y expresivos, en la fisonomía, en general, espejo todavía del espíritu no adiestrado a la ficción ni al disimulo, deseo, digo, ver si encuentro el hilo mágico del tenebroso laberinto de vuestros destinos venideros.

Tú, cabecita artística, coronada con diadema de rizos áureos, sien nívea, pura, que provoca al beso, tú, ¿para qué estás destinada? ¿para que la destroe quizá la bala del combate, de la celada o del patíbulo?

Y vosotros, ojitos —así os llamo por mi cariño, no por vuestro tamaño —ojitos grandes, negros, decidores, gozosos, vívicos, ¿estaréis por desventura condenados a la ceguera, a la contemplación de desastres o al llanto acerbo del dolor o del remordimiento?

Y vosotros, labios rojos, fragantes, entreabiertos por el aliento de la alegría, nido natural de la risa, flor donde una madre feliz bebe el néctar de la dicha, ¿reís anticipados? ¿os sellará más tarde la loza funeraria de los pesares humanos en sus formas múltiples y horripilantes? ¿tornaréis el carmín de la salud y de la inocencia por la lividez de la enfermedad o del crimen? ¿seréis el cráter de la difamación y de la perfidia, del rencor y del insulto, de la seducción y de la lisonja, de la mentira y de la vileza?

Brazos torneados, mórbidos, esculturales, apolíneos, que

con razón los pintores representan por alas de querubín, manos no manchadas sino por el preclaro líquido del tintero, miembros movedizos como si meneáseis perennemente un invisible incensario divino, o como si pretendiéseis en sacudidas de vuelo levantar el cuerpo aún no materializado a las regiones del paraíso, manecitas que toma entre las suyas y oscula el ángel de la guarda, ¿esgrimiréis la pluma—puñal del pasquero,—o agitaréis la zapa de los trabajos forzados?

Pernezuelas que no os sosegáis, remos que no habéis bogado contra las leyes divinas y humanas en las crispadas ondas del negro mar de la culpa, que podéis llegar al cielo pisando los rayos de luz que bajan de los astros del firmamento, ¿os sujetará tal vez el grillete carcelario, o iréis amputados al cementerio precediendo al mutilado tronco de vuestro dueño?

Almita clara, toda destellos, toda concierto, toda armonía..... Niño mío, arcángel bello, inteligente, ¿para qué se te educa con esmero? ¿acaso para que esa misma educación sea la enemiga de tu felicidad? ¿Quizá se te está criando armiño para arrojarte á la pocilga? ¿Tal vez se te forma flor para que en ella moren los insectos? ¿Se te espiritualiza, se te comunica tendencia a lo etéreo, para comprimirte como a la dinamita dentro de las rocas? ¿Se te ilustra, se te levanta, se te perfecciona, para entregarte a los animales bravíos de una sociedad que no perdona superioridades?

¿Con qué objeto riega el suelo el sudor de vuestros padres? ¿Están acaudalando para comprar vuestra segura perdición.....?

Nó, mil veces nó. Yo os auguro todo género de felicidades. Estáis recibiendo lecciones de virtud, esto es, lecciones del arte de la dicha. Estáis educándoos: y la educación es la llave que en manos de la Providencia sirve para abrir las puertas de la ventura.

Sien alba, ceñirás el mirto del héroe o el lauro del poeta.

Y vosotros, ojos color de cielo, penetraréis los recónditos secretos de la ciencia y os bañaréis en la claridad de la sabiduría.

Y vosotros, labios vivos, perfectos, seréis asiento incommovible de la verdad o instrumento sonoro de las melodías de Cicerón y de Demóstenes.

Y vosotras, manos suaveceitas, que yo gusto de acariciar, entre las mías, gobernaréis la pluma noble, desapasionada, civilizadora, o el pincel de vuestro enamorado Murillo, o el cincel que, eterno Prometeo, comunica alma hasta a las piedras.

Y vosotros, pies inquietos, iréis derechos por el camino luminoso de la justicia y por las floridas sendas del bien.

Niños, creced pronto; sí, sí: llegad, cuanto antes, a ocupar vuestros puestos, a servir a vuestra patria

Aunque.....nó: no crezcáis.

Grandes, puede ser, me inspiraréis miedo u horror; talvez temeré encontrarme con vosotros; mientras que así chiquitines, os busco, siento al veros dilatárseme el alma, alguna ocasión apenada; juzgo buen agüero hallaros, cuando salgo del seguro del hogar para ir á las fastidiosas ocupaciones de fuera.

No, niños míos, no crezcáis, no os hagáis hombres: quedaos de qurubines.

CARLOS R. TOBAR.

El Llanto en la cuna

*¿Qué es el niño que en la cuna
su primer llanto musita?*

*Es un titán que se agita
bajo escafandra importuna.*

*¡Quién tuviera la fortuna
de interpretar su quebranto
y de expresar en un canto
lo que ese caído encierra!*

*Si no hay idioma en la tierra
que diga lo que ese llanto!*



LOS NIÑOS

Los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros, brillantes. Si así como distinguimos con la vista esos cuerpecillos oyéramos su voz, cuán suaves, cuán delicados acentos fueran esos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste? Es la suya una melancólica alegría; pero cuando se las contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su gran madre naturaleza.

Así son los niños: si el hombre no pasara de cierto número de años, fuera quizá un sér tan puro y amable como el ángel.

El vulgo piensa que el llanto de un niño ahuyenta al demonio: ésta es una profunda malicia filosófica que atribuye a

la infancia cierto poder de divinidad, el mismo que tiene Aquél cuya mirada disipa las tinieblas.

La casa donde no hay niños es triste, solitaria, casi lúgubre: si el crimen no habita en ella, desgracia y lágrimas no faltan.

Un sabio dice que el hombre que se teme a sí mismo, o vive atormentado por los fantasmas de la imaginación, procure tener consigo un niño. No es éste el ángel de la guarda? Nada puede, en defensa nuestra, un ente tan ignorante y desvalido; y, con todo, en una vasta soledad, en una densa obscuridad, yo no sintiera miedo teniendo un niño en mis rodillas.

JUAN MONTALVO.

Consejos a un niño

Saber poner en práctica el amor
Que a Dios y al hombre debes profesar;
A Dios como a tu fin último amar
Y al hombre como imagen de su Autor;
Proceder con lisura y con candor;
A todos complacer sin adular;
Saber el propio genio dominar
Y seguir a los otros el humor;
Con gusto el bien ajeno promover;
Como propio el ajeno mal sentir;
Saber negar, saber condescender;
Saber disimular y no fingir;
Esta ciencia del mundo has de aprender,
Esta es, niño, la ciencia de vivir.

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

Oración de la infancia

Señor: tu nombre santo
Celebra la voz mía,
En armonioso canto,
Cuando brilla la luz del nuevo día.

Tú mandaste a tu sol que disipara
Las sombras de la noche, y obediente
Por la inflamada esfera
Emprende su magnífica carrera.

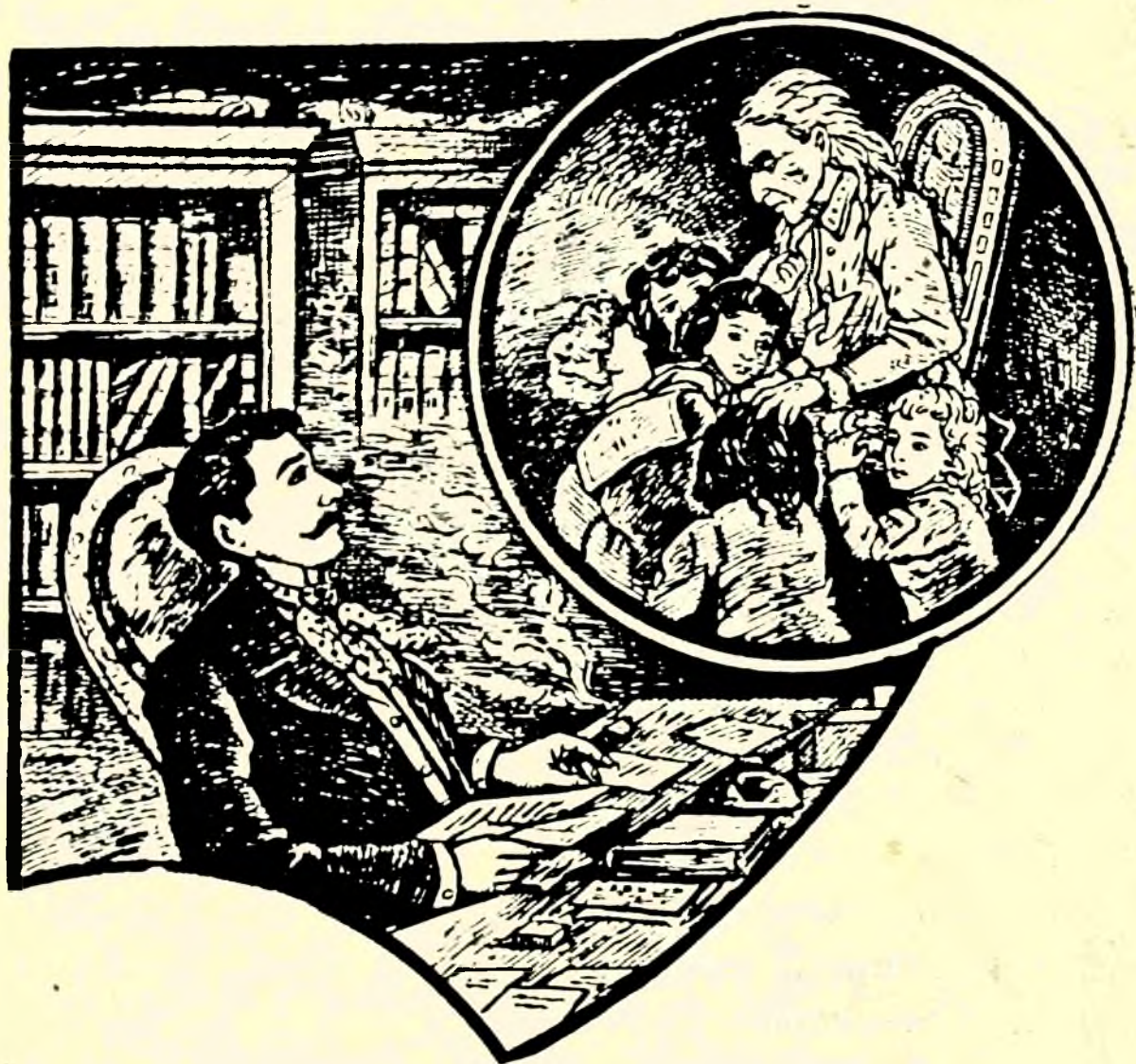
Vida, belleza, acción, todos los seres
Recobran ya; la tierra se engalana
De flores, y presenta
Una nueva creación cada mañana.

Así también ¡oh Dios! pues el sol eres
Verdadero del mundo, ocupa, enciende
Todos los corazones
Y dirige a tu ley nuestras acciones.

Si te es grata la voz de la inocencia,
Escúchanos, Señor: bajo tus alas
Pon a los que te adoran
Y tu luz, tu piedad, tu gracia imploran.

Señor, tu nombre santo
Celebra la voz mía,
En armonioso canto
Cuando brilla la luz del nuevo día.

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.



En mi estudio

¡Hijos de mi alma! No puedo
expresar las emociones
que en mi espíritu despiertan
vuestras plegarias precoces,
cuando el austero silencio
de mi gabinete rompe
la *monótona armonía*
del coro de vuestras voces.

Yo también me siento niño,
y mi fe, ya tibia y torpe,

despierta y rejuvenece
y se postra limpia y dócil
cuanto es rebelde a anatemas
y dogmáticos sermones.

Inconsciente sigo el rezo,
repito las oraciones
que yo también, cuando niño,
aprendí de mis mayores,
y siento en esos minutos
vuestra edad y vuestros goces.

¡Oh, qué bello vuestro cuadro,
mis diminutos apóstoles!
Vosotros formando rueda
de *ficles*, de *pecadores*,
con rostros de unción traviesa
decís el *ora pro nobis*.

Del centro de vuestro grupo
de cabecitas de soles
surge la cabeza blanca,
de lunares resplandores,
de la paciente abuelita
que silaba las lecciones.
Del corto día de vida
los crepúsculos acordes
en el cielo de la fe
confunden sus arreboles.

¡Cómo enternece el oídos,
catecúmenos embriones,
por culpas no cometidas
pedir sobrados perdones!

Y tú, mi Otón, el más nuevo
de los creyentes en brote,
¡cómo me encanta el oírte
en tu léxico tan pobre,
ángel que apenas olvidas

el lenguaje de otros orbes
y que a balbucir empiezas
el tosco idioma del hombre,
¡cómo me encanta el oírte
pidiendo de Dios en nombre
que te conceda el *pan nuevo*
y tus *leulas* te *peldone*
así como tu prometes
peldonal a tus *leuloles*.!

Permita Dios, así unidos,
así fieles, así acordes,
por los lazos de la sangre,
de la fe, de los amores,
cruceís la vida-tumulto,
senda de abominaciones
donde se llaman hermanos
y se exterminan los hombres.

Cualquiera sea el estado
en que el destino os coloque,
recordéis la fe sencilla
que os juntó en vuestros albores,
y a mí, al rendir mi jornada,
la rara dicha me otorgue
de hacer mi tránsito en medio
del coro de vuestras voces.

Los jóvenes

Jóvenes, sed águilas; las águilas nidifican en alturas maravillosas, a las inmediaciones del sol: las sierpes entregan las repugnantes nidadas al calor de la putrefacción de las asquerosidades del suelo.

Trabajad, jóvenes; pero que no sea la avaricia el acicate

que os aguije. La prosperidad de la patria pobre de Licurgo nos enseña que el dinero con que se compra el engrandecimiento de las naciones no es el oro, sino el hierro, esto es, la pluma del escritor y la azada del labriego.

Jóvenes, si amáis la libertad ¿y cómo no habéis de amarla? sed virtuosos: el autor de «El Espíritu de las Leyes» nos está diciendo: de un mal hombre sale siempre un buen esclavo.

Educaos, jóvenes, si queréis ser libres: la libertad verdadera es gemela hermana de la ciencia verdadera; los parias de la India, los ilotas de Esparta y los brigas de Bruto, greyes humanas, no concurrieron, por cierto, a los establecimientos de educación, y las cadenas con que se aherroja a los pueblos se forjan en las hogueras encendidas por León Isáurico y el califa Omar, llamas vivas del negro humano embrutecimiento.

Jóvenes: ciencia y virtud reunidas y apoyadas por la fe son la palanca con que levantaréis la patria hasta tocar en el empíreo.

CARLOS R. TOBAR.

Mirad, jóvenes, desde la eminencia de vuestra juventud, la perspectiva inmensa de la vida: mirad cómo en ella figen los mirajes fascinadores espejismos que acaso celan dolorosas realidades.....

¡No importa!... Entrad á la vida «con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento mismo en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador». La confianza en el porvenir, y la fe en el esfuerzo que la realiza, son fecundas virtudes del espíritu juvenil. Para animaros os diré: que la juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros, y un precioso tesoro de cuya aplicación sois responsables. ¡Amad ese tesoro y esa fuerza! Haced que el sentimiento de su posesión permanezca siempre ardiente y eficaz en vosotros.

GONZALO ZALDUMBIDE.

Consejo a una señorita

Aunque en rato de demencia
diga alguno que haces mal
en la aguja y el dedal
el cifrar toda tu ciencia,
yo te aconsejo en conciencia,
con afecto y por deber,
que seas discreta mujer
y hagas lo que al mundo agrada,
por ver tu dicha colmada
a su mágico poder.

Asombro al mundo daría
que aspiraran a tu mano,
si en sonoro castellano
derramas luz y armonía;
pues los hombres, a porfía,
declaran *sin corazón*
a la que halla inspiración
en la pluma o los pinceles,
y le prodigan laureles
a la que apunta un botón.

Y afirmo que eres tan linda,
que si en espléndidas salas
te presentas con las galas
que la juventud te brinda,
nadie habrá que no se rinda
a tu ingenio singular
si—de trajes al hablar,—
dices, con labio turbado:
—Con mis manos he bordado
mi vestido, en mi telar.

DOLORÉS SUCRE.

Los ancianos

Los ancianos son respetables, no por el número de sus años, dice la Escritura, sino por la prudencia, que es la vejez del hombre. Vida sin mancilla es larga vida.

Viejos incautos, viejos malévolos, viejos agresivos son mozos desvergonzados a quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres.

Los que en medio de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones. Así como los ministros del culto, los sacerdotes de Dios, a causa de su investidura, están más obligados a la continencia y la abstinencia que el globo de los hombres, así mismo a los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la medida.

¡Oh, ancianos, sed dioses en la tierra! Sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.

JUAN MONTALVO.

Amor filial

*Con la guitarra en la siniestra mano
y la copa en la diestra, voluptuosa,
se alzó a brindar, entre el festín ufano,
temblando de emoción, la nueva esposa.*

*Y, al empinar, con aire soberano,
entre feliz y triste y orgullosa,*

—Señores: dijo, por mi padre anciano:
este mendigo que a mis pies reposa.

Corrió un rumor de befa entre la gente,
el novio murmuró desazonado
de verse con tal suegro, de repente. . . . ,

Mas ella, despreciando a los ariesos,
tomó al mendigo, lo sentó a su lado,
y lo bañó de lágrimas y besos.

LUIS CORDERO DAVILA.

La moral y la música

La melodía es uno de los mejores medios para suavizar las asperezas del alma y dulcificar el carácter; por eso la música es un poderoso resorte de la civilización.

Dios es la suprema armonía; por eso una música armónica eleva y conmueve el alma, que es capaz de impresionarse con esas sublimes vibraciones; por eso se la llama arte divino.

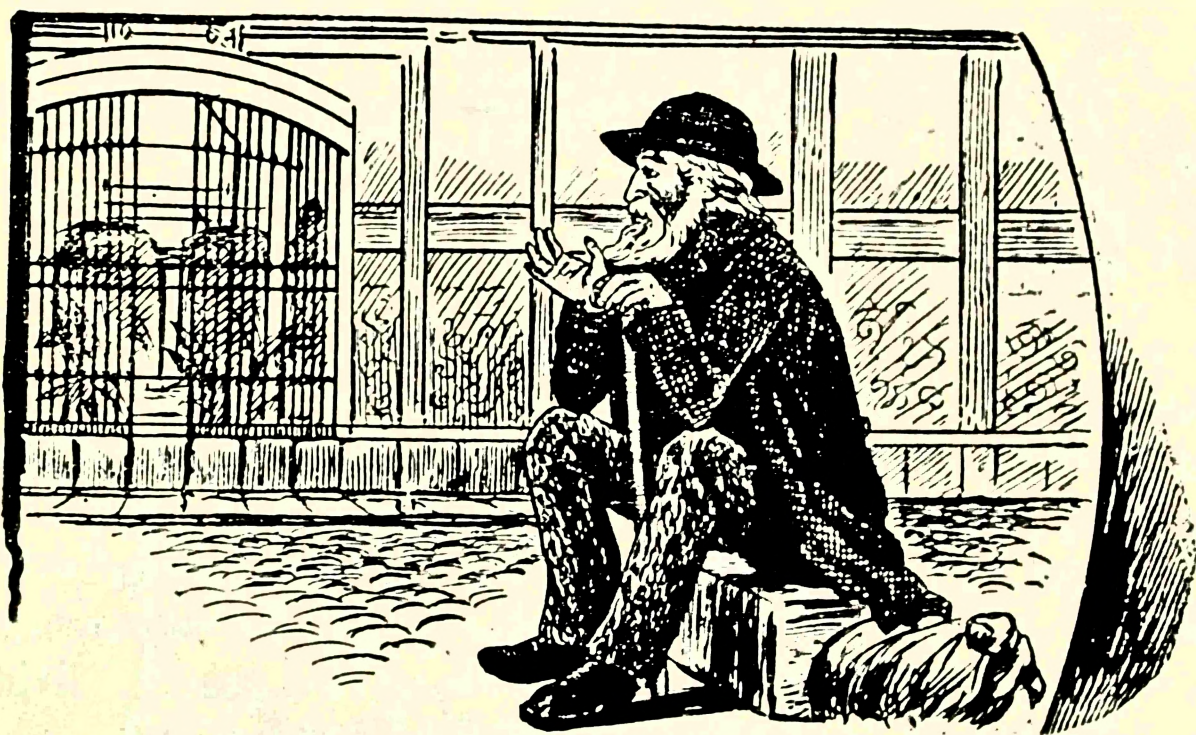
Tal vez un conservatorio de música da mejor fruto a la sociedad que una universidad, pues aquél educa el sentimiento y ésta la inteligencia.

El sentimiento educado trae la moralidad, porque eleva las afecciones del corazón; la inteligencia educada, produce la instrucción, que aclara la inteligencia con los conocimientos científicos. Armonizadas ambas educaciones y obrando de consuno, hacen a los pueblos civilizados. Por eso los grandes moralistas ilustrados están dando preferencia a la música elevada en las prácticas religiosas.

FELICÍSIMO LOPEZ.

EL POBRE

Según el mito pagano, Sísifo fue condenado a trepar un monte llevando una roca, que rodaba de nuevo, cuando el desventurado tocaba la cima. Tengo para mí que el tormento de Sísifo estaba en el recapacitar en la inutilidad de sus esfuerzos. Agobiarse para levantar la carga atormentadora, asegurarla sobre el hombro fatigado, trepar anhelante por la viscosa cuesta; subir, subir, sudorosa la frente, arqueado el cuerpo, los



aquejados ojos puestos ya en la cumbre, llegar á la cima, al lugar del descanso, y sentir la roca escaparse y verla rodar y saltar y precipitarse y rebotar en el abismo con estruendo repetido por eco pavoroso y, sobre todo esto, estar precisado a volver a la faena abrumadora.

¡Ah! Estoy cierto que al ser verdadera la fábula, Sísifo habría hecho brotar de vuestras ojos lágrimas de compasión.

Y vais a llorar, sin embargo, porque a deciros voy que Sísifo vive y trepa y descende para tornar a subir con mayor cansancio en el cuerpo y con mayor angustia en el alma.

El menesteroso es Sísifo, que sube hoy y subirá mañana y trasmañana; ha comido, la roca está en la cumbre; pero amanecerá de nuevo y habrá que ascender otra vez la dura cuesta de la limosna.

CARLOS R. TOBAR.

EL CIEGO

La ceguera no es un mal: antes sí, para el hombre que tiene en nada esta sombra fugaz que llaman vida, ella es un bien positivo y de inmensa trascendencia; porque el corazón se abre a las más dulces esperanzas de una vida mejor más allá de la tumba, porque su inteligencia encuentra horizontes más dilatados, regiones más serenas, ideales más sublimes y consoladores. ¡Oh! si mis ojos tornaran a la luz, si la ciencia hallara medios de arrancarme de esta bendita oscuridad en que vivo; por cierto que fuera yo muy desgraciado; disipáranse, acaso mis justas y racionales esperanzas, asaltárame la duda, mis pensamientos fueran por ventura mezquinos, rastreras mis aspiraciones, y perdería en un instante todo el camino que he recorrido en diez años de abnegación y dulce sufrimiento.

Verdad, que en los primeros días de mi ceguera, tuve momentos de melancólica tristeza, de insólita pesadumbre, parecióme imposible la vida, imposible andar, imposible moverme, imposible ilustrarme, imposible dictar mis escritos, imposible buscar con mi trabajo el pan de mis hijos: imposible todo; hallábame, además, en el vigor de mi juventud, contaba apenas treinta y tres años de edad; y quedar ciego de repente, y perder todas las ilusiones del joven, y no ver más que tinieblas

por doquiera, y no sentir más que la tempestad sobre mi cabeza; ¡ah, Señor! ¡Eso era horrible! ¡Había para desesperarse! Pero pronto vino la razón en mi auxilio, llamé a la filosofía, interrogué la historia de otros hombres que habían sido mucho más desgraciados que yo; y una consoladora sonrisa asomó a mis labios, y un tierno sentimiento de resignación llenó todo mi sér. Desde entonces vivo contento, feliz en la santa pobreza, sereno en la adversidad; y ando y leo y escribo, y me ilustro y, lo que es más, trabajo para mis hijos, haciendo honestamente mis defensas en el foro.

Paréceme, pues, que mi espíritu es mejor de lo que antes era, que se eleva más y más ensanchando sus horizontes, que mi pecho es más sensible a todas las grandes emociones.

No me quejo, por lo mismo, de la suerte que me ha cabido, ni tengo mi ceguera como una gran desgracia; no lloro por ello como tan amargamente lloró el divino ciego de Albión, ni acuso tampoco a los insensatos que se han reído de mí, juzgando que Dios me había castigado; no pido luz para mis ojos, reclamo luz para mi inteligencia; y cuando llegue la hora de rendir mi espíritu al Creador, bajaré contento al sepulcro: porque la muerte es el prólogo de la vida; porque más allá tendré la luz que aquí me ha faltado; luz infinita, luz que nadie me envidiará y que me hará olvidar las fugitivas horas de amargura pasadas en la tierra.

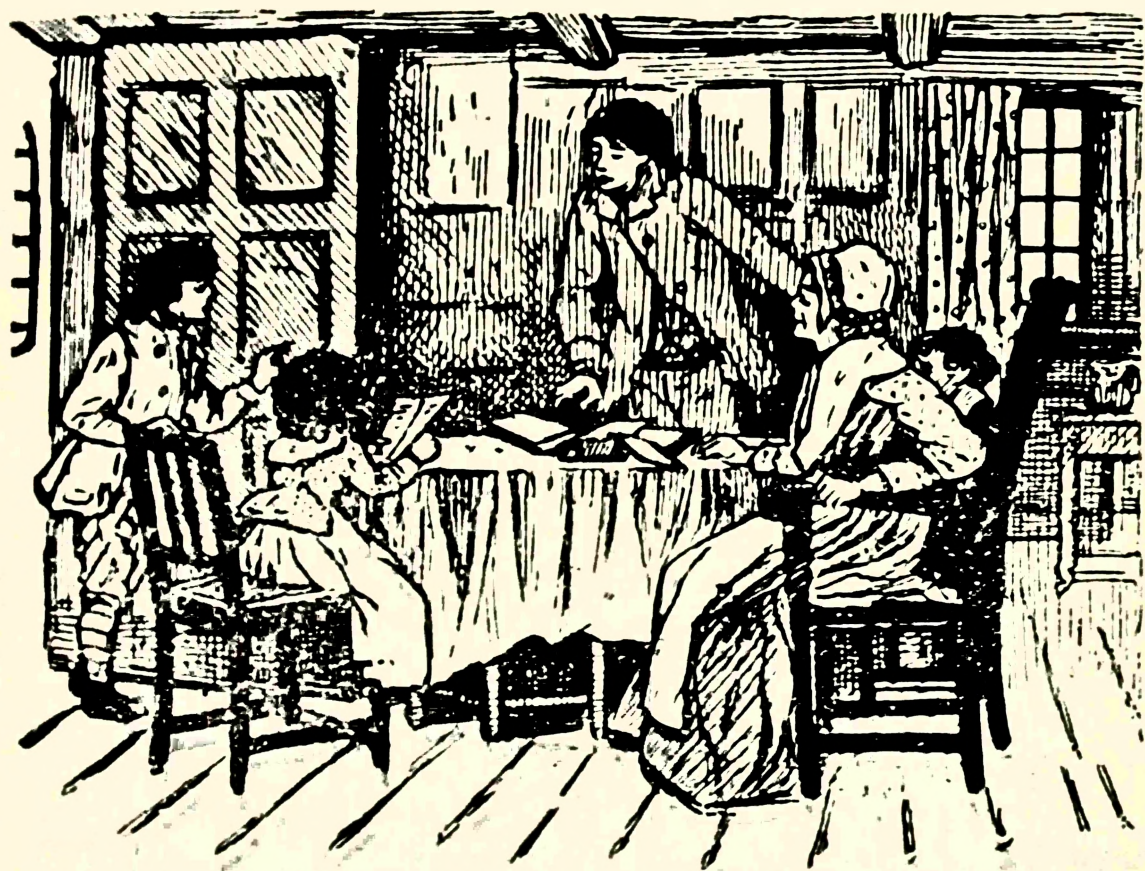
JUAN BENIGNO VELA.

Cuando es honrada la causa del infortunio que nos sobreviene, se retempla nuestro espíritu, y, en soportándolo animosos, llegamos a ser mejores. Solamente las desgracias que nos acarrean las pasiones, nos vuelven intratables y egoístas, hasta despreciables.

ROBERTO ESPINOSA.

El lujo del pobre

Uno como resplandor ilumina la pobreza: y es la decencia, el aseo, esa atildadura que tanto se hermana con la escasez como con la abundancia. El agua nada cuesta: mírate la cara en tus vasos, que éste es el lujo del pobre. Si no te es dado sentarte a la mesa cubierta con primoroso alemanisco que pregona el fausto de tu casa, procura que el barato lienzo esté res-



plandeciendo de limpio, sin mancha ni arruga: y si no tienes para darlo a lavar y aplanchar, lávalo y aplánchalo con tus manos. Hubo un antiguo que por no valerse de nadie para nada, aprendió cuantos oficios se relacionaban con sus necesidades; y mas aún, por hacerlo todo con limpieza y esmero, cocinaba sus alimentos, cosía sus vestidos, lavaba su ropa, siendo nada menos que miembro de una escuela de filosofía.

Cocina, cose y lava, Sancho, primero que verte descuidado en tu persona y tus cosas.

Llegando yo un día a casa de un amigo pobre, sucedió

que no hubiese mantel en ella. ¿Sabéis cómo acudió la señora a reparar esa falta?

Cubrió la mesa con hojas de verde, fresco plátano, y comimos cual pudieran las ninfas en sus grutas.

Esta es la sabiduría de la pobreza.

JUAN MONTALVO.



El servirse no avergüenza:—enaltece y perfecciona

—o—

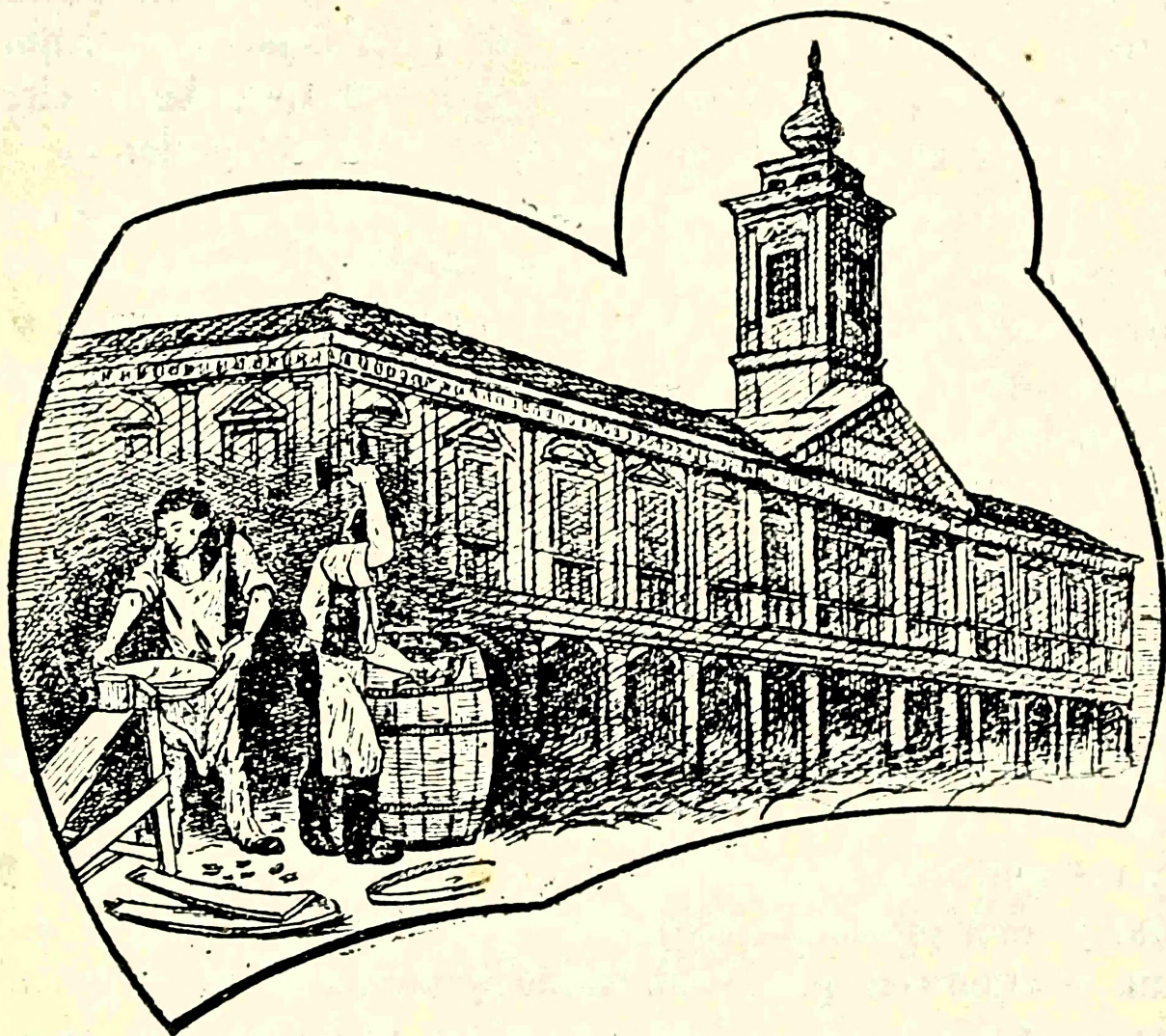
Nada más natural que el que los padres amen a sus hijos. Esto es no sólo una necesidad del alma, sino un deber, una misión. Pero el amor no consiste en atiborrarlos con alimentos, en engreírlos y alabarlos exageradamente, diciendo delante de

ellos, a todo el que los ve, que son unos genios, que son muy precoces, que tienen muchas habilidades, y otras cosas así; en airarse y desatarse en reproches y ofensas contra los que no los miman ni obsequian, o no cantan sus alabanzas, o no les soportan gustosos todas sus travesuras o defectos; en dejarlos seguir sus gustos o satisfacerles sus caprichos; en permitirles que duerman o descansen demasiado; que riñan a la servidumbre o la traten con tono despectivo o la mortifiquen con mil frecuentes pequeñeces que ellos mismos pudieran hacerse; en hacerlos creerse superiores en casta a los demás; en dejarlos creer que el servirse a sí propios, el aprender oficios, el desempeñar ciertos menesteres es denigrante o impropio de su categoría.

Yo he oído a algunas madres decir:—«Mi hija no sabe lo que es tiznarse en el fogón, ni coger una plancha, gracias a Dios, porque para eso tiene con qué pagar, o en último caso yo pido limosna, pero no la tengo de fregona». ¡Qué error tan grande! Si se midiera el daño que con eso se hace a la futura administradora de un hogar, o al futuro jefe de una familia, no se hablaría así.

Nó, padres: bueno es el piano, pero el fogón también; el manejo de ambos adorna a la niña; pero el del segundo le es aún más útil, pues le servirá para todo grado de su fortuna; el que sabe hacer es el que sabe dirigir. Util es bordar, atrayente y gracioso bailar y cantar, saber hacerse un peinado y escoger un vestido elegante; pero es mucho mejor saber cortar y coser el vestido, barrer la casa, tender su cama, asistir un enfermo con prolijidad, cariño y destreza, asear un niño, zurcirse una media y hasta cortar un pantalón, una blusa y clavetear un zapato; feliz el que mayor número de habilidades de esta clase, que parecen pequeñeces, pudiera aprender; nunca se verá desvalido aun en medio del desierto y le será menos duro cualquier vaivén de la suerte. Enseñad a humildes a vuestros hijos, a modestos, y veréis el ambiente de paz, de holgura, de bienestar, de alegría que circunda vuestro hogar, y cualquier otro en donde estéis. No hay cosa más bella que

una casa pulcra y modesta, obra de nuestras manos, en donde, como las abejas, todos contribuyen al bienestar de todos.— Vuestros servidores os serán más adictos, vuestros amigos más sinceros, vosotros más simpáticos y vuestro carácter os hará felices y os dará vida menos llena de dificultades y disgustos.



EL OBRERO

— 0 —

Dejad al poderoso que se aduerma en los brazos de la fortuna, entre nubes de perfumado incienso, arrullado por las armonías de la fama, y venid conmigo lejos, muy lejos de los alcázares dorados, a buscar un héroe, olvidado de todos, para colocar en su modesta frente una corona de laurel.

Ese héroe, ante el cual pasan indiferentes las multitudes, es el humilde Obrero, mil y mil veces victorioso, porque cuenta con un triunfo cada día en su terrible lucha por la vida.

No hay cruces en su pecho, ni doradas franjas en su tosca blusa; no hay música en su taller, ni muchedumbre necia que lo siga; pero, ante el concepto moral, su frente bañada de sudor y sus manos encallecidas valen tanto como las que ciñen imperial diadema y empuñan cetro de oro.

Frente al cerebro que piensa, debe estar el brazo que ejecuta; es decir, los dos ejes del progreso humano.

El genio es un dón providencial que reside en el sér privilegiado como el néctar en el cáliz de la flor; pero sin la abeja laboriosa que recoge y concentra la miel, o sin el obrero, que es la abeja de la colmena social y obedece a la inspiración superior para dar forma y vida a la materia bruta, estos preciosos tesoros se perderían para la humanidad.

La virtud, el valor, el genio, tienen sus pedestales donde toman asiento sus representaciones más conspicuas para recibir el homenaje de la admiración pública; pero la injusticia ha dejado un lugar vacío entre esos monumentos y merece estar allí la imagen del Obrero sobre el pedestal del Trabajo.

NOBLEZA

La nobleza no es cosa esencial, imata; el noble se hace, como el orador. La nobleza se adquiere por los grandes hechos, por el valor ajuiciado, ese valor que constituye el heroísmo, se la adquiere por los servicios a la Patria, esos servicios que la ilustran y engrandecen; se la adquiere por la inteligencia descollante, por las obras extraordinarias de la sabiduría; se la adquiere por las riquezas bien habidas y usadas, esas que granjean a sus poseedores la estima y el cariño de sus semejantes, interviniendo caridad, liberalidad, grandeza de alma.

JUAN MONTALVO.



El bombero

Existe en el litoral de nuestro país una institución que, con justicia, es título de orgullo no sólo de las poblaciones que la tienen en su seno, sino de nuestra patria toda.

El grado de beneficencia a que llega supera a muchas de las manifestaciones de esta virtud. Tal institución se llama Cuerpo de Bomberos.

¿Sabéis cuál es su misión? Salvar las propiedades ajenas del incendio a que con tanta frecuencia están expuestas las poblaciones de la costa, que, en razón del clima, del suelo, de

las facilidades naturales. hacen sus edificios de materiales que son abundante pasto para el fuego.

Imagínate, niño, una ciudad toda envuelta en llamas, como una hoguera inmensa: ¡Qué confusión! ¡Qué espanto! ¡Qué ruina! Todos huyen horrorizados, clamando al cielo piedad, pues aquello parece un castigo venido de lo alto. Los padres llaman a gritos a sus hijos, los esposos a sus esposas, quienes piden socorro, quienes, más esforzados, dan voces de ánimo, quienes forcejan por salvar algo, quizá lo más insignificante de sus bienes, porque el aturdimiento les impide elegir, siquiera sea un trapo para abrigarse mañana en la intemperie. Y en esa inmensa hornada todo es calor, estallidos, gritos, confusión, humo que asfixia, sombras que parecen fantasmas iluminadas, por el resplandor rojizo, como en una escena infernal simulada con fuegos de Bengala; viento huracanado y columnas de espeso humo negro-rojo que se elevan retorciéndose como de una gran ara de horrendos sacrificios, y que luego se enrarecen y dilatan en los aires como para simbolizar lo que son la vida y las humanas riquezas: humo y cenizas.

¿Y después? La intemperie, la miseria, el abatimiento, la orfandad, las enfermedades, quizá la muerte.

Horrible escena, niño mío: ojalá que tú nunca seas parte en ese drama.

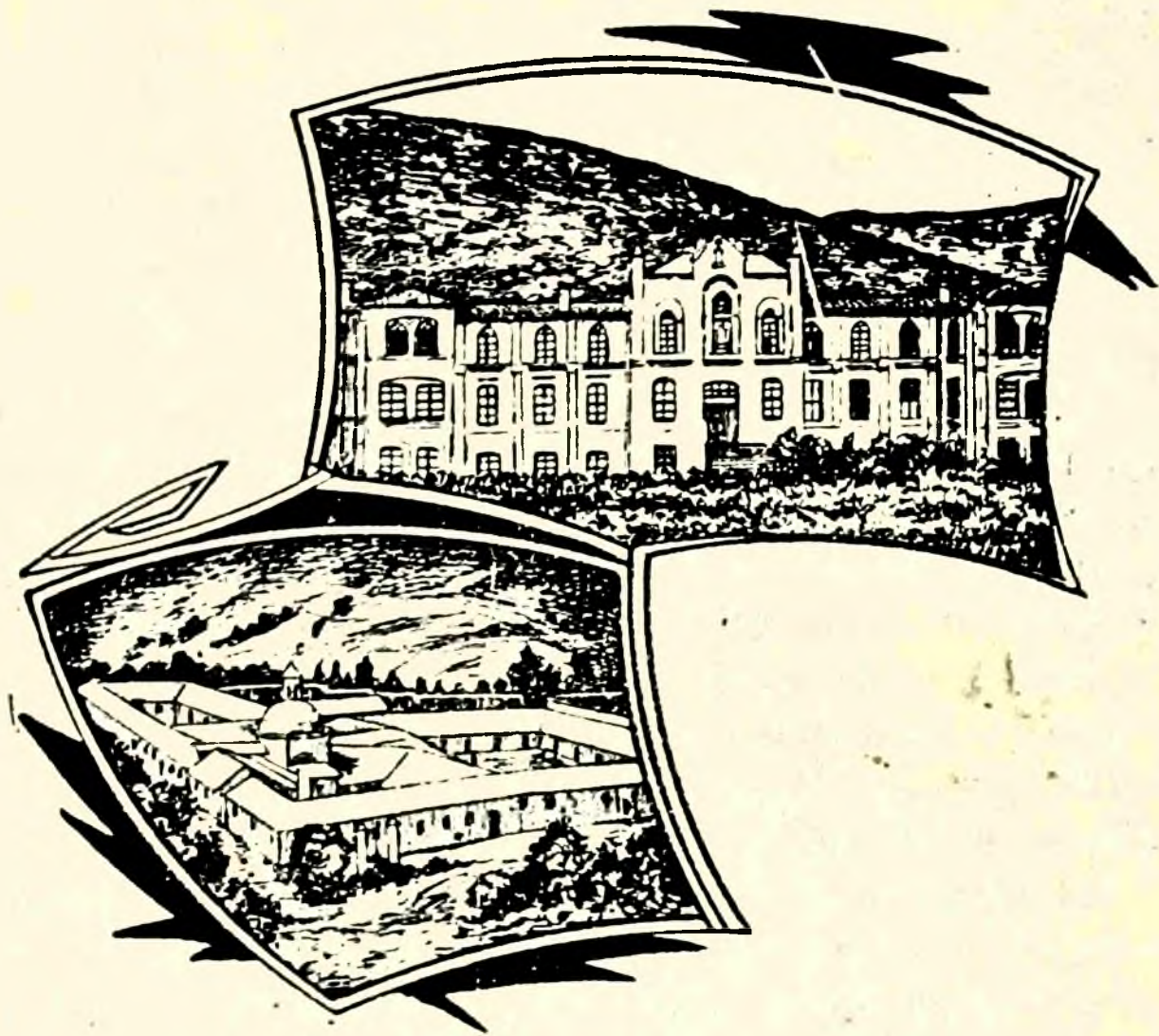
¿Y cuál es el héroe que toma sobre sí la sobrehumana tarea de contener los avances de esa catástrofe, de luchar con ella frente a frente, hasta dominarla y aniquilarla? ¿Quién expone magnánimo su existencia para salvar las ajenas de conocidos y desconocidos, y abandona sus propios bienes por substraer a las llamas los de los demás? ¿Quién el del espíritu fuerte que ha de sobreponerse a toda impresión, a todo aturdimiento, a todo grito del alma, a todo dolor físico, a toda fatiga, y desoyendo aun la voz de la propia conservación ha de llevar el valor a los otros? ¿Quién el temerario combatiente que, olvidando que es mortal, pone su cuerpo como valla a las llamas y empuña seguro el pitón o el hacha para extinguir el voraz ele-

mento? ¿Quién el que pocos momentos después, apenas se destaca como un punto animado sobre una techumbre cercada de llamas, ajitando incansable su arma bajo una lluvia de chispas, pidiendo a intervalos con estentórea voz un chorro de agua a sus compañeros para refrescar sus vestidos que ya echan humo? ¿Quién el que, en medio del vocerío intraducible sólo escucha la voz que pide auxilio, y diestro lanza una cuerda sobre los tejados o balcones y por ella asciende ágilmente, toma en sus brazos a la que iba a ser víctima y con ella desciende triunfante, sin averiguar su nombre ni condición, y sin darle tiempo a una frase de gratitud, deja su carga en salvo y vuelve a otro sitio en donde su afán es útil? ¿Quién es este héroe entre los héroes? El Bombero, niño mío, el bombero. Este es el único desinteresado guardián de las vidas y bienes ajenos; el filántropo más práctico y oportuno.

El bombero renuncia a su reposo: a cualquier hora del día o de la noche, bajo el rigor de toda estación, cuando el estridente tañido de las campanas anunciadoras de incendio delata la aparición del enemigo, el bombero abandona rápido su lecho o su mesa de trabajo, se viste aceleradamente su blusa de lana roja, su duro casco que le defiende la cabeza de los fragmentos candentes que caen de un incendio, abandona a su familia y corre, vuela en busca de su máquina o bomba, a sacrificarse en defensa de los otros, sin interés alguno, y a caer, muchas veces, víctima en la brega.

Ama singularmente al bombero, niño; ese héroe, las más veces humilde e ignorado, ese miembro de la institución más simpática que haya podido sugerir la caridad; y puesto que en sus filas tienen cabida todos los hombres de buena voluntad, si vives en un pueblo de la costa, ingresa en el Cuerpo de Bomberos, viste con orgullo el uniforme, y siempre recordarás con placer el haber sido benefactor de tus semejantes y cumplido el deber que todo humano tiene de ser útil a los demás.

4—*¿Cuántos habitantes tiene el Ecuador?*



Haced el bien

Haced el bien, sin la creencia vana
de eterna gratitud, rara en el mundo:
será vuestro dolor menos profundo
cuando sufráis la ingratitude humana.

Haced el bien, según la ley cristiana,
al afligido, al pobre, al vagabundo:
si el grano que sembráis no es hoy fecundo
opimo fruto os rendirá mañana.

Haced el bien, hacedlo sobre todo
al que veáis injusto, convertido

en enemigo ruin que, con su lodo,

os manchará porque le habéis servido:
esa es venganza noble y digno modo
de confundir a quien ingrato ha sido.

VÍCTOR MANUEL RENDON.

Cultivar la virtud, hacer el bien, amarlos, porque con ello habremos de ganar un premio, y hacer de este premio el objeto único de nuestras obras y aspiraciones, es quitar a la moral precisamente aquello que más la ennoblece, lo que la magnifica y sublima: la abnegación desinteresada, el desprendimiento incondicional; es no amarla ya por sí misma, sino por el bienestar positivo que de ella esperamos; es no mirarla ya en su excelcitud de fin, de ideal, sino abajarla a la *utilidad* de instrumento, de simple medio. Así, se empequeñece hasta el heroísmo de los mártires, y se convierte en utilitaria hasta la renunciación de los ascetas, quienes, si hoy se imponen duras privaciones, es porque con ellas tendrán mañana felicidad a haldadas—más del ciento por uno. ¿Y decid si todo ello no es despojar de hermosura a la moral?

GONZALO ZALDUMBIDE.

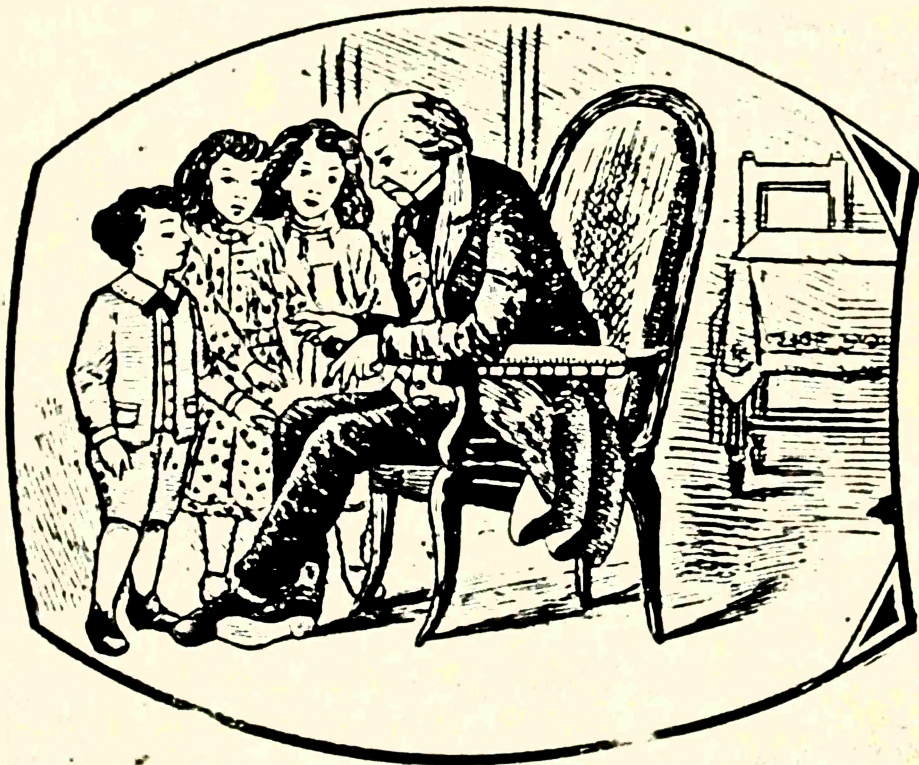
Las virtudes que en muchos vemos relucir suelen ser engaño y disimulo, por lo cual bien podemos llamar a las tales: *virtudes de circunstancias*. «De buen varón es seguir la virtud—dice un ingenio de otros tiempos—y de codiciosos los premios no más. Quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interés y mercedes que se alcanzan, más es mercader, que no virtuoso, pues lo hace a precio de percederos bienes.» Virtudes dignas, verdaderas, son las que se derivan de principios elevados y tienen su origen en el desinterés, en la abnegación y el sacrificio.

Sólo éstas forman hombres justos y benéficos, sin aspiración a terrenal su recompensa.

Los deberes

La vida del hombre no es más que el cumplimiento de una serie continua de deberes, desde cuando la razón comienza a alumbrar su inteligencia; no lo olvides.

Desde el alimentarse es un deber de propia conservación, el primordial del hombre, pues como racional debe procurar el conservarse para cumplir su misión: el hombre no ha venido en vano a la tierra, pues repugnaría a la Providencia, al Principio único y suprema Razón de todo cuanto existe, crear y crear seres sin objeto.



Por eso el desatentado, el loco que se arranca la vida, que se suicida, ha roto la ley a que está sometido, quitándose lo que él no se ha dado ni puede recuperar: la existencia; e hiriendo a la sociedad de la cual es miembro, lo mismo que la heriría arrebatándosela a otro miembro social, matando a alguno.

El cumplimiento de tus deberes será tu mejor título de nobleza y el talismán de la más completa felicidad relativa.

Tus deberes se dividen en tres grandes grupos principales:

para con Dios, para contigo mismo, para con tus semejantes.

A Dios le eres deudor de tu existencia, tu alma, el precioso dón de la inteligencia, que te hace el sér superior, en el mundo, a todos los demás que te rodean, y por esto se llama al hombre el *Rey* de la creación:—*Ama a Dios sobre todas las cosas.*

II

Entre tus semejantes tienen, para tí, el primer lugar tus padres, delegados de la Providencia. A ellos debes la vida también, los cuidados prolijos para tí desde que naciste, los sacrificios que tu conservación les cuesta, tus alimentos, tus vestidos, tus juguetes, tus placeres. ¿Qué hubiera sido de tí sin ellos, si el hombre nace la más desvalida de las criaturas y tiene que ser ayudado hasta que pueda proveer por sí mismo a su cuidado? No cabría en muchos libros la memoria de todo lo que debes a tus padres. ¡Cuántos desvelos! ¡Cuántas luchas! ¡Cuántas amarguras! ¡Cuántas privaciones! Todo por los hijos. A medida que crezcas y raciocines irás conociendo la gran deuda de gratitud, de veneración, de amor, que por sí misma se te impondrá y llenará tu corazón, para con tus padres, y gustoso les devolverías sacrificio por sacrificio cuando sus energías, ya gastadas en tu servicio, hayan pasado a tí en cuya vida y lozanía se sienten tus padres renacidos, y esperan ya tranquilos ir a recibir en el Cielo el premio de su santa misión cumplida en la tierra:—*Ama a tu padre y a tu madre.*

Siguen tus demás semejantes, tus hermanos, tus parientes y luego la humanidad toda que es una gran familia. ¿Qué sería, si no un nido de víboras, horrendo, el mundo, si los hombres no se amaran unos a otros, como el mismo Dios lo enseña, como padre común que es del género humano?—*Ama a tu prójimo como a tí mismo, y no hagas a ótro lo que no quisieras que se te hiciese a tí.*

III

Para contigo mismo tus deberes son: perfeccionarte, esto

es: ilustrarte, hacer de las buenas costumbres tu carácter, alimentarte, asearte. hacerte amable a todos y respetable por respetuoso, trabajador, obediente a tus padres o superiores y a las leyes y autoridades del país en que estuvieres.



De modo que tu primer cuidado al levantarte será orar y dar gracias a la Providencia que te ha conservado la vida y salud y la de tus padres o personas a cuyo cuidado estés; luego debes lavarte, peinarte, vestirme correctamente y salir aseado de tu aposento a saludar cariñosamente a tus padres, abuelitos o superiores. Después de esto, y como creo que te habrás levantado temprano, lo que es muy saludable y benéfico, pues, como dice el viejo refrán:

Quien temprano se levanta
goza de salud cumplida,
tiene un año más de vida
y su caudal adelanta,

puedes hacer algo de gimnasia metódica, y después de esto ya puedes jugar un rato al aire libre, hasta que llegue la hora del

desayuno; pero si tarda, puedes repasar un poquito las lecciones que menos recuerdes de este libro o que tuvieses pendientes para el día de hoy.

IV

Concluiré enseñándote otro deber que en la escala sigue al grupo de los que tienes para con tus semejantes, y es el que tienes, como racional y humano, para con los inferiores. ¿Qué seres son los inferiores al hombre? Los irracionales, que también son vivientes. El hombre, como que es el animal superior a todos los otros, los domina con su inteligencia y perfección, y por eso se llama señor y rey. Como señor y rey de lo creado, y pues ninguna ley moral se lo impide, puede sacrificar esos seres inferiores para alimentarse, apresarlos, subyugarlos para que le ayuden y faciliten sus deberes, servirse de ellos para sus necesidades, &, por esto es por lo que mata las aves, cuadrúpedos, peces; para comerlos, servirse de sus plumajes, pieles o vellón, para sus vestidos, extrae la leche de las vacas, cabras, &, todo esto le es permitido; pero en ningún caso es humano ni racional maltratar inconsideradamente o por cruel placer a un pobre irracional que no sabe lo que hace y que, aunque cause daño, lo causa sólo por seguir su instinto de propia conservación, su defensa; ni se los debe agobiar con cargas superiores a sus fuerzas, ni privarlos del alimento, ni atarlos, encerrarlos, mutilarlos, enjaularlos, sin objeto útil; pues ellos también, pobrecitos, sienten dolores físicos como nosotros y padecen y sufren con esos tratamientos, y es cruel, muy cruel, anti-racional, abusar de nuestra superioridad. Sólo al animal dañino, al feroz, cuyo daño no se puede evitar o postergar sino a trueque del nuestro, podemos y debemos exterminarlo, aunque no sea con otro fin que el de librarnos de su ataque.

Ningún irracional ataca al hombre por perversidad, como alguien cree.—Hay personas que matan o castigan a los animales, con rabia o venganza, creyendo que el animal les ha ofendido a sabiendas. No hay tal: una hormiga, una avispa, un alacrán nos pican cuando los tocamos, porque se sienten ata-

cados y se defienden con sus armas naturales; pero si no los tocamos, veremos que caminan inofensivos sobre nuestra epidermis y se van. Otros atacan porque buscan su alimento, y donde lo hallan, lo toman: es natural; una pulga, un mosquito, por eso nos pican, sin pensar en nuestra soberanía ni calcular el daño ni los derechos de propiedad. Ellos buscan nuestra sangre, como el colibrí, la mariposa, chupan las flores, y las aves las frutas—Las bestias salvajes atacan al hombre, porque como no tienen la costumbre de verlo en sus selvas, les extraña su presencia y le temen, o el instinto les dice que es fiera temible también; por eso unas huyen, como el ciervo, otras atacan como el tigre, el león, la hiena, pues se sienten fuertes y diestras; o ya lo hacen por hambre; quizá si los halláramos hartos, su presencia no nos sería peligrosa y huyeran como los demás. Ellos, pues, no piensan: no los castigemos con ira ni venganza.

LA ESCUELA

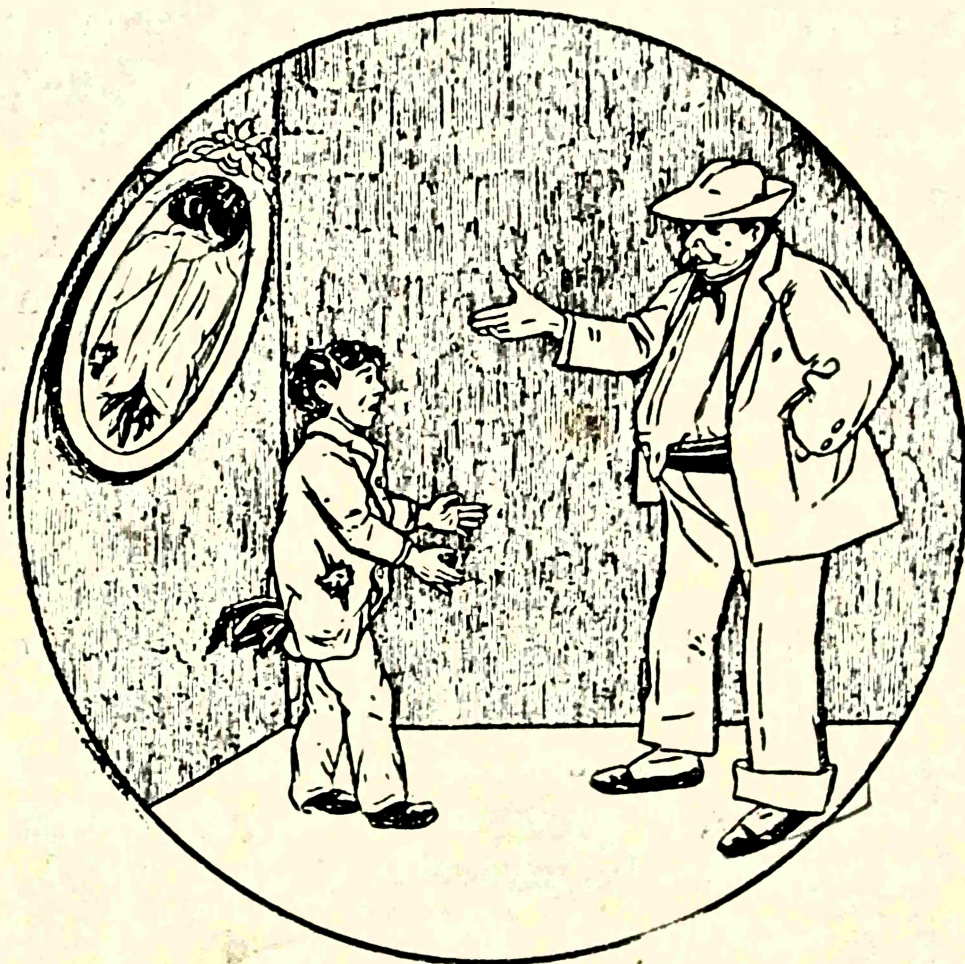
La escuela es la madre de todos los pueblos fuertes; pero el amor a la lectura es el padre de los hombres libres, de las almas grandes, de los caracteres firmes e independientes, de los obreros inteligentes, de los inventores que engrandecen el trabajo y que dignifican las naciones.

Tengo horror a la quietud: la idea de bienestar no interrumpido, de calma inalterable, de escenas que no cambian, me asusta, me enfada. Tengo para mí que la vida debe ser pugna y contraste, para sentirla con *evidencia*. Las fuertes sacudidas del corazón exaltan la mente y la ponen apta para grandes creaciones; la dicha perenne, el sosiego continuado, la tediosa inacción, deben *enmohecer* el alma y acabar con las fuerzas físicas. Los peligros, tempestades y pugnas son el sentir *realmente* la existencia.

ROBERTO ESPINOSA.

LA MENTIRA

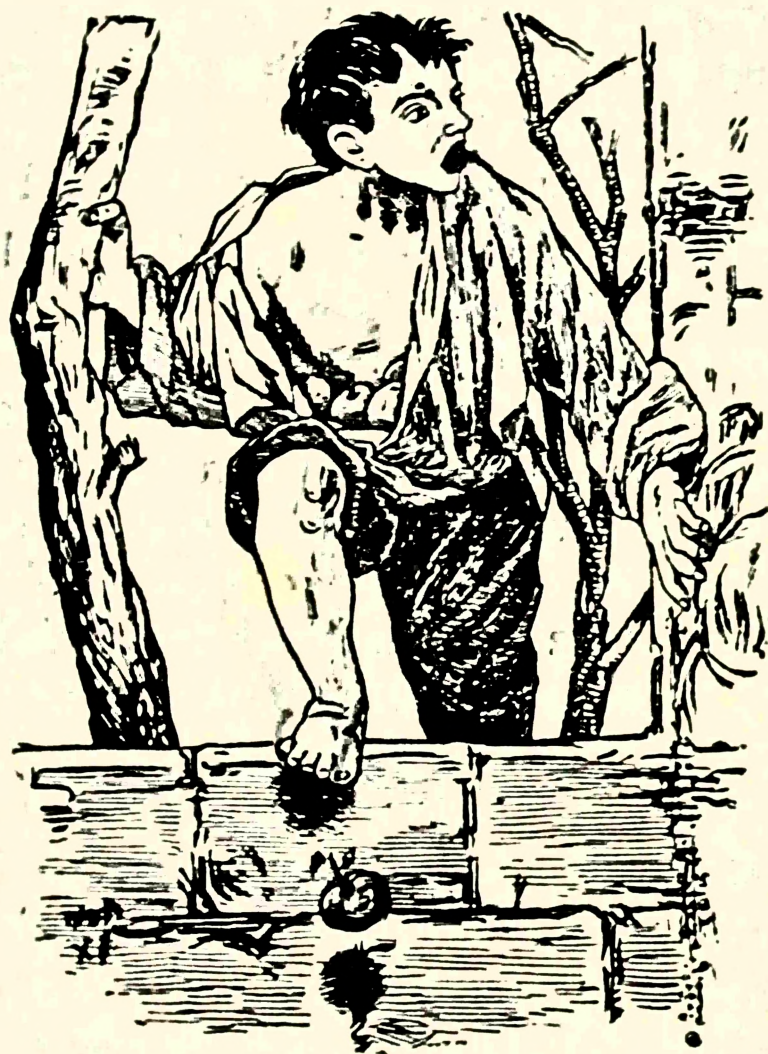
Mentir es un feísimo defecto. La mentira es impropia de las almas honradas. Nada más bello que decir siempre la verdad y gozar así del tributo de la fe y la confianza de los que nos escuchan. La ocultación de la verdad es cobardía; la creación de una falsedad es un crimen. Todo mentiroso tiene detrás



de sí un espejo que lo delata. dice un adagio. Hay casos en que la verdad debe decirse revistiéndola de cierta forma digna, suave, según las circunstancias y la naturaleza del asunto, sin destruir su fondo, por aquello de que no todas las verdades son para dichas, y las buenas formas deben ser observadas en todo caso.

Esto tampoco quiere decir que te has de convertir en un Juan Verdades, que a cualquiera se las has de cantar, vengan o no a tiempo, incúmbate o no te incumba, interróguese o nó; ni te has de constituir en Quijote enderezador de todo entuerto.

El chisme. el enredo es mucho peor aún, aunque sea verdad lo contado. La discreción, la prudencia, te harán siempre depositario del tesoro de la general confianza.



EL HURTO

¿Sabes tú lo que es el hurto?

Hurtar es tomar una cosa que no nos pertenece, sin haber obtenido el permiso de su dueño, y con la intención de hacerla nuestra, aun cuando ese dueño sea nuestro padre o nuestra madre, en cuyos bienes creamos tener alguna participación.

¡Qué feo es el hurto!

¡A cuántas vergüenzas te expones, niño o niña, si te descubren como ratero! ¡A cuánto desasosiego! ¡A cuánto reproche

de tu conciencia misma, tu mejor juez, (a quien siempre debes preguntar si has hecho bien o mal.) si no eres descubierto, u ocultas por medio de una baja y repugnante mentira tu delito, amontonando así falta sobre falta! ¡A cuántos peligros si hurtas algo que puede serte nocivo, hacerte mal! ¡A cuántos desaires, si los que ya te conocen, te miran de reojo y ocultan todo o guardan bajo llave para substraerlo al alcance de tus manos!

Nunca hurtes nada, niño: si deseas un dulce, un juguete, cualquiera cosa que veas, ten la franqueza de pedirla, que es preferible esto y disculpable en tu edad; o usa de esa ilimitada confianza que debes tener en tus padres, a quienes nada, nada debes ocultarles, ni tus faltas cometidas, ni las que se te ocurra cometer; pues ellos son tus mejores amigos, y pide a ellos lo que quieras, aunque se te antojara el disparate de bajar la luna para jugar con ella. Pide todo a tus padres que, no lo dudes, si ellos pueden, cualquier sacrificio harán por complacerte, pues te quieren con ternura y con tus goces gozan, con tus risas ríen, con tus sufrimientos padecen, porque tú eres alma de sus almas, sangre de su sangre, cuerpo de sus cuerpos.

Pero si ves que tus pobrecitos padres se entristecen porque no pueden complacerte, porque no tienen quizá un real para comprarte un dulce o el juguete, y te dan una evasiva, o te dicen que más tarde, mañana o pasado, o te dicen francamente que no tienen o no pueden, no insistas, niño mío; que ellos también sufren, y más que tú, al ver que no pueden complacerte. No insistas ni demuestres disgusto, que eso sería cruel e irracional; al contrario, manifiesta que te conformas gustoso, contento con lo que tienes, que esa es la mayor y más duradera de las riquezas, la gran ciencia de la vida; el resorte del bienestar: no desear más de lo que se tiene; no codiciar los bienes ajenos.

El Fraude

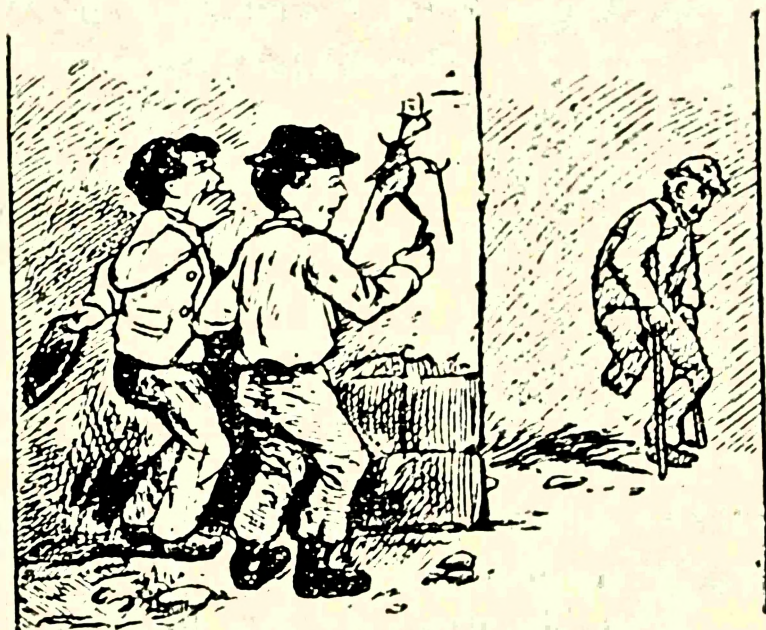
El fraude, la estafa, el robo, la mala fe, el dolo son las culpas más detestables. ¿Cómo? ¿Por procurarnos una dicha pasajera, ilusoria (porque en el acto nuestra conciencia se sentará, despierta e inexorable en su tribunal para acusarnos incesantemente), vamos a causar la miseria, la desdicha, las lágrimas, la desesperación ajenas? Eso es abominable. El hombre de mala fe, el fraudulento, el estafador, que con labia y engañosas sonrisas en el rostro y mendaces palabras en los labios, tiende un lazo en que hacer caer a la víctima, es mil veces más indigno que el salteador, el forajido que cara a cara siquiera expone su vida a la defensa del atacado.

Veamos en pequeño un ejemplo: Compras algo, das en pago una moneda que sabes es falsa, disimulas tu impresión, recoges rápidamente el vuelto y sales pronto, al parecer contento de tu *viveza*. Al punto tu conciencia te avergonzará:

Has perjudicado a ese pobre tendero que de buena fe te ha dado sus efectos, le has robado su mercancia y le has dado una moneda que no le sirve y que talvez a él lo expondrá a la vergüenza de que tú te has escapado ante él, pero no ante Dios y tu conciencia.—Has ido a cambiar un billete: el cambiador se equivoca y te da un billete de más; tú cuentas ya fuera del almacén; ¿qué debes hacer? ¿Te quedarás con el billete, llamando tonto al que de buena voluntad te hizo un servicio gratuito? ¿Le perjudicarás y avergonzarás cuando él tenga que dar cuenta a su principal y no sepa cómo le falta esa suma? Nó; hijo mío; en cuanto notes el error, corre, vuela donde el equivocado y devuélvele lo que te dió de más. Eso es lo justo, lo bello, lo noble. Los estafadores, los de mala fe, son seres dignos de lástima y desdén.

Los apodos

Nada más común en las escuelas, colegios, talleres y otros lugares en que se reúnen con frecuencia los niños, que el crearse, unos para otros, apodos y sobrenombres, más o menos ingeniosos, alusivos a algún defecto físico, o mal intencionados, con el objeto de mofarse de aquel a quien se lo aplican, o mortificarlo con su frecuente repetición si el aludido tiene la poca cordura de enfurecerse.



Nada tan vulgar como esto, niño, tan antisocial, y anti-caritativo. ¿Qué derecho tienes tú para hacer mofa de un semejante a tí? Y si el apodo es el pregón de un desperfecto físico de que el infeliz no tiene la culpa, por más que ningún defecto así debe provocar burla sino conmiseración, ¿habrá algo más cruel que eso? ¿Y si tú, mañana, adoleces de igual o peor accidente, te agradecería que así te recuerden, de tan chocante modo, tu desventura?

Evita, niño, ese feo hábito de poner apodos y deja eso para la gente burda e ignorante, que no ha tenido, la pobre, quien, como a tí, te haga conocer a tiempo ese antipático defecto.



Los mayores precoces

Nada más espontáneo en todos vosotros, niños mis lectores, varones o mujercitas, que el anhelo de ser *personas grandes*.

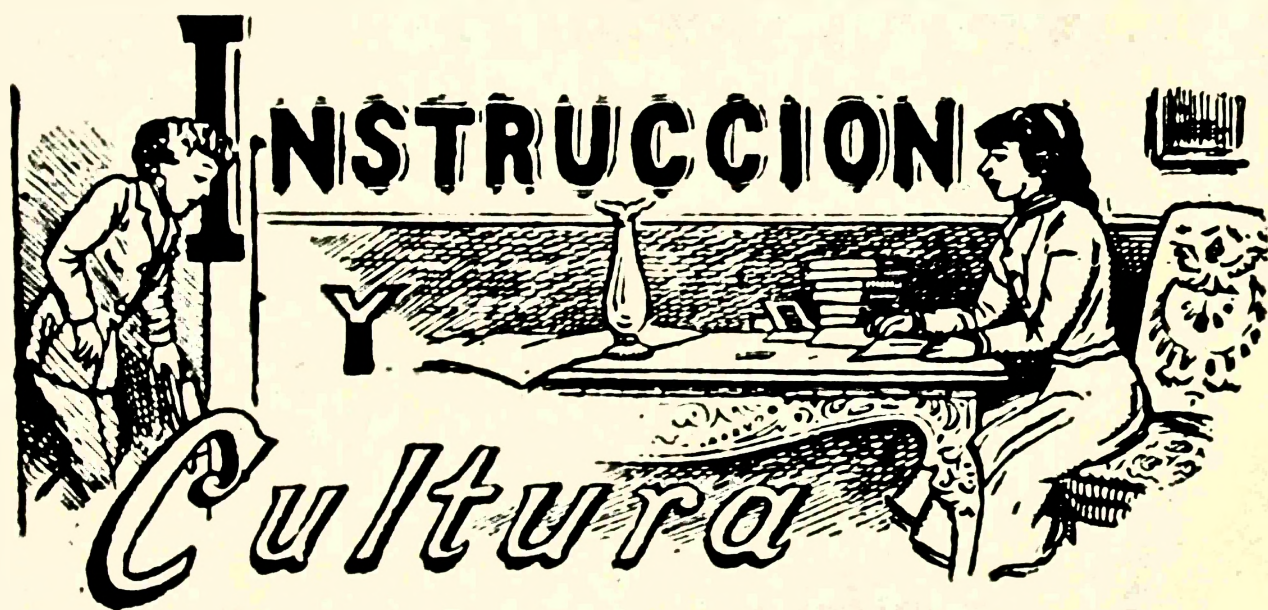
¡Cómo quisiérais que el tiempo volara para gozar de lleno en pleno de las prerrogativas de los mayores! Qué fastidio el de ser chicos y no poder salir cuando os plazca, ir donde quisiérais, comprar lo que deseárais, ordenar y gobernar la casa, ir a teatros, bailar, vestir de modas, & &. Si supiérais lo que deseáis..... ¡Si conociérais el valor del tiempo! ¡Si supiérais cuán feliz es la infancia! ¡La única etapa envidiable de la vida la queréis cambiar por la más penosa de las jornadas! ¡La senda de flores y sin cuidados, por el camino de abrojos en que se camina con el desaliento en el alma, el cansancio en el cuerpo, bajo la nieve de los años y con el pesado fardo de nuestros deberes auestas! Si supiérais la pena y la ternura con que, cuando grandes, miraréis este hermosísimo trecho del principio de la vida, que dejásteis y que ya no os será posible recorrer de nuevo sino en el mapa de vuestro recuerdo.....no quisiérais, nó, llegar a grandes, ni con las prerrogativas de un rey.

Pero, en fin, es inútil que esto os lo explique, porque no lo entenderéis: el camino hay, que recorrerlo para conocerlo. Me limitaré a haceros ver que aquel deseo natural, por supuesto, ya que no es sino la tendencia genuina hacia vuestro destino, hacia lo que estáis llamados a ser, no debéis fundarlo en la imitación de ciertos modales, costumbres, ademanes y palabras que en toda edad son vituperables.

No consiste, por ejemplo, el ser persona mayor, en caminar sonando fuertemente los tacones; escupir o toser haciendo ruidos chocantes; en sentarse hecho un garabato; bostezar haciendo aspavientos y gesticulaciones grotescas; alardear de fastidio o aburrimiento que no tenéis; en querer entender de cosas que no son de vuestro alcance; en pretender fumar o beber licor con mengua de vuestra salud; en intervenir en conversaciones de mayores sin que se os insinúe; en decir frases soeces que escucháis a gente inculta o niños no educados; en afectar un tono de gravedad y circunspección; en arrugar el entrecejo o contestar de modo campanudo, afectado, seco o huraño.

Todo esto sienta muy mal en vuestro candoroso rostro;

hacéis un caricato ridículo de persona mayor, os volvéis antipáticos, perdéis por vuestra culpa ese atractivo inimitable de la infancia, os alejáis de los demás niños y de los mayores, y no lográis, nó, convertirlos en grandes. como el capullo no se hace flor por más que lo estrujéis, como un pollito, por más que lo vistáis con plumas, cresta y espuelas, jamás os resultará un gallo.



Estás en obligación,
pues eres civilizado,
de ser un niño educado
y de adquirir instrucción.
Lo primero es condición
de vivir en sociedad;
la otra, necesidad
del espíritu, y la fuente
del medio más conducente
a evitar la adversidad.

Instruirse es aprender
Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

aqueellos conocimientos
que son útiles cimientos
del infinito saber,
y que, cumpliendo un deber
de humanos, otros que fueron,
todo cuanto descubrieron
y de lo ignoto arrancaron,
de herencia nos lo dejaron
en los libros que escribieron.

Nosotros, a nuestra vez,
estudiando con tesón,
para otra generación
acopiaremos talvez;
y así la cadena es
del progreso interminable:
el hombre es perfeccionable,
y, como imagen de Dios
en lo espírituál, va en pos,
del límite que le es dable.

Son buena crianza o cultura
las costumbres y modales
domésticos y sociales
que dan grata compostura.
Apropiártelos procura
con su práctica constante,
sin ser meloso y cargante,
ni falso, ni sistemático,
y a todos serás simpático
por culto, ingenuo y galante.



Los valientes

La riña; la lucha a que desgraciadamente es inclinada la humanidad mientras más atrasada está, es la manifestación más triste del hombre como fiera, como animal.

Los salvajes son los más luchadores; las razas antiguas, como bárbaras que eran, equivocaban ese secreto anhelo de prosperidad y gloria que todo hombre tiene, y, a falta de otros medios, que no conocían: el estudio, la hombría de bien, la virtud, hacían estribar en la fuerza bruta, que por algo se la llama así, su preponderancia y su progreso. Pero si esa fuera la

clave, ¿qué diferencia nos quedaría con las bestias que no pueden de otro modo preponderar sobre sus contendores?

Los llamados civilizados han revestido con otra forma ese instinto, hasta alcanzar tiempos mejores en que, más adelantados los hombres, veamos de otro modo *los principios*: y ahora riñen en la forma de guerras y batallas, a grandes distancias, en incontables masas, sin ver singularmente ni personalmente el pecho sobre que dirijen sus balas: bajo banderas convencionales y doctrinas más sugestivas que verdaderas: pero en medio de esos horrores todavía existentes, siquiera han suavizado su ferocidad y sus pasiones con la humanización de la guerra, por medio de ambulancias, hospitales, Cruz Roja, auxilios a los vencidos, canjes de prisioneros, armisticios, avisos o *ultimatums* a las ciudades sitiadas, etc., etc.

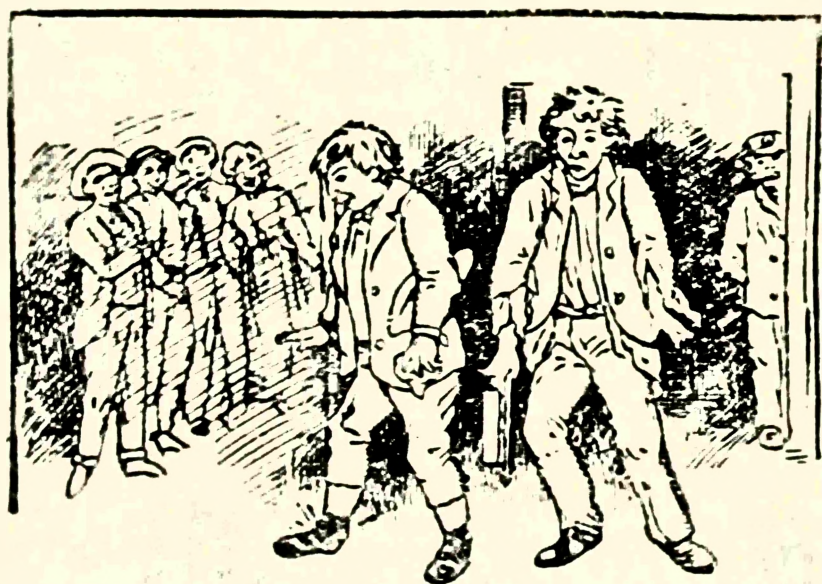
Mientras más burdo es el hombre, más inclinado es a la riña cuerpo a cuerpo y a adquirir fama de *valiente*. Fijaos cuando dos individuos del pueblo, amigos, se encuentran de improviso: en vez de saludarse como hacen los demás, los dos *se cuadrán*, como ellos dicen: esto es, se ponen en posición de luchadores: el uno amaga o pega al otro; el otro hace quites y figuras para ostentar su agilidad, y amaga otro golpe de sorpresa, que el contrario *se tapa*: ya está hecho el saludo y luego departen como amigos.

¿No es así como se reconocen los perros, los gatos, los gallos, los caballos, casi todos los animales?

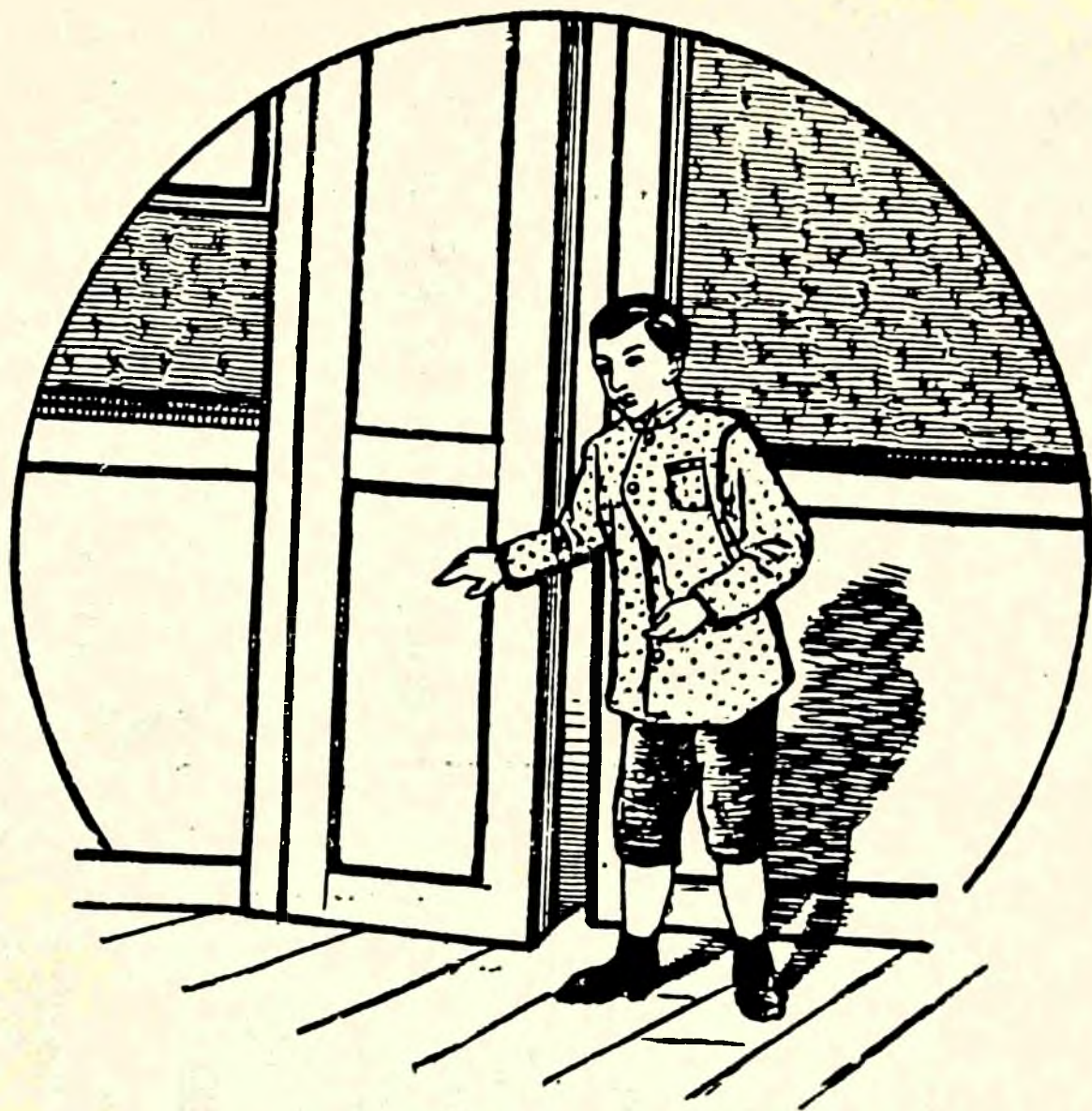
Y si es repugnante ver a dos seres racionales maltratarse como fieras, cuando deben amarse como hermanos, según su ley divina, ¿cuánto más triste y ridículo no será ver dos niños luchando? ¡Oh! Eso es tan repugnante, que lo que provoca al mayor que los mira es acogotar a cada uno de esos arrapiezos y ponerlos en posición cómoda para propinarles una azotaina.

Hay niños que creen, con sus bravatas y feo vocabulario, hacerse los cocos de las demás y preponderar sobre todos; otros se *las dan* de ternes, aun cuando en el fondo sean unos pichones; otros hacen de tripas corazón para que los necios de

sus compañeros o transeuntes, que nunca faltan, los tengan por *guapos*. ¡Mentira, chiquillos! ¡No creáis en los estímulos callejeros! Nadie fía en vuestro valor: lo que quieren esos ociosos es reir a costa de vuestros cardenales, sin responsabilidad ninguna, tener un espectáculo gratis de la riña de dos animalitos, como dos loros, dos gallos, dos *biringos*. ¿Qué proezas, qué maestrías se va a esperar de vuestras manitas y piernecitas? Nada: nada más que servir de hazme-reir de unos y de blanco de burlas de otros o de sandios y pasajeros aplausos de otros bobalicones como vosotros.



Bueno es que el hombre sea fuerte y ágil, práctico en el manejo de armas y mil cosas más, necesarias para la propia defensa, calculada y oportuna, y aún para ser fuerte al afrontar los muchos peligros de que la vida está llena; pero tiempo llegará para todo ello; por ahora tenéis padres o superiores que os guardan y castiguen a los que os ofendan; acudid a ellos; cuando tengáis juicio acompañadle con el valor; entonces os será tan útil cuanto ahora os es dañoso.



Prudencia-Circunspección

No escuches conversaciones
a que no se te convide,
ni entre chicos. ni entre grandes,
ni entre extraños, ni entre afines.
Si hay visitas en tu casa,
y los mayores reciben,
espera que se te llame
si quieren verte u oírte;
pues aunque de tí se hablara,

de tus faltas o tus chistes,
en conversación de grandes
no intervienen piquinines.

Si te llaman, vé, pausado,
saluda, cortés sonrío,
sin vergüenza ni arrogancia,
ni posiciones risibles;
siéntate, si te lo ordenan,
conversa, si te lo piden,
y terminado el objeto
pide permiso y retírate.
Si te hacen alguna broma
o algún reproche que pique,
no te enfades ni argumentes,
y con suavidad explícate.

Si alguna habilidad tienes
y que la luzcas te exigen,
hazlo gustoso, si puedes,
si no, que te excusen, dices.

Ante una puerta cerrada
jamás lo de atrás atisbes:
el espía es despreciable,
y es el más vil de los viles
si al sorprender un secreto
lo delata con sus chismes.

Ve que tu casa es santuario
donde la familia vive
segura con la confianza
que la fé y amor inspiren;
allí se hacen confidencias
de que en el siglo se eximen,

porque, reyes de su casa,
se ven felices y libres;
y tú fueras allí un Judas,
un traidor, un infelice,
si por tu boca traieras
ratos malos y difíciles.

Si hay personas de visita
no hagas gala de berrinches,
pues si atraes la atención
será por medio muy triste.
Si vienen niños con ellas,
hazles gustoso partícipes,
de tus juegos, y ese rato
tus juguetes no mezquines.
Cúidales, y si hacen faltas,
con tino y bondad, corríjeles;
no les suscites pendencias
y sepárales si riñen

La precocidad en ésto
es admirable y plausible
y no en dárselas de graves,
de payasos ni de linceas.

El que siembra la semilla del mal, tiene que saborear tarde o temprano su amargo fruto, que florece, se desarrolla y madura en la propia conciencia. Los malhechores de la humanidad son dignos de lástima, porque con su propia voluntad van labrando su ruina. El inicuo que en su ceguedad se cree omnipotente para hacer el daño a los demás, no comprende que él mismo se está poniendo el dogal al cuello: pertenece al género de los que habla Campoamor, que viven *dentro de su pecho ahorcados*.

FELICÍSIMO LOPEZ.

LA HAMACA

La hamaca es un artefacto de origen indígena americano. Es como una especie de estera o petate, pero de tejido solamente longitudinal y trenzados unos hilos con otros consecutivamente. En los extremos termina en asas formadas por los mismos hilos y al través de los cuales pasan tirantes de piola de ca-



buja que, a su vez, se unen en sus extremos para hacer otras asas muy resistentes, en las cuales se ha de fijar unas argollas de hierro, o aros, con los que se cuelga la hamaca de ganchos de hierro atornillados en dos paredes fronterizas o en pilares o dinteles.

El material de que se hacen es la paja de mocora, en el litoral del Ecuador, y la cabuya, en el interior. Es preferible

la mocora por su frescura, su duración, su suavidad y la gran flexibilidad que le da a la hamaca.

Entre las muchas especialidades de manufacturas en que sobresale la provincia de Manabí, como la de sombreros de toquilla, sillas de montar, dulces esquisitos, chocolate, jabones medicinales, etc., la de hamacas es una de las notables.

En los países calurosos de América, la hamaca es un mueble indispensable en el hogar. Ella recibe en su seno blando como el regazo de la madre, al recién nacido, le arrulla con el fresco ambiente que le procura y le adormece dulcemente con su rítmico vaivén, librándole de las picaduras de los mosquitos.

Ella brinda el más muelle lecho al fatigado labriego como al preocupado hombre público que, mejor que en una góndola en el Adriático, se balancea gozando las delicias de una grata lectura, de un sabroso cigarro o de halagüeños pensamientos; al chico y al grande, al enfermo y al sano, al débil como al fuerte plega su suave y fresco manto a todas las curvaturas y posiciones del cuerpo, como una manta, de modo que queda uno como sumergido en un colchón de seda, incomparable con el canapé o lecho mejor dotado de resortes. La madre de familia allí se mece con sus pequeños, como se columpia en su nido una ave con sus polluelos; y allí, en fin, la abuelita canturrea, mientras hace con agrado los zarcidos y enseña el alfabeto a los nietecitos.

No ha encontrado la industria europea nada que iguale a ése el mejor de los muebles para el menaje de una casa en clima tropical.

Pero todo lo bueno es bueno, cuando no se abusa del goce, niños míos, y niñas. sobre todo: el uso muy frecuente de la hamaca predispone a la molicie, a la inacción, a la pereza. Los músculos se relajan, se aflojan; todo se quiere hacer en la hamaca o se deja para luego, por no dejar de gozar ese reposo; el cerebro se embota, viene el sueño, se pierde el tiempo. Hay niñas que todo el día están columpiándose en las hamacas, a riesgo hasta de caer y hacerse daño, o marearse, canta que

canta, aturdiendo a los demás; y cuando van a una visita, a un templo, a un lugar en donde tengan que estar sentadas o quietas, se fastidian extrañando el vaivén de la hamaca, como el marinero el de su buque; a estas niñas las apodan familiarmente HAMAQUERAS, y esa es una censura que debe avergonzarlas.

No es prudente acostarse en la hamaca por mucho rato después de las comidas, porque sobreviene el sueño y eso es nocivo; lo mismo que lo es exponerse a tomar un resfriado el quedarse mucho tiempo en ella dormido durante la noche.

EL ECUADOR

Nuestra patria se llama Ecuador.

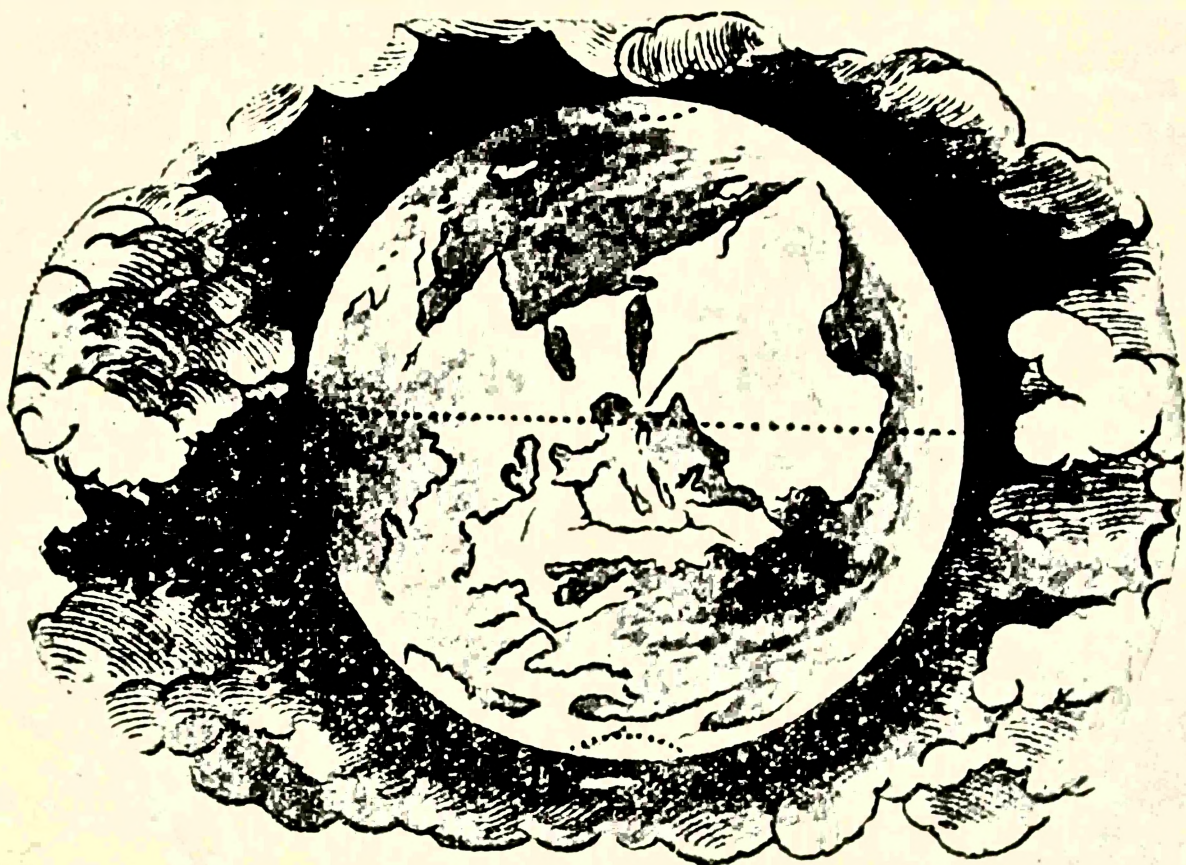
Nosotros somos ecuatorianos.

La Capital del Ecuador es Quito, ciudad edificada en las faldas del volcán Pichincha y que tiene más de cien mil habitantes. La fundó el español Diego de Almagro, el 15 de agosto del año mil quinientos treinta y cuatro, con el nombre de Santiago de Quito; mas después se le dió el nombre de San Francisco de Quito. Sebastián de Belalcázar, español también, tomó posesión de ella en diciembre del mismo año, a nombre del rey de España, del cual era súbdito.

Se le dió el nombre de Quito, para conservar el del reino de *Quitu*, de los Schyris, del cual fué también capital.

Se llama capital la ciudad en donde reside la cabeza del gobierno de un país. Allí vive el Presidente de nuestra República, que es el ciudadano nombrado por todos los demás ecuatorianos para que gobierne, esto es, para que dirija el manejo de todas las cosas públicas o que interesan a todos los habi-

tantes del país, como jefe de una gran familia, o gerente de una gran oficina pública en donde todos tienen sus intereses.



Como el mundo es esférico, en forma como de una naranja, a la parte media de toda esfera, es decir al círculo mayor, más saliente, se le llama ecuador, y como nuestro país está situado bajo esa línea (que no es real, sino imaginaria) tomó de allí el nombre de Ecuador.

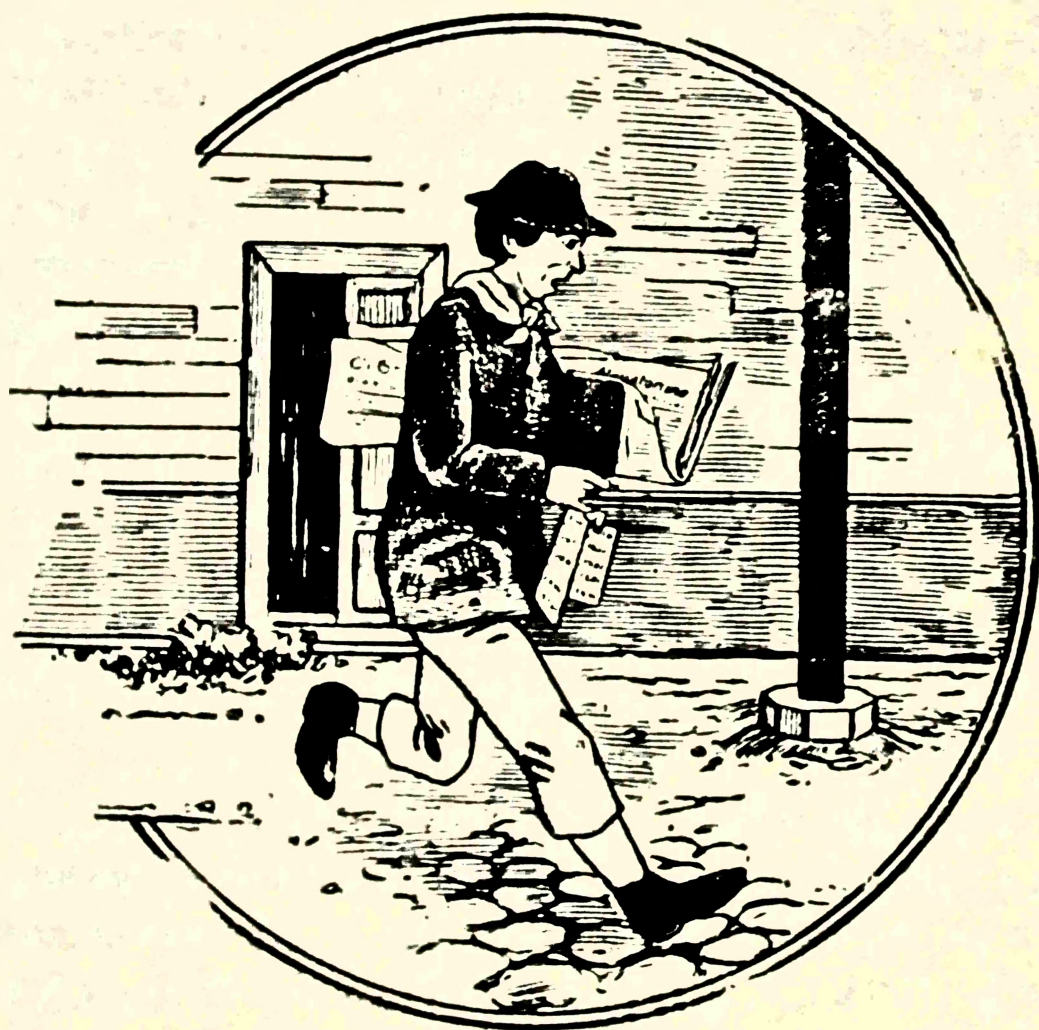
El hombre de carácter es el más independiente y libre de los hombres. No se postra sino delante de Dios, y se inclina reverente al proferir su nombre: en presencia de los grandes y de los opulentos, permanece de pie y con la frente levantada. Es que el carácter se impone siempre, a si en presencia de los magnates y de los sabios, como en la de los zafios y maldicientes: que lo que no alcanzan el estudio y la filosofía, se manifiestan espontáneamente en una alma levantada y en un honrado corazón.

ROBERTO ESPINOSA.

VENDEDOR DE PERIODICOS

Hay un gremio en el país, terriblemente bullanguero; atrocemente andariego; pero generalmente simpático: es el de los vendedores de periódicos.

Esa turba de muchachos que bulle, que se agita, que vo-



cifera, riñe y alborota en las oficinas de los diarios, es un elemento social digno de estudio, por ser típico entre las colectividades populares.

¡Pobres muchachos! Pero no son muchachos, sino hom-
brecitos precoces. Para ellos no hay, no existe, no saben qué

es la infancia ni cómo la entiende la sociedad en que viven. La infancia supone la inocencia, la casa paterna, los mimos del hogar, el juguete, la golosina, los recreos, los cuentos de la abuela, las visitas nocturnas de las buenas hadas, los obsequios de los Reyes en los zapatitos de raso, las apariciones fantásticas del buen viejo Santa Claus, con su larga barba blanca y su caja llena de confites, las aventuras cómicas del aporreado Polichinela, el dulce acento de las canciones que arrullan y aduermen en el suave regazo materno y el beso impregnado de ternura que cierra los ojos.

Es la infancia; esa es la que no conocen nuestros pobres suplementeros. Ellos vinieron al mundo en medio de los rigores de la suerte, y la miseria humana les reveló prematura y brutalmente todas las flaquezas de la vida; vino la necesidad, como maldita serpiente de cien cabezas y les acosó sin cesar, obligándoles a echarse fuera del humilde techo y a buscar un pan para el sustento y un trapo para cubrir sus miembros.

¡Pobres muchachos! Ellos nada ignoran: las alas blancas del ángel del candor no han batido sobre sus cabezas; pero, en cambio, saben que el mundo es malo; que los grandes oprimen a los chicos; que hay que estar siempre alerta contra cualquiera agresión torpe e injusta: que no hay más esperanza de amparo y de justicia que el propio puño.....

Por eso son belicosos estos pobres chicos y andan siempre con el ojo avizor atisbando por dónde viene el enemigo..... El enemigo es alguien que les arrebatara la grasosa moneda de las manos, que les arrancha el mendrugo de la boca, que les arrima un puntapié cuando la curiosidad o el deseo les acerca a algún puesto de venta, que les coge de la pretina y les lleva a la Policía.....

¡Pobres muchachos! ¿Qué han hecho al venir al mundo, para que les toque todas las asperezas de la vida?

¿Qué pensarán de los hombres, de las cosas y de los acontecimientos que los rodean? Deben pensar que la socie-

dad es muy mala, que la tiranía está en su apogeo y que en este mundo miserable hay que andar a batacazos.

Quizá no les falta razón. De ahí viene la piedra que colocan sobre los rieles del carro, con el propósito de que se descarrile; el canto que arrojan a la luna del farol; la palabrota que escriben en la pared recién pintada; el perro que azuzan contra el tímido transeunte; la botella que rompen en el empedrado; la rechifla que prodigan a todo el que tropieza y cae, sin distinción de edad, posición ni sexo. Son rebeldías contra la suerte perra y represalias contra la sociedad egoísta que les olvida y desampara.

¡Pobres muchachos! Débiles todavía sus brazos para levantar el fardo, incipientes de vigor y de energía para colocarse al lado del obrero adulto, ¿a dónde han de ir los infelices, si no van a las imprentas en busca de las hojas periódicas, que son alivio y consuelo en sus necesidades?

Y de allí salen, con los primeros albores del día, como una bandada de pájaros, llevando montones de periódicos, en carrera vertiginosa, pregonando noticias de todo calibre, con voz atiplada y notas agudísimas, sin que les importe un pito el más grave desastre de la flaca humanidad.

Aquel trabajo es bueno; se adapta a sus fuerzas y conviene a la inquietud de sus años y a la agilidad de sus pies: corren, saltan y ruedan sin soltar sus diarios, que apretan contra el seno y constituyen capital y crédito para ellos, pan para el hogar, alivio para la madre enferma, cuidado para el hermanito recién nacido.

Ellos son serios: el negocio es negocio; sus cuentas son claras; su comisión es retirada en seguida, diez veces contada, diez veces examinada cada moneda por la vista y el tintineo, y profundamente sepultada en lo más recóndito del hondo bolsillo, entre múltiples artículos menudos de diversos género y especie.

Ellos son honrados: sus compras las hacen al contado, con capitalito propio, que fluctúa entre veinte centavos y un sucre,

pero que admite desarrollo en el curso de las operaciones, sin dar lugar a quejas ni reconvenciones por abuso de confianza.

Ellos son inteligentes: el olor de la tinta de imprenta, sin duda, el trajín diario con los periódicos, el ambiente en que se mueven, les da cierto olfato periodístico, y saben los primeros si la edición del día tendrá mayor o menor circulación que la ordinaria, y gradúan la compra por la impresión que les hace la hoja cotidiana.

La opinión pública sobre la labor de la prensa comienza, pues, a formarse por el chico suplementero. ¡Es un hecho!

¡Pobres muchachos! De vez en cuando salen por ahí sociólogos y moralistas, de aquellos que andan componiendo el mundo, y se les ocurre hacer una redada con los chicos vendedores de periódicos, protestando contra la vagancia y clamando por la escuela, el taller, la moral, el bien público, etc., etc.

Desgraciadamente el mundo es así, defectuoso, y no hay quién lo componga. Esos chicos no son chicos: son hombres. La edad es corta, la estatura es pequeña: pero son cabezas de familia muchas veces y en todo caso un alivio inmenso para sus deudos! Hogares tristes, donde la miseria se acurruca en todos los rincones ¡qué sería de ellos, si no llegara cada mañana el bravo muchacho, trayendo consigo un rayo de alegría y haciendo sonar en su bolsillo las monedas ganadas con su trabajo: honradamente ganadas!

Obreras agobiadas por el trabajo, rendidas a la fatiga de una labor incesante y mal pagada; llenas de criaturas que se prenden a sus faldas ¡qué sería de ellas si faltara ese buen chico que partió al romper el alba, con los puños en los ojos, sacudiendo el sueño, y que ya vuelve con los recursos para el día, según lo anuncia su timbrada voz en el portal vecino!

¡Bah! Hay que dejar vivir a estos niños hombres, de moral deslucida por la miseria del medio ambiente, pero que son grandes benefactores en las bajas capas de la sociedad desvalida.

EL TRABAJO

El trabajo es la luz que ha guiado a las naciones a la consecución de la riqueza y la prosperidad, condiciones indispensables para la dicha, tras la cual, ya cayendo, ya levantando, corre desalado el hombre. El trabajo cuenta más victorias que los ejércitos de los conquistadores; y sus victorias, al revés de las otras, han determinado vida y bienestar, que, como celestial rocío, han descendido sobre las sociedades.

Es ley universal el trabajo: su cumplimiento ocasiona placer, y es la fuente de los mayores bienes. A todos nos atañe el deber de ser útiles y de contribuir al desenvolvimiento del progreso. Trabajar es realizar ese deber. Pueblo que trabaja es pueblo grande y glorioso: ahí están, como luminosos ejemplos: Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos de Norteamérica. Los siglos pasados crearon las letras de progreso, pero sólo Inglaterra, Alemania, Francia, los Estados Unidos y otras naciones modernas han escrito el libro de la libertad y la civilización.

Así como cierto personaje mitológico brotó de la frente de un dios, así, pero real y maravillosamente, del trabajo han salido esos cristalinos arroyos llamados ciencias, artes, industria y comercio, que están realizando el bienestar común.

Ya no es grande, como en los tiempos lejanos y oscuros, el que destruye a los hombres en los campos de batalla, sino el que propende a la conservación de la vida, y el que con su mano, áspera por el trabajo, empuña el arado, la pica o el martillo que le suministran el sustento, el hogar y la riqueza. Si se condena al que mata a un hombre, hay que condenar y execrar al que mata a millares en ese gran asesinato público que, para atenuar su enormidad, se disfraza con el nombre de guerra.

Ya no es grande el poderoso que, apoyado en su espada, subyuga pueblos y se adueña de ciudades, porque el robo no

pierde su condición de tal a causa de que la víctima, en vez de ser una sola persona, sea un pueblo o sea una nación. Al contrario: robar a muchos es un crimen mayor. ¡Maldigamos a los conquistadores y a las conquistas, sin que importe nada que los conquistadores empuñen el cetro de Carlos V o el bastón presidencial de Roosevelt! Grande es el que en su rostro tostado, como el de Bolívar, y en sus manos endurecidas, como las de Lincoln, lleva sus blasones de nobleza y sus títulos a la admiración.

Ni colectiva ni individualmente se puede obtener la grandeza, sino mediante el trabajo, porque éste es el único que da independencia, transmite valor y hace que se tenga confianza en sí mismo. Sólo el que vive de su trabajo se siente fuerte y alza gallardo la cabeza en medio de las tempestades que derriban a los que, ora por pereza, ora dominados por prejuicios de familia, se ganan la vida triste y artificialmente, gracias a los empleos públicos, que empequeñecen al hombre libre y dotado de inteligencia y voluntad superiores.

La civilización tiene en más al honrado obrero que al vago elegante que discurre por los dorados salones o las alegres cantinas, llevando en lo alto su nulidad. Este concepto es justo, y enaltece a la civilización, que proclama la gloria del trabajo y la deshonra de la ociosidad.

Mientras no se considere así el trabajo, no habrá esperanza de progreso, no habrá cómo confiar en lo porvenir, y el pueblo continuará su pesado y doloroso camino envuelto en las tinieblas de la ignorancia y el atraso, que por largo espacio han tenido encadenada a la humanidad.

¡Cuántos hombres que pudieran alcanzar la felicidad propia, y ser útiles al país, se nulitan a sí mismos y llevan una vida de obscuridad y privaciones!

Si somos civilizados, amemos el trabajo; si somos patriotas, amemos el trabajo. El trabajo es la mejor nobleza y el mejor título de recomendación que podemos exhibir.

Os invito a glorificar al trabajo y honrar a los trabajadores.

CARLOS ALBERTO FLORES.

EL MERITO Y LA FAMA

Sobre la calva cima de un apartado monte detúvose aquella veleidosa di-
vinidad de relucientes alas y trompeta brillante que se nombra la Fama.



La hija de Titán y de la Tierra detúvose en la cumbre para publicar desde lo alto y extender por el mundo las humanas proezas.

—¡Qué hermosas son tus alas y cuán alegre el timbre de tu aguda trompeta!—exclamó una voz afanosamente, surgiendo por las aberturas de las rocas.

La diosa desplegó sus niveas alas y prosiguió en su oficio hasta apagar la voz que la invocaba, con el clangor de su clarín sonoro; mientras el solitario de aquel monte abandonaba su caverna, con paso vacilante, recogién dose el traje desgarrado, como la sombra, obscuro.

—¡Escucha lo que tengo que decirte!—murmuró el solitario aproximándose—He soñado mucho tiempo contigo, visión esplendorosa; te he invocado mil veces, esperándote siempre, por que vieras mis dones.....¿Y cruzas por mi lóbrego retiro sin dirigirme siquiera una mirada?

Pero la Fama no escuchaba sus ruegos, ni se volvía a mirarle.

—¡Mensajera del padre de los dioses!—siguió la voz doliente.—¡Conságrame uno sólo de los ecos que arrancas a los valles!.... ¡Quiero escuchar mi nombre repetido por tu clarín robusto!.... ¡Quiero sentir mi frente rozada por tus alas!..... ¡Apiádate mi angustia y alivia mi congoja, que desfallezco de ansia....!.

La cruel divinidad se aproximó al abismo para emprender el vuelo, a punto en que un lamento de agonía la hizo volver el rostro.

El solitario estaba muerto, y de su cráneo brotó un pájaro dorado, que cantó alegremente:

—Yo soy el que moraba en su cabeza. Hoy renazco en la Gloria. Mi patria está en un sol que no se pone.

Dijo, y tendió al cenit sus alas de oro.

Y la hija de Titán y de la Tierra ensordeció los valles y los montes con su clarín sonoro, para anunciar al mundo la dolorosa gloria del Mérito.

MANUEL A. CAMPOS R.



Al establecer el sistema republicano que nos rige, hemos proclamado la virtud por norte de nuestras instituciones, y al gran objeto de su propagación deben dirigirse nuestros constantes esfuerzos en el cultivo de nuestras facultades intelectuales.

La tierra de los libres es la tumba de los esclavos y el sepulcro de los tiranos.

VICENTE ROCAFUERTE.



JUAN LEÓN MERA
Autor de la letra



ANTONIO NEUMANE
Autor de la música

Himno Nacional

C O R O

*¡Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria!
¡Gloria a tí! Ya en tu pecho rebosa
Gozo y paz, y tu frente radiosa
Más que el sol contemplamos lucir.*

Indignados tus hijos del yugo
Que te impuso la ibérica audacia;
De la injusta y horrenda desgracia
Que pesaba fatal sobre tí,
Santa voz a los cielos alzaron,
Voz de noble y sin par juramento,
De vengarte del monstruo sangriento,
De romper ese yugo servil.

¡Salve, oh Patria!, etc.

Los primeros, los hijos del suelo
Que el soberbio Pichincha decora,

Te aclamaron por siempre señora
Y vertieron su sangre por tí.
Dios miró y aceptó el holocausto,
Y esa sangre fué el germen fecundo
De otros héroes, que atónito el mundo
Vió en tu torno a millares surgir.

¡Salve, oh Patria!, etc.

De esos héroes al brazo de hierro
Nada tuvo invencible la tierra:
Desde el valle a la altísima sierra
Se escuchaba el fragor de la lid.
Tras la lid la victoria volaba;
Libertad tras el triunfo venía,
Y al León destrozado se oía
De impotencia y despecho rugir.

¡Salve, oh Patria!, etc.

Cedió al fin la fiereza española,
Y hoy, ¡oh Patria! tu libre existencia
Es la noble y magnífica herencia
Que nos dió el heroísmo feliz.
De las manos paternas la hubimos:
Nadie intente arrancárnosla ahora,
Ni nuestra ira excitar vengadora
Quiera necio o audaz contra sí.

¡Salve, oh Patria!, etc.

¡Nadie, oh Patria, lo intente!: Las sombras
De tus héroes gloriosos nos miran,
Y el valor y el orgullo que inspiran
Son augurios de triunfo por tí.
Venga el hierro y el plomo fulmíneo,

Que a la idea de guerra y venganza,
Se despierta la heroica pujanza
Que hizo al cruel español sucumbir.

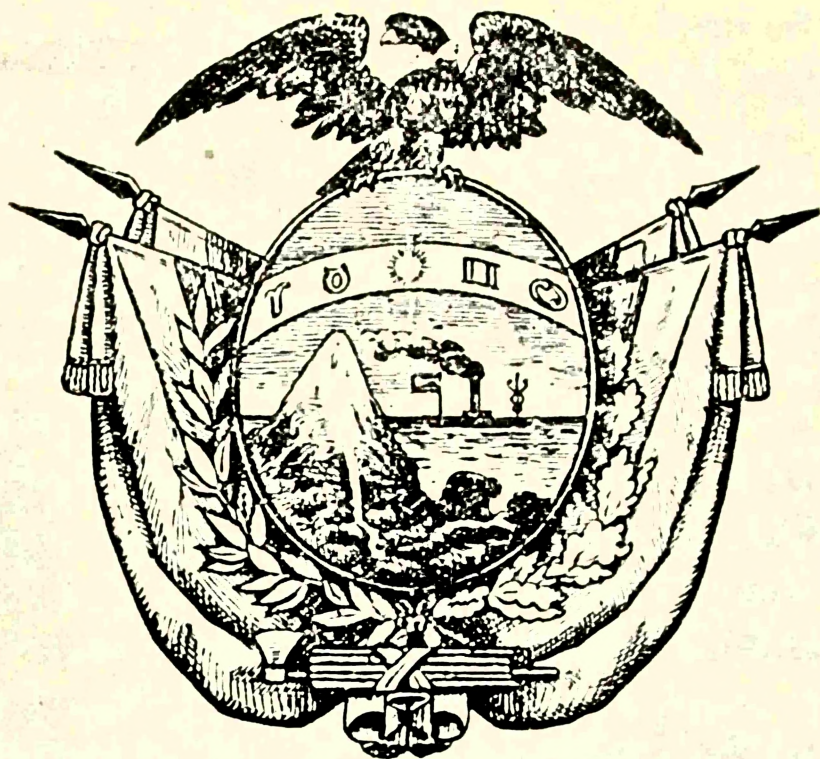
¡Salve, oh Patria!, etc.

Y si nuevas cadenas prepara
La injusticia de bárbara suerte,
¡Gran Pichiucha: prevén tú la muerte
De la Patria y sus hijos al fin!
¡Hunde al punto en tus hondas entrañas
Cuanto existe en tu tierra: el tirano
Huelle sólo cenizas, y en vano
Busque rastro de sér junto a tí!

HIMNO DE LA PATRIA, que reunes en tus notas todas las armonías, todas las aspiraciones y todas las glorias; que conmueves el alma con los recuerdos y las esperanzas, confundidos en luces y guirnaldas; que inspiras el valor del combate y el heroísmo del martirio; que llevas a donde vas un nombre, el de la Patria: marquen tu compás las fraguas y los martillos del trabajo; te canten los niños y los sabios, acompañados de coros del verdadero pueblo: no te pronuncien los labios perjuros; no te desvirtúen las hordas mercenarias; no te murmuren esbirros ni tiranos.

ANGEL POLIBIO CHAVES.





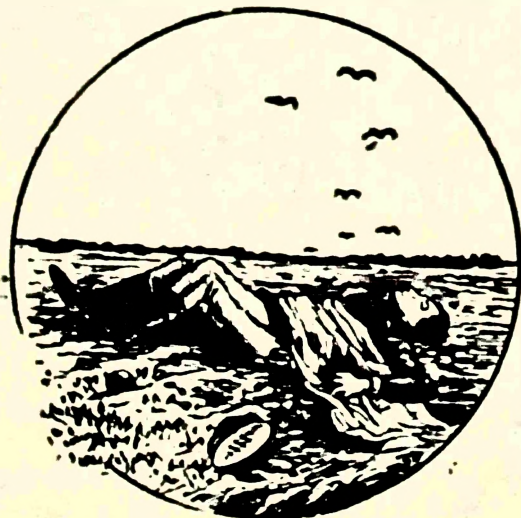
NUESTRO ESCUDO DE ARMAS

El Escudo de Armas de una nación es un símbolo o emblema de ella misma. A la manera que los particulares usamos timbres, cifras o signos especiales en nuestras cartas u otros escritos, así cada nación usa su escudo timbrado o impreso en las comunicaciones y documentos oficiales, papel sellado, &, así como bordado o pintado en sus pabellones y en los edificios públicos.

Nuestro escudo consta de un óvalo en cuyo interior, y atravesando la parte superior en forma de curva, aparece una porción del Zodíaco, en cuyo centro fulgura un sol a cuyos lados hay unos signos o figuritas que representan a los meses de marzo, abril, mayo y junio. En la parte inferior del óvalo hay una montaña o cerro nevado que representa a nuestro gran monte Chimborazo, uno de los más majestuosos y bellos del mundo. De allí nace un río que va gradualmente creciendo hasta hacerse caudaloso, y en esa parte caudalosa se ve

un buque a vapor cuyo mástil es un caduceo, símbolo del Comercio. Todo esto descansa sobre un haz de armas romanas, símbolo de la República, que es nuestra forma de gobierno. Exteriormente va este óvalo adornado con cuatro pabellones, dos a cada lado, tricolores: amarillo, azul y rojo: nuestra bandera, y por entre ellos surgen dos ramas: una de olivo, que significa la paz, y otra de laurel, que representa la gloria, el triunfo; y todo este conjunto va coronado por un cóndor en actitud de emprender el vuelo.

Ese cóndor se llama cóndor de los Andes, ave de rapiña que vuela a las más grandes alturas y hace sus nidos en las cumbres de las montañas más elevadas, que se encuentran en la cordillera o cadena o serie de montañas llamadas Andes y que atraviesa por nuestro país, siezdo uno de sus picos más salientes el Chimborazo, cuya altura le hace estar perpetuamente cubierto de nieve en la copa, porque en esas alturas el vapor de agua se condensa y cuaja haciéndose nieve. Esas nieves se licúan luego y bajan por las faldas de las montañas en forma de arroyos que se unen a otros que encuentran a su paso y, engrosando así su caudal, forman ríos que van a desembocar o arrojar sus aguas en otros ríos, o en el mar; y es por esto que en nuestro escudo figura nacer el río, del Chimborazo.



La Bandera

Todas las religiones han tenido símbolos para representar a Dios. Todos los pueblos de la civilización simbolizan la Patria en la Bandera; y es esa tela el suelo en que nacimos, las tradiciones de que nos alimentamos, los amores que nos abrasan, el pasado y el porvenir, las glorias y la esperanza: Dios mismo.

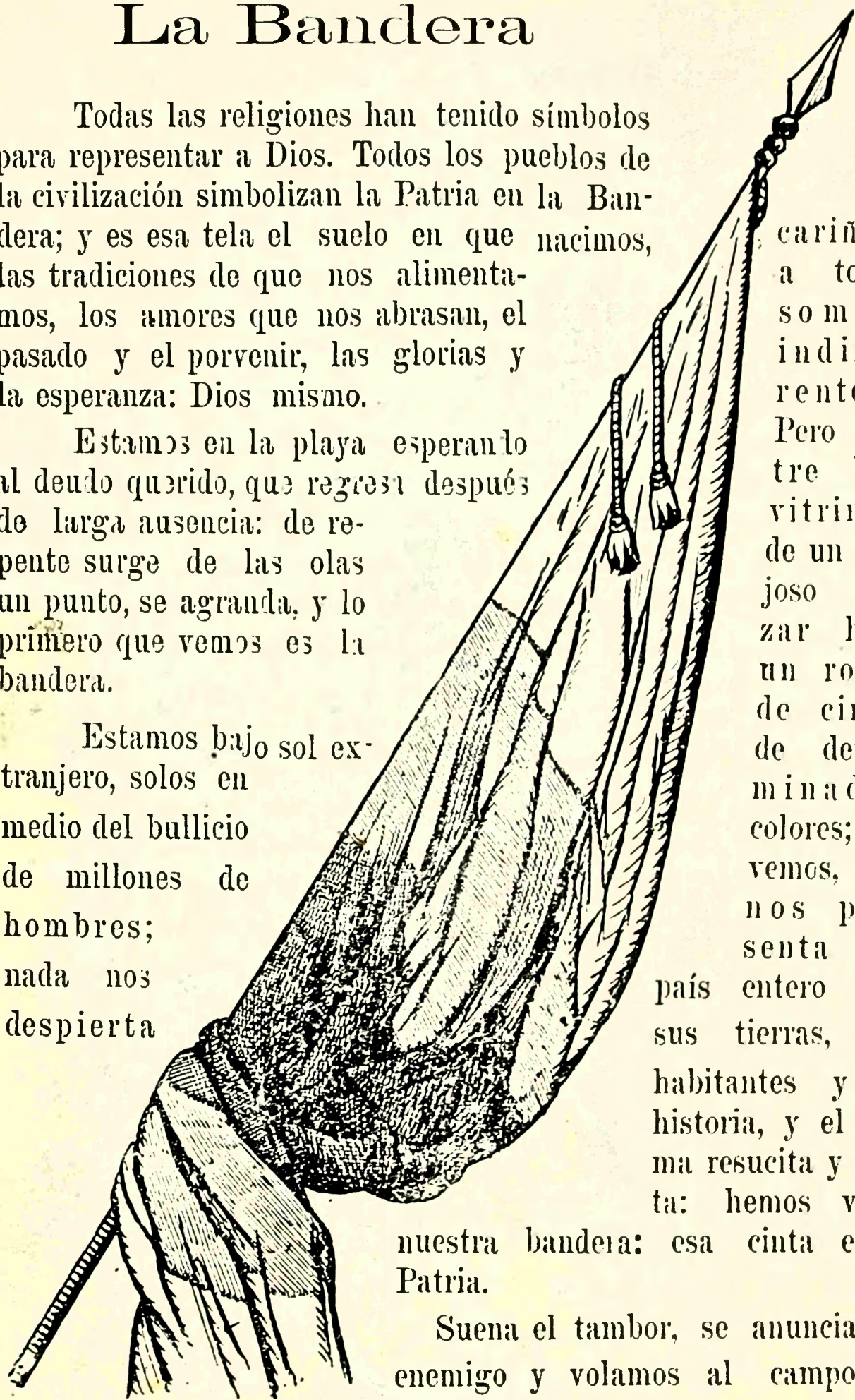
Estamos en la playa esperando al deudo querido, que regresa después de larga ausencia: de repente surge de las olas un punto, se agranda, y lo primero que vemos es la bandera.

Estamos bajo sol extranjero, solos en medio del bullicio de millones de hombres; nada nos despierta

cariño: a todo somos indiferentes. Pero entre las vitrinas de un lujoso bazar hay un rollo de cinta de determinados colores; le vemos, se nos presenta un país entero con sus tierras, sus habitantes y su historia, y el alma resucita y salta: hemos visto

nuestra bandera: esa cinta es la Patria.

Suena el tambor, se anuncia el enemigo y volamos al campo, al



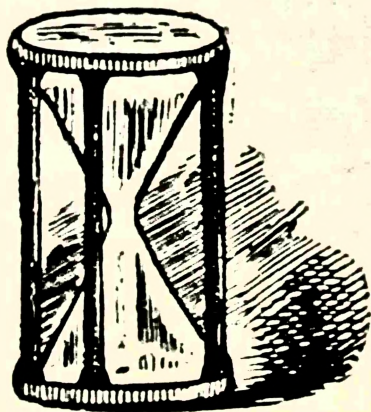
peligro, a la trinchera. No vemos al niño que llora, a la esposa que nos detiene, a la madre anciana que se desmaya: el rifle, el avance, la carga. No importa los que caen: no está allí la muerte para nosotros. ¡Adelante, en pos de la bandera! ¿Quién resiste, cuál es el que queda impassible, dónde está el indiferente si ve desplegarse al aire la bandera, ya sea en los peligros, en la desgracia o en la gloria?

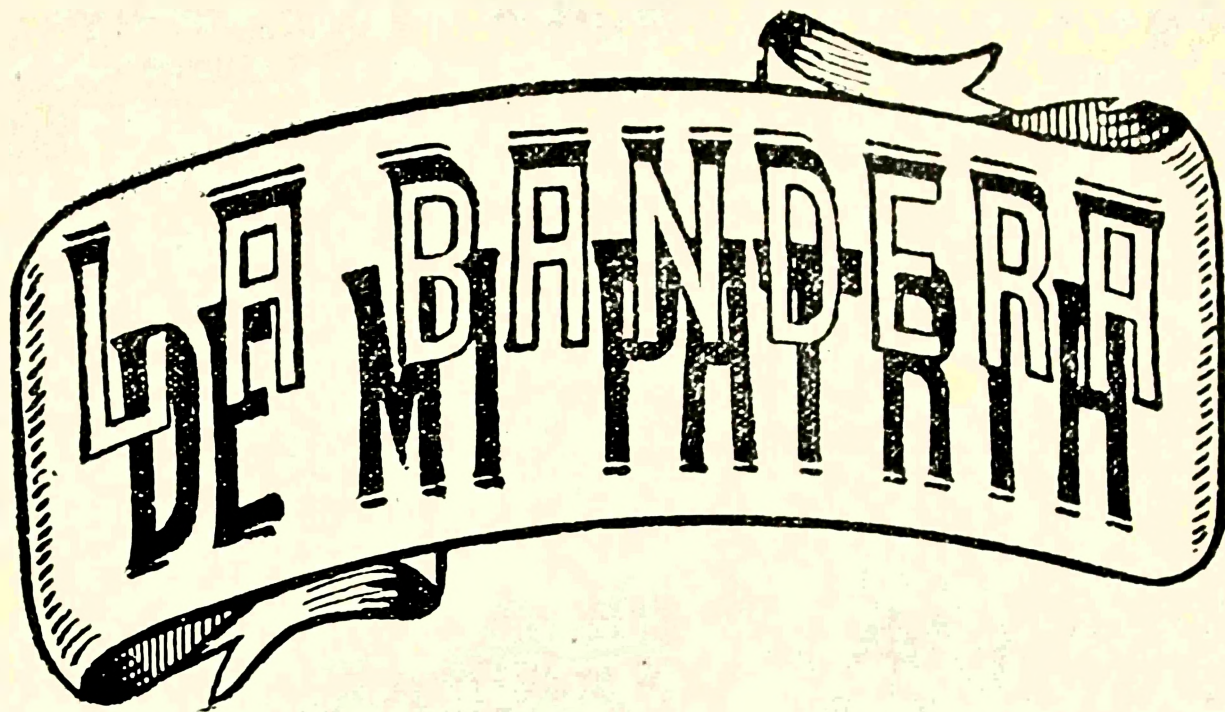
ANGEL P. CHAVES.

El Iris de la Patria

Puestos un día en secular campaña
El Ecuador y España,
Para el certamen de sus fuerzas, grandes,
Cada uno se apresura
A dominar la cumbre de los Andes:
¡Las águilas pelean en la altura!
Mas no se encuentra redención sin muerte:
Para salvar la ecuatoriana suerte,
Nuestra bandera: el Iris legendario,
Del Pichincha en la cúspide sublime,
Al morir Calderón, que nos redime,
Triunfa, como la cruz, sobre el Calvario.

F. MARTÍNEZ ASTUDILLO.





Amor de Patria ... ¡Qué nombre!

El más hermoso compendio
de todo cuanto hay de noble,
de todo cuanto hay de bello!

¡Amor de Patria! ¡Maldito
quien tome tu nombre excelso
para elevar tu estandarte
si nó es para enaltecerlo!

No ose llamarse patriota
quien con un mentido celo
alee pendón de revuelta
para corromper al pueblo.

Patria. es eso que balbuco
con dulzura el pequeñuelo;

Patria, la que evoca el joven
henchido de orgullo el pecho.

Patria. en el hogar enseña,
con trémula voz, el viejo.

Patria, la que arranca lágrimas
al que gime en el destierro;

Patria....., el último vocablo

del que de ella muere lejos. . . .

¡Patria! la que amó Bolívar;

¡Patria! la que canta Olmedo;

¡Patria! el grito de Ricaurte

al estallar San Mateo;

de Calderón, en Pichincha;

de Sucre, herido en Berruecos!

¡Patria! A tu nombre se agrupa

al pie de tu enseña, el pueblo,

y a las notas de tu himno

vibra un solo sentimiento.

¡Oh, Pabellón! A tu vista

surge un mundo de recuerdos:

¡todos heroicos, sublimes!

¡Todos grandes, todos bellos!

¡Símbolo de nuestros padres!

¡Manto de nuestros derechos!

¡Tú inspiras la santa envidia

hacia aquellos que te vieron

pasando de triunfo en triunfo

y de laureles cubierto!

¡Tú sugieres el arrojo!

¡Tú dictas el mejor verso!

Bajo este Iris, que es resumen

de nuestros santos derechos,

juremos, republicanos,

que no lo tremolaremos

para luchas fratricidas

que esterilizan el suelo.

Políticos de partidos:

sed en lo futuro cuerdos:

no malgastéis energías

en el ajeno provecho:

guardadlas para la Patria,

cuando peligre su cetro.
¡Entonces, sí, ecuatorianos:
uníos en abrazo estrecho:
de cada hombre, haced un héroe,
de cada protesta, un trueno;
cada corazón, escudo
y un baluarte cada pecho!

¡Aquí, a tu pié! ¡Siempre unidos,
formando un bloc nuestros cuerpos,
nos hallará el insensato
que pretenda hollar tu suelo
con la codicia por ley
y la audacia por derecho!

¡No te verás abatido!
¡Nó: jamás! Te lo ofrecemos,
mientras la última protesta
pueda exhalarse de un pecho;
mientras el último brazo
pueda agitarse en tu suelo!
..... Que si caen tus defensores
al golpe de un hado adverso, .
itú, Pabellón, tinto en sangre, .
de tus hijos, hecho flecos,
una pira de cadáveres
tendrás por muro postrero!

¡Siempre arriba, como el cóndor!
¡Siempre erguido, Heraldo nuéstro!
Que no en vano tus colores
de tán alto se trajeron!
¡Esplende arriba, bello Iris,
triunfante siempre y enhiesto,
en tu pedestal de nieves,
el Chimborazo soberbio,
y confunde tus colores
con los colores del cielo.....!

LA PATRIA

Cuando hablamos de la Patria recordamos con ternura las primeras impresiones de nuestra infancia; los recuerdos del abuelo y sus relatos venerandos; la primera sonrisa cambiada entre una vida que se despierta y la tierra que la recibe; el ledo murmullo del lenguaje materno; la dulce y prolongada contemplación de las mismas montañas, de idéntico cielo y del mismo río que lo refleja.

¡La Patria! Esto es: los primeros estremecimientos de un corazón de doce años delante de una página de historia; los primeros juramentos del adolescente a ese misterioso sér que jura amar; el descanso del anciano que vive tranquilo sobre el porvenir de sus hijos, y seguro de que la planta del extranjero ni profanará su templo ni pisoteará su tumba.

¡La Patria! Es decir todo un pueblo haciendo repercutir con paso franco y libre el suelo libre de un estado soberano; todo esto y más aún, y en una sola y mágica palabra, la reunión de todo cuanto ha puesto Dios de más sagrado y noble en el humano corazón!

La Patria, definida así, reclama de sus hijos el cumplimiento de los deberes que a ella les ligan, y que podríamos compendiar, con un pensamiento profundo, en estas palabras: creer en élla y amarla hasta el sacrificio.

SEGUNDO ALVAREZ ARTETA

PATRIA, en el vocabulario moderno, significa libertad, orden, riqueza y civilización; y estos bienes sociales arraigados en el suelo nativo, garantizados, bajo un mismo pacto de asociación política y representados por el signo de una misma bandera, son los que constituyen la verdadera Patria, y no únicamente los ríos, los montes, bosques y materialidad del suelo: suelo tuvimos por trescientos años; pero no teníamos Patria.

VICENTE ROCAFUERTE.

Ideas y colores

Los tres colores de la Enseña Patria no les formó el azar, sino el destino: y en esos tres colores que la forman tres grandes expresiones adivino:

El Pabellón Ecuatoriano airoso gualda, rojo y azul, flotando al viento muestra al mundo, orgulloso, triple símbolo augusto y victorioso de abundancia, heroísmo y juramento.

El gualda dice que la Patria es rica en vastos campos de doradas mieses; la lista roja indica la sangre ardiente que en sus hijos late, sangre pronta a correr en el combate, si con menguado intento y planta impura, hollara audaz usurpador su suelo; y en el celeste dice que lo jura por el azul radiante de su cielo.

MANUEL A. CAMPOS R.

Los colores del Pabellón Nacional

Las banderas o pabellones nacionales, a más de ser una enseña o símbolo de una nacionalidad, en sus colores y en sus emblemas expresan alguna idea que es la génesis u origen de su adopción.

La bandera primitiva de nuestro país fué la misma de

Colombia, la que ésta adoptó, la misma de Venezuela, cuna del Libertador y de la mayor parte de sus auxiliares, y fué la que figuró desde los primeros combates por la independencia. Esa bandera fué, y es aún, con muy pequeña variación, tricolor, esto es, de tres colores, que son, horizontalmente y de la parte superior a la inferior, 1.º amarillo, 2.º azul y 3.º rojo; razón por la cual se le llama Iris, por ser estos los colores originarios, los más vivos y dominantes, del arco iris, ese arco que se dibuja en el espacio en algunos días de tenue lluvia, y que no es otra cosa que los efectos de la luz del sol a espaldas del espectador, al atravesar una zona en que hay gotitas de lluvia en suspensión, y que viene a formar como un prisma de cristal terso, de esos que vemos en las lámparas de cristal o *arañas*, en donde verás hacerse iguales efectos de luz: la forma curva del arco proviene de la forma que tienen todos los planetas o cuerpos celestes, el sol que emite la luz, la tierra que la intercepta.

Mientras el Ecuador formó parte de la Gran Colombia, que así se llamaba la confederación o unión política de las naciones emancipadas por los guerreros de la independencia, su pabellón era el mismo que es hoy de Colombia; pero cuando, a su vez, se erigió independiente de esa confederación, creó el suyo, adoptando los mismos colores, pero no en las mismas proporciones que el de Colombia: en éste las tres franjas longitudinales son del mismo ancho, y en el nuestro se hizo a la franja amarilla ocupar la mitad longitudinal del pabellón, y la otra mitad los otros dos colores por iguales partes, esto es: el azul una cuarta parte de todo el ancho y el rojo la otra cuarta parte.

Respecto de la idea que haya encarnado o que sugiera el pabellón, juzgan algunos que el amarillo representa la riqueza mineral del suelo ecuatoriano, o del americano entonces; el azul el mar Pacífico que la baña, y el rojo la sangre vertida por sus hijos para independizarla; otros le dan otras interpretaciones diversas; pero nos inclinamos más a la que dice que la idea expresada es: el pabellón español, de la madre Patria, que es amarillo y rojo, dividido por una franja azul, explica la metró-

poli o madre, separada de la colonia o hija por el mar que las independiza, azul; quedando, sinembargo, siempre unidas moralmente por los lazos del idioma, las costumbres, la religión que le dió su genitora al hacerla nacer a la comunidad de los pueblos civilizados.

Como Guayaquil se independizó por sí solo, sin el concurso de las fuerzas de Colombia, el 9 de Octubre de 1820, se dió también su bandera propia, que era de cinco franjas, azules y blancas, alternadas, tres azules y dos blancas, con tres estrellas blancas en la franja central azul, significando las tres provincias que le acompañaban en su emancipación. A esta bandera se le llama la *Bandera de Octubre*, y varias veces ha alternado con la tricolor como nacional. Más adelante veremos ésto detallado, en su lugar correspondiente.



A LA BANDERA DEL ECUADOR

Flota orgullosa, espléndida y galana
Y ondula entre las ráfagas, ligera,
¡Oh, de mi Patria tricolor Bandera!
«Iris listado de oro, azul y grana.»

El alma al verte se alborozaba, ufana,
Y el pecho sus latidos acelera,
Como al brillar el iris en la esfera,
O el prisma de arrebol de la mañana.

¡Recuerdo de una Ilíada de Titanes!
¡De mi Ecuador imagen! Los dolores
Tú, de la ausencia, en el patriota calmas:

Roja, como el fulgor de sus volcanes;
Aurea, cual de su Sol los resplandores;
Azul, como su cielo y cual sus almas!

NUMA POMPILIO LLONA.

Amor patrio



preguntáis qué es la Patria
hijos de mi corazón,
al ver que en su nombre augusto
amarguras sufro yo.
La patria es el mundo todo
para el sabio pensador;
los hombres son sus hermanos
y su solo padre, Dios.
Jesús por nuestro planeta
en su peregrinación,

dictó leyes de concordia,
de paz, justicia y amor,
y ni de razas distintas
ni de fronteras habló.

La fuerza, que es ley suprema,
estableció división
en el patrimonio humano,
y al más débil obligó
a vivir en una choza
y a trabajar con ardor,
mientras que derrocha el rico
el oro que amontonó.
El egoísmo fué norma
del humano corazón.
el desheredado hambriento
o pan o tierras robó.
y así se fueron formando,
bajo el peso del dolor,
el esclavo y el magnate,
la comuna y la nación.

Yo no quiero, hijos del alma,
eso jamás, eso nó.

apagar en vuestros pechos
de la patria el santo amor:
Amad, amad el terruño
bello, que hacer os vió:
dad la vida por su nombre;
sentid la noble ambición
de que progrese en el mundo
por su saber y valor,
y respeten las naciones
su glorioso pabellón
Trabajad por que sus campos
labre el hombre emprendedor,
por que cruce sus montañas

de la civilización
el monstruo que arroja llamas
movido por el vapor,
y por que surquen sus ríos,
do natura prodigó
todos sus bienes benditos,
el yanqui y el español,
el francés, que planta ideas,
el britano, que rompió
las cadenas del esclavo
y, con indomable ardor,
al comercio y a la industria
inmensas sendas abrió.....

Mas en vuestro afán prolijo,
vuestro patriótico ardor
nunca olvide que los hombres
son todos hijos de Dios;
y nunca, por egoismo
o por sórdida ambición,
olvidéis las fraternales
reglas que Jesús dictó,
al predicar en el mundo
su santo credo de amor.

N. A. GONZALEZ.

Patria y hogar

¿Amáis el hogar? Es decir, ¿amáis padre, madre, hijos, hermanos? Hasta la muerte, me responderéis. Pues ensanchad ese sentimiento y tendréis lo que llamamos Patria; esto es, el hogar engrandecido con todos los encantos de la niñez, los afectos de la juventud y los dulces recuerdos de la vejez. El

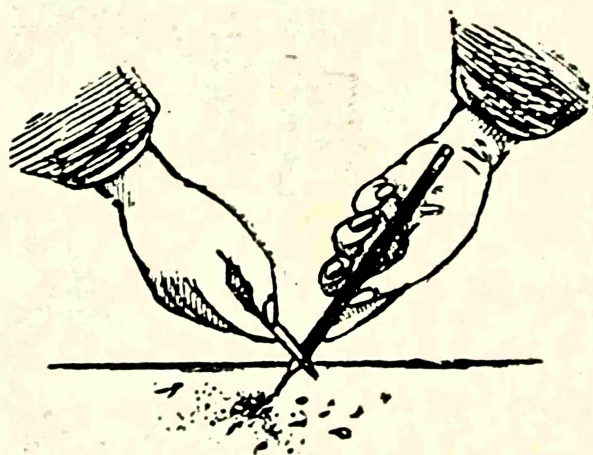
hombre al nacer, al respirar la primera bocanada de aire que abrió sus pulmones, y dar el primer grito de llanto, que caracteriza al planeta en donde va a vivir, ha respirado también todas las condiciones del medio ambiente, y se identifica con él y lo ama hasta la muerte, y aún más allá, porque los afectos del hogar y de la patria tienen que vivir cuanto vive el espíritu, es decir: eternamente. No importa que el hombre, por las vicisitudes de la vida, tenga que dejar y alejarse del hogar y de la patria. A donde vaya lleva consigo y mantiene vivo en lo más profundo de su alma el fuego que esa mano que se llama Destino, pero que en realidad es la Ley, encendió en su pecho para que nunca se apagara. Por eso el nombre de Patria entusiasma, enloquece, ennoblece y hace héroes y mártires.

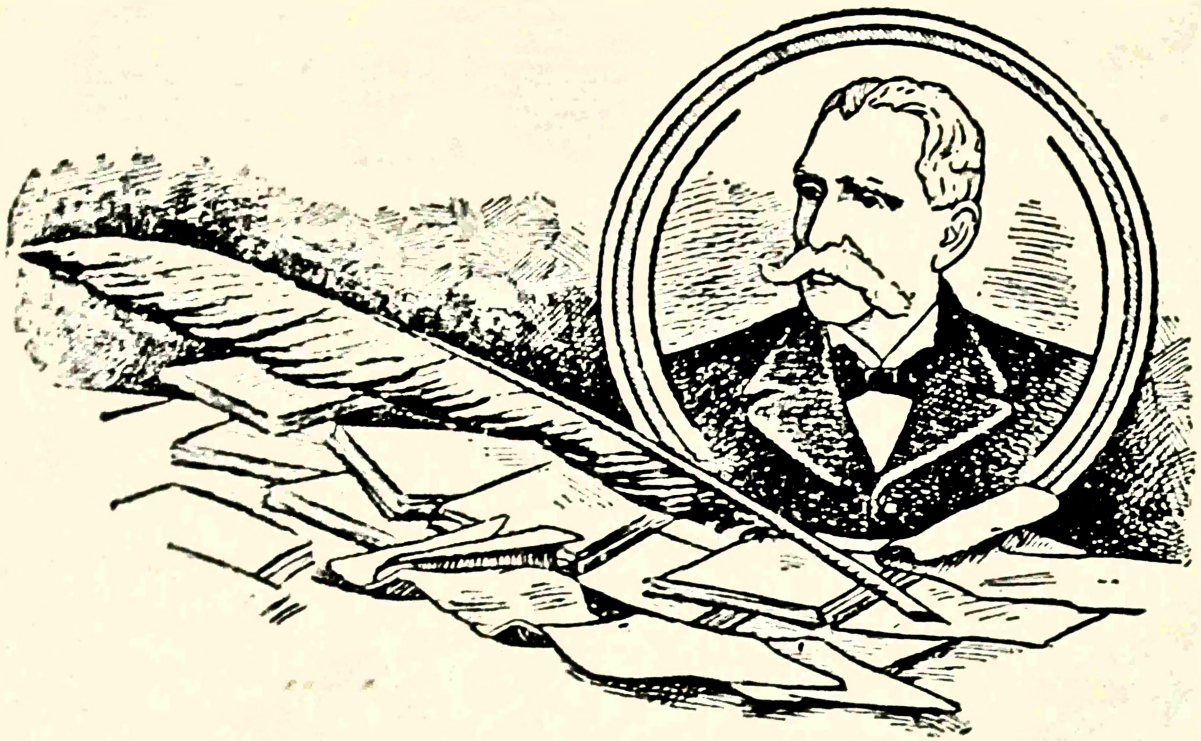
FELICÍSIMO LOPEZ.

El primer vínculo que liga al hombre a la Patria es la familia, y, generalmente hablando, no puede ser buen patriota el que no es buen hijo, buen esposo, buen padre y buen amigo.

Del hogar doméstico se desprende la chispa que enciende en los corazones sensibles el amor a la Patria, que reconcentra todos los afectos que exaltan el entusiasmo y arrebatan el alma.

VICENTE ROCAFUERTE.





ILUSTRAD

La libertad es luz, americanos:
Solamente cuando arde y resplandece
La antorcha de las ciencias, aparece
Pueblo sin oprimidos ni tiranos.

Vierta el saber sus rayos soberanos
En toda inteligencia que amanece,
Y la pompa veréis con que florece,
Generación de nobles ciudadanos.

Pero en pueblo de turbas ignorantes,
Como esas hordas que a Natura plugo
Sepultar en las selvas más distantes,

Cualquier idiota audaz será el verdugo,
Y a sus pies los estúpidos restantes,
Rebaño vil serán, que bese el yugo.

Luis CORDERO.

9—¿Hay algún geógrafo moderno, ecuatoriano?

RASGOS HISTORICOS

América

EL REINO DE QUITO

LA CONQUISTA—LA INDEPENDENCIA

LA REPUBLICA.



Cristóbal Colón

Domingo Colombo une su suerte con la de Susana Fontanarrosa, ambos italianos. Adquieren cuatro hijos y una hija: Juan Peregrino, que vive 20 años: Cristóbal, que nace en Génova, en 1436: Bartolomé, en 1442: Diego, en 1446, y abraza el sacerdocio: por último nace la hija llamada Blanca, la cual se desposa con Santiago Bavarello, y tienen un solo hijo: Pantaleón.

Cristóbal es bautizado en la iglesia de San Esteban, servida entonces por religiosos benedictinos.

Domingo ejerce los oficios de cardar lana y de tejer paños, y Cristóbal se ocupa en los oficios de su padre durante algún tiempo.

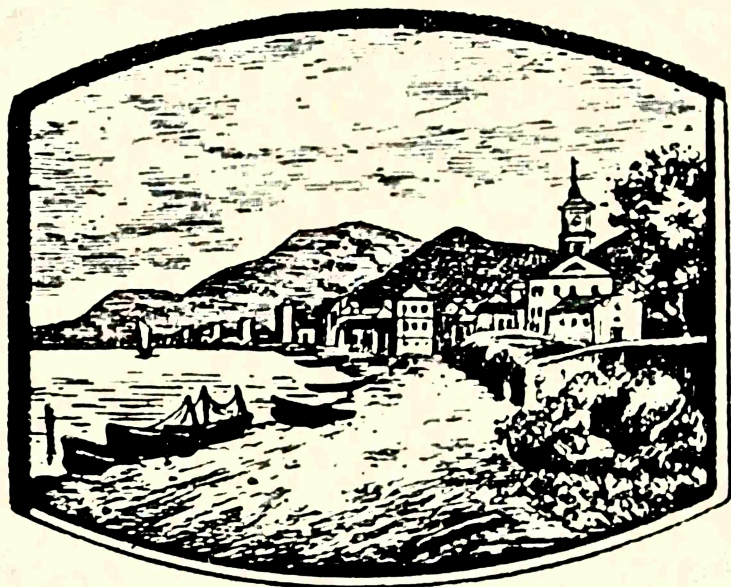
En las escuelas de Génova aprende la aritmética, el dibujo y la pintura: sobre todo, la religión: luego concurre a la universidad de Pavía, y es en ésta donde estudia el idioma latino, principalmente geografía, matemáticas, astronomía y el arte de navegar.

Merced a su poderosa inteligencia hace rápidos progresos y se distingue en todos los aprendizajes a que se dedica.

A los 14 años abraza la carrera de marino, en la que permane-

ce hasta los 33, surcando los mares conocidos de entonces y haciendo proezas de valor y de habilidad.

En sus primeras cartas latiniza su apellido Colombo y escribe Columbus y Colomus; de Columbus resulta la palabra Colombia; y de Colomus el patronímico Colón.



COGOLETO—ITALIA
Aldea nativa de Colón.

El apellido italiano Colombo significa paloma que lleva la cruz, y es muy semejante a la voz latina Columba, que quiere decir paloma, la cual es emblema del Espíritu Santo y recuerdo del Arca de Noé. El término Cristóbal nace del vocablo latino Christoferens, y éste significa a su vez, hombre que lleva a Cristo, hombre que difunde la luz del Evangelio: por consiguiente, la palabra Cristóforo y el apellido Colombo denotan una misión providencial, que debe ser cumplida por él en el mundo.

BENJAMÍN ENDARA.

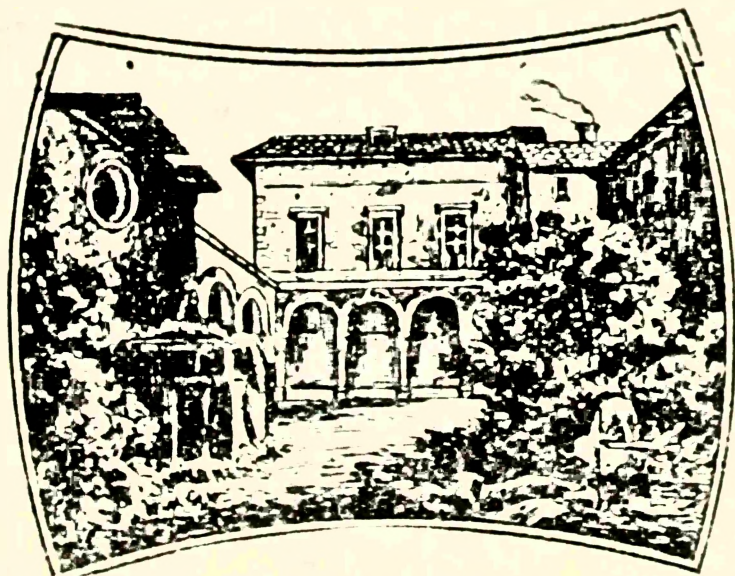
Colón ofreciendo un mundo

En el tiempo de Colón no se conocía en el Viejo Mundo, como llamamos hoy al solo Continente antiguamente explorado, la forma de nuestro planeta que hoy conocemos. Había muchos errores respecto de eso, pues los navegantes no habían atravesado los océanos, no se tenía noticias de otras tierras, y el mismo antiguo Continente no era todo conocido. Por esto unos creían que la Tierra era plana, que el sol giraba en derredor de ella, que estaba quieta: que las aguas del Atlántico iban a derramarse como una gran catarata, allá, en un borde lejano, para caer en los abismos, etc. Por eso Colón, al afirmar

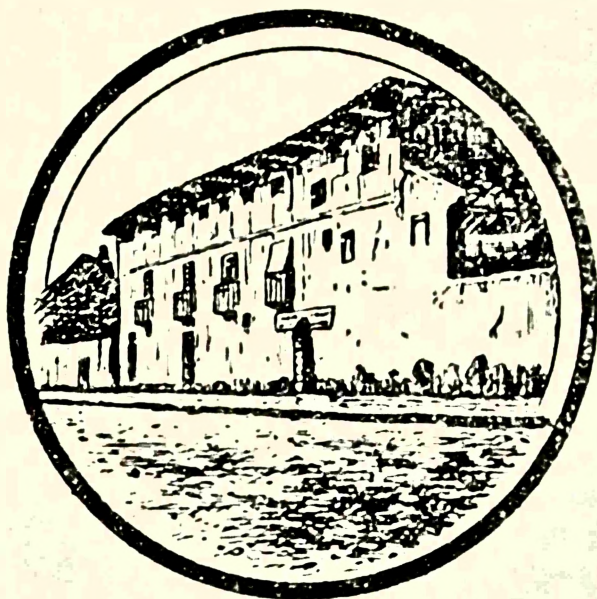
que la Tierra era redonda, y que la gran masa del antiguo Continente necesitaba indudablemente un contrapeso que debía existir al otro lado del mar, fué considerado loco y ateo, porque las Sagradas Escrituras no hablaban de eso, y él, con sus teorías, las contradecía.

Y sufriendo mil penalidades de corte en corte, con un mundo a cuestas, puede decirse: implorando auxilios que le negaban con desdenes, cuando no con amenazas o estigmas, cada vez que tenía que demostrar sus razones ante los eruditos y discutir con los sabios intransigentes, dió, por fin, con la entonces poderosa corte de España.

«Cristóbal Colón, nacido en Génova, gran matemático y cosmógrafo, pasó por los años de 1467 al servicio de los portugueses, que por entonces llamaban extraordinariamente la atención de la Europa por sus descubrimientos marítimos.—Familiarizado con la navegación desde sus primeros años, y animado del deseo, muy general entonces, de descubrir el derrotero por mar a las Indias Orientales, sus muchos conocimientos geográficos y su genio le llegaron a persuadir que allende el Atlántico debía haber un gran continente, o que, caminando siempre hacia el Oeste, se hallaría un paso a las Indias más corto y diferente del que seguían los venecianos, y del que habían descubierto los portugueses. Preocupado con esta idea, dirigióse sucesivamente a las cortes de Génova, Portugal, Francia e Inglaterra, para ser ayudado en este pensamiento, siendo desechado en todas partes. Los Reyes Católicos, ocupados con la toma de Granada, tampoco le atendieron en un principio: pero tomada Granada, insistiendo Colón, y ayudándole Fr. Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida, la grande Isabel, como reina de Castilla, favoreció su pensamiento, y le proporcionó tres pequeñas embarcaciones, que tuvo a sus órdenes Colón con el título de ALMIRANTE.



Casa que a Colón obsequiaron los reyes de España en Sevilla.



Casa en donde murió Colón, en Valladolid.

Se embarcó el 3 de agosto de 1492 en el cabo de PALOS de Moguer, y después de una larga navegación, con gran peligro de su vida, amenazada muchas veces de los mismos que le acompañaban, el 11 de octubre descubrió tierra. Arribaron, pues, a las islas Lucayas, llamando a una San Salvador, a otra Isabela, y a la tercera Fernandina. Dirigiéndose después hacia el Sur, descubrió las islas de Cuba y Haití, que llamó Santo Domingo o la Española. Cuando volvió a España fué acogido por los Reyes y por el pueblo con señalada honra y entusiasmo general.

Hizo su segunda expedición en setiembre de 1493, descubriendo las CARIBES, la DOMINICA, la GUADALUPE, PUERTO-RICO y la JAMAICA, volviendo a la Península, no ya para recibir plácemes y distinciones, sino para sincerarse de las calumnias de que era objeto en la Metrópoli.—En 1498 emprendió su tercer viaje, descubrió la isla de la TRINIDAD, y entonces fué cuando, observando el gran río Orinoco y la latitud de las costas inmediatas, conoció que un río tan caudaloso no correspondía sino a un vasto continente, y que éste no podía ser el Asia, porque su latitud no se extiende tanto; se convenció, pues, de haber descubierto, nó un nuevo y más breve camino para el Asia, sino otro continente, otro hemisferio, un NUEVO MUNDO.

Parece increíble: la envidia de sus enemigos triunfó sobre sus altos hechos, y llegó a España cargado de cadenas, cuando había ya muerto, para el colmo de su desgracia, la gran reina de Castilla, su protectora. Consumido de tedio y llena su alma de hondos pesares, murió en Valladolid en 1506, sin haber tenido siquiera la gloria de dejar su nombre al país descubierto.—El Nuevo Mundo recibió el nombre de un aventurero florentino llamado AMÉRICO VESPUTCIO, quien en 1499 siguió con algunas naves el derrotero dos veces corrido por Colón, habiendo el tiempo confirmado esta injusticia.»



Colón e Isabel la Católica

Orillas del Atlántico, sentado,
vuelta la faz a donde muere el día,
el Genio Audaz del Porvenir gemía
cual Icaro a la tierra encadenado.

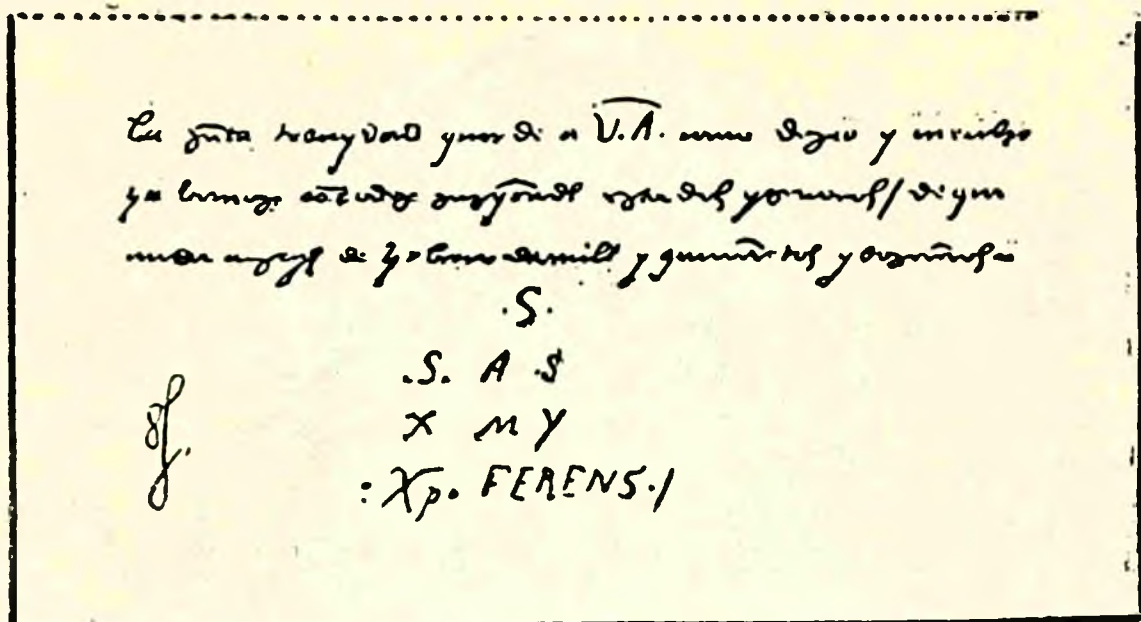
Vanamente un mortal, predestinado,
en el hombro titánico ponía
el ala de su excelsa fantasía
señalándole el mar nunca surcado.

Al precio entonces de sus propias galas,
Reina triunfante ayer del Islamismo
le vistió *la segunda de sus alas*;

y él, con vuelo impertérrito y seguro,
salvando el vasto, proceloso abismo,
dió al hombre el Continente del Futuro.

NUMA POMPILIO LLONA.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Facsímil de la firma de una carta de Cristóbal Colón, fechada en Granada en 6 de febrero de 1502, a los Reyes Católicos, exponiendo algunas consideraciones sobre el arte de navegar.

La explicación de este facsímil es como sigue:

«La Sancta Trenydad guarde a Vuestras Altezas como deseo y menester habemos, con todos sus grandes Estados y señoríos. De Granada a seys de hebrero de mil y quinientos y dos años.»

La firma dice: «Servidor Sus Altezas Sacras. Jesús María Yoseph. Christoferens.»

Hay que saber que XPO es la abreviatura del griego KRISTOS, que con la palabra latina FERENS (portador), forma CHRISTOFERENS (portador de Cristo), que es el origen del nombre Cristóforo, Cristóbal.

AMERICA

América se llama una de las cinco partes de tierra que hay en el mundo o globo terráqueo, que es en donde habitamos los humanos.

Lo demás del mundo es agua hasta diversas profundidades en que vuelve a encontrarse tierra, que se llama fondo, cauce, cuenca o lecho del mar, río, lago, etc.

La América estuvo antes habitada por gente que vivía en estado salvaje. Era como un inmenso bosque, una tupida montaña sembrada sólo aquí y allá de pequeñas poblaciones de indios, que tenían su idioma propio, que vivían de la caza y de la pesca y uno que otro fruto cultivado, y cuya principal ocupación era la de guerrear continuamente los unos con los otros.

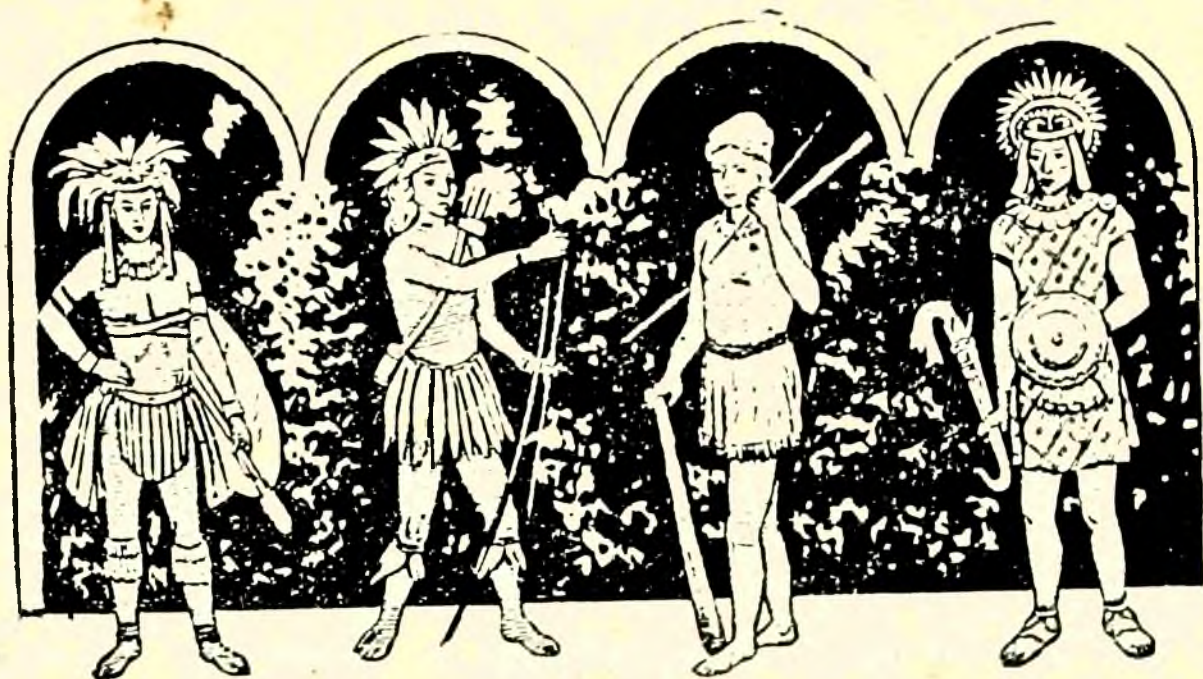
Un intrépido marino italiano, llamado Cristóbal Colón, fué el primero de los civilizados que vino a América el año 1492, al mando de una expedición que se componía de tres pequeños buques, llamados la SANTA MARÍA, la PINTA y la NIÑA, con sus correspondientes tripulaciones.

El dinero para formar esta expedición se lo dieron los reyes de España, y por esto fué que España se hizo dueña de todos los puntos de América descubiertos por Colón, y por otros navegantes españoles que luego vinieron y siguieron descubriendo tierras que se llamaron colonias españolas, para lo cual tuvieron que emprender en luchas con los indios, aborígenes o naturales de América, que se negaban a reconocer su dominio, razón por la cual a dichos guerreros se les llamó conquistadores.

Poco a poco se fueron formando colonias españolas, portuguesas, inglesas, francesas, holandesas, según las naciones europeas que patrocinaban los descubrimientos, y así vivieron estos países muchos años reconociendo el dominio de aquellos hasta que, encontrándose ya suficientemente civilizados, fuertes y capaces de manejarse a sí mismos y proveer a su existencia, se independizaron o emanciparon de la tutela de sus conquistadores, haciendo uso de ese derecho natural que las sociedades, así como los individuos, tienen, de ser libres y autónomos, mientras hagan uso recto de esas prerrogativas.

Mas como es deber sagrado la gratitud, y como la adquisición de libertad no es ofensa para el tutor, de allí que todas las colonias que se hicieron naciones independientes, conservan hasta hoy buenas relaciones con aquellas de que dependieron, y en reconocimiento de los bienes que les hicieron dándoles su civilización y su idioma, les dan el dulce epíteto de MADRE PATRIA.

Por esta razón, el Ecuador, nuestra patria, que fué colonia de España, a consecuencia de la conquista por Francisco Pizarro, que llegó a ser virrey del Perú, a cuya jurisdicción durante el coloniaje perteneció el territorio que después fué Ecuador, llama a España la Madre Patria.



AZTECA

BOGOTÁ

QUITO

PIRÚ

Los pobladores de América

La América, esa inmensa región del globo formada por dos vastísimos continentes, unidos por el istmo de Panamá, se halla bañada en sus costas por los dos mayores océanos del mundo: ocupa un hemisferio, y sin embargo no fué conocida hasta fines del siglo XV.

A la época de su descubrimiento se hallaba poblada. Vastos imperios, numerosas tribus, razas diversas, habitaban toda la extensión de su territorio. Se hablaban dos mil lenguas y existían cuatro vastos imperios, regidos por leyes y dinastías que se contaban desde el año mil de Jesucristo: el imperio de Méjico, el de los Bogotás, el de los Shiris y el de los Incas. Para llegar a tal grado de civilización era necesaria edad remotísima, y, en consecuencia, es forzoso convenir en que la América se hallaba poblada muchos siglos antes de su descubrimiento.

¿De dónde vinieron sus primeros habitantes? ¿Fué una sola familia o raza la que inmigró viniendo de otro Continente, o aparecieron distintas en diversas épocas, que se desarrollaron y extendieron sin comunicarse unas con otras? ¿Descienden del mismo origen las tribus que acampaban a las orillas del lago Ontario y las que levantaron el trono del imperio de los Aztecas, como las que rodeaban el solio de los Incas, esos césares del Sur? Cuestiones son éstas que han ocupado a los modernos historiadores y cuya solución creemos que se halla aún distante.

FRANCISCO CAMPOS.



Medalla con los bustos de los Reyes Católicos—Real Museo de Madrid

El Nuevo Mundo

El viernes 3 de agosto de 1492, tres carabelas salían de la costa de la península española, a las órdenes del marino genovés Cristóbal Colón.

Estos tres buques iban simplemente a atravesar el océano Atlántico por la primera vez en la historia de los siglos. ¿Qué iban a buscar? Un Continente.

Los tres buques partieron; y el viernes 12 de octubre llegaron a una pequeña isla del océano, a la cual dieron el nombre de San Salvador. El 28 vieron la isla de Cuba. Más tarde arribaron a Santo Domingo. Colón regresó a España. El mar de las Antillas y su archipiélago estaban descubiertos.

El 25 de octubre de 1493 sale Colón por segunda vez y descubre en este viaje las islas de Guadalupe, Puerto Rico y San Martín.

En el tercer viaje halla el continente americano; y, por último, anciano septuagenario, se embarca por cuarta vez, llega a las Canarias, Puerto Rico, Martinica, Costa de Veragua, Portobelo, y el 7 de setiembre de 1504 llega a San Lúcar en España.

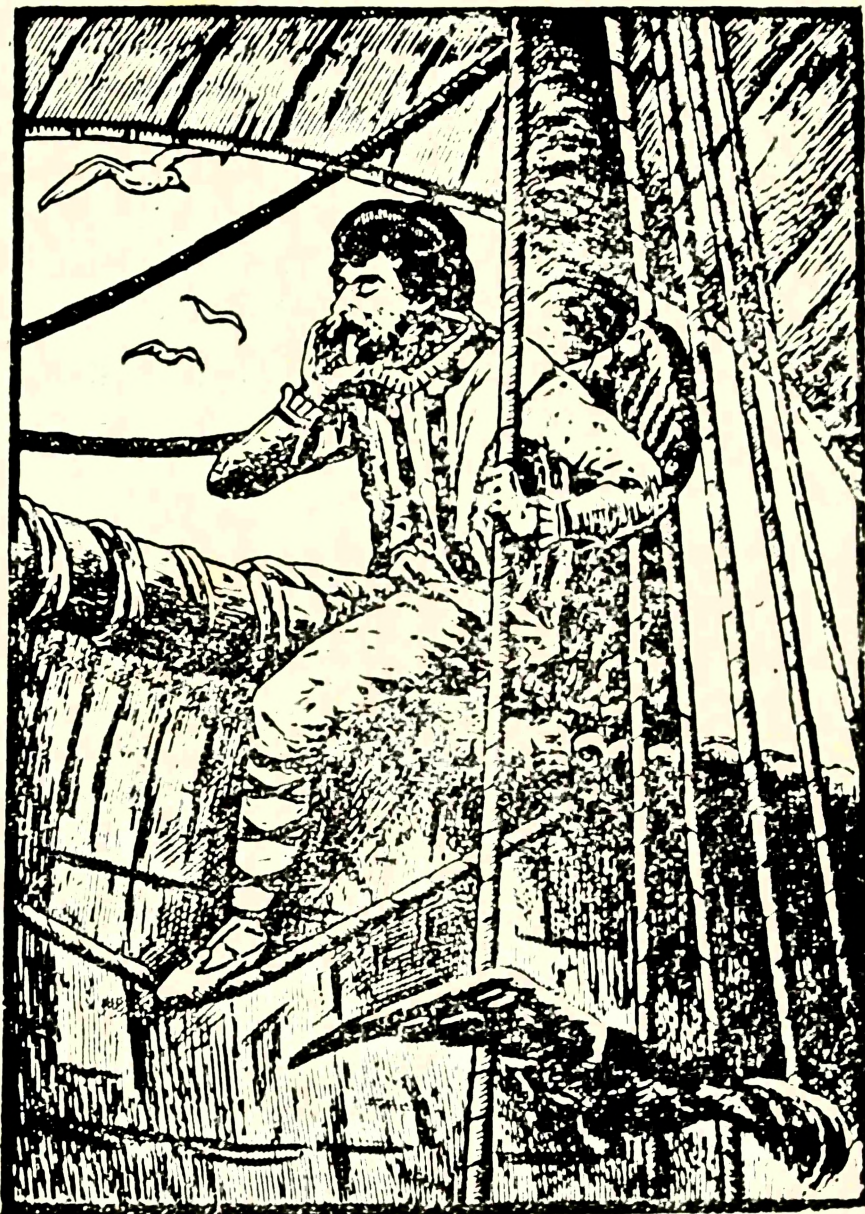
El gran acontecimiento del siglo XV estaba realizado.

La mitad de la superficie de la esfera, con sus dos inmensos continentes, sus mares y sus archipiélagos, había sido encontrada.

Sólo faltaba completar estos dos descubrimientos recorriendo esas islas, visitando el interior de esos continentes y dándoles la vuelta, como Magallanes dió la vuelta al globo años después.

El primer, gigantesco paso, estaba dado, y Colón fué el primero que descorrió la cortina de cerúleas nubes que ocultaba a la mitad de la tierra habitada, la otra mitad, habitada también.

FRANCISCO CAMPOS.



El primer eco de Europa en América

La mayor parte de los compañeros de Colón en su primer viaje eran gente ignorante y supersticiosa; rudos marineros con la imaginación llena de leyendas terroríficas sobre esos mares inexplorados. Sólo la codicia de las riquezas, libertad y bellezas que Colón les había sagazmente pintado, despertaron la fantasía en unos, el espíritu aventurero en otros.

Pero como el viaje, en naves poco rápidas y a veces en condiciones de vientos desfavorables, duraba ya más de un mes sin ver anuncios de tierra próxima y con riesgo de agotamien-

to de víveres y de agua, los más tímidos o levantiscos suscitaron conspiraciones que por poco cuestan la vida al Almirante. Este les calmaba suave y discretamente, pero en el último motín, cuatro días antes de la llegada, se vió forzado a prometerles que, si dentro de tres días no hallaban tierra, volverían proas hacia Europa.

Al día siguiente comenzaron a verse indicios de costa próxima: yerbas, juncos flotantes, aves marinas, etc., lo que les reanimó un tanto.

Al amanecer el doce de octubre de 1492, último día del plazo pedido por Colón, un tripulante de la «Pinta», que estaba de turno como vigía en la cofa del palo mayor de la carabela, llamado Rodrigo de Triana, dió el estentóreo anhelado grito de —¡Tierra! ¡Tierra! —que fué repetido con loco júbilo de boca en boca en los tres barcos. Este era el primer eco, y en habla castellana, que de Europa repercutía en América.

Colón hizo arriar una falúa, después de cantar todos un Te Deum en acto de gracias al Altísimo, y con algunos de sus oficiales y tropa saltó, se arrojó, besó la tierra y enclavó en la playa una cruz y el pendón de España, en señal de tomar posesión del territorio en el nombre de Dios y para los reyes de España.

¡Tierra! ¡Tierra!

¡Tierra! ¡Tierra! Así un día,
De virgen soledad, eco sonoro
Del genio al noble acento respondía,
Mientras marinos, en cristiano coro,
Cantaban a una voz: «Ave María!»
Y desplegaba el brazo castellano
El pendón de la Patria al nuevo viento

Y, domeñando el pavoroso océano,
Saludando a las naves vencedoras,
Palpitaba en airoso movimiento,
Coronado de espumas. Este día
De nueva creación, de lo profundo
Del mar, entonces, allí brotaba un mundo
Gran Colón: tú la castellana audacia
Empujaste hacia América, la tierra
Do el sol sus dones vacía
Y sus tesoros el Señor encierra.....
Padre, si en otra edad, plebeyo olvido
Te cubre: si en su culto ya no existes,
Ya la gloria también habrá dormido
Y América habrá muerto;
Pero aún repetirán los ecos tristes
Con los acentos de la mar bravía:
«Tierra! Tierra! y después: «Ave María!»

REMIGIO CRESPO TORAL.

Remotísima antigüedad

DE LOS POBLADORES DE AMÉRICA

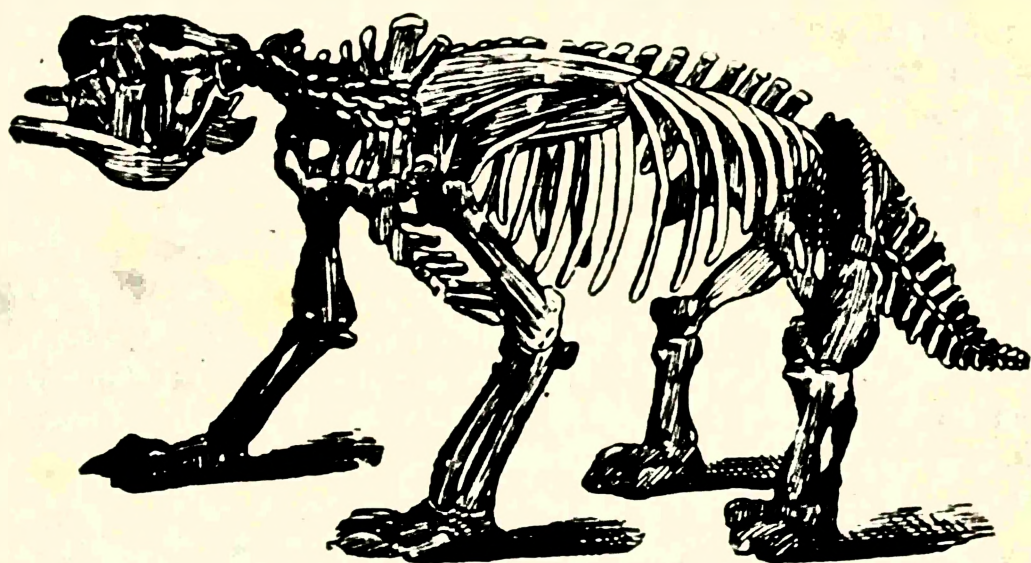
Ya que, auxiliada por el estudio y la reflexión, supo la vieja Europa que las tierras descubiertas por el genio de Cristóbal Colón no formaban una parte de la India, sino que constituían un continente nuevo, algunos espíritus superiores fijaron su investigadora mirada en aquellos inmensos territorios, preguntándose por el origen de una raza de hombres tan diferentes en todos sus caracteres, del resto de los demás hombres.

Los monumentos, los productos naturales, las lenguas, todo era nuevo y diverso de lo conocido en los pueblos antes visitados.

Preguntada la tradición por el pasado de la feraz y hermosa tierra americana, apenas pudo romper con débil resplandor las som-

bras que ocultaban el establecimiento de los seculares imperios sobre los cuales había brillado una cultura, acaso en decadencia, a semejanza de las civilizaciones extinguidas de la India y del Egipto.

Pero ya el celo científico no se limitaba a restablecer la historia de aquellos imperios, sino la de la raza misma: interesábase por la noticia primitiva, trataba de averiguar por la stirpe originaria de la cual procedían unos hombres tan separados del resto del orbe recorrido: y de, si eran hijos de la misma pareja progenitora de la humana raza según la Biblia, cómo habían llegado a una tierra geográficamente tan apartada de las otras, y de la cual no hacían mención las Santas Escrituras.



Esqueleto de Megaterio—animal antiquísimo extinguido hace muchos siglos.—Hallado en el subsuelo del Ecuador.

Desde que los hombres se aventuraron a lanzarse sobre la superficie de los mares, habían transcurrido más de treinta siglos. Y he aquí que el valor y la fe de un sólo hombre, luchando contra la adversidad y la miseria, lleva a cabo la empresa más grande que registran las siglos: poner en comunicación las dos mitades del mundo.

¿Habían tenido allá, en remotísimos tiempos, noción de su existencia, o comunicación interrumpida y ya olvidada las dos mitades del planeta?

Cuando Colón reveló a la Europa su grandioso proyecto de atravesar el Atlántico, los hombres más sabios, a excepción de muy pocos, calificaron de locura su idea: y luego que el éxito coronó su obra, la envidia trató de amenguar el mérito del insigne Almirante, asegurando que las tierras encontradas fueron conocidas de los antiguos.

Mas, devuelta al grande hombre la gloria de haber descubierto ante los ojos del Viejo Mundo el Mundo Nuevo que él no había prometido descubrir, el interés científico dióse a estudiar el proble-

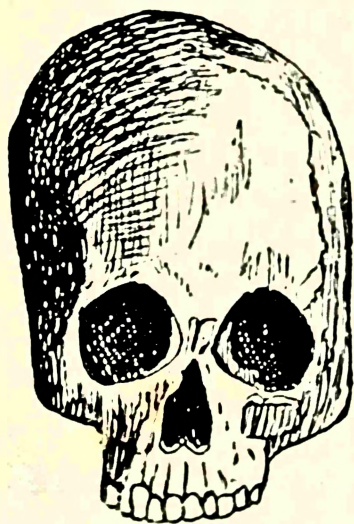
ma; repitiéndose la pregunta que no ha logrado obtener una solución satisfactoria entre mil teorías y conclusiones absurdas calurosamente establecidas y rechazadas por los sabios.

¿De dónde provenían los primitivos pobladores de América?

Afirmaban algunos que en época remotísima habían desembarcado los fenicios en las costas americanas, y otros los hacían descender de unos chinos arrojados sobre ellas por una violenta tempestad; quiénes opinaban que los americanos provenían de los egipcios, quiénes, de los griegos o de los troyanos fugitivos. Y los que así luchaban pretendían probar su aserción presentando como pruebas incontestables las muestras recogidas en el continente, las inscripciones halladas, restos y testimonios al parecer fehacientes de la estancia de aquellos pueblos en el Nuevo Mundo. La discusión dió vida a millares de volúmenes sobre la materia escritos, sepultados muy pronto en el desdén de un olvido eterno y justo.

Porque muchas de estas teorías tenían por base el estudio verificado sobre los objetos y datos recogidos en el suelo de América, y más tarde se probó hasta la evidencia que aquellas muestras eran obra de la falsificación, que las inscripciones eran falsas, que los objetos eran fabricados por indignos especuladores, capaces de tal comercio con la ciencia.

De cuantas opiniones se han lanzado sobre los aborígenes de América, la única que reviste honrada y aun ilustrada procedencia es la que señala la RAZA ROJA como inmigrante del Asia, atravesando por el estrecho de Behring y originaria de la mongólica. Esta, la más generalizada de las teorías, tiene en favor suyo el mayor número de sufragios, pero ¿qué valor podrá tener un nombre? Porque la palabra *mongol*, no es más que un nombre geográfico, y no específico de una raza.



Cráneos humanos encontrados en la América del Sur y a los cuales se les asigna 20.000 años de existencia.

Las investigaciones posteriores han encontrado pruebas incon-

testables para afirmar que los pueblos mongoles no existían cuando estaba poblada la América. ¿Cuándo y por qué pueblos fué, pues, ocupada y habitada ésta?

Las osamentas y productos humanos que, entremezclados con las osamentas de animales desaparecidos del planeta, han encontrado los geólogos en diversos puntos de América, prueban que el hombre existió en el Nuevo Continente una serie de siglos tales, que la menor edad legítimamente atribuida a la pieza más joven puede fijarse en 20,000 años.

La historia de los primitivos pobladores de América debe, por tanto, remontarse a la de los aborígenes de la humanidad, cuyos comienzos se pierden en la obscura noche de los tiempos pasados sin historia.

NUESTRA HISTORIA ANTIGUA

EL REINO DE QUITU

No hay datos precisos del origen de los pobladores primitivos del Ecuador, y las conjeturas que se tienen parten sólo de unos mil dociientos años, más o menos. Se cree que entonces unos desconocidos, al mando de un tal Cara o Carán, llegaron a las costas de Manabí y fundaron la ciudad de Cara, en lo que es hoy Bahía de Caráquez.

Luego remontaron el río Esmeraldas, y en Canigua supieron que en lo interior del país había un reino muy extenso y rico, llamado Quito, y se propusieron conquistarlo, como lo hicieron después de algunos años de lucha, y muerto que fué el jefe o soberano de Quito. Dicen otros que por aquella época el reino de Quito no existía y que quien lo fundó fué el quinto Cara o Carán V, que se llamaba Quitus, descendiente de aquél Carán.

El jefe de los caras tenía el título de Shyri (Señor de todos) y su pueblo, más civilizado que el quitu, según la primera hipótesis, llevó a éste algunos conocimientos y, además, la religión del Sol.

Dieciocho shyris dominaron durante setenta años. Guerreros y conquistadores, extendieron sus dominios poco a poco: el séptimo shyri conquistó el reino de Lletacunca (Latacunga) y el octavo llegó hasta Mocha. Los puruháes, chimbus, y tiquizambis, guerreros avezados también, contuvieron sus avances.

La sucesión de los shyris debía recaer, según sus leyes, en un

hijo varón. El shyri XI no tuvo hijo varón sino una hija, llamada Toa, a la que hizo declarar hábil, por un Consejo de Grandes, para sucederle en el trono. Conseguido esto, concertó el matrimonio de su hija con Duchicela, hijo mayor de Condorazo, régulo de Puruhá, a fin de hacer un solo reino de los dos. Así sucedió, y Duchicela, a la muerte de su padre y de su suegro, fué señor único de un reino extenso en que gobernó por setenta años. Heredóle su primogénito Autachi, que reinó en paz otros setenta años. El reino debía pasar al primogénito de éste, llamado Hualca: pero como era torpe y malo, fué pospuesto a su hermano menor llamado Hualcopo. Ofendido Hualca, quiso asesinar a su hermano, lo que no logró, y, despechado, se quitó él mismo la vida.

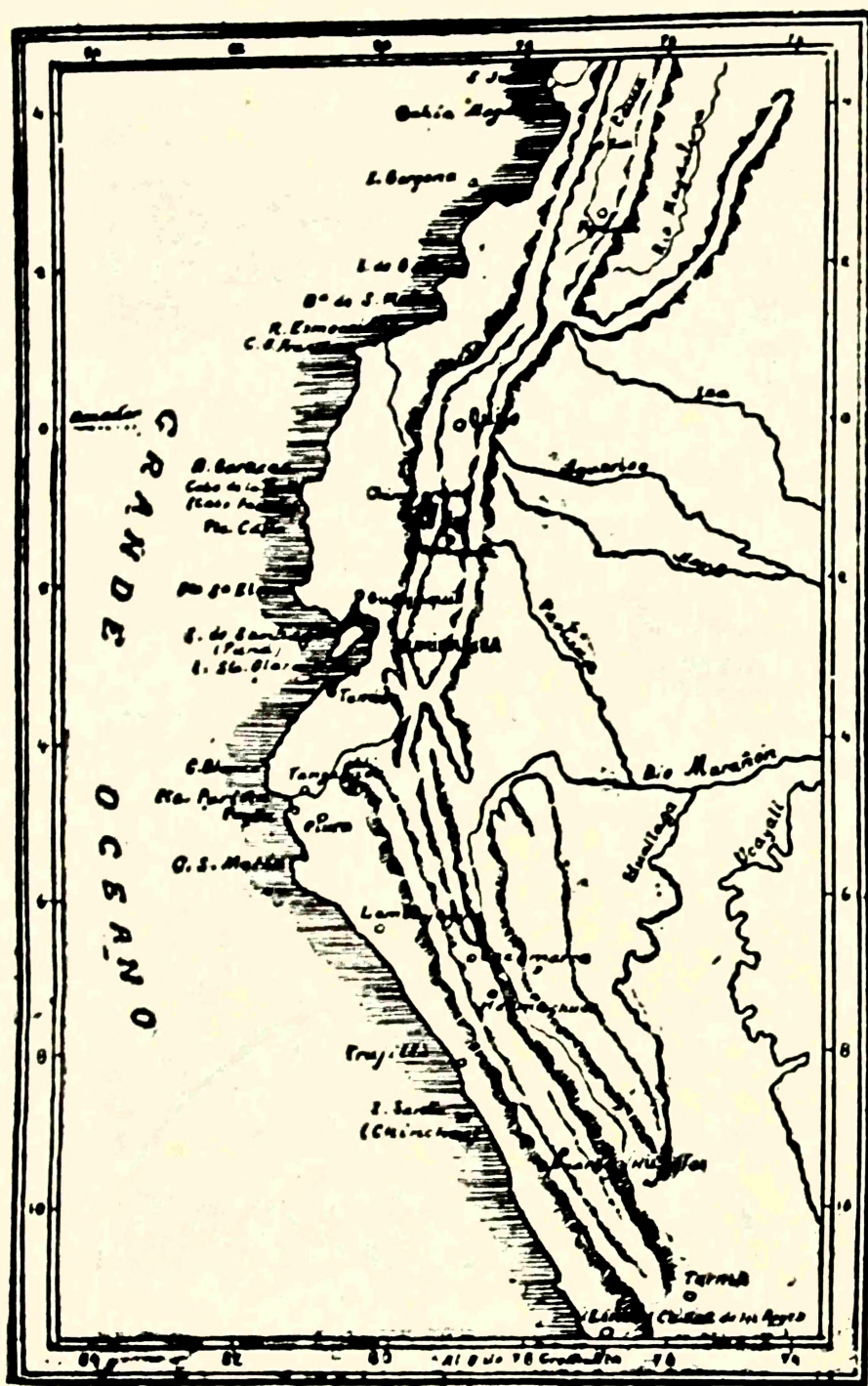
Conquista de Quito

Vecino del reino de Quito había otro muy poderoso, el del Pirú o Perú, regido por incas. Uno de ellos, Tupac-Yupanqui, famoso por su sagacidad, su valor y sus buenos hábitos de mando, fué sometiendo de uno en uno a los curacas o gobernadores de las provincias del sur de Quito, y avanzando así sobre este reino. Esto sucedía en tiempos del shyri Hualcopo, último del que hemos hablado en el capítulo anterior. Hualcopo puso a la cabeza de sus ejércitos a su hermano Epiclachima, que se dirigió a Alausí al encuentro del invasor, y tras varios combates se retiró a la fortaleza de Tiocajas, que desde entonces fué célebre.

Muerto este valiente general con dieciseis mil de los suyos, Tupac-Yupanqui se apoderó de la fortaleza. Hualcopo confió entonces el mando de sus tropas al hijo de Epiclachima, llamado Calicuchima, guerrero superior a su padre, y que logró derrotar y contener al Inca, quien se conformó con lo conquistado, levantó allí fortalezas, estableció sus tropas y se volvió al Cuzco, capital de su imperio.

Hualcopo murió tres años después, acorrajado de haber perdido algo de su territorio y, sobre todo, a Puruhá, cuna de sus mayores. Cacha, su hijo, aunque enfermizo y lisiado, era valiente por estirpe, y logró tomar por asalto Puruhá y reconquistarla.

Huaina-Cápac, hijo y sucesor de Tupac-Yupanqui, armó una gran expedición bélica y se propuso adueñarse de todo el reino de Quito, en el año 1475.



Mapa de los reinos de Quito y Pirú, tal como quedaron bajo el cetro de Atahualpa a la muerte de Huáscar.

Sometió a su dominio Puná, y Huancavilca (hoy provincia del Guayas), y Manta, y volviendo del Norte llegó a Tomebamba, cerca de Cuenca, en donde había nacido él durante la permanencia de su padre allí. Después de otros combates, en uno de los cuales murió el digno y valiente Cacha, y en otro cayeron prisioneros y fueron degollados cuarenta mil caranquis, vengadores de su rey, con la sangre de los cuales se tiñeron las aguas de una laguna que por eso hasta hoy se llama Lago de Sangre, el victorioso Huaina-Cápac alianzó su triunfo casándose con Paccha, la hija de Cacha.

Años después volvíase al Cuzco, dejando encargado del gobierno a Atahualpa, hijo suyo y de Paccha; pero en el camino recibió la noticia de que unos extranjeros blancos y barbados, cuyo idioma era desconocido, habían asomado por la costa en unas naves. Eran los españoles.

Llegada de los españoles

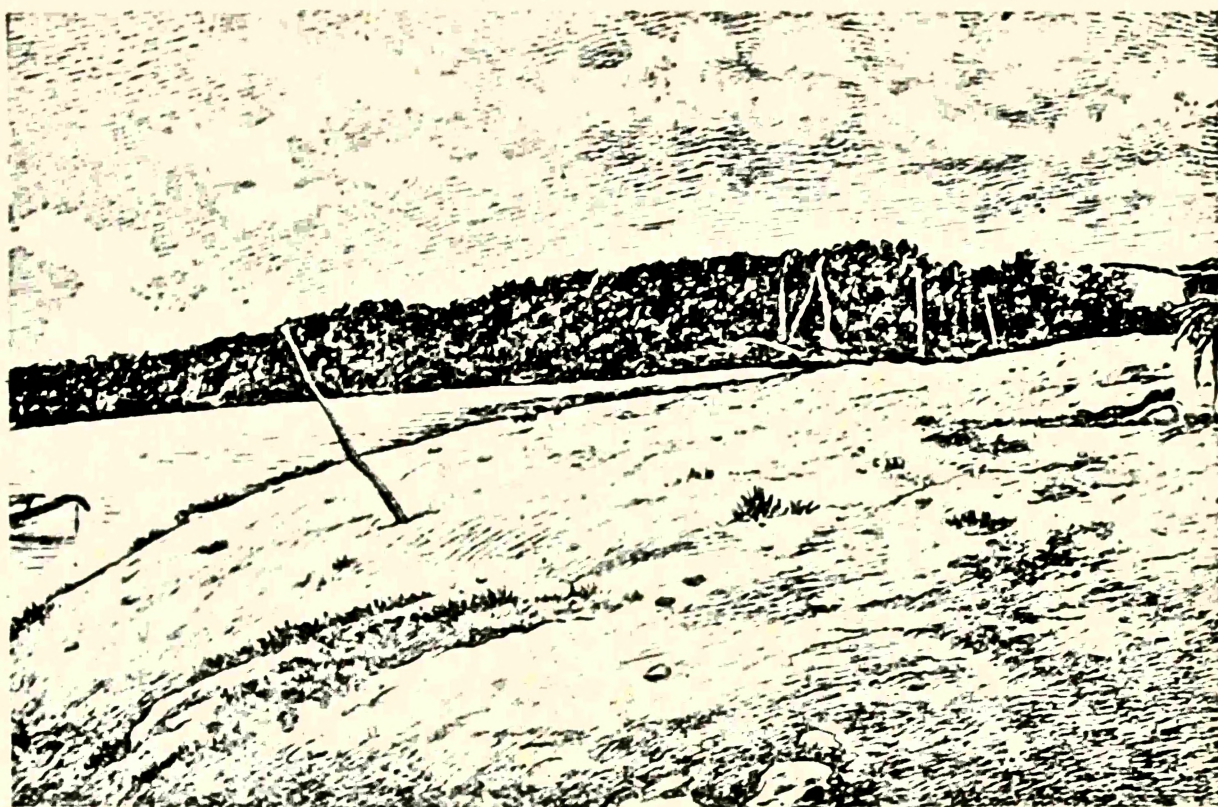
Existía entre los indios una profecía de que habría de llegar un día en que otra raza de hombres se apoderaría de sus tierras. Esta profecía, de un *VIRACOCHA* o sacerdote, era tan terminante, que hasta se asegura que él mismo hizo, o el soberano mandó hacer, una efigie según la descripción profética, que representaba el perfecto tipo del guerrero español, vestido con sus armas y desconocido para los aborígenes: y lo que es más: cubierto el rostro por poblada barba que tampoco ellos tenían. Dice la tradición que luego pudo compararse el notable parecido de esta estatua con Francisco Pizarro, el jefe de la primera expedición conquistadora.



Profecía del Viracocha

Huayna-Cápac comprendió, pues, que era llegado el tiempo del cumplimiento de la profecía, y muy impresionado regresó a Quito.

Los extranjeros eran, en efecto, marinos y soldados españoles que viajaban por descubrir tierras, y eran mandados por Hernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro.



TUMBES—Lugar por donde saltó la expedición de Pizarro.

Huayna-Cápac murió a su vuelta a Quito y dejó dividido su reino en dos partes: su antiguo imperio, el de los incas, para su hijo mayor Huáscar, y el de Quito, que fué el de los Shyris, para su hijo menor, Atahualpa, hijo de Paccha, tal como estuvieron antes de su conquista.

A poco los dos hermanos éntraron en guerra, y después de algunos combates cayó prisionero Huáscar y fué mandado matar por el general vencedor, Calicuchima, siendo en consecuencia Atahualpa proclamado único señor de todo el Imperio, como lo había sido su padre.

Los exploradores españoles, una vez ciertos de la existencia de este imperio poderoso y rico, se volvieron en busca de recursos para la expedición. Pizarro fué a España y volvió ya con los títulos de Gobernador y Capitán General de las tierras que conquistase. Sabedor de que Atahualpa y Huáscar estaban en guerra, vió la ocasión buena para sus planes, y se vino de Panamá a Tumbes, a cuyos naturales venció, y de punto en punto llegó triunfante a Cajamarca, en cuya cercanía estaba Atahualpa, tomando baños, a quien engañó y traicionó presentándosele como amigo, y cuando el indio fué, confiando en su palabra y en són de paz, sin armas, Pizarro le aprisionó después de hacer una horrible matanza de indios indefensos, que se aterraron por el ruido de las armas de fuego que no conocían, creyendo que los invasores eran divinidades que en sus armas traían aprisionado el rayo, y que los caballos que montaban eran unos monstruos, pues el caballo no era conocido en América.

Los últimos paladines incas

Atahualpa comprendió que los invasores ambicionaban oro, y ofreció por su libertad llenarles de oro en polvo la pieza en que lo tenían encerrado, hasta la altura que él, que era alto, alcanzara con el brazo levantado. Cumplió su palabra: pero no así Pizarro, quien después de repartir el oro entre los suyos, formó un tribunal al noble Atahualpa para que lo juzgase por supuestos delitos de herejía por no ser cristiano, azuzado por el Padre Valverde, un malvado capellán de su tropa, y ese infame tribunal lo condenó a ser quemado vivo. Después le propusieron librarlo de la muerte con tal que recibiera el bautismo: consintió Atahualpa, y entonces lo mataron siempre, pero por medio del garrote, que era un suplicio consistente en un poste con un asientito por delante y una especie de martillo a la altura del cerebro del que se sentaba. Este martillo tomaba fuerza por medio de unas cuerdas que retorcían y soltaban de pronto, cayendo el martillo y dando un fuerte golpe en la base del cerebro, cerca de la nuca, que es parte muy delicada, y produciendo una muerte instantánea. El noble, bizarro e inteligente Atahualpa, sufrió valientemente su muerte el veintinueve de agosto del año mil quinientos treinta y tres, en Cajamarea.

Para hacer creer Pizarro que se aliaba con los indios y facilitar así sus planes, coronó de emperador a Huallpa-Cápac, hermano materno de Atahualpa: pero haciendo reconocer al mismo tiempo la supremacía del rey de España.

Sucesivamente fueron asesinados o muertos en la lucha los generales de Atahualpa: entre ellos Quisquis, el inca Paulu que fué proclamado por Quisquis, Huallpa-Cápac, la hechura del mismo Pizarro, y el célebre general Rumiñahui (Cara de Piedra) que quiso reivindicar para sí el reino, antes que dejárselo a los extranjeros. Pero vencido por los españoles y traicionado por los cañaris, pasó a Quito, despechado de su suerte, y convencido de que era inútil luchar contra el destino marcado por las profecías, incendió la ciudad, los soberbios templos del Sol y de la Luna, mató a las sacerdotisas de esos templos y sembró la desolación y la ruina a su paso para no entregar a los conquistadores la querida capital de su reino con sus tesoros y esplendores.

Sebastián de Benalcázar, teniente de Pizarro, salió de Piura, Perú, con doscientos soldados para apoderarse de Quito: pero el valiente Rumiñahui le había salido al paso, y abriendo huecos en el suelo les inutilizó muchos caballos que eran la principal ventaja de los españoles. En varios encuentros luchó con tanto denuedo y ocasionó tales bajas a Benalcázar, que éste estuvo a punto de retirarse en derrota, pero he aquí que cuando Benalcázar pensaba en ello, una noche, se oyeron los horribles bramidos del volcán Cotopaxi;

los indios se abatieron completamente, pues según las profecías, esa sería la señal de muerte para el imperio de los incas. Abandonaron el campo decepcionados y tristes y el capitán español avanzó en terreno libre.

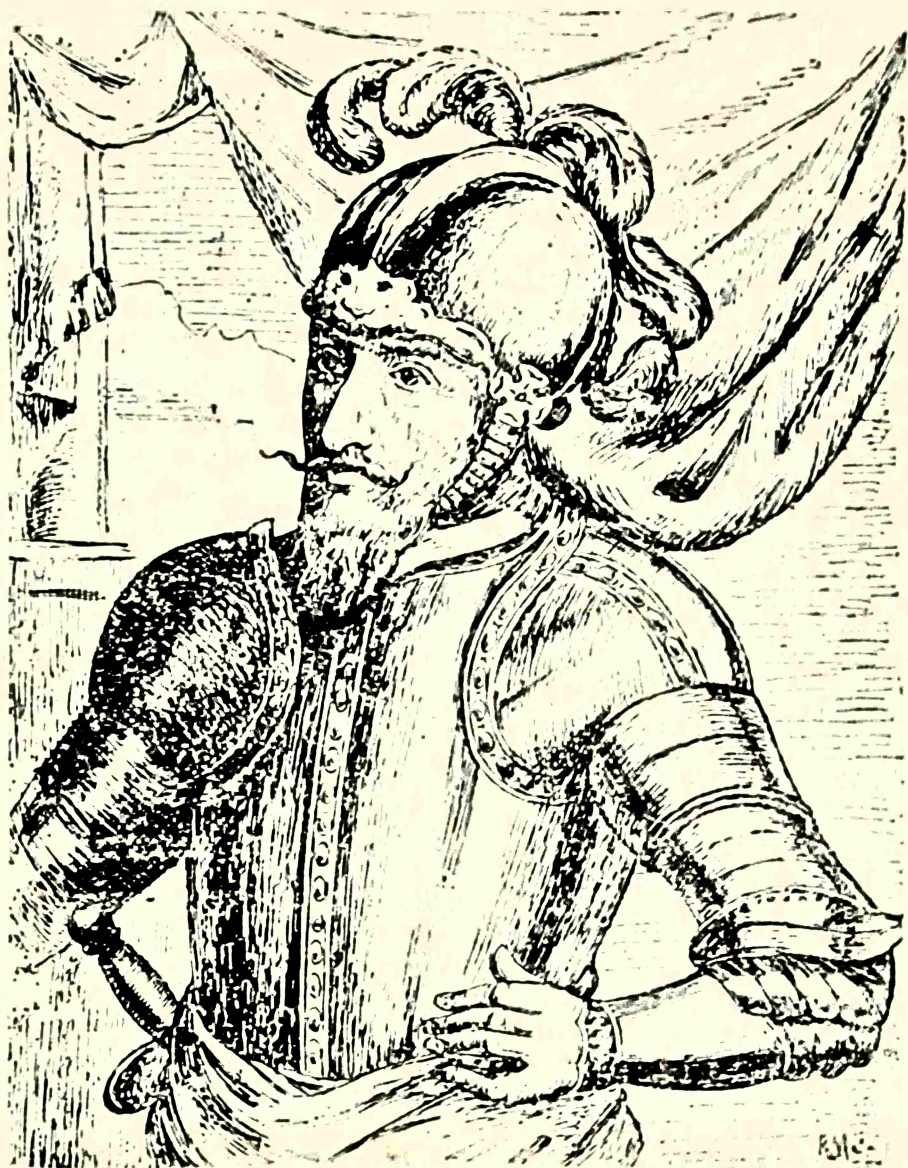


La gran tumba de Rumiñahui

Se dice que los inmensos tesoros entre los que había un gran Sol, imagen de su divinidad, todo de oro y piedras preciosas, fué enterrado por Rumiñahui, tesoro que hasta hoy buscan algunos y que sólo Dios sabe en dónde estará. Rumiñahui se arrojó, dice la tradición, en el cráter del volcán que hoy lleva su nombre, y que es un cerro horrible, muy negro, muy húmedo siempre y muy sombrío, como tumba digna del último desgraciado paladín de su vieja patria, que allí sepultó sus tristezas.

Pizarro hizo coronar a Manco-Cápac Segundo en las mismas condiciones de obediencia que a Huallpa-Cápac.

12—¿Quién fué Caspicara?



SEBASTIAN DE BELALCAZAR

Establecimiento del coloniaje

Belalcázar organizó el nuevo gobierno y despachó al teniente Ampudia a conquistar los pueblos del Carchi, y al capitán Puelles a organizar la provincia de Cancebí, hoy Manabí. Volvió luego al Sur y fundó por primera vez a Santiago, hoy Guayaquil: pero los huancavilcas, que era la tribu que allí vivía, se sublevaron y recobraron su independencia por medio de una matanza. El capitán Zaera, enviado por Pizarro, hizo la segunda fundación, que tampoco subsistió, pues los indomables huancavilcas volvieron a recobrar su autonomía. Pizarro envió entonces al capitán Orellana que hizo la tercera fundación en mil quinientos treinta y siete, que es la que subsiste.

Esta es, niño, en resumen, la historia antigua de nuestra patria.

Así terminaron el imperio y la independencia de los primitivos moradores de estas comarcas, gente que hoy vive en un estado salvaje en nuestra región llamada Oriente. Nosotros, y vosotros, que somos descendientes de ellos y de los españoles, estamos en el deber de civilizarles, de ver por ellos y mejorar su suerte y condición, para así cumplir con un deber no sólo de hijos, de hermanos, de humanos y de civilizados, sino con un deber de justicia: pues esta tierra es de ellos también y estos deberes los adquirimos, además, al sustituirnos a los conquistadores en sus derechos y deberes, cuando nos emancipamos de nuestra madre España.

Los caras y los quitus

Los quitus fueron los pobladores más antiguos, y habitaban en Quito, ciudad fundada por ellos, y sus comarcas. Fueron, indudablemente, semisalvajes. No hay noticia de su idioma, religión, costumbres, y demás circunstancias.

No se sabe, tampoco, en qué siglo aparecieron los caras; pero sí que aparecieron en Manabí, a donde, por el Pacífico, llegaron en balsas. Edificaron la ciudad de Caráquez al margen de una hermosa bahía, descubrieron el río Esmeraldas, poblaron sus riberas, ascendieron por él hasta la altiplanicie de Quito, declararon guerra a los quitus, los vencieron y ocuparon todas sus regiones.

Los caras eran gobernados por un Shyri, voz que significa Jefe Supremo.

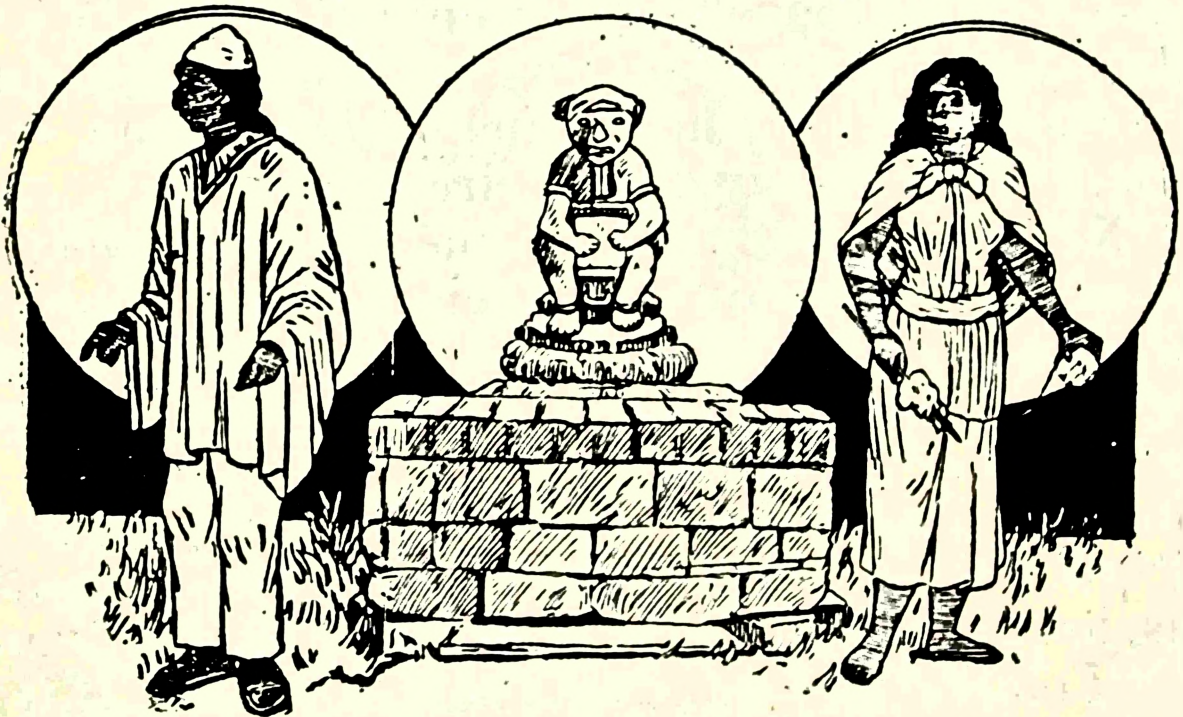
Cuando los caras conquistaron a los quitus, éstos estaban divididos en varias tribus, algunos de cuyos nombres se conservan en varias poblaciones.

En el Norte: otavalos, tusas, huacas, tulca-

nes y quillasingas: en el Este: quinches, cayambis y chillos: en el Sur: latacungas, ambatos, mochas, tiquizambis, puruháes, chimbus, cañarís, paltas y zarzas; y en el Oeste, en las márgenes del río Guayas y en la isla Puná, los huancauilcas. También estaban pobladas ya por salvajes las selvas orientales.

Pocas noticias existen acerca de las costumbres de los caras. Parece que, transcurridos los años, llegaron a poblar toda la costa, desde Esmeraldas, al Norte, hasta Machala, al Sur, y el vasto cañón interandino.

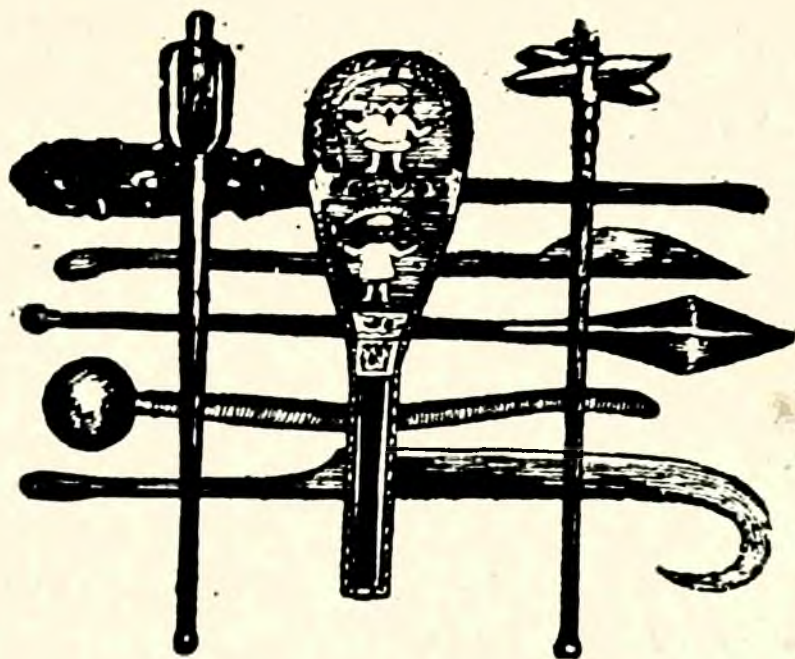
ROBERTO ANDRADE.



Antes de la conquista

Los indios de la raza americana fueron los primeros habitantes del Ecuador.

Consideraban como dioses al Sol y a la Luna.



Armas indígenas

Manco Cápac fundó el imperio de los incas y se hacía adorar como Hijo del Sol y de la Luna.

Creían en la inmortalidad del alma y en el premio y castigo después de la vida terrena.

Levantaron magníficos templos al Sol y a la Luna, y sus sacerdotes se llamaban cushipatas.

El rey o jefe de la tribu se llamaba Inca.

Los indios eran muy diestros en las carreras, los bailes y las luchas cuerpo a cuerpo.

Tenían buena índole y dulce carácter.

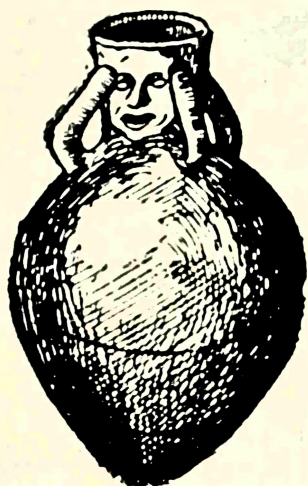


En los primitivos tiempos hubo muchos estados y cada uno tenía idioma distinto; pero Manco Cápac unificó el idioma de su imperio, imponiendo el uso del quichua o quechua.

Había entre ellos varias clases sociales: la de la plebe, la de los artistas y la de los grandes.

Sus leyes eran pocas y sencillas. En las ciudades había tribunales de justicia para las causas leves; los curacas del distrito conocían de las graves. Además tenían otras au-

toridades: el Chunga-Camayuc, decurión o cuidador de diez familias; el Pishea-Chunga-Camayuc, centurión, cuidador de cien; el Huaranga-Camayuc, cuidador de mil; y el Tucuy-Yuc, cuidador de todos los cuidadores, con cargo de velar por la observancia de las leyes y las buenas costumbres.



La ropa de los plebeyos era, y es hasta hoy: una camisa sin mangas ni cuello (chuzmanueu) azul, amarilla o negra; calzoncillo de lienzo (huara), una manta (yacolla), por sombrero una especie de gorra (chuco), y el calzado (uzhuta) de cabuya o de cuero. Las mujeres llevaban sobre la camisa una manta envuelta en torno del cuerpo (anaco) de la cintura para abajo, y asegurada con una faja (chumbi); desde la cabeza hasta los hombros o hasta los muslos se cubrían con un manto (tupullina) que anudaban sobre el pecho.

El vestido de los nobles sólo se distinguía por lo más fino de los tejidos y bordados.

Sus alimentos ordinarios eran: papas, maíz, quinua, mellocos, carne con sal y ají, y dulce (chahuarmishqui) sacado del maguey. En la costa se proveían de plátanos, yucas, batatas y pescado.

Sus casas eran bajas, estrechas, oscuras y desaseadas: sólo tenían los utensilios más precisos de cocina: vasijas y ollas de barro, calabazas partidas en que molían los granos; la estera o cuero para acostarse, la rueca, el telar, la hamaca de cabuya o de cuero, algún instrumento de labranza, etc.

Las casas de los nobles eran mejor arregladas y más espaciosas. Los utensilios eran de barro fino, o de oro o plata; los asientos cómodos y ricas las mantas para las camas. Tenían espejos hechos de la piedra llamada intip-ripu, y otros muebles de lujo.



El matrimonio era obligatorio: pero ningún varón menor de veinticinco años podía contraerlo. Para casarse iban los novios a la plaza mayor del pueblo, y allí el príncipe o el gobernador les hacía tomar las manos y quedaban así casados.

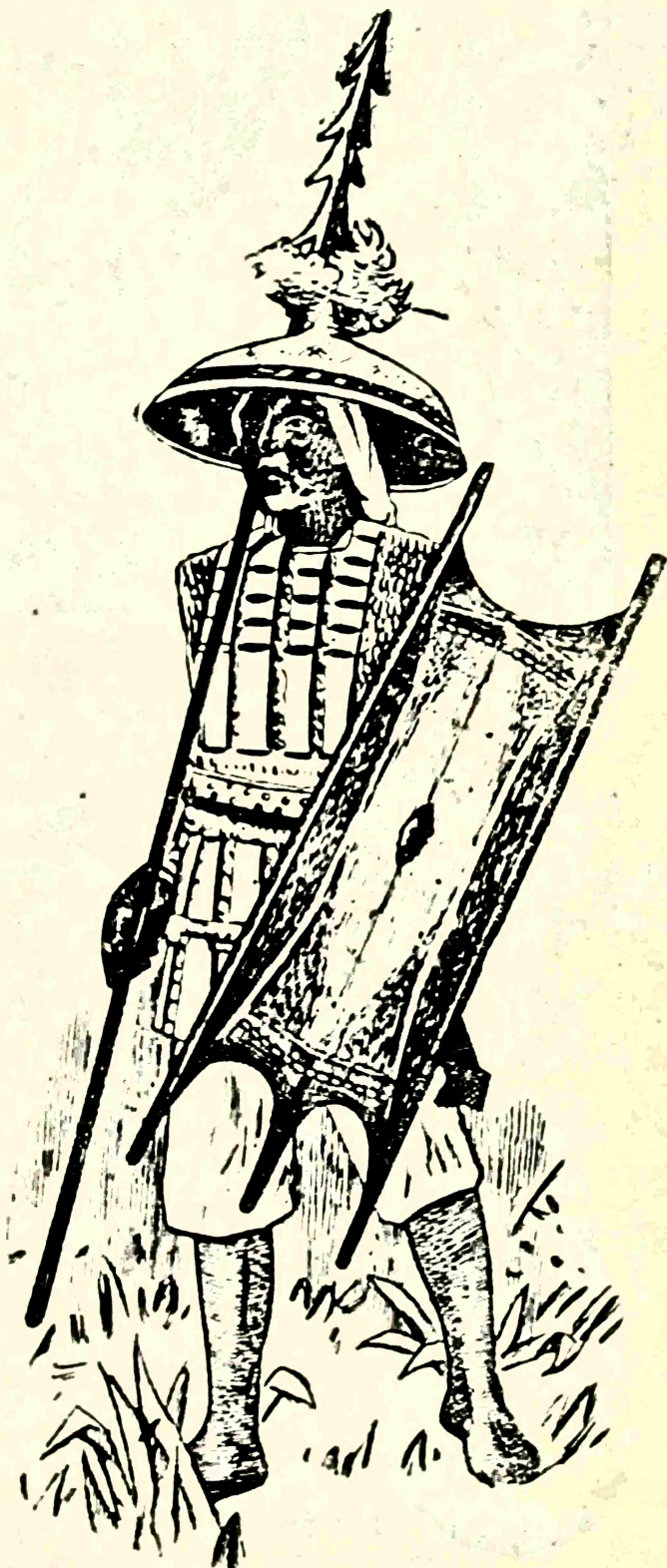
Las esposas de los nobles debían sepultarse vivas junto con el cadáver de su esposo.

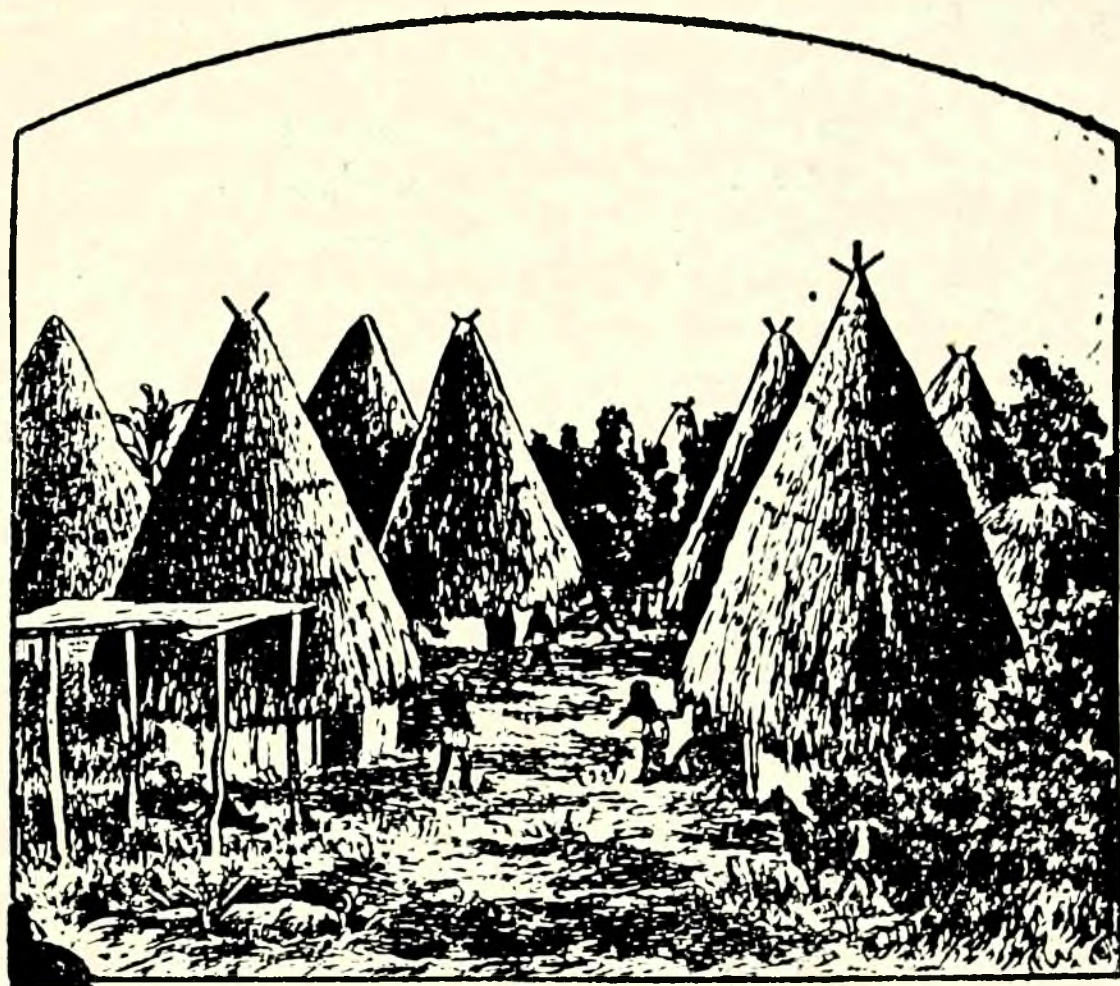
Los cadáveres eran sepultados en tolas o huacas.

Las armas de los indios eran de piedra, de maderas muy duras, de oro, plata, bronce o cobre, y eran éstas: lanzas grandes de madera muy fuerte, lanzas chicas de cobre; picas de chonta, espadas de cobre, sables, hachas y hachuelas de madera, dardos arrojadizos, puñalones de dos filos, porras, clavos de madera pesada, arcos, saetillas enherboladas, carcajes y hondas.

Para resguardarse de las armas enemigas usaban un morrión de madera o de metal adornado con plumas de varios colores, una especie de visera de metal; un jubón, embutido de lana o estopa y una rodela o escudo con su empuñadura. Para animarse en los combates usaban trompetas, pitos y tambores y trompas hechas de caracoles marinos.

El reino de Quito pros-





Una población de aborígenes

peró más cuando se unió al imperio del Cuzco, pues se propagaron y completaron conocimientos que uno y otro tenían de agricultura, fundición, aritmética, astrología, arquitectura, botánica, estatuaria, tejidos, etc. y el arte de labrar maderas y piedras preciosas.



El idioma de los indios carecía de las letras b, d, f, g, j, z. La l sólo la usaban con el sonido de ll, y no pronunciaban la rr, sino la r.

Los templos más famosos del reino de Quito fueron los de Tomebamba, el de Caranqui y el de Liribamba. Emplearon en ellos la piedra labrada, la cal, el yeso y cierta clase de mezcla de betún que hoy nos es desconocida.

Otras de sus obras notables fueron sus caminos y vías reales, pues hicieron uno muy ancho y bueno, de Norte a Sur, desde Quito hasta el Cuzco. Después se extendieron por el Norte hasta Angasmayo (Colombia) y por el Sur hasta el Maule, en Chile.

Se dice que el camino de Quito al Sur era tan bueno que Atahualpa comía pescado fresco, cogido en el Guayas, y pasado de mano en mano por indios apostados de trecho en trecho de la vía y que se lo pasaban en cortas carreras.

MANUEL GALLEGOS N.

HUAYNACAPAC

No obstante el valor de sus principales guerreros, los caras fueron conquistados por los incas, que se llamaban Hijos del Sol, los cuales eran muy superiores en civilización. El más ilustre de éstos fué Huaynacápac, célebre monarca que llegó a dominar el más vasto imperio de la América Meridional; pues comprendía las hoy repúblicas de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y buena parte de la de Colombia, uniendo de esta suerte a la *borla carmesí*, insignia del poder de los soberanos del Cuzco, la *esmeralda*, también insignia del poder de los Shyris de Quito.

A la muerte de este gran príncipe y, por voluntad suya, sus dos hijos: Atahualpa, nacido en el reino de Quito, y Huáscar, en el del Cuzco, se repartieron el Imperio de los Incas.



ATAHUALLPA

HUASCAR

Las guerras intestinas que estallaron luego entre los dos hermanos, trajeron a menos el poder de los Hijos del Sol, abriendo a los españoles el rápido camino de sus triunfos. Victorioso Atahualpa en las varias guerras, recibió muy bien a los conquistadores; pero, sorprendido y hecho prisionero por éstos de un modo alevoso, fué después condenado por Pizarro a morir ignominiosamente en el patíbulo, a pesar de que el Inca, para obtener la ofrecida libertad, había prodigado los tesoros del imperio entre sus crueles victimarios. Con la muerte del príncipe, España quedó dueña de los vastos dominios de los Hijos del Sol; y los desgraciados indios, sin patria y sin rey, fueron condenados a sufrir la más dura servidumbre.

Luis F. CARBO.

Lá Reina Pacha

Avanzando día por día en el territorio de los quitus, Huainacápac libra la última y formidable batalla en Atuntaqui, donde vence al shyri Cacha, quien cae herido de muerte; combate decisivo que le hace dueño del poderoso imperio de los quitus.

Mas estos hombres enérgicos, altivos, vencidos, pero no humillados, en el mismo campo de batalla, delante del temible vencedor, coronan soberana del imperio a la hija de Cacha shyri: la hermosa Pacha, que entonces tenía veinte años y estaba en el esplendor de su belleza.

Huaynacápac fué a visitarla. Hallábase ésta rodeada de los grandes del imperio, de rodillas y las frentes hundidas en el polvo. Pacha ni se dignó siquiera mirar al vencedor de su padre.



Huaynacápac entró como amo y se convirtió en esclavo. El dardo del amor hirió su corazón, y Pacha fué desde entonces un tesoro más codiciado que el hermoso imperio que acababa de conquistar.

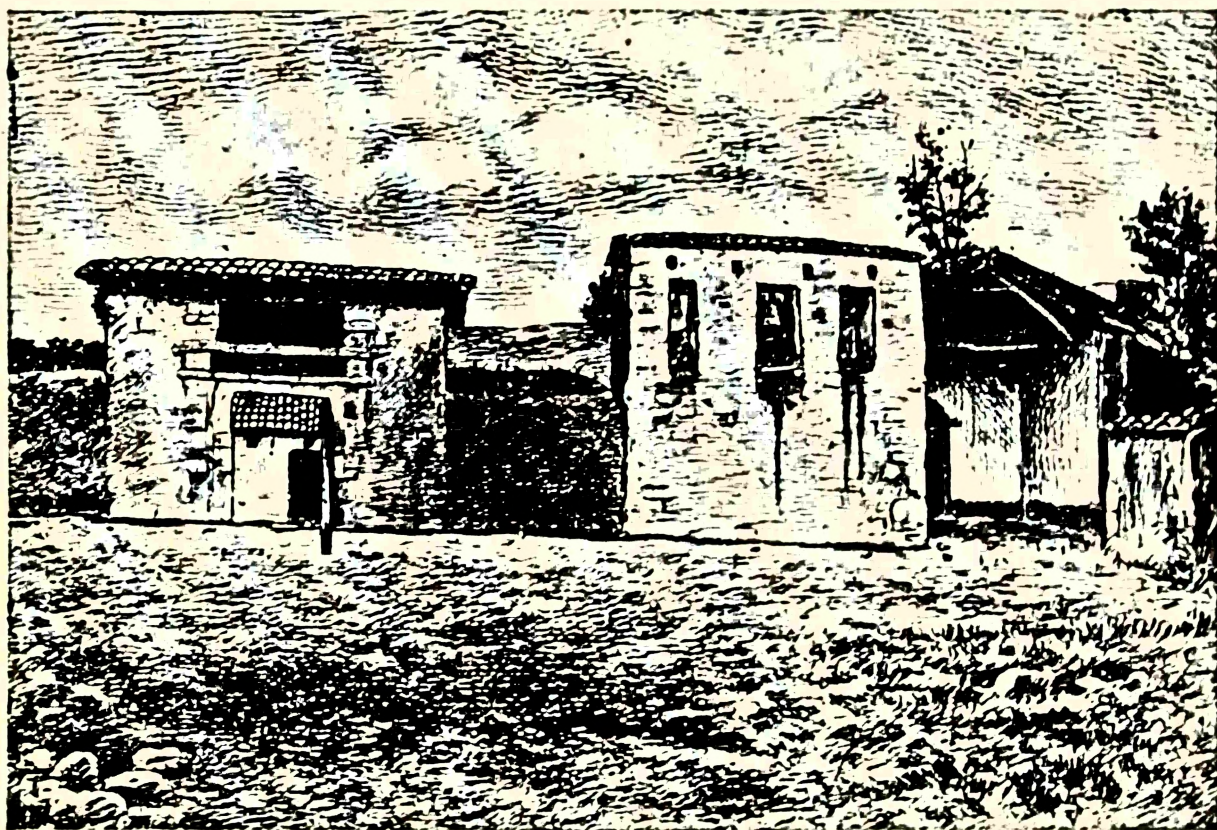
Pacha, con esa sagacidad propia de la mujer, sea cual fuere la raza a que pertenezca, comprendió lo que pasaba en el corazón del joven inca, y tuvo en ello una secreta satisfacción: ella vencía.

Huaynacápac lloró al lado de aquella hermosa mujer. Por serle agradable promulgó el perdón a todos los rebeldes, y mandó hacer funerales espléndidos al Shyri, padre de Pacha. Hizo llevar hasta Quito el cadáver del príncipe, en hombros de los más nobles de su imperio. y, en la misma llanura donde se dió la memorable batalla, mandó levantar doce mil *tolas* o sepuleros para inhumar los cadáveres de los guerreros.

Pacha cedió al fin y dió su corazón y su mano al valero-

so monarca del Pirú. Huaynacápac puso en su *llauto* la insignia de la esmeralda, que le hacía Shyri de Quito. La paz entonces se restableció, y Huaynacápac, abandonando por siempre el Cuzco, fijó su residencia en Quito, donde reinó largos años, al lado de su nueva esposa, de quien tuvo, al célebre Atahuallpa.

FRANCISCO CAMPOS.



Casa en donde estuvo preso Atahuallpa en Cajamarca

ATAHUALLPA

Atahuallpa, cuando su prisión, frisaba apenas en los treinta años de edad. Se le pinta como bien formado y más robusto de lo que eran generalmente los hombres de su raza: de ancha frente, hasta podía habersele calificado de hermoso, a no ofenderle unos ojos sanguinolentos que daban a sus facciones una como expresión de ferocidad. Su lenguaje era fluido, gra-

ves sus maneras; pero severísimo y hasta duro con sus vasallos.

Su cuerpo era musculoso y bien formado: el aire majestuoso, y sus maneras, mientras estuvo en el campo español, tenían cierto grado de refinación, tanto más interesante, cuanto iba acompañado de alguna melancolía.

Acúsale de haber sido cruel en la guerra y de sanguinario en sus venganzas: así podrá ser; mas el pincel de los enemigos suele sobrecargar demasiado las sombras del retrato. Concédente las prendas de que fué animoso, magnánimo y liberal y convienen todos en que mostraba singular penetración y rápidas concepciones.

Sus hazañas como guerrero ponen fuera de duda su valor, y la mayor prueba de él es la repugnancia de los españoles en devolverle la libertad; temíanle como a enemigo y le habían hecho muchos agravios para creer que pudiera ser amigo de ellos.

La conducta del Inca había sido al principio no sólo amistosa, sino benévola, y los españoles se la pagaron con el cautiverio, los despojos y la muerte.

PEDRO FERMÍN CEVALLOS.

Los heraldos de Pizarro

Pizarro estaba cerca de Cajamarca.

Un destacamento enviado para reconocer el campamento que los conquistadores habían divisado como de los indígenas, volvió manifestando espanto por el número de tiendas y tropas que vieron cerca de Cajamarca: pero sin dejar traslucir sus temores, penetraron resueltos en la ciudad. Mas les sorprendió hallar ésta desierta: en efecto. Atahualpa había dado órdenes de desocupación para que se alojaran los extranjeros.

Temiendo Pizarro una celada, formó sus tropas en batalla y despachó al capitán Hernando de Soto con veinte ginetes para anunciar al Inca su visita.

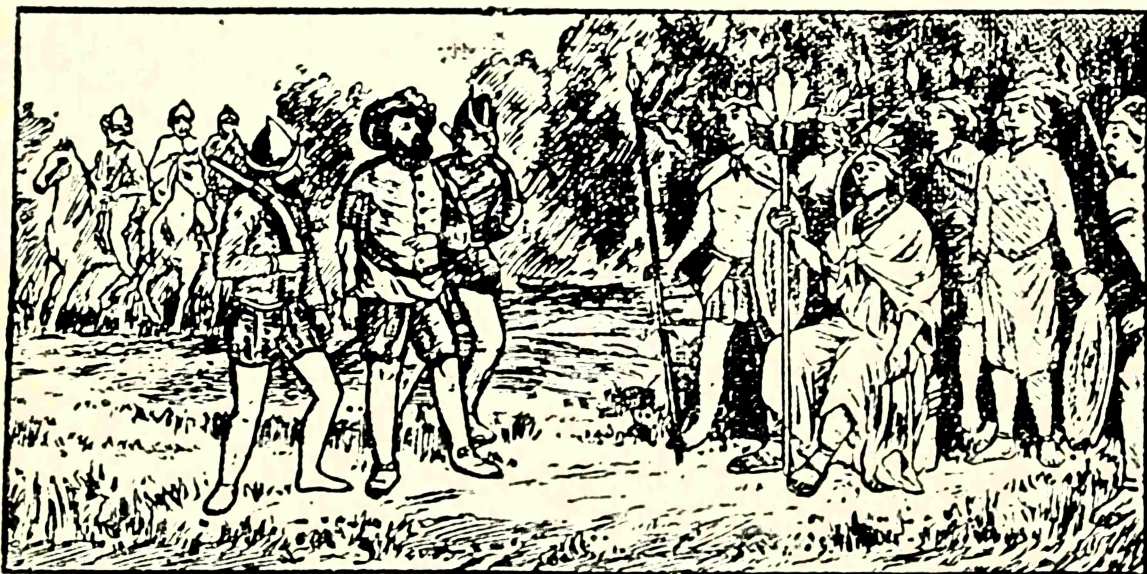
Las tropas del Inca, a la aproximación de los extranjeros,

se formaron también en batalla, y temiendo el jefe conquistador por la vida de los enviados, despachó un segundo destacamento en previsión de ataque.

Los españoles pasaron por entre las filas compactas de los guerreros indígenas armados con picas, lanzas, macizas hachas y mazas de cobre o bronce provistas de sendos pinchos en las puntas.

Grande fué su admiración al mirar el orden, atavío y corrección que ostentaban las tropas del Inca, y sin sufrir ninguna molestia atravesaron a caballo llevando dos intérpretes, hasta llegar a un edificio rodeado de un jardín, en donde se hallaba el Inca acompañado de los grandes señores de su reino.

El Inca tendría unos treinta años de edad; era de complexión robusta, hermoso rostro varonil y oval, talla alta, esbelto y hercúleo, nariz aguileña, boca bien dibujada y blanquísimos dientes, magestuoso continente. Tenía ojos grandes; pero irritables con frecuencia por la cólera, se encendían sangui-nolentos y daban a su fisonomía un aspecto terrible y salvaje.



Cuando el jefe de los enviados se acercó, el Inca estaba sentado en un bajo asiento de piedra sobre rico almohadón primorosamente bordado y adornado con piedras preciosas. Su vestido era sencillo y poco diferente del de los demás dignatarios.

Su actitud era indolente. Reconocíasele desde lejos por la roja borla, insignia de su incáica soberanía, que adornaba su frente, en cuyo centro centelleaba la esmeralda de los shyris. Atahuallpa rara vez levantaba sus ojos ante sus inferiores, y sólo cuando se enfrentaba con algún príncipe o alto dignatario, le brindaba con la franqueza de su mirada. Así lo encontró de Soto, y creyendo que el soberano no había escuchado su salutación, reiteró su palabra de introducción; sólo cuando Hernando, el hermano de Pizarro, anunció el rango que investía, el orgulloso soberano levantó los ojos, contestando al saludo así:

—Maizabilica, un cacique que me sirve a orillas del río Tunicosa, me ha remitido las argollas que habéis puesto al cuello de mis súbditos a quienes encadenásteis. A pesar de vuestro indigno proceder, visitaré a tu hermano, como amigo.

Pizarro contestó que Maizabilica había mentido: ponderó el valor de los españoles, asegurando que un sólo cristiano bastaba para exterminar toda la población del cacicazgo; y que dentro de poco se convencería Atahuallpa de lo utilísimos que los españoles le serían en los combates contra sus enemigos, pues 10 ginetes podrían derrotar todo un ejército.

La jactancia de Soto arrancó una sonrisa al Emperador que desconocía la eficacia de las armas de fuego y de los cañones y fuerzas que tenía ocultas Pizarro, y nada contestó. Uno de sus dignatarios fué el que por medio del intérprete respondió esta sola frase:

—Está bien.

Con su acostumbrada esplendidez el Inca obsequió a sus huéspedes; hermosas mujeres primorosamente ataviadas les brindaron el licor de bienvenida, en magníficas deslumbrantes vasijas de oro, quedando así pactada la amistad entre dos grandes capitanes, amistad que tan felonamente habría de ser violada por el más civilizado de ellos, poco después.

Célebres palabras de Atahualpa

Cuando el fraile dominico Valverde, capellán de las tropas de Pizarro e insinuador de los planes y estratagemas, logró hacer venir a Cajamarca a Atahualpa, desde Cuñu, en donde estaba, bajo protestas de amistad y concordia y sólo para conocerle y recibir su visita, ya estaba preparada la criminal celada contra el leal y confiado shyri. La comedia trágica era ésta: las tropas españolas estarían ocultas y armadas en las casas de la plaza; los ginetes listos y los cañones preparados, para lanzarse todos como un alud sobre el Shyri y su séquito, en cuanto sonara un tiro de arcabuz o mosquete.

Atahualpa llegó en su anda regia y descansó en la plaza.

Esta vez vino con toda pompa y los más nobles y grandes del imperio cargaban su anda; en pos de ésta venían otras andas, menos ricas, de los más altos dignatarios. Todos estaban inermes y solamente ataviados con sus más finos y vistosos vestidos.

El fraile Valverde se le acercó fingiendo gran respeto, y luego, sin preámbulos, le habló de la religión cristiana, del Papa y su soberanía espiritual y temporal que todos debían acatar, y de que éste, como representante de Dios, había obsequiado estos territorios al gran soberano español don Carlos V y que, por tanto, Atahualpa, estaba obligado a abrazar la religión cristiana, a acatar esta orden del Papa, y a reconocer su vasallaje hacia el monarca español. Luego le presentó una Biblia abierta y un breviario para que se convenciera de la palabra de Dios.

El Shyri miró el libro con indiferencia, pues ignoraba qué era ello, y la lectura; preguntó a Valverde, por medio del intérprete, qué quería decirle, y éste le respondió que por medio de ese libro hablaba Dios; que allí estaba su palabra.

Tomó Atahualpa el libro, lo acercó a su oído y lo arrojó con desprecio, diciendo:

—Tu Dios no me dice nada; no oigo su palabra,—y agregó:—Yo no quiero ser tributario de ningún príncipe. Vuestro Emperador será muy grande, según decís, y en tal caso lo trataré como a hermano.

En cuanto al Papa de que hablas, debe estar loco, pues tan liberalmente regala lo que no es suyo; respecto a religión estoy muy contento con la mía.

Vuestro Dios, según afirmas, fué muerto en suplicio afrentoso por sus propios hijos; en tanto que el mío,—dijo señalando al sol—vive aún en los cielos y desde allí vela por los suyos.

Dí a tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios.

La furia del dominico estalló, o fingió él que estallaba, para consumir el plan; se escandalizó, hizo cruces ante Atahualpa, interrogó a sus compañeros, les increpó por su calma ante tan inaudito desacato, llamó a Atahualpa *perro lleno de soberbia*, y en nombre de Dios, del Papa y del Rey, les incitó a la matanza de los infieles diciéndoles:

—¡Santiago, y a ellos! (*) Salid a exterminarles: yo os absuelvo.

Sonó luego el tiro de mosquete, estalló como un castillo todo el perímetro de la plaza, los ginetes se lanzaron al galope despedazando bajo los cascos de sus caballos a los desprevénidos indios, sonaron trompetas y tambores, todo fué ruido, batahola, ahullidos, sangre, fuego, confusión, un infierno..... y el noble Atahualpa fué preso a pesar de la heroica defensa y sacrificio de sus más cercanos servidores que le defendían sólo con sus cuerpos, pues habían ido sin armas y, además, como el Shiry al ver a Valverde les había dicho:

—Parecen enviados de los dioses; no hagáis nada contra

(*) Grito de guerra usual entonces entre los españoles.

ellos—acostumbrados como estaban a obedecer ciegamente a su Shiry—no hacían acto bélico puesto que su señor no había revocado la orden.

Pizarro se abrió campo, arrojó al suelo al jamás vejado Shiry, puso sobre su cuerpo sagrado sus rudas manos, le hizo prisionero y lo llevó a su residencia, una de las generosamente otorgadas por el soberano a los huéspedes.

El primer paso de la *gloriosa conquista* estaba dado.



ATAHUALLPA Y LA ESCRITURA

Se dice que Atahualpa había observado y admirado, sobre todas las cosas europeas que le mostraron, el arte de la escritura, y los españoles le hicieron saber que era cosa que se aprendía fácilmente, desde niño, en España.

Mostróse dudoso de tal decir, por haber creído que era una cualidad inherente a los de esta nación y, para asegurarse de la verdad de ello, pidió a un soldado que le escribiese en una de las uñas la palabra con que los cristianos nombraban a Pachacámac; y después de escrita la iba enseñando a cuantos entraban a su aposento. Admiróse de que, en efecto, la leyesen todos del mismo modo, y llegada la vez de enseñarla a Pi:arro, rió que éste no pudo leerla. Esto fué suficiente para que el Inca le tuviese en menos que a sus soldados, y Pi:arro que lo advirtió, dicen los narradores de tal anécdota, se aferró desde entonces en su propósito de deshacerse del Inca.

JUAN DE VELASCO.

Bautismo y muerte del Inca

El día asomaba y las nubes se teñían de ese color violáceo precursor de la salida del sol. La imperial ciudad de Cajamarca se iluminaba a los primeros rayos del astro a quien adoraban y de quien descendían los Shiris. Este astro iba a presenciar la muerte del último de los incas.

Atahualpa sereno, libre de hierros, estaba de pié en medio de su prisión, y el sacerdote Valverde, vestido con las vestiduras sacerdotales, se hallaba delante de él. Pizarro sombrío, meditabundo, apoyado su brazo en el hombro de Atahualpa.

Valverde dijo:

—¿Crees en la Religión de Jesucristo?

Atahuallpa contestó:

—Creo.

—¿Crees en todas las verdades que enseña la fe cristiana?

—Creo en todas.—dijo el monarca.

—Yo te bautizo, pues, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén,—dijo Pizarro.

Algunas gotas de agua cayeron sobre la cabeza del prisionero.

—Ya eres cristiano, continuó el Padre Valverde, y como te has bautizado hoy 29 de Agosto, te llamarás Juan, pues hoy celebra la Iglesia la degollación de San Juan Bautista.

Pizarro y Valverde se retiraron. Atahuallpa quedó solo. Iba a morir.

FRANCISCO CAMPOS.

(*)

La conquista

Rumiñahui, general de Atahuallpa, muerto éste se fué a Quito con parte del ejército y se hizo proclamar Shyri, después de haber asesinado a casi toda la familia de su soberano; mas tras él partió Belalcázar; combate primero en Cañar y luego en Tiocajas, y ambas veces es vencido Rumiñahui. Esté feroz tirano, en su retirada, arrasa todos los pueblos del tránsito, incendia Quito, hace sepultar vivas a unas cuantas Vírgenes del Sol, y se retira a las serranías del Oriente.

Don Diego de Almagro y don Pedro de Alvarado, que habían venido también a la conquista del Reino de Quito, ca-

(*) Muerto el Inca, Valverde celebró una misa con gran devoción; Pizarro y sus principales vistieron luto.

da cual por su cuenta, se la disputaron a Belalcázar; pero hechas felizmente las paces, y habiendo prevalecido los derechos de este último, pudo continuar sojuzgando otros y otros pueblos por Sur y Norte.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, vino de gobernador a este reino por 1540. Este emprendió en 1541 una expedición a las selvas del Oriente, que fué desastrosa, pues volvió a los dos años, después de haber visto perecer casi toda la gente que llevó. En el intermedio tocó el gobernador Vaca de Castro en Quito, y recibió esta ciudad su título y escudo de armas. En el mismo año, 1544, Blasco Núñez de Vela, Virrey del Perú, se viene a Quito huyendo de una revolución encabezada por Gonzalo Pizarro. La insurrección progresa; el Virrey toca dos veces más en Quito: pero en la última, Pizarro le espera en Iñaquito, llanura cercana a la ciudad, le ataca, le vence, le toman herido en el campo de batalla y le cortan la cabeza. Estos sucesos ocurrieron en 1546. Un año más tarde muchos pueblos se levantaron contra Pizarro, y entre ellos Quito y Guayaquil. En 1548 Pizarro cayó en manos de don Pedro de la Gasca, que vino a sofocar la revolución, y perdió también la vida en el sacrificio. En 1564 se erigió la Presidencia de Quito con su Real Audiencia: don Fernando de Santillán fué el primer Presidente.

JUAN LEÓN MERA.

El pensar es un rito sagrado: y dar a los hombres todo lo que la meditación y el estudio hayan incorporado a nuestro espíritu de más puro y cierto, es un sacerdocio.

GONZALO ZALDUMBIDE.

Los contratos entre conquistadores y sus reyes

Fragmentos del de Francisco Pizarro, para la conquista de Tumbes — 1529 — después de su primer viaje de exploración a nuestras costas: (Castellano antiguo).

Por quanto vos el capitán Francisco Pizarro, vecino de Tierra-firme llamada Castilla del Oro, por vos é en nombre del venerable padre Don Hernando de Luque, Maestro escuela é provisor de la Iglesia del Darien, é del capitán Diego de Almagro, vezino de la ciudad de Panamá, Nos fixiste relacion,



FRANCISCO PIZARRO

que vos é los dichos compañeros, con deseos de Nos servir é del bien é acresentamiento de Nuestra Corona Real, puede haver cinco años, poco o menos, que con licencia é parecer de Pedro Arias de Davila, Nuestro Gobernador é Capitan General que fué de la dicha Tierra-firme, tomastes á cargo de ir á conquistar, descubrir é pacificar é poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra, á la parte de Levante, á vuestra costa é de los dichos vuestros compañeros, todo lo que por aquellas partes pudiesedes; é fecistes para ello dos navíos é un bergantín en la dicha costa en que así en esto por se aver de pasar la jarcia é aparejos necesarios al dicho viaje é armada, dende el Nombre de Dios, ques en las costas del Norte á la otra costa del Sur, como con la gente é otras cosas nescesarias al dicho viaje;

é en tornar á refacer la dicha armada gastastes muchas sumas de pesos de oro é fuistes á fazer é fecistes el dicho descubrimiento donde pasastes muchos peligros é trabajo, á causa de lo qual vos dexó toda la gente que con vos iba en una Isla despoblada, con solo treze homes que no vos quisieron elevar é que con ellos é con el socorro que de navíos é gentes vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, partistes de la dicha Isla é descubristes las tierras é provincias del Perú é ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos é los dichos compañeros mas de treinta mil pesos oro é que con el deseo de Nos servir queriades continuar la dicha conquista é población á vuestra costa é mision, sin que en ningún tiempo seamos obligados á vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello fizierdes mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado: é Me suplicastes é pedistes por merced, vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras é vos concediese é otorgase las mercedes é con las condiciones que de suso seran contenidas, sobre lo cual, Yo mandé tomar con vos el asiento é capitulacion siguiente:

Primeramente Doy licencia é facultad á vos el dicho capitán Francisco Pizarro, para que por Nos é en Nuestro nome é de la Corona Real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista é población de la dicha tierra é provincia del Perú, hasta doscientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas doscientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Zemuquella é después llamastes Santiago, hasta llegar al pueblo de Chincha.

Item, entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios é Nuestro, é por honrar vuestra persona, por vos hacer merced, Prometemos de vos hacer Nuestro Gobernador é Capitan General de toda la dicha provincia, por todos los días de vuestra vida, con salario de setecientos é veinte é cinco mil maravedís en cada un año, los cuales vos han de ser pagados de las rentas é derechos á Nos pertenecientes en dicha tierra que así habeis de poblar, del qual salario, habeis de pagar un Alcalde

mayor, diez escuderos, treinta peones, un médico é un boticario.

Otro sí, vos facemos merced de título de Nuestro Adelantado de la dicha provincia del Perú, é ansi mismo de los officios de Alguacil mayor della, todo ello por los dias de vuestra vida.

Otro sí, es Nuestra merced, acatando la buena vida é doctrina de la persona del dicho Don Hernando de Luque, de le presentar á Nuestro muy Santo Padre por Obispo de la ciudad de Tumbes é entretanto que bienen las Bulas de dicho obispado, le facemos protector universal de todos los indios de la dicha provincia, con un salario de mil ducados en cada un año, pagados de Nuestras rrentas de la dicha tierra, entretanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.



DIEGO DE ALMAGRO

Otro sí, Mandamos que las faziendas é tierras é solares que teneis en Tierra-firme é vos estan dadas las tengais é gozeis é fagais dello lo que quisieredes é por bien tuviesdes, é en lo que toea a los indios é naborias que teneis é vos estan encomendadas, es Nuestra merced é voluntad é Mandamos que los tengais é gozeis é sirvais dellas é que no vos sean quitadas ni removidas por el tiempo que Nuestra voluntad fuese.

Item, á suplicación vuestra faremos Nuestro piloto mayor de la mar del Sur á Bartolomé Ruiz, é ansi mismo Daremos título de escribano del número é del Consejo de la dicha ciudad de Tumbes á un hijo del dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil é suficiente para ello.

Otro sí, Somos contentos y Nos plaze, que vos el dicho

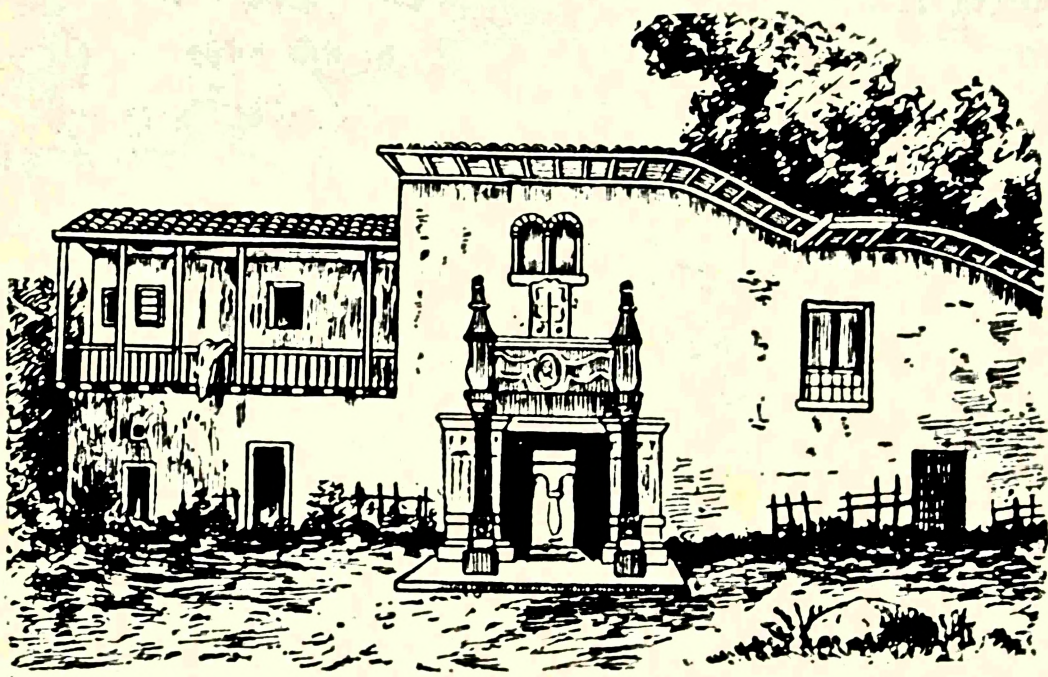
capitán Pizarro, quanto Nuestra Merced é voluntad fuese, tengais la gobernación é administración delos indios de Nuestra Isla de Flores, ques cerca del Panamá, é goceis para vos é para quien vos quisiesdes, de todos los aprovechamientos que oviese en la dicha Isla, así de tierras comó de solares, é montes, é arboles é mineros é pesquería de perlas, con tanto que seais obligado por razón dello á dar á Nos é á los Nuestros oficiales de Castilla de Oro, en cada un año de los que así fuese Nuestra voluntad que vos la tengais, doscientos mil maravedis, é más el quinto de todo el oro é perlas quen cualquier manera é por qualesquier personas se sacase en la dicha Isla de Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha Isla de Flores no los podais ocupar en la pesquería de perlas ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras granjerías é aprovechamientos de la dicha tierra para provicion é mantenimiento de la dicha vuestra armada.

Item, acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje é descubrimiento Bartolomé Ruiz é Cristoval de Peralta é Pedro de Candia é Domingo de Soria Luces, é Nicolas de Rivera, é Francisco de Cuellar, é Antonio de Molina, é Pedro de Alcon, é García de Gerez, é Anton de Carrion, é Alonso Brizeño, é Martin de Paz, é Juan de la Torre, é por que vos Melo suplicastes é pedistes por merced, es Nuestra merced é voluntad de les fazer merced, como por la presente se la fazemos á los que dellos no son fidalgos notorios de solar conocido en aquestas partes, de quen ellas é en todas las nuestras Indias, Islas é Tierra-firme del mar Oceano, gozen de las preheminencias é libertades é otras cosas de que gozan é deben ser guardadas a los fijosdalgos notorios de solar conocido destos Nuestros Reynos, é á los que de los susodichos son fidalgos, que sean caballeros despuelas doradas dando primero la información quen tal caso se requiere.

Otro sí, que vos daremos licencia, como por la presente vos la damos, para que destos Nuestros Reynos ó de donde vos ó quien vuestro poder oviere, quisierdes é por bien tubierdes, po-

dais pasar é pasen á dicha tierra de vuestra gobernacion, cinquenta esclavos negros en que haya á lo menos el tercio hembras, libres de todos derechos á Nos pertenecientes.

Lo qual todo que dicho es, é cada cosa é parte dello, vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais tenido é obligado de salir destos Nuestrs Reynos con los navios é aparejos, é mantenimientos é otras cosas que fueren menester para el dicho viaje é poblacion con doscientos é cinquenta homes, los ciento é cinquenta destos Nuestrs Reynos é otras partes no prohibidas, é los ciento restantes podais llevar de las Islas é Tierra-firme.



Casa de Pizarro en el Cuzco

Item, con condicion que quando saliesdes destos Nuestrs Reynos é llegades á la dicha provincia del Perú, hayais de llevar é tener con vos á los dichos oficiales de Nuestra fazienda que por Nos están é fuesen nombrados, é así mismo, las personas religiosas ó eclesiásticas que por Nos serán señaladas, para institucion de los indios é naturales de aquella provincia á Nuestra Santa Fé Católica, con cuya pareser é non sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento é poblacion de la

dicha tierra; á los quales religiosos habeis de dar é pagar el flote é matalotaje é los otros mantenimientos necesarios conforme á sus personas todo á vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna, durante toda la dicha navegacion, lo qual mucho á vos encargamos que así fagais é acomplais como cosa del servicio de Dios é Nuestro, porque de lo contrario, Nos tenemos de vos por deservidos.

E cumpliendo vos el dicho Capitan Francisco Pizarro lo contenido en este asiento é todo lo que á vos toca é incumbe de guardar é cumplir, prometemos é lo aseguramos por Nuestra palabra Real, que agora é de aquí adelante vos mandaremos guardar é vos será guardado, todo lo que así vos concedemos é fazemos merced á vos é á los pobladores é tratantes en la dicha tierra, para execucion é acomplimiento dello, vos mandamos dar Nuestras cartas é provisiones particulares que convengan é menester sean, obligando vos el dicho Capitan Pizarro, primeramente, ante Eseribano público de guardar é cumplir lo contenido en este asiento que á vos toca como dicho es. Fecha en Toledo á veinte é seis días de Julio de mil é quinientos é veinte é nueve años.

YO LA REINA.

Refrenda de Juan Vasquez.

Señalada del Conde y del doctor Beltran.

La cláusula capital

En todas las capitulaciones de los Reyes Católicos con sus vasallos conquistadores, la cláusula primordial era la que trataba sobre el oro, las minas, las piedras preciosas, los rescates de los soberanos indios, los despojos de sus riquezas como botín de

guerra, etc. y la cuota que en todo ello le había de tocar a cada parte contratante.

Esta autorización regia era, pues, lo que más alentaba á los invasores para las exacciones, tributos y crueldades con los indígenas; pero esos mismos rigores fueron la levadura que durante 300 años fermentó, haciéndoles anhelar la libertad y formando el bello resultado de la patria reconquistada.

«Otro sí, como quiera que, *según derecho é leyes de Nuestro Reyno*, quando Nuestras gentes é capitanes de Nuestras armadas toman preso algún príncipe é señor de las tierras donde por Nuestro mandado fazen guerra, el rescate del tal señor ó cacique pertenece a Nos con todas las otras cosas muebles que fuesen halladas e que perteneciesen al mismo, pero considerando los grandes trabajos é peligros que Nuestros súbditos pasan en las conquistas de las Indias, en alguna enmienda dellas é por los fazer merced. Declaramos é Mandamos, que si en las dichas vuestras conquistas é gobernacion se cautivase é prendiese algun cacique ó señor, que de todos los tesoros, oro é plata é perlas quese oviesen, del por vía de rescate ó en otra qualquier manera se Nos dé la sexta parte dello é lo demás se reparta entre los conquistadores, sacando primeramente Nuestro quinto; é en caso quel al dicho cacique ó señor principal mataren en batalla ó *después por vía de justicia ó en otra qualquier manera*, que en tal caso, de los tesoros é bienes susodichos que del oviesen, justamente hayamos la mitad, la qual ante todas cosas cobren Nuestros oficiales, é la otra parte se reparta, sacando primeramente Nuestro quinto».

Durante el coloniaje estuvieron estos nuestros territorios divididos en lo político en muchos corregimientos, luego se establecieron audiencias, por último virreynatos. El rey Felipe IV estableció las audiencias y chancillerías, de las que hubieron en Panamá, Lima, Charcas, Santa Fé, Quito, Chile y Buenos Aires. Se componían de un presidente, gobernador y ca-

pitán general, cuatro oidores y alcaldes del crimen, un fiscal, un alguacil mayor, un teniente de gran chanciller y oficiales inferiores, aumentado el personal según su categoría. Estos eran tribunales de atribuciones múltiples y mixtas, especie de concejos ó cabildos que eran á la vez cortes de justicia, consejos de estado, etc. «para que administraran justicia y entendieran en todo lo que conviniera al sosiego, quietud, ennoblecimiento y pacificación» de estas provincias.

Creados los virreinos, éstas quedaban subordinadas a ellos en algunos respectos.

El tesoro de Atahualpa

REPARTO DEL RESCATE

Cuando aceptó Pizarro a cambio de libertar al Inca, el aposento de oro de que dudaba el castellano, Atahualpa despachó mensajeros en todas direcciones en pos de los tesoros del reino.

Fueron precisas caravanas de indígenas para transportar el oro y la plata que exigía la promesa del soberano. Y afluyeron a Cajamarca, dice un historiador, como un torrente, todas aquellas riquezas arrancadas de los templos y los palacios, riquezas que representaban algo más importante que su valor: el arte y gusto de varias generaciones y siglos de trabajo.

Para cumplir su promesa el Inca fijó dos meses de plazo. En ese tiempo esperaba llenar hasta la altura de su mano levantada, una sala de 7 metros de largo por 4 de ancho, su prisión.

Los correos volaron por todo el reino: del Cuzco, de Hua-

machueo, de Huaylas, de Quito y Sielapampa acudían los indios llevando cuantos objetos de precioso metal, primorosamente trabajados, pudieron encontrarse: vasijas, platos, joyas, ídolos, estatuas de hombres y animales, reproducciones de frutas, de árboles y flores.

Pero la ambición de los españoles no pudo contenerse en presencia de tantas riquezas acumuladas, y el deseo de fundir y repartirse aquel tesoro les hizo apoderarse de él, cuando aún el Inca esperaba en breve plazo acabar de cumplir lo estipulado.

Con mucha contrariedad de Pizarro, presentóse en el campamento Almagro, procedente de Panamá; el que reclamó para sí y sus 230 soldados una tercera parte del botín. Aquel quiso convencerle de que no tenía justicia su pretensión, pero Almagro obligó al contrario a darle una indemnización.

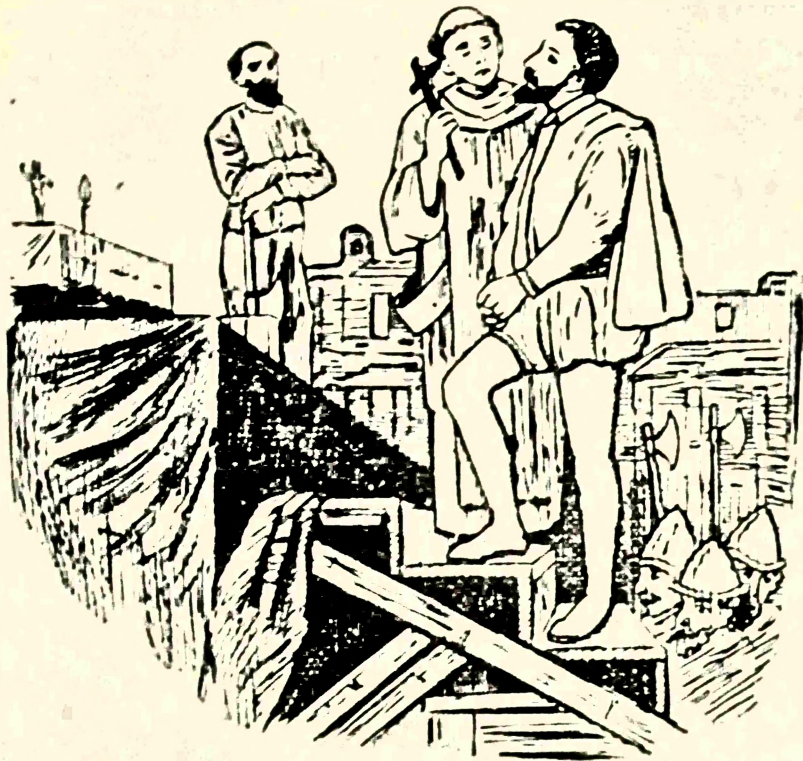
El peso del oro, reducido a barras, ascendió a una cantidad que hoy equivaldría a 15 millones de duros, y había además 25.000 libras de finísima plata.

Desecontada la parte perteneciente a la corona, Pizarro tomó para sí 57.222 pesos en oro y 1,175 libras de plata, además del trono de oro del Inca, avaluado en 25.000 pesos, y Almagro obtuvo 30.000 pesos oro y algo más de 20.000 para su tropa.

Las gentes de Pizarro percibieron en parte proporcionada al rango de cada cual. Cada ginete fué recompensado con 8.880 pesos oro y 181 libras de plata y cada soldado con 4.440 y 90 1 2.

Mas, en posesión de tantas riquezas, los españoles entregáronse al juego y muchos de ellos se arruinaron en una sola noche perdiendo todo el oro conseguido a costa de mil peligros y de tantas privaciones.

M. A. CAMPOS R.



Gonzalo Pizarro

Este joven conquistador, hermano menor de Francisco Pizarro y de Juan y Hernando, es una de las poquísimas figuras simpáticas entre tantas sombrías y abominables que se circunieron sobre la raza dueña de Quito.

Dicen que le tenía cariño a Atahualpa con quien talvez simpatizó, como Soto, por ciertas semejanzas de caracteres, pues Gonzalo era de carácter franco, aunque muy alegre y jovial, como no era el austero shyri; apuesto, gallardo, rumboso y caballeresco, esmerado y pulcro en el vestir, valiente hasta la temeridad y muy vivo de genio. Era un personaje digno de un romance, dice Cevallos. Afirman también que la ausencia de Gonzalo fué fatal para Atahualpa cuando le formaron el inicuo tribunal, pues de haber es-

tado presente Gonzalo, le habría salvado a costa de cualquier hecho, porque a su carácter hidalgo repugnaban los actos de crueldad y las felonías. (*)

A la muerte de su hermano Francisco, que murió años después asesinado en el Perú, siendo ya virrey, por sus mismos compatriotas, Gonzalo aspiró a sucederle: encabezó revoluciones, obtuvo varios triunfos; pero al fin cayó preso en manos del virrey La Gasca, quien le condenó al tajo, muerte que consistía en cortar la cabeza, o *decapitar*, al sentenciado. Hacían arrodillar a éste, inclinar la cabeza, posando el cuello sobre el borde de un tronco de madera grueso o una barra de madera con una concavidad a modo de cuna para el cuello, y en seguida el verdugo, o ejecutador de la pena, descargaba un fuerte golpe con una hacha muy afilada y cortaba a cercén la cabeza del sentenciado.

Gonzalo subió al tablado de su suplicio, gentil y gallardo como siempre, sereno y arro-

(*) Dice el historiador Cevallos: De los 24 jueces que compusieron el tribunal hubo 11 que no quisieron condenarle fundándose en la incompetencia de su jurisdicción y en la injusticia de los cargos. Los que salvaron sus nombres de esta ignominia, nombres que de llevarlos pueden envanecerse sus descendientes americanos o españoles, por el temple y rectitud de conciencia con que obraron sus antecesores son:

Francisco Chaves, Diego Chaves, Francisco Fuentes, Pedro Ayala, Francisco Moscoso, Fernando Aro, Pedro Mendoza, Juan Herrada, Alfonso Dávila, Blas Atienza y Diego de Mora.

gante, pulcramente acicalado y vestido todo con un finísimo traje blanco. Al poner la cabeza en el tajo dicen que se volvió al pueblo y le dijo:

—Muero pobre. Hasta el vestido que llevo es ajeno. Los que habéis sido favorecidos por mi hermano Francisco y por mí, encargáos de mi entierro.

Y volviéndose hacia el verdugo, agregó:

—Te perdono: tú no tienes la culpa de lo que vas a hacer. ¡Cumple tu deber con mano firme!

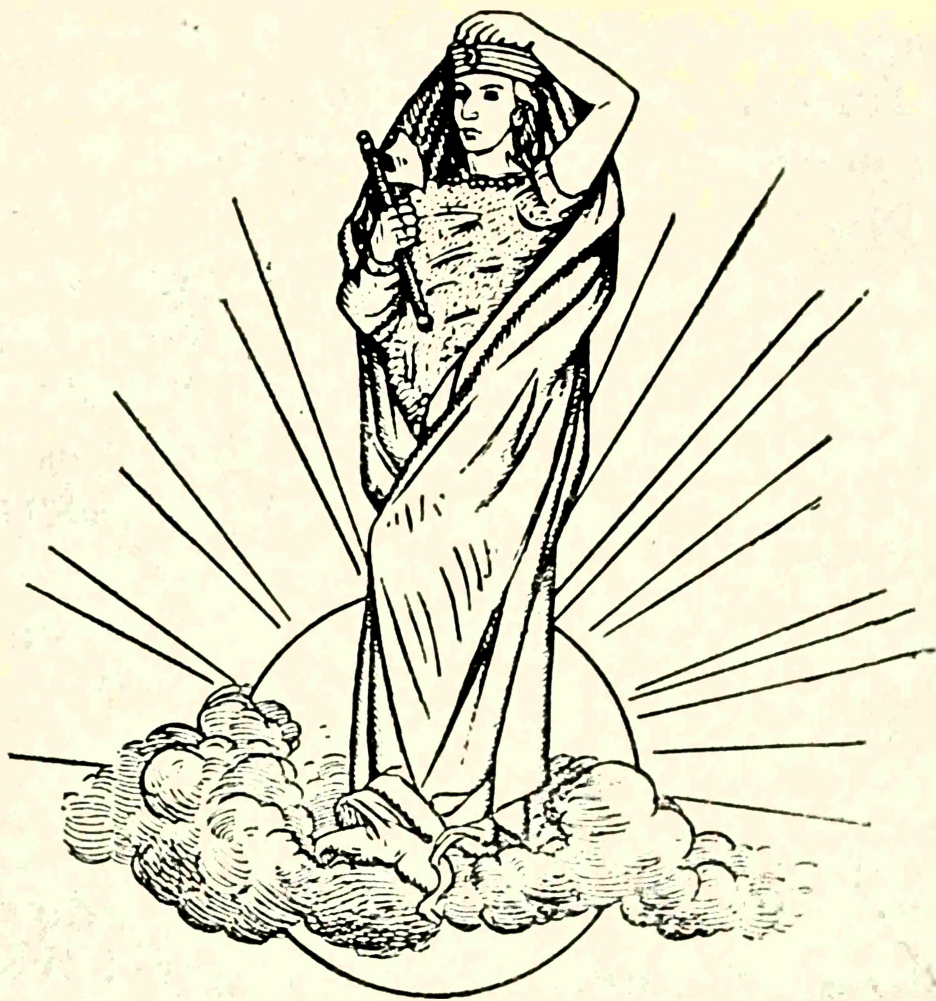
Tal era el valor de los hombres de la conquista.

La mayor parte de ellos tuvieron trágico fin: Belalcázar fué también enjuiciado y desposeído de su gobierno, riquezas y títulos, encarcelado, remitido a España, y murió en Cartagena, abatido y miserable, en 1549.

Orellana, buscando salida al mar Atlántico por el Amazonas, se internó en las selvas orientales y tras de mil penalidades sin cuento, con unos pocos compañeros sobrevivientes, salió al mar en una tosca y endeble barca que construyó con pesadas maderas de los bosques y clavó con los herrajes de los cascos de sus caballos.

Regresó de España con su contrato, pero no se supo más de él; probablemente pereció en el Océano, al regreso.

15—¿Quién fué el capitán don Miguel Agustín Olmedo?



La sombra del Inca

Yo soy Huayna-Capác; soy el postrero
Del vástago sagrado,
Dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre,
Y el imperio regido por las Furias.

No hay punto en estos valles ni estos cerros,
Que no manden tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí; las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon:

Y los restos mortales de mi gente
Aun a las mismas rocas fecundaron.
Mas allá un hijo espira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos.....
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos.....
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaron nuestras plantas!

Y mi Huáscar también. ¡Yo no vivía!
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara a debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola!

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

Lo más importante bajo el coloniaje

Es una verdad incontestable que hasta principios del siglo décimo octavo, eran generalmente imperfectas las noticias que acerca de las comarcas de América se tenían en Europa, aun entre los mismos soberanos que las habían colonizado y sujetado a sus dominios.

La ignorancia de los conquistadores y colonizadores europeos, las odiosas restricciones impuestas por el régimen colonial, y los estorbos puestos a la introducción de las luces en las colonias, principalmente en las españolas, mantuvieron a éstas durante tres siglos en la más sombría oscuridad é impidieron que penetrase en ellas ningún viajero observador.

La política española, particularmente, era demasiado celosa y mezquina para permitir que viajasen en las colonias hispano-americanas más que los españoles peninsulares.

Pero una cuestión científica se había suscitado: se necesitaba saber la verdadera figura de la Tierra, y la Academia de Ciencias de París, protegida por el gobierno real de Francia, se resolvió a enviar a la América meridional una comisión de su seno para la medida de tres grados del meridiano, y resolver así el problema propuesto sobre la exacta figura del planeta que habitamos.

Fueron nombrados para esta importante comisión tres sabios académicos franceses, a saber: los señores Bouguer, La Condamine y Godin.

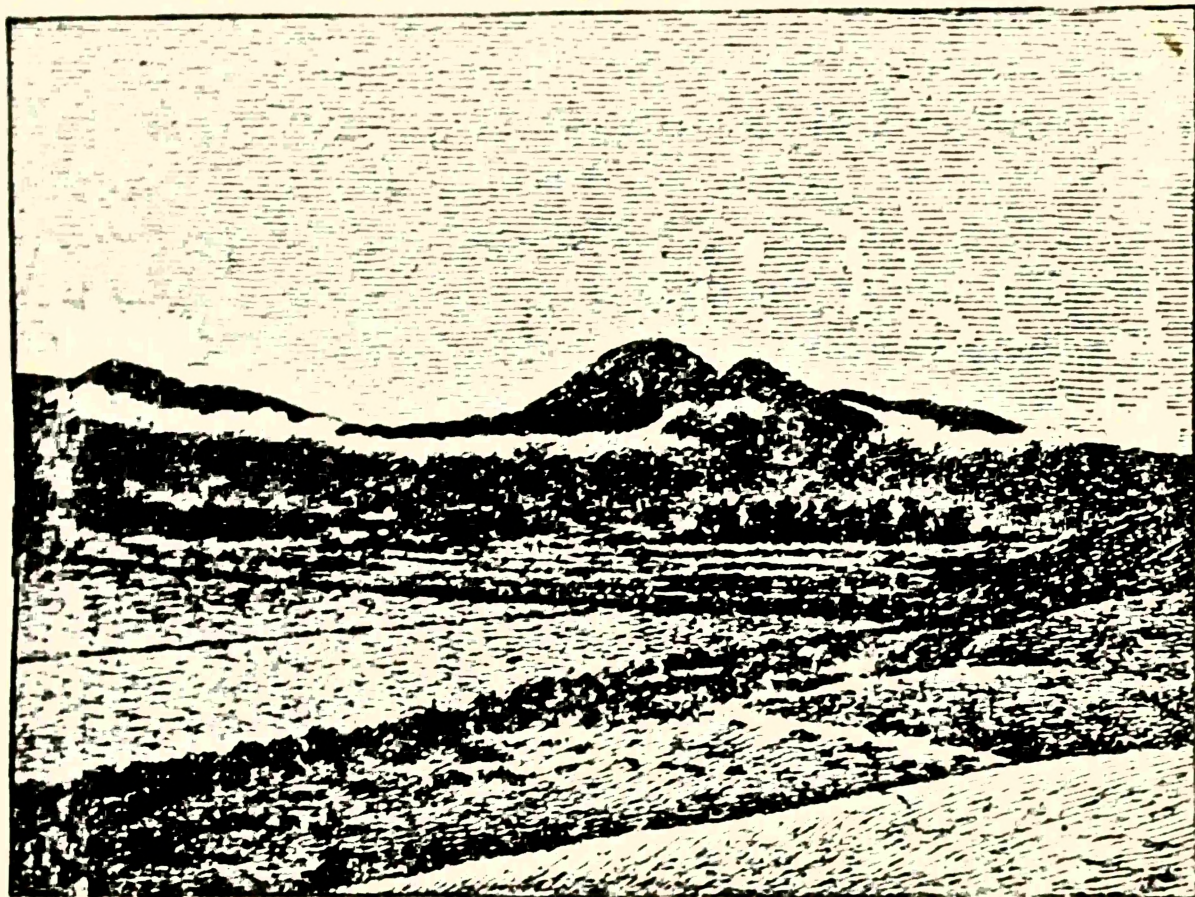
El Ecuador tuvo la suerte de que, por su posición geográfica, fuese designado para esos estudios y operaciones.

El gobierno español tuvo que conceder licencia a los académicos para ese viaje científico, y aun les asoció dos oficiales caracterizados de la marina real de España, los señores don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa; todos los cuales llegaron a Quito en 1736.

Después de verificadas las observaciones y medidas, los Académicos franceses levantaron dos pirámides, en *Caraburo* y *Oyambaro*, lugares inmediatos a Quito, para fijar y conservar los extremos de la base de las operaciones astronómicas que ellos habían practicado bajo el Ecuador. Mas las autoridades españolas las hicieron derribar, con pretextos especiosos (*).

Satisfecho ya el objeto del viaje de los académicos franceses y de sus colaboradores españoles, regresaron todos ellos a sus respectivas naciones, y publicaron en diferentes obras sus observaciones y trabajos.

(*) En 1836, un siglo después, fueron restablecidas por orden del ilustrado y patriota Presidente de la República don Vicente Rocafuerte.



Punto geográfico por donde pasa la línea equinoccial en el Ecuador.

Bouguer publicó su grande obra sobre la *Figura de la Tierra*.

La Condamine su *Diario de viaje al Ecuador*, y su interesante descripción del gran río Amazonas. Este mismo académico fué quien publicó una importante Memoria sobre el árbol de la quina; y dió por primera vez noticia en Europa del caucho y del uso que de éste se hacía en América, particularmente en Quito y en los pueblos situados sobre las riberas del Amazonas.

Los viajeros españoles don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa también publicaron la relación de su viaje y Memorias bastante interesantes sobre los países que habían recorrido y observado.

De manera, que fué desde entonces, que la América meridional empezó a ser científicamente descrita por hombres competentes.

No faltaron otros autores que dieron noticias de los países americanos, con más o menos exactitud, como el conde Carli, Clavijero, Nuix, Molina, Gumilla, Azara. Raynal, en su «Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias», y Robertson en su acreditada «Historia de América».

A fines del siglo XVIII escribió también el Padre Velazco su «Historia del Reino de Quito», conteniendo un tomo de «Historia Natural» y una «Descripción histórica, geográfica, política y eclesiástica de las provincias del mismo Reino».

En 1799, el Barón Alejandro de Humboldt obtuvo del gobierno español permiso para visitar sus colonias americanas; lo cual era de parte de ese gobierno una generosidad sin ejemplo, porque la España guardaba entonces sus colonias con notable y odioso exclusivismo.

En París se asoció Humboldt con un joven botánico, Mr. Bompland, que debía principalmente ocuparse de la parte botánica del viaje.

Durante los cinco años que Humboldt viajó en la América del Sur y Norte, fué infatigable en sus trabajos de investigación científica.

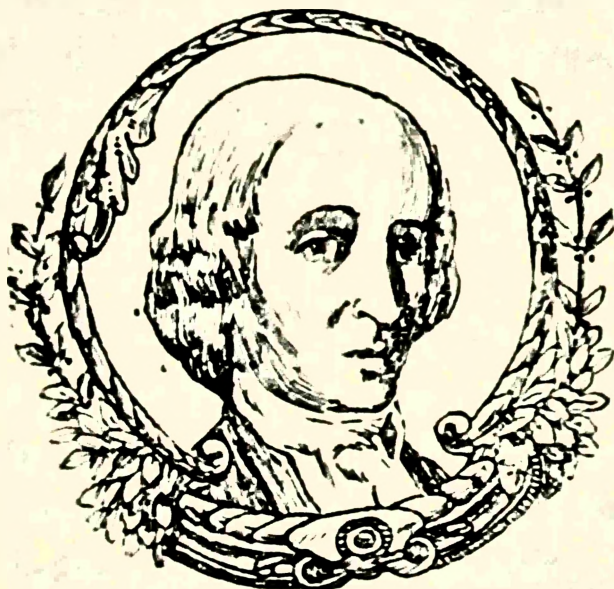
Humboldt viajó en América no sólo como sabio físico, botánico y naturalista, sino como profundo observador político. Admiró la prosperidad creciente de los Estados Unidos, criticó el sistema colonial español, y presagió los beneficios que resultarían de la independencia de las colonias hispano-americanas. En su «Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente», decía: «Es una preocupación funesta, y aun diré impía, el considerar como una calamidad para la vieja Europa la prosperidad creciente de cualquiera otra porción de nuestro planeta. La independencia de las Américas no contribuirá a aislarlas, antes bien las aproximará a los pueblos antiguamente civilizados. El comercio tiende a unir lo que hace mucho tiempo se ve separado por una celosa política».

Ningún viajero había, pues, hecho conocer y apreciar la

América como Humboldt, y justo es que al mencionar esos grandes frutos de su inmensa erudición y de su poderosa inteligencia, y también sus nobles sentimientos sobre la suerte y los progresos futuros de los pueblos americanos, recordemos su nombre con honor y agradecimiento.

Después del viaje de Humboldt, y desde que fueron sucesivamente independizándose de España sus colonias americanas, y constituyéndose en repúblicas independientes, éstas han sido visitadas y descritas por diferentes viajeros, geógrafos y naturalistas, tales como Stewenson, Boussingault, Roullin, Rivero, D'Orbigny, Castelneau, Hall, Goy, Codazzi, Brasseur de Bourbourg, Stubel, Reiss, Agassiz, Villavicencio, Cevallos y otros más.

Pero volviendo a ocuparnos de la época en que vinieron los académicos franceses, necesito mencionar dos circunstancias notables. La primera es la de que, a pesar de todas las dificultades que había entonces en este país para adquirir instrucción, existía por ese mismo tiempo en nuestra patria un hombre nada común, instruido en las matemáticas y en la geogra-



fía, como don Pedro Mallonado, natural de Riobamba, autor de una carta geográfica de las provincias que hoy componen el Ecuador, y que acompañó y ayudó a los académicos en varias

de sus exploraciones y labores, y mereció por sus conocimientos, grandes demostraciones de aprecio entre los mismos académicos y otros sabios de Europa, a donde se dirigió, alcanzando hasta el honor de ser nombrado miembro de la Sociedad Real de Londres, en cuya ciudad falleció.

La otra circunstancia fué la de que por esos mismos años estuvo empleado como Presidente de la Real Audiencia y Gobernador y Capitán General del Reino de Quito. Don Dionisio de Alsedo y Herrera, y que fué durante su gobierno que se ocupó de escribir el «Compendio Histórico de la provincia, partidos ciudades, astilleros, ríos y puerto de Guayaquil».

Fué en la misma ciudad de Madrid que publicó posteriormente un hijo del autor, Don Antonio de Alsedo, natural de Quito, una obra extensa con el título de «Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América», en cinco gruesos volúmenes: obra llena de datos interesantes sobre la geografía, la historia, la zoología, la botánica, la mineralogía y la hidrografía americanas.

Nadie mejor que Alsedo podía entonces describir esta provincia, ya por sus propios conocimientos y observaciones, ya porque su misma alta posición oficial le facilitaba los medios de adquirir el mayor número de informes y datos estadísticos.

Considerando el tiempo en que ella fué escrita, y los pocos hombres que había entonces instruidos en la geografía, no se puede menos que admirar los conocimientos nada vulgares que en esas materias poseía su autor.

Verdad es que la obra contiene tal cual relación fundada en tradiciones supersticiosas propias de aquellos tiempos; pero que desechará el criterio de los lectores sensatos.

La obra contiene, además, las licencias que se concedieron para su publicación. Entre ellas llama muy particularmente la atención, la del canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Toledo, e Inquisidor Ordinario, que con tan sereno espíritu y bondad juzgó la obra: lo que debió suceder rara vez en otros

casos, pues sabido es que los inquisidores condenaban muy amenudo a las llamas, no sólo libros irreligiosos, sino obras en que apenas se deslizara tal o cual idea filosófica, aun cuando no fuera esencialmente contraria al catolicismo.

Esas licencias están demostrando las trabas que en aquellos tiempos tenía en España la imprenta, y las dificultades que había necesidad de vencer para publicar aun las más sencillas producciones del ingenio humano.

PEDRO CARBO.

Ultimamente otra misión geodésica francesa vino a comprobar los cálculos anteriores, y levantó nuevas pirámides en el mismo sitio. Otra pirámide pequeña erigieron también en Guayaquil, al pie de la colina del Santa Ana, en el barrio de Las Peñas.

El coloniaje

Se cuenta la Epoca Colonial desde 1530, en que comenzó la conquista española en el Reino de Quito, hasta 1809, año en que se dió el primer grito de Independencia; aunque, en realidad, la dominación ibérica no desapareció por completo hasta 1822, por obra del glorioso triunfo alcanzado en Pichincha.

Consolidado el poder español, terminada la lucha civil de los primeros años entre los conquistadores, comenzó para estos pueblos una vida igual, apacible, monótona, interrumpida ape-

nas en su quietud por las sublevaciones de los indios, pronto dominadas; por las incursiones piráticas de ingleses y holandeses que causaron grandes daños en el litoral, especialmente en Guayaquil; por los grandes incendios que destruyeron esta ciudad; y, en fin, por los terremotos y las erupciones volcánicas.

Los pueblos apenas si pudieron sentir las influencias del progreso; permanecían estacionarios, bajo un régimen de egoísmo y de una inconsulta política.

La instrucción era nula; ni había instrucción pública; los beneficios de la enseñanza estaban reservados a las clases privilegiadas, y así mismo, en esas esferas sociales era muy deficiente: con saber leer y escribir regularmente, y con algo de gramática y aritmética, no había necesidad de más.

Si fueron dictadas algunas leyes favorables a los americanos, ellas eran letra muerta en el procedimiento de la mayor parte de los funcionarios; la condición de los colonos era la más triste en cuanto a libertades y derechos; y fué esa misma condición humillante la que hizo a los americanos anhelar las libertades y derechos de una patria independiente.

Culpa no fué de la noble nación española; lo fué de la política absolutista que tantos males causó a los mismos pueblos de la Península; (culpa fué, repetimos, de un sistema egoísta y tiránico, que las colonias, así tratadas, resolvieron emanciparse de la madre-patria).

Doscientos noventa años eran suficientes, con tal sistema, para preparar y robustecer la opinión de estos pueblos, hasta llevarlos a la reivindicación de sus derechos, de su dignidad, de su soberanía.

La explotación de sus inmensas riquezas, sin que de tal explotación se derivara beneficio para los productores; la falta de libertad de comercio y el monopolio de todos los frutos americanos; la permanente incomunicación, la prohibición de relaciones con otros países—¿qué podían dar de sí, sino el más triste es-

tado de estacionamiento? El progreso era vana palabra para los pueblos americanos.

Y si está en la condición humana la necesidad de expansión y de progreso, así moral como material—¿cómo no habían de resolverse estos pueblos a buscar en su vida independiente lo que se les negaba en su condición de colonias?

Si el principio de justicia se impone—¿cómo no habían de rebelarse contra semejante injusticia?

Doscientos noventa años de vida inactiva valen tanto como tres siglos de muerte para los pueblos.

Pero la inercia no puede ser permanente para ellos; y para los de América vino la resurrección con la Independencia.

Eso fueron los cuatro siglos del coloniaje: inercia, muerte temporal; la catalepsia de un pueblo que despierta al cabo, tocado por la chispa eléctrica de la Libertad.

CAMILO DESTRUGE.

Hombres distinguidos de la época colonial

Literatos y publicistas.—Padre Juan Bautista de Aguirre—P. Carlos Arboleda—P. Mariano Andrade—P. Jacinto Evia—P. Ambrosio Larrea—P. Joaquín Larrea—P. Jacinto Morán de Buitrón—Fr. José Maldonado—P. José Oroasco—P. Alonso Peñafiel—P. Ramón Viescas—Dr. Nicolás Pastrana—P. Alonso de Lojas—Dr. Antonio Viteri y Oroasco.

Jurisconsultos.—Gabriel Alvarez del Corro—Gaspar de Escaleno y Agriero—Mariano Egas—Venegas de Córdoba—José Fernández Salvador—José de Peralta y Mendoza.

Geógrafos.—Antonio de Alsedo—Pedro Vicente Maldonado.

Matemáticos.—Pedro Anagoitia—José Antonio de Rocha y Carranza, Marqués de Villa—Rocha.

Médicos.—Doctor Francisco Eugenio Espejo—Doctor José Manuel Espinosa—Manuel Coronado (indígena).

Naturalistas.—Pedro Franco Dávila—Fr. Bernardo Serrano.

Diplomáticos.—Lope Diez de Armendáriz.

Oredores.—Don José Mejía (Parlamentario)—Dr. Sancho Escovar (Sagrado).

Pintores.—Goribar—Miguel de Santiago—Samaniego.

Escultores.—Manuel Chili (a) Caspicara—Pampite.

Teólogos.—Juan Bautista de Aguirre—Hernando Alcocer—Moisés Alcocer—Fr. Luis de Armendáriz—Dn. Joaquín de Araujo—Pedro Bedón—Dr. José Eleodoro Díaz de la Madrid—Fr. Bartolomé García—Isidro Gallegos—Dr. José García Parreño—Dr. José Antonio Lequerica—Fr. Dionisio Mejía—Fr. José de Jesús Olmos—Leonardo Peñafiel—Lorenzo y Sebastián Ponce de León—Fr. Clemente Rodríguez.

Prelados.—Obispos: José Javier Arauz, Pedro de Argandoña—Vasco de Contreras y Valverde—Juan Machado de Chávez—Diego Rodríguez—Rivas de Velasco—José de Silva y Oluve—Gaspar de Villarroel. (Lo fueron de diversas diócesis americanas).

Filántropos.—El Conde de Casa Jijón, Bartolomé Serrano.

Magistrados.—Juan Romualdo Navarro y Montesén.

Historiadores.—Jacinto Callahuazo (indígena)—Pedro Diego Rodríguez de Ocampo—Padre Juan de Velasco.

Misioneros.—P. José Bustamante—Fr. Domingo de Bricela—P. Gregorio Bobadilla—P. Sebastián Cedeño—Dr. Manuel Mariano Echeverría—P. Rafael Ferrer—P. José Jiménez—Los Mestanza—P. Raimundo Santa-Cruz.

Presidentes de le Real Audiencia de Quito durante el coloniaje

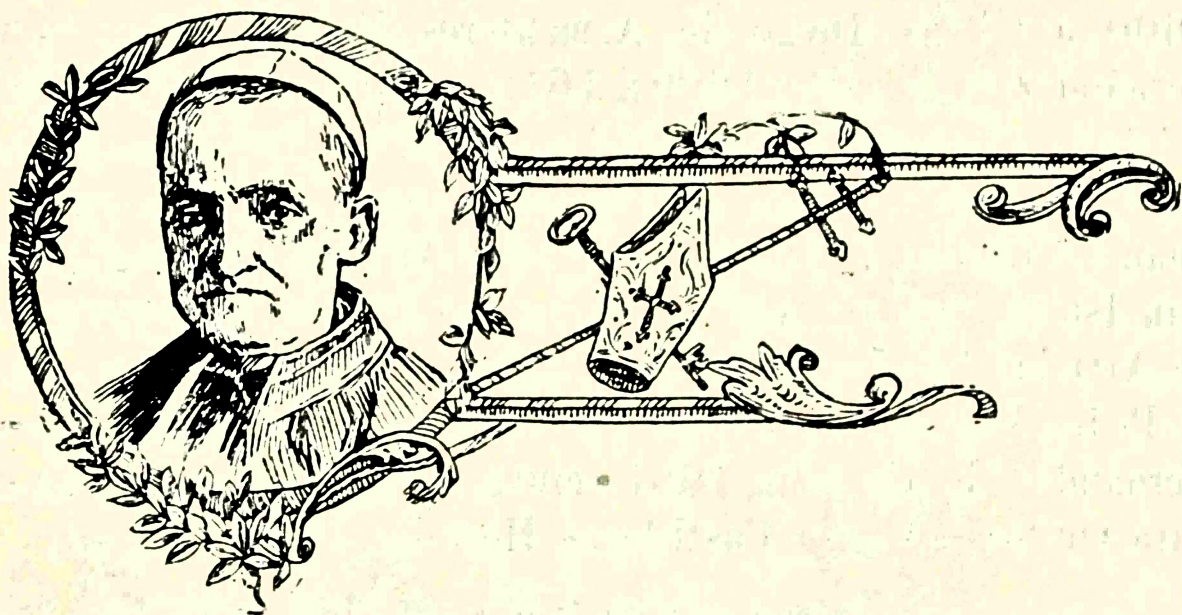
1ª. EPOCA

Hernando de Santillán; 1564 a 1571—Lope Diez de Armendáriz; 1571 a 1575—García de Valverde; 1575 a 1578—Diego Narváez; 1578 a 1581—Pedro Venegas Cañavera; 1581 a 1586—Manuel Barros de San Millán; 1587 a 1592—Esteban Marañón; 1592 a 1599—Miguel de Ibarra; 1600 a 1608—Diego de Armenteros Henas; 1608—Juan Fernández de Recalde; 1609 a 1612—Matías de Peralta; 1612 a 1615—Antonio Morga; 1616 a 1628—Pedro de Arriola; 1628 a 1636—Alonso Pérez de Salazar; 1637 a 1641—Juan de Lizarazo; 1643 a 1645—Antonio Rodríguez de San Isidro; 1646—Alonso Ferrer de Ayala; 1646—Martín de Arriola; 1647 a 1652—Juan Morales de Aramburu; 1652—Pedro Vásquez de Velasco; 1654 a 1661—Juan Antonio Fernández de Heredia; 1661 (murió en Guayaquil, de tránsito para Quito)—Alonso Castillo de Herrera; 1666.

2ª. EPOCA

Diego del Corro Carrascal; 1670 a 1672—Iltmo. Alonso de la Peña y Montenegro; 1672 a 1677—Lope Antonio de Munive; 1678 a 1689—Mateo de la Mata Ponce de León; 1691 a 1701—Francisco López Dicastillo; 1703 a 1706—Juan de Sosaya; 1706 a 1714—Simón de Rivera; 1714—Santiago de Larrain; 1715a 1717—Dionisio de Alsedo y Herrera; 1728 a 1736—José de Araujo y Ríos; 1736 a 1743—Manuel Rubio de Arévalo; 1743—Fernando Sánchez de Orellana; 1745 a 1753—Juan Pío de Montúfar; 1753 a 1761—Juan Antonio de Zelaya y Vergara; 1766 a 1767—José Dibuja; 1767 a 1778—José García de León y Pizarro; 1778 a 1784—Juan José de Villalengua y Marfil; 1784 a 1790—Juan Antonio Mún y Velarde; 1790 a 1791—Luis Muñoz de Guzmán; 1791 a 1799—El Barón de Carón de Let; 1799 a

1807—Manuel Nieto; 1807—Antonio Suárez Rogríguez; 1807—Manuel Urriez, Conde Ruiz de Castilla; 1808 a 1810—Joaquín Molina; 810—General Toribio Montes; 1812 a 1817—General Juan de Ramírez; 1817 a 1819—General Melchor de Aymerich; 1819 a 1821—General Juan de la Cruz Mougeón; 1821 a 1822—General Aymerich, de Abril a Mayo de 1822.



HISTORIADORES

ILMO. FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ. Hoy Arzobispo de Quito.—Autor de la monumental obra *Historia General del Ecuador*, en actual publicación. Promete ser la más completa, pues que, aparte de la erudición del autor y de su labor y prolijidad, los datos para su obra fueron en gran parte buscados por él mismo en los Archivos de Indias, existentes en España.

Aunque el último cronológicamente, pues su obra está aún en publicación, lo ponemos a la cabeza de esta página porque su *Historia* es, innegablemente, la obra más extensa y de más paciente labor y mejor fundada de las conocidas.

GARCILASO DE LA VEGA, llamado El Inca. Escribió la *Historia General del Perú*; y si bien en ella no hay mucho que directamente nos ataña, nos merece un recuerdo por ser el primer historiador nacido en América— (Cuzco—1539)—y uno de los pocos que en esos entonces alcanzó el privilegio de la instrucción, gracias a su estirpe régia materna. Fué hijo



de un español, Garcilaso de la Vega y de una hija de Huallpa-Tupac, nieta de Tupac-Yupanqui. Se educó en España y murió allá.

Su *Historia* es muy digna de fe por cuanto, contemporáneo como fué, casi, con los hechos que narra, poseedor de los dos idiomas, el castellano y el quechua, emparentado con los más ilustres e instruidos de su reino, y mejor conocedor de su historia patria, pudo, con más acopio y acierto, reunir los datos de esos primeros y confusos tiempos de nuestra historia.

JACINTO CALLAHUAZO, noble Cacique de Ibarra, nacido a principios del siglo XVIII.—A los 30 años escribió su obra «*Las Guerras Civiles del Inca Atahuallpa con su hermano Atoco, llamado Huáscar Inca*». Era una relación detallada, minuciosa y verídica de esa época del reino de Quito.

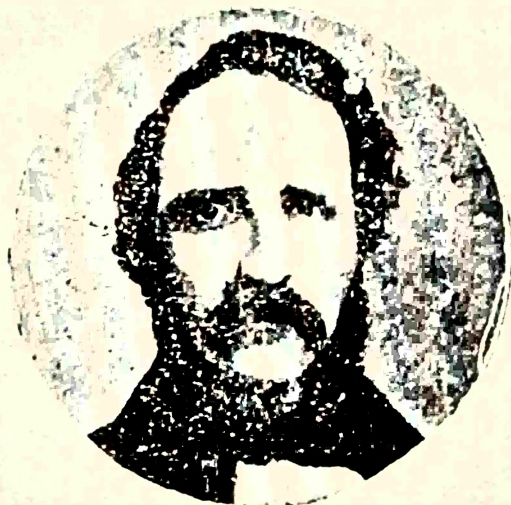
Un corregidor español quemó el original y puso preso por mucho tiempo al autor.

A los 80 años rehizo un resumen con los datos que le quedaban. De él habla muy bien el P. Velasco, historiador que le sigue. Tampoco existe ese compendio.

JUAN DE VELASCO.—Sacerdote jesuita: nació en Riobamba en 1727. Autor de la «*Historia del Reino de Quito*». Murió en Francia en 1819. Fué también autor de una *Carta Geográfica del Ecuador*.

DIONISIO DE ALSEDO—Español.—Autor de importantes trabajos históricos con los títulos de Informaciones a la Corona. Compendio histórico de la Provincia, partidos, astilleros, ríos y puerto de Guayaquil.—Reseñas o Crónicas de 1724 al 1757.

ANTONIO DE ALSEDO.—Quiteño, hijo de don Dionisio. Fué autor de un Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales.



PEDRO MONCAYO—Nació en la antigua Ibarra, en 1804. Murió en Chile en 1888. Su Historia abarca del 25 al 75

PEDRO FERMÍN CEVALLOS—Nació en Ambato el 7 de Julio de 1812. Reputado como notable literato. Autor de la obra en 6 tomos, titulada Resumen de la Historia del Ecuador. Murió en Quito el 21 de Mayo de 1893.



Su obra es una de las más importantes en su ramo; su estilo galano, fluido, pintoresco, claro y detallado. Ha servido hasta aquí como la mejor base de información histórica.



JUAN MURILLO M.—Guayaquileño.—Su historia abarca del año 30 al 95.

El origen de dos nombres

CUENTO POPULAR

Francisco de Orellana ha verificado la tercera fundación de Santiago: corre el año de gracia 1537.

El valor y la constancia de los naturales le tienen seriamente preocupado.....Tres veces se ha fundado el puerto ¿volverán a destruirlo los huancavilcas?

Ha tomado varios prisioneros indios; entre ellos figura el cacique Guayas, el terrible.

Guayas ha combatido desesperadamente: su temerario arrojo le ha perdido.

El y ciento de sus mejores compañeros, entre los cuales se cuenta a Apaguarmi, han caído en poder de los hombres blancos.

Dos veces ha devastado Guayas la ciudad fundada por los extranjeros; pero el guerrero indígena comprende que inútiles tienen de ser al fin sus esfuerzos, ante la pujanza de aquellos hombres que poseen armas tan superiores.

Paséase Orellana profundamente pensativo por la gran sala del ramadón que sirve de cuartel a sus tropas.

El porvenir de la ciudad que acaba de fundar por tercera vez ya, preocúpale no poco.

El intrépido fundador desearía que Santiago, su puerto predilecto, no fuese destruido; que él inmortalizara su nombre ante la historia; que el fruto de tantas fatigas y cuidados no acabara en un instante, al salvaje grito de insurrección de los atrevidos indígenas.

Guayas, entre tanto, habla muy por lo bajo con Apaguarmi, su distinguido general y valeroso compañero.

Hermano—dícele,—ha terminado nuestra libertad Ya no somos los jefes huancavilcas, los hombres libres como el aire que nos sustenta, como los pajarillos que pueblan nuestras selvas, como el torrente de nuestros profundos ríos: ya ha cesado nuestra libertad sobre la tierra. Cautivos en nuestro propio suelo, la muerte sólo debe ser, de hoy más, nuestra única esperanza. Nuestras mujeres—¡oh Kil, mi amada Kil!—caerán en poder de aquellos odiados blancos; que por desgracia no puedo atravesar a todos ellos con mi envenenada flecha.

—Dices bien, hermano querido—responde Apaguarmi,—ya murió la libertad para nosotros y los nuestros. Fugar, tal debe ser nuestra consigna, y si esto no es posible, envenenarnos. Aquí tengo, mira: la *ientecchu* de Lluscaloma, la tan temida hierba que cura los males con la muerte. ¡Y para un guerrero huancavileca la muerte es menos cruel que la opresión!

Un joven teniente se ha presentado a Orellana, que en meditabunda actitud sigue paseando por la gran sala del improvisado cuartel.

—Capitán—exclama.—Los dos jefes indios mantienen animada plática. ¿No dijisteis, señor, que todos los prisioneros debían ser ultimados?

—Si ultimamos a esos prisioneros, teniente, el puerto que por tercera vez fundo será dentro de poco destruido, no lo dudéis. He pensado más cuerdamente: conducid a mi presencia a esos dos jefes.

Y Guayas y Apaguarmi, frente al fundador, hácenle presente que el pueblo huancavilca jamás fué vencido ni humillado.

Y Tomausat, el indígena y joven intérprete, traduce entusiasmado las palabras que brotan de los labios de aquellos guerreros de su nación, que personifican el valor de los de su raza.

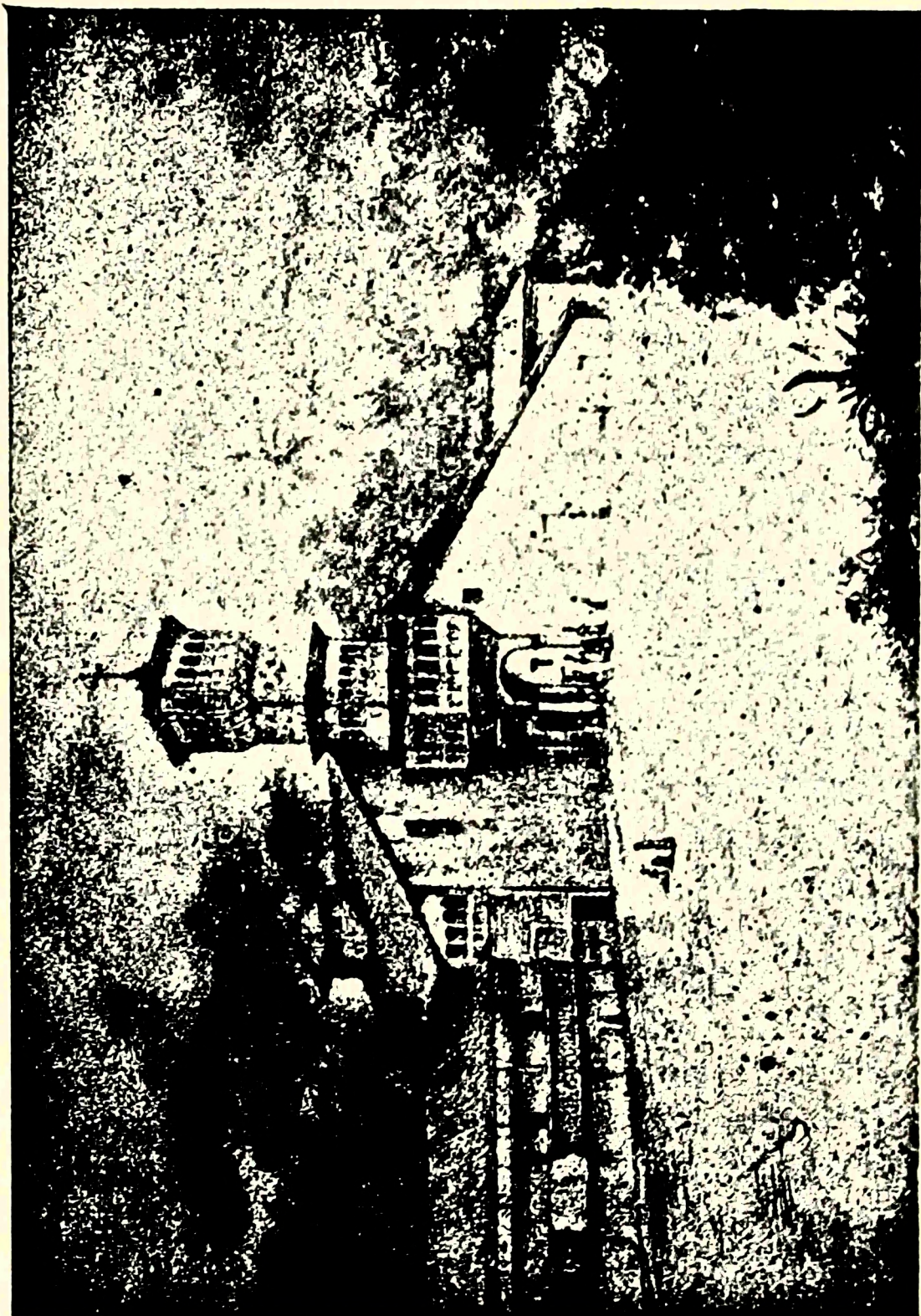
—No importa, señor, que sucumbamos—declaran los jefes:—Nuestros compañeros sabrán vengarnos. Por la violencia nada podréis contra nosotros.

—¡Os lo juramos por Kil, la más querida y hermosa de nuestras mujeres!—dice Guayas con vehemencia.

—Ea, acabemos, guerreros indígenas—exclama el español. Retiraos a vuestras selvas y vivid felices con los vuestros: que yo, en nombre de mi Dios y de mi Rey, os aseguro que hombres blancos jamás os perseguirán ni importunarán en cosa alguna. No intentéis destruir esta población, ya tres veces fundada. Yo quiero ser vuestro aliado y amigo. Quiero que como recuerdo imperecedero de esta alianza entre españoles y huancavileas, subsista ésta fundación. *Guayas* se llamará, valerosos hijos del bosque, el bello río que baña estas riberas; decís que Kil se nombra la más querida y hermosa de vuestras mujeres; pues *Guayaquil* será el nombre que lleve este puerto de Santiago, que, no lo dudo, tiempo llegará en que sea uno de los primeros del Pacífico.

Los jefes indios aceptaron los ofrecimientos del noble conquistador. Y por primera vez en tierra huancavilca, un español y dos naturales se estrecharon las manos.

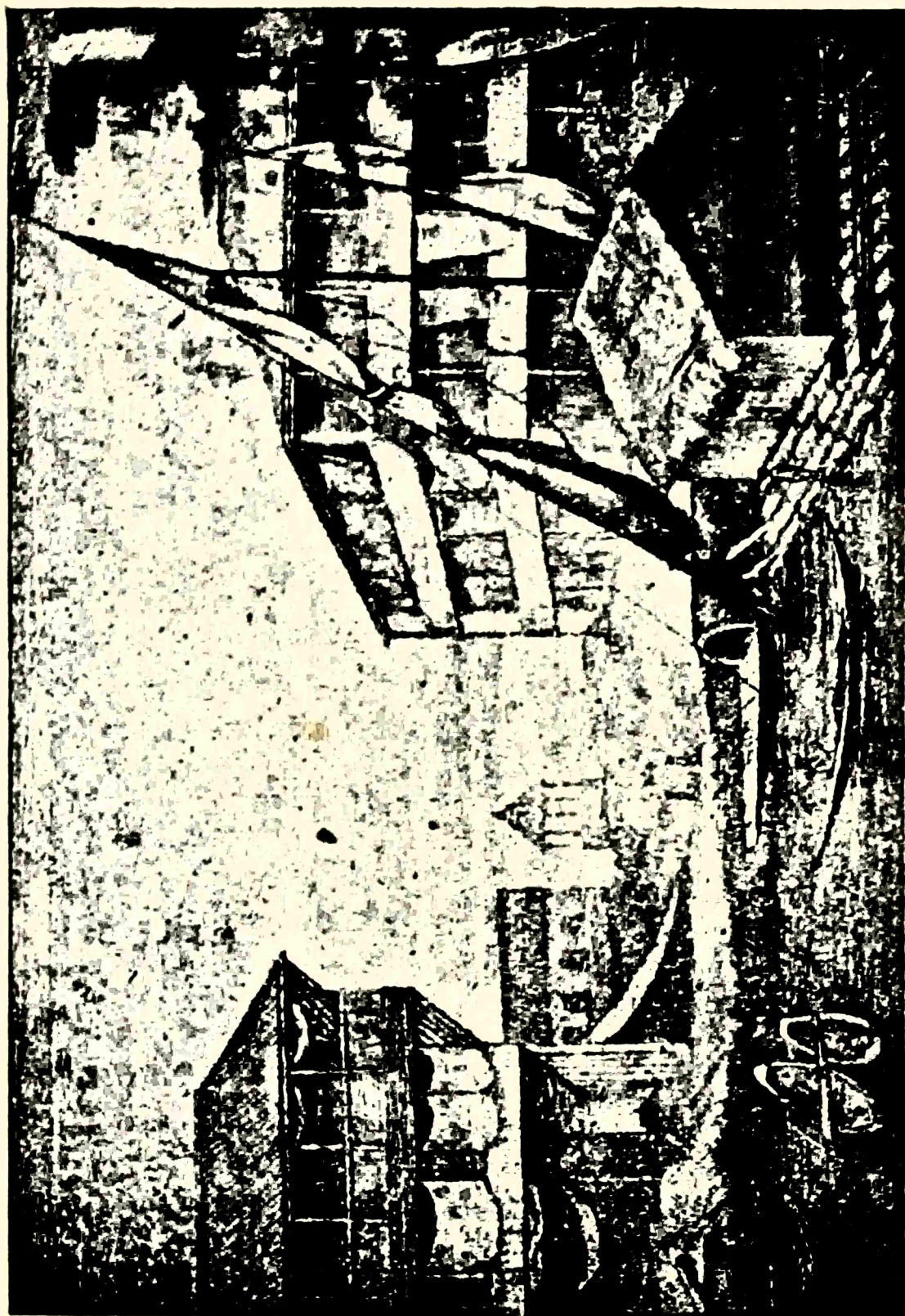
El convenio se cumplió exactamente por ambas partes,



GUAYAQUIL EN EL COLONIAJE—SU PRIMER TEMPLO: SANTO DOMINGO

Santiago de Guayaquil se llamó la ciudad fundada por la paz; *Guayas* se denominó el manso río que baña sus riberas, siempre verdes como una eterna promesa de esperanza.

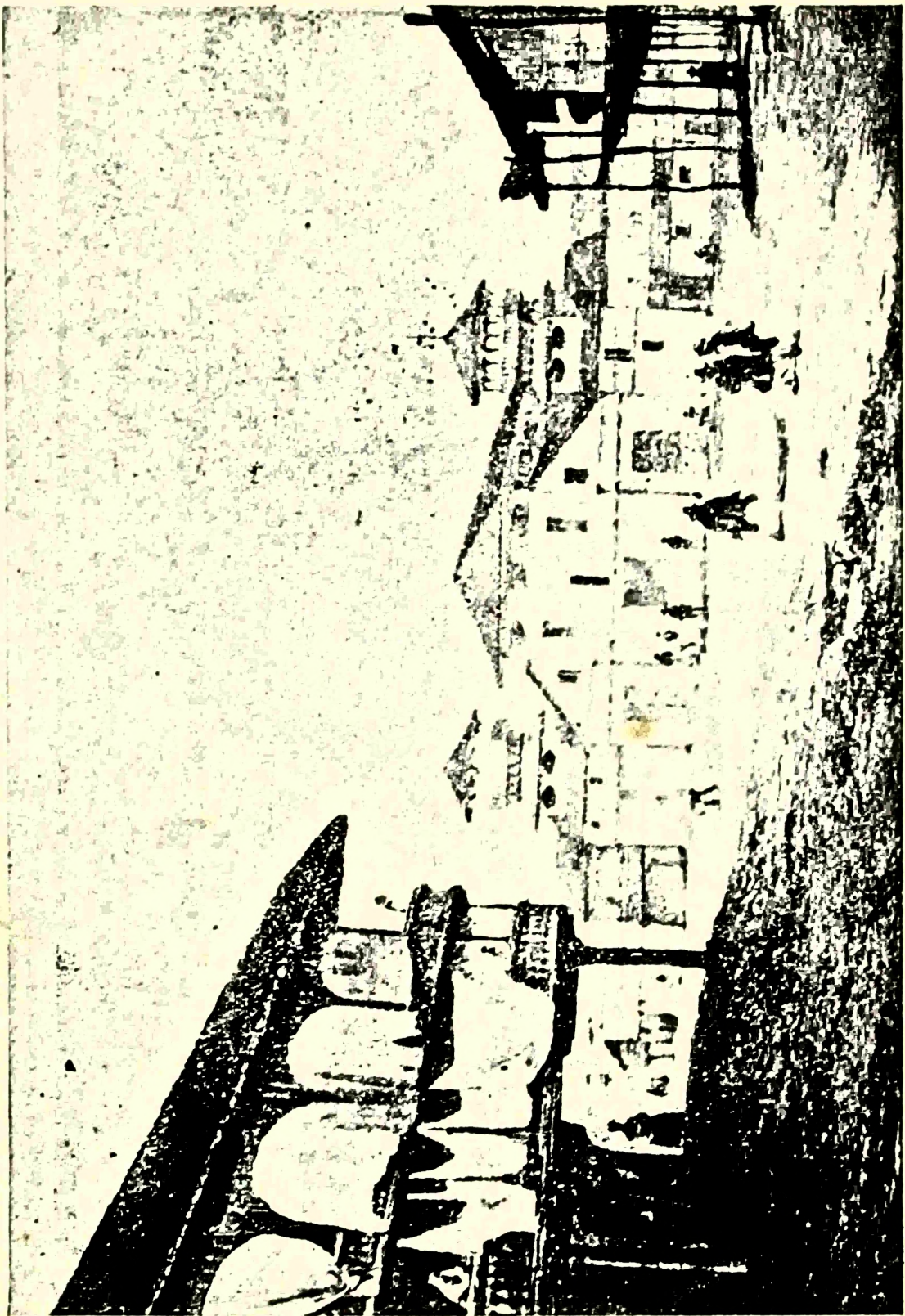
Tal es, lector, el origen del nombre del primer puerto



GUAYAQUIL. EN EL COLONIAJE—UNA PARTE DEL MALECÓN

ecuatoriano y de su río, uno de los más bellos de la República.

Francisco de Orellana fué el primer europeo que, siguiendo el curso del Amazonas, llegó al Atlántico y se dirigió a España.



GUAYAQUÍL EN EL COLONIAJE— LA PRIMERA CATEDRAL

Prescott asegura que el fundador de Guayaquil falleció en alta mar, el año 1543, cuando con una regular flota y quinientos hombres se dirigía nuevamente a la América.

LOS PIRATAS

Piratas se llama a los ladrones en el mar. Antiguamente eran numerosísimas las naves piratas, y se hacía peligrosa la navegación en los mares menos frecuentados, a las naves mercantes que no llevaban armamento para defenderse. Tal preponderancia alcanzó ese crimen con la impunidad por lo difícil que se hacía la persecución, que hubo escuadrillas piráticas al mando de valerosos jefes que creían ya como una hazaña, cuando no una empresa lícita, el asaltar y despojar a veces con horribles matanzas y crueldades a los viajeros indefensos.

Hoy todos los mares están surcados por innumerables y poderosas naves mercantes y de guerra, y el telégrafo inalámbrico, el cable, las leyes marítimas y reglamentos de puertos, todo el conjunto, en fin, de rápidos y efectivos elementos de la actual civilización, ha extirpado completamente y hecho imposible la existencia de ese mal, pasado a la leyenda de los tiempos de atraso.

La fama de la riqueza de América trajo en pos de los descubridores y conquistadores a los piratas, quienes, con buques de velas armados en guerra y formidables entonces, entraban a los puertos, bloqueaban, imponían sus deseos, incendiaban, robaban y se volvían a hacer al mar impunemente con sus robos.

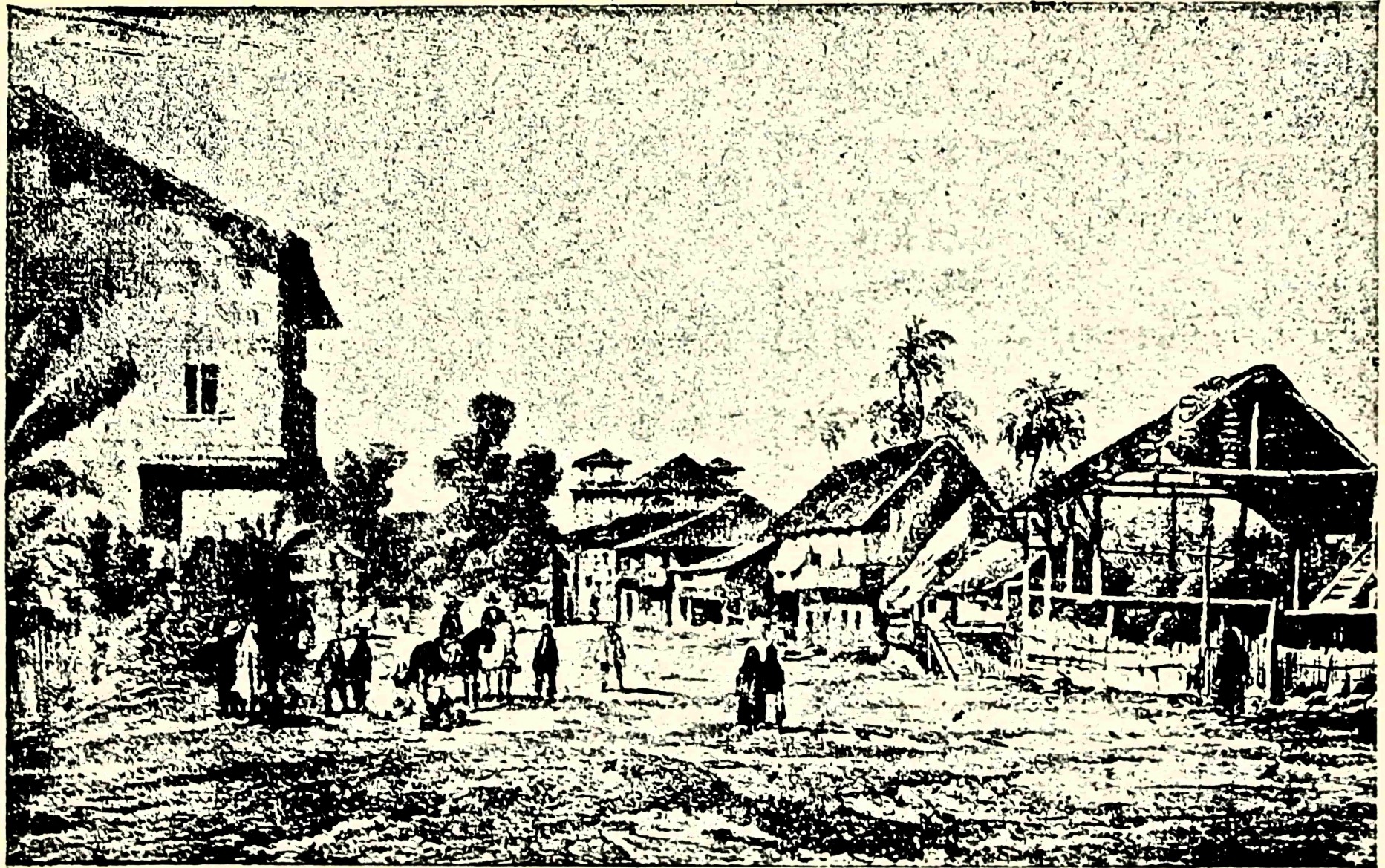
Los puertos de la costa ecuatoriana: Manta, Bahía, Guayaquil, etc., sufrieron varias invasiones durante el coloniaje. Las más notables son:

En 1577.—Invasión de Francisco Drake, a Guayaquil.

En 1590—Asalto y saqueo de Guayaquil por Tomás Canvendisch.

En 1594—Saqueo de Guayaquil por el temible pirata Ricardo Aquines.

La de 6 de Junio de 1624—Muchos galeones (bajeles grandes de alto bordo, antiguos) holandeses, al mando de Jacobo L' Hermite bloquearon Guayaquil. Saltaron los pira-



-GUAYAQUIL ANTIGÜO—LA CALLE NUEVA (ROCAFUERTE) A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

tas y quisieron incendiar la ciudad: pero fueron puestos en fuga por las tropas de la guarnición ayudadas por el pueblo.

El 26 de Agosto de 1624—El mismo de L. Hermite regresó con refuerzos, y fué igualmente derrotado. En su fuga, al pasar por la isla Puná, incendiaron los buques de la marina real española que allí encontraron fondeados.

En Diciembre de 1684—Los piratas Eduardo David y Guillermo Dampierre asaltaron y saquearon Guayaquil.

El 21 de Abril de 1687. Los piratas Jorje D' Hourt, Picard y Gregniet, saquearon Guayaquil, llevándose gran cantidad de dinero y mercaderías.

El 2 de Mayo de 1709—El famoso pirata inglés Woodes Rogers, saqueó Guayaquil totalmente, respetando únicamente la casa del corregidor D. Gerónimo Boza y Solís, circunstancia que hizo sospechoso de complicidad en tal hecho al Corregidor.

En 1741—El pirata George Anson. Fracasó en su intento de asaltar a Guayaquil. En su fuga recaló en Manta y logró saquearla.

Al pié de la colina Santa Ana, que limita a Guayaquil por el Norte, y sobre la playa, existe un bonito muro semicircular, de piedra, y de unos cinco metros de altura, con una subida suave en rampa, y que llamamos el *Fortín de la Planchada*. Ese muro fué hecho por suscripción popular de los guayaquileños en tiempo del coloniaje, para defenderse de ataques de piratería. De allí rechazaron los guayaquileños valientemente a de L. Hermite en sus dos asaltos del 1624. Luego prestó varias veces servicios como fortín.

Hoy es un recuerdo histórico: adornado en forma de fortaleza diminuta, empotrados en sus muros los viejos históricos cañones y unas placas de bronce con leyendas conmemorativas de los hechos más notables allí realizados, sirve de lugar de paseo y bonito principio del alegre barrio de Las Peñas, pues de allí se domina la ría de Guayaquil, a su pie se rompen las pequeñas olas, y la fresca brisa del poético Guayas trae allí los olores de los campos fronterizos.

El general Miranda

I

La figura de Miranda se destaca brillante entre el grupo de los grandes capitales de la emancipación americana.

No fué la fortuna: fueron sus grandes méritos, sus singulares dotes, su patriotismo, su genio, que lo elevaron hasta más allá de lo que podía aspirar un americano en los tiempos del coloniaje.



Nació para la gloria; pero la fatalidad y la perfidia le hirieron de muerte, y sólo después de su desaparición, la Historia, juez inexorable, le coronó con el laurel de los héroes y le consagró como mártir.....

El día 9 de Junio de 1756 nació en Carácas, capital de Venezuela, Francisco Antonio Gabriel de Miranda.

Inclinado desde joven a la carrera de las armas, a la edad de 17 años pasó a España y allá obtuvo el grado de capitán, comenzando así su brillante carrera.

Como ningún americano hasta entonces, fué objeto de grandes distinciones en las cortes europeas; distinciones y honores debidos únicamente a sus grandes merecimientos.

Espíritu levantado, lleno de grandes ideales, puso su espada al servicio de la Revolución Francesa; en 1792—93 se distinguió en la guerra contra Prusia y en la conquista de Bélgica; obtuvo renombre, allí donde no era fácil sobresalir entre tantos beneméritos é ilustres hombres de la Francia republicana. (*)

El sabio abogado Mr. Chauveau-La-Gardé declaraba, al hablar de Miranda, que jamás hombre alguno le había inspirado tanta estimación y aun veneración: «Es imposible—decía— tener más grandeza de carácter, más elevación en las ideas, ni un amor más verdadero a todas las virtudes».....

En cuanto a ilustración, baste decir que en su tiempo «era Miranda el hispano-americano que figuraba con más distinción, brillo y aplauso en las naciones más importantes de ambos hemisferios, siendo considerado como el hombre honorable de mayor nota, y como el primer sabio de América: porque, aunque Franklin, Bello, Zea, Olavide, Vizcardo, Funes y algún otro americano pudieran aventajarle en alguna ciencia, Miranda era muy superior en otras, comprendidos los idiomas, de que poseía como diez: así como en la ciencia de la guerra, y por los muy variados conocimientos adquiridos en sus muchos viajes».

Tal era el hombre al que, en medio de tantos honores y

(*) Fué también compañero de armas de Wáshington el independizador de Norte-América, y fué uno de los tenientes de Napoleón.

de tantas distinciones, no abandonaba un instante la idea de la independencia americana, por la cual trabajó en Europa con el mayor entusiasmo y eficacia.

II

Llegó un día en que vió la necesidad de atravesar el océano y venir a realizar con las armas lo que había preparado de todos modos.

En 1806 desembarcó en playas de Venezuela, su patria adorada, con una corta expedición; y desplegó entonces, por primera vez, el pabellón tricolor, el de los colores del iris, que han conservado en su insignia las repúblicas que formaron la antigua Colombia.

Desgraciada fué esa expedición por falta del apoyo que esperaba y que no recibió el benemérito Miranda.....

Regresó a su patria en 1810, y fué recibido en triunfo y proclamado *Padre y Redentor*; rodeado por entusiasta juventud, entre la que figuraba Simón Bolívar, y que miraba en el Prócer «el jefe científico y de experiencia, y el hombre más capaz para los negocios del Estado».

Miranda fué el ungido del patriotismo; fué la esperanza de la Patria, y su figura excelsa se destacó sobre todas.

Pero le salió al paso la ingratitud; se echó sobre él la calumnia; y la América perdió a ese *Padre y Redentor*, a ese iniciador de la emancipación.

Miranda cayó bajo los golpes de una extraña fatalidad, por efecto de la perfidia.

Prisionero de los españoles, que violaron lo sagrado de una capitulación, murió como mártir, después de haber vivido como héroe.

Encerrado en un calabozo del arsenal de la Carraca, devorado por los pesares y la miseria, falleció en su prisión el 14 de Julio de 1816.....



MIRANDA EN SU PRISIÓN, EN ESPAÑA

Al evocar el recuerdo de Miranda, hay que hacerlo de pié y descubiertos, trayendo a la memoria la frase histórica que condensa, que compendia en pocas palabras cuanto se puede decir del ilustre Prócer: «*No tiene mancha el nombre de Francisco de Miranda*».

III

La del general Miranda «era una figura distinguida, de facciones regulares y animadas, de presencia autorizada y gallarda, de voz enfática y sonora. No era uno de los viejos risueños de Fenelón: pero resaltaba en su vejez fresca, gran parte de la flor de su juventud.

El colete de nuestros abuelos, la cabellera empolvada, el sobretodo blanco que le cubría; el tahalí vacío bajo la casaca de militar, y un no sé qué de nuevo y extraño esparcido por toda su persona, realzaban su nombre y le conciliaban admiración y respeto. Con la faz morena española. Miranda tenía el aire altanero y sombrío, el aspecto trágico de un hombre llamado al martirio, más bien que a la gloria: *había nacido desgraciado*».....

CAMILO DESTRUGE.

La Independencia

En 1808, siendo Presidente de la Real Audiencia de Quito el Conde Ruiz de Castilla, los patriotas se ocuparon en fundar un *Comité Republicano*, bajo la apariencia de Junta Suprema de Gobierno, con el supuesto fin de defender y conservar estos estados para el Rey de España, amenazados como estaban de caer en poder de Napoleón, que había invadido la Metrópoli y cuyas victorias tenían asombrado al mundo.



Director del movimiento republicano era don Juan Pío Montúfar, y el 10 de Agosto de 1809 fué depuesto el Presidente Ruiz de Castilla y lanzado en Quito el primer grito de independencia. Mas este triunfo pacífico no fué duradero; los patriotas soportaron las más duras represalias, cayeron en poder del enemigo y fueron encarcelados en número de 50 de los principales.

Un año después, el 2 de Agosto de 1810, trataron los republicanos de libertarse y fueron asesinados en su prisión por

las tropas realistas, pereciendo Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Ascázubi, Riofrío, Peña, Vinueza, Larrea, Guerrero, Cajías, Villalobos, Olea, Melo, Tovar y otros.



Muerte de los patriotas el 2 de Agosto de 1810.
Cuadro del Palacio Presidencial — Quito.

La causa de la independencia tuvo, desde esta época, diversas fases, ya favorables, ya adversas, hasta la aparición de Simón Bolívar, hijo de Caracas, reconocido como el primer General de América: pues en su frente—dice el historiador—llegaron a reflejarse todas las glorias de la independencia. Obtuvo la victoria en muchos combates: fué el árbitro de la paz y de la guerra, como le llamó Olmedo, y los pueblos a quienes su espada hizo independientes, le llamaron Padre de la Patria y diéronle el título de Libertador.



El amor a la Patria es lo primero,
y el dón de Libertad es sin segundo;
Dios le dió Patria y Libertad al Mundo;
y en Dios, a Patria y Libertad venero.

Es Patria y Libertad cada lucero;
y en cada estrella del azul profundo,
el Dios refulge del Amor Fecundo,
Patria de Luz del Universo entero.

El astro Tierra que en el libre espacio,
como un globo de nácar y topacio,
marcha hacia el Norte en cadencioso vuelo,

es ¡oh, feudales de la guerra insana!
la Patria Libre de la Especie Humana,
en la armoniosa libertad del Cielo.

CÉSAR BORJA.

18—¿Por qué se dicen hermanas las cinco repúblicas:
Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia?

PATRIA

La Patria puede agrandarse, restringirse, dislocarse; pero nó desaparecer jamás: vive siempre Polonia para los polacos, y es de los recuerdos de Roma que resurgió Italia.

La Patria existe para sus hijos: si grande, para orgullo; si feliz, para gloria; si pequeña, para anhelos; si desgraciada, para desesperación. Pero amada siempre; y con un amor indecifrable, inextinguible, múltiple, único y gigante.

La Patria es sus historiadores, sus industriales, sus poetas, sus héroes y sus mártires: nó sus tiranos, nó los reptiles, ni sus malarías climatológicas y morales.

ANGEL POLIBIO CHAVES.

El Juramento del Monte Sacro

(1805)

En un bello día de la primavera de 1805, dos hombres salían de una posada de la Plaza de España, en la ciudad de Roma, y montando en un pequeño vehículo dijeron al cochero estas breves palabras:

—¡Al Aventino!

Rodó el carruaje a lo largo de la Ciudad Eterna, con dirección a la colina célebre, el *Monte Sacro*,—como también se llama,—donde el antiguo pueblo romano solía retirarse cuando atentada su libertad por los patricios y decenviros, llegaba la hora de tomar las grandes resoluciones.

Los dos hombres iban silenciosos y tristes. Su aspecto era de extranjeros y viajantes curtidos al sol de los trópicos.

Ambos eran jóvenes: pues el mayor, de rostro austero y fisonomía inteligente, apenas frisaba en los treinta y cuatro años. Tenía ese aspecto pensativo de un viejo profesor, y, de cuando en cuando, algún gesto extraño o una mirada singular descomponían por breves momentos su apacible semblante.

El otro era casi un adolescente, pues sólo habían transcurrido veinte y dos años desde que vió la luz.

Era éste de regular tamaño, delgado y esbelto, de rostro aguileño, noble fisonomía y maneras vivas y resueltas. Coronaban su frente unos cabellos negros y abundosos que se levantaban en apretados y sedosos rizos, como en explosión soberbia, y debajo de esa frente elevada, serena, bruñida como un mármol, dos cejas arqueadas y espesas y dos ojos de miradas de fuego, de miradas irresistibles, en las que chispeaban la pasión, el genio, el dominio. La boca era graciosa y debía de sonreír con expresión cuando la melancolía o los graves pensamientos no la plegaban con la preocupación, el desdén o la tristeza.

Ese joven viajero se llamaba Simón Bolívar y estaba destinado a redimir naciones con el filo de su espada: su compañero, D. Simón Rodríguez, había sido su preceptor y ayo.

Llegaron, descendieron del coche y comenzaron la subida del monte.

Desde su cumbre se contemplaba la campiña de Roma, la Vía Apia y la tumba de Cecilia Metela.

Los dos Simones se pararon a considerar, absortos, el vasto panorama que ante ellos se extendía, y mil recuerdos clásicos vinieron a su memoria.

El joven Bolívar lo abarcaba todo con su mirada de águila; pero sus pensamientos eran tristes, porque ya el dolor había mordido su corazón. Allá al otro lado de los mares, había dejado la tumba de una esposa idolatrada, que fulgurara por breves momentos en su existencia, dejándole abandonado y huérfano, con su prematura partida. Huyendo de la angustia de recuerdos desgarradores, había repasado los mares, y se veía, otra vez, como un átomo impalpable, en la inmensidad de

extranjerías playas, sin norte ni esperanza en su vida de peregrino.

Pocos años antes había admirado a Bonaparte, el coloso del siglo, en el esplendor de su gloria: y amó la libertad que Francia conquistara, en una revolución gigante, para esparcirla, como semilla de bendición, sobre el haz de todos los pueblos civilizados; aprendió que el hombre tenía derechos inalienables, y que la tiranía es un nombre vano que desaparece cuando las naciones se dan cuenta de sí mismas.

¿Y ahora? Ahora acababa de ver cómo la libertad de esa misma Francia sucumbía ante la libertad y la fortuna de aquel Bonaparte que detuvo a la Revolución en sus criminales excesos; acababa de contemplar en París la coronación del guerrero como Emperador de los franceses: y pocos días antes del al cual nos estamos refiriendo, miró en Milán, con asombro, la corona de hierro de los Lombardos ceñiendo la frente de ese mismo Napoleón, Rey de romanos.

¿Qué era, pues, la libertad, qué el derecho, cuando tan fácilmente podían ser absorbidos por un soldado?

Cierto: él había temblado de indignación ante aquella caída, lastimosa, que supeditaba la libertad por medio de la gloria: en Napoleón ya no amaba él a Bonaparte: pero su cólera y su despecho, ¿valían y significaban algo, por ventura?

Y hé allí que, después de un largo viaje, a pié, sin más guía ni compañero que su antiguo maestro, después de haber atravesado los Alpes, y llegado como peregrino devoto a la antigua mansión de Rousseau, se encontraba en la gran Ciudad, en la Ciudad Inmortal, testigo de los afanes de mil generaciones y de la miseria y vanidad de las grandezas humanas.

El había meditado sobre todo esto, sentado en el Coliseo, taciturno y solo, como en una vaga adivinación de sus propios destinos.

Atardecía. El viejo Arno se arrastraba silencioso, allá, en el fondo, entre las breñas y precipicios de la colina Sagrada;

y las primeras sombras iban cubriendo los campos y los monumentos. Reinaba en torno un majestuoso silencio.

—¡Monte célebre, campos famosos!—murmuró don Simón Rodríguez.—Aquí, en dos ocasiones, afianzó su libertad aquel pueblo que comenzó a ser libre y grande para uncir a su carro triunfal todas las naciones del mundo! Cuando la *plebe* se retiraba a este lugar que hollamos hoy con nuestras plantas, los *quírites* temblaban.

Bolívar despertó como de un sueño.—Sí: es verdad. Sólo que los pueblos suelen desconocer sus propias fuerzas, y entonces duermen siglos y siglos, arrullados por el ruido de las cadenas que les oprimen.....Hoy Francia tiene ya un amo; Italia ha inclinado la frente.

—¿Y América?

—América es esclava.

—¿Lo será siempre?

—¡Quién lo sabe!.....

Volvieron a caer en el silencio. En ese momento parecía que las sombras gigantes de los antiguos romanos pasaban sobre la llanura inmóvil y venían a sentarse agrupadas en el Aventino.

—Y, sin embargo, éste fué un gran pueblo,—dijo don Simón.—Aún parece que se escucha resonar aquí la voz de sus tribunos, que sube Cicerón al Capitolio para jurar ante los dioses que ha salvado la Patria, y que Camilo y Cincinato arrojan. . . . ¡Todo sueño! ¡Todo vanidad!

—Sí: ¿pero la libertad? ¿Este gran pueblo no supo



DON SIMÓN RODRÍGUEZ

conservarla mientras no se corrompieron sus costumbres, y la conquista del mundo le trajo las copas de oro cincelado para sus festines? . . . Para todos llega el momento de la grandeza. ¿Por qué no ha de llegar para nuestra desgraciada patria? ¡Simón! ¡Simón! Es preciso ser fuertes, es preciso ser heroicos, para que ese momento se apresure.

—¿Y quién lo hará llegar?

—¡Yo!

—¿Tú, pobre niño?

—Sí, yo. Siento aquí en el alma una voz misteriosa que me empuja a más noble destino. ¿Por qué andar vagando en el mundo, cuando hay una misión que cumplir, un sacrificio que aceptar, cuando nuestros compatriotas gimen en la esclavitud, en la abyección, en la ignorancia? ¿Que somos pocos? ¿Que no tenemos ningún elemento para contrarrestar el poder de España? ¡Y eso qué importa! Los ejércitos brotarán de la tierra cuando el soplo de la libertad pase por los corazones de los americanos, y sonará la hora de la Independencia. ¡No lo dudes! El tiempo se aproxima, la fruta está madura, y América está ya en condiciones de andar sola, sin tutores ni lazarillos. Los días son oportunos: hoy todos los pueblos de Europa tiemblan ante el poder de Napoleón, y estas mismas grandes guerras han agotado sus energías y su sangre. Cuando el Corso extienda su mano férrea sobre España, España será débil para defenderse, y entonces las colonias deben mirar por sí. La vida que llevamos allá, presas de un poder extranjero, es indigna: y si América quiere, puede emprender ya la ruta de sus gloriosos, de sus inmortales destinos.

Su voz resonaba aguda y solemne; sus pupilas centelleaban, y todo su sér vibraba de emoción.

Rodríguez le contemplaba admirado.

El entusiasmo es contagioso: también él sintióse agitado.

— Sí, — exclamó. — Preveo en tí un héroe y un libertador. ¡Hay que tener fé en el porvenir, y la ley providencial se cumplirá, hijo mío!

Y extendiendo la diestra en ademán imponente:

—¡Viva la libertad de América!—gritó.

—¡Viva la libertad de América!—exclamó también el joven Bolívar.

Y en seguida,—latiéndole el corazón con vehemencia extraordinaria, asió las manos de Rodríguez, y dijo con solemnidad:

—Tú eres mi maestro, mi amigo y compañero: sé tú el único testigo de mis palabras: **AQUI EN ESTA TIERRA SANTA, hago en tus manos el JURAMENTO DE LIBERTAR LA PATRIA o morir en la demanda.**

—Lo acepto, y doy testimonio de éllo, contestó D. Simón.

* * *

Descendieron lentamente. El sol se había ocultado, y las primeras estrellas titilaban en un firmamento azul. La tierra se humedecía con el rocío vespertino, y, allá lejos, se divisaba, masa informe de ruinas, el viejo monumento fúnebre de Cecilia Metela.

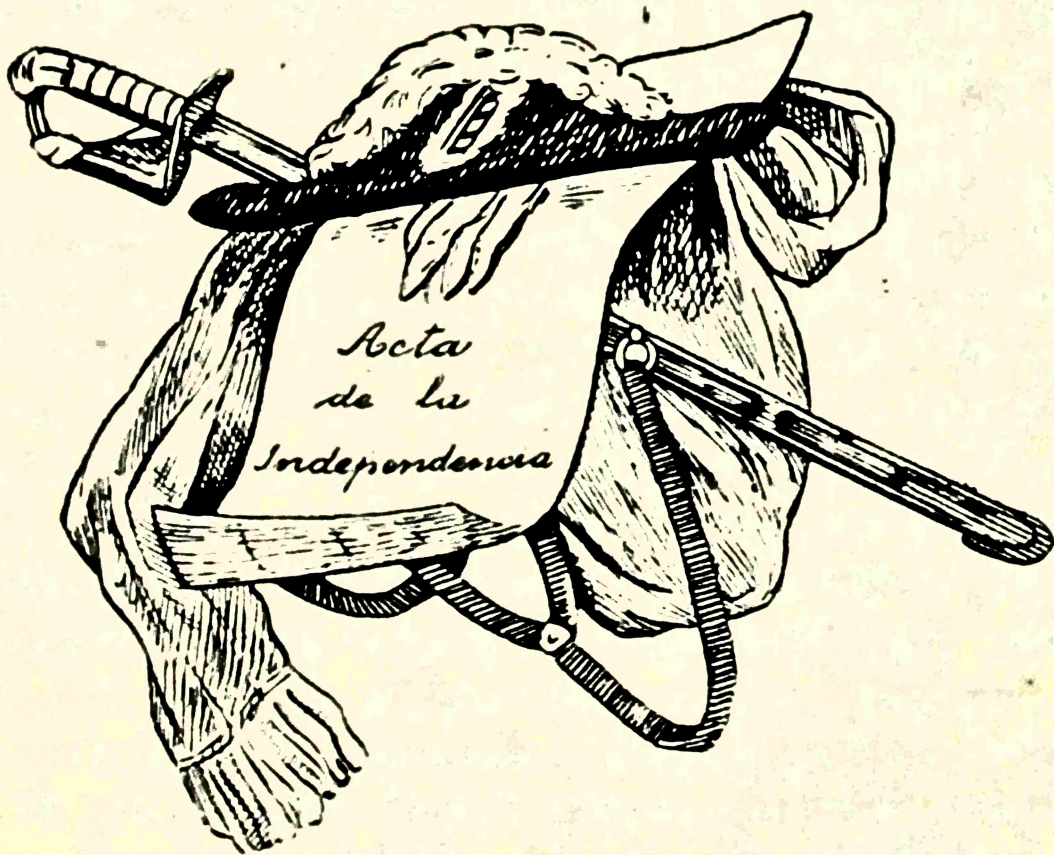
MANUEL J. CALLE.

HEROISMOS

Lanzó Colón sus frágiles navíos,
juguetes de las olas y los vientos,
a los mares ignotos y sombríos:
y luchando entre abismos turbulentos
sin desmayar ante el supremo embate
del horrendo aquilón y del océano
hirviente y furibundo,
¡tierra!, ¡tierra!, exclamó, enorgullecido,
con placer sobrehumano.
y dió al mundo otro mundo.

Gemía el Continente Americano
silencioso, oprimido:
sombras, profundo sueño, servidumbre
mirábase doquiera; ni en la cumbre
de sus regias montañas relucía
el sonrosado albor de un nuevo día.
Pero alzáronse altivos **nuestros** padres
en la inmortal y valerosa Quito;
¡seamos libres! clamaron..... y a su grito,
de la noche rasgóse el denso manto,
nueva aurora brilló por la mañana,
y entre triunfos, y glorias, y epopeyas....
nació la independencia americana.

FRANCISCO CHIRIBOGA B.



Nos los infrascriptos diputados del pueblo, atendidas las presentes críticas circunstancias de la Nación, declaramos solemnemente haber cesado en sus funciones los Magistrados actuales de esta Capital.

En su virtud los del barrio del Centro o Catedral elegimos y nombramos por representantes de él a los Marqueses de Selva Alegre y Solanda, y lo firmamos: Manuel de Agudelo, Antonio Pineda, Manuel Ceballos, Joaquín de la Barrera, Vicente Paredes, Juan Ante y Valencia. Los del barrio de San Sebastián elegimos y nombramos por representante de él a don Manuel Zambrano, y lo firmamos: Nicolás Vélez, Francisco Romero, Manuel Romero, Juan Pino, Lorenzo Romero, Miguel Donoso. Los del barrio de San Roque elegimos y nombramos por representante de él al Marqués de Villa Orellana, y lo firmamos: José Rivadineira, Ramón Puente, Antonio Bustamante, José Alvarez, Diego Mideros, Vicente Melo. Los del barrio de San Blas, elegimos y nombramos por representante de él a D. Manuel Larrea, y lo firmamos: Juan Coello, Gregorio Flor de la Bastida, José Ponce, Mariano Villalobos, José Rosmediano, Juan Vingarro y Bonilla. Los del barrio de Santa Bárbara elegimos y nombramos por representante de él a don Manuel Mathew, y lo firmamos: Juan Francisco Javier de Ascázubi, José Padilla, Nicolás Vélez, Nicolás Jiménez, Francisco Villalobos, Juan Barreto.

Declaramos que los antedichos individuos, unidos con los representantes de los Cabildos de las provincias sujetas actualmente a esta Gobernación, y los que se unieren voluntariamente a ella en lo sucesivo: como son: Guayaquil, Popayán, Pasto, Barbacoas y Panamá, que ahora dependen de los virreynatos de Lima y Santa Fé, los cuales se procurará atraer, compondrán una Junta Suprema que gobierne interinamente a nombre y como representante de nuestro legítimo Soberano, el señor don Fernando VII, y mientras su Majestad recupera la Península o viene a imperar. Elegimos y nombramos para Ministros o Secretarios de Estado a D. Juan de Dios Morales, D. Manuel Quiroga (*) y D. Juan Larrea, el primero para el

(*) Morales era de Antioquia y Quiroga del Cuzco, radicados en Quito y entroncados con familias quiteñas.

despacho de los Negocios Extranjeros y de la Guerra: el segundo para el de Gracia y Justicia y el tercero para el de Hacienda, los cuales, como tales, serán individuos natos de la Junta Suprema.

Esta tendrá un Secretario Particular, con voto, y nombramos de tal a D. Vicente Alvarez.

Elegimos y nombramos por Presidente de ella al Marqués de Selva Alegre. La Junta, como representativa del Monarca, tendrá el tratamiento de Magestad: su Presidente, de Alteza Serenísima, y sus vocales de Excelencia, menos el Secretario Particular a quien se le dará el de Señoría. El Presidente tendrá por ahora mientras se organizan las rentas del Estado, seis mil pesos de sueldo anual, dos mil cada vocal y un mil el Secretario Particular. Prestará juramento solemne de obediencia y fidelidad al Rey en la Catedral, inmediatamente, y lo hará prestar a todos los cuerpos constituídos, así eclesiásticos como seculares. Sostendrá la pureza de la Religión, los derechos del Rey, los de la Patria, y hará guerra mortal a todos sus enemigos, y principalmente franceses, valiéndose de cuantos medios y arbitrios honestos le sugieran el valor y la prudencia para lograr el triunfo. Al efecto, y siendo absolutamente necesaria una fuerza militar competente para mantener el Reino en respeto, se levantará prontamente una falange, compuesta de tres batallones de infantería, sobre el pié de ordenanza, y montará la primera compañía de granaderos, quedando por consiguiente reformadas las dos de infantería, y el piquete de dragones actuales. El Jefe de la falange será coronel; nombramos tal a D. Juan Salinas, a quien la Junta hará reconocer inmediatamente. Nombramos de Auditor General de Guerra, con honores de teniente coronel, tratamiento de Señoría y mil quinientos pesos de sueldo anual, a D. Juan Pablo de Arenas, y la Junta lo hará reconocer.

El coronel hará las propuestas de los oficiales, los nombrará la Junta, expedirá sus patentes, y las dará gratis al Secretario de la Guerra.

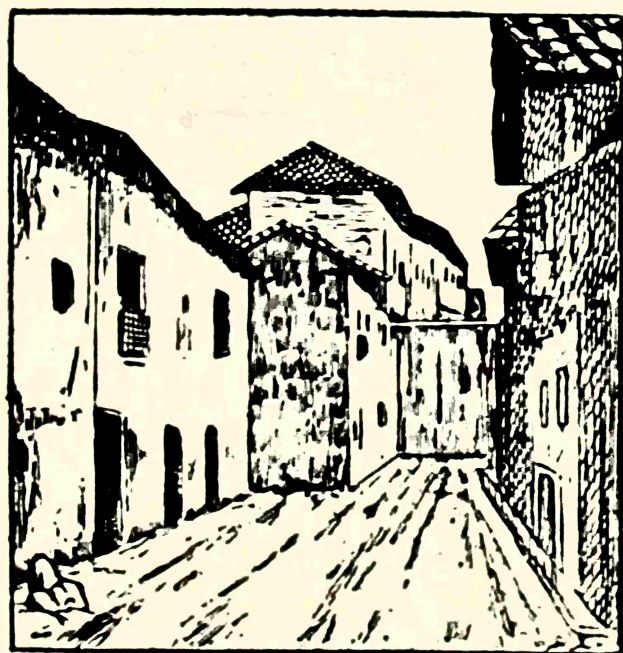
Para que la falange sirva gustosa, y no le falte lo necesario, se aumentará la tercera parte sobre el sueldo actual desde soldado arriba.

Para la más pronta y recta administración de Justicia, creamos un Senado de ella, compuesto de dos Salas: civil y criminal, con tratamiento de Alteza. Tendrá a su cabeza un Gobernador con dos mil pesos de sueldo y tratamiento de Usía Ilustrísima. La sala de lo criminal un Regente (subordinado al Gobernador), con dos mil pesos de sueldo y tratamiento de Señoría: los demás Ministros con el mismo tratamiento, y mil quinientos pesos de sueldo, agregándose un Protector General de Indios, con honores y sueldos de Senador.

El Alguacil Mayor, con tratamientos y sus antiguos emblemas. Elegimos y nombramos tales en la forma siguiente: Sala de lo civil, Gobernador, D. José Javier de Ascázub; Decano D. Pedro Jacinto Escobar; Senadores: D. José Salvador, D. Ignacio Tenorio, D. Bernardo León; Fiscal, D. Mariano Merizalde. Sala de lo criminal; Regente, D. Felipe Fuentes Amar; Decano, D. Luis Quijano; Senadores: D. José del Corral, D. Víctor de San Miguel, D. Salvador Murgueitio; Fiscal don Francisco Javier de Salazar; Protector General, D. Tomás Arechaga; Alguacil Mayor, don Antonio Solano de la Sala. Si alguno de los sugetos nombrados por esta Soberana Diputación renunciare el cargo sin jus ni legítima causa, la Junta le admitirá su renuncia si lo tuviere por conveniente; pero se le advertirá antes que será reputado como mal patriota y vasallo, excluido para siempre de todo empleo público. El que disputare la legitimidad de la Junta Suprema constituida por esta acta, tendrá toda libertad, bajo la salvaguardia de las leyes, de presentar por escrito sus fundamentos, y una vez que se aclararen fútiles, ratificada que sea la autoridad que le es conferida, se le intimará preste obediencia, lo que no haciendo se le tendrá como a reo de Estado.

Dada y firmada en el Palacio Real de Quito, a diez de agosto, de mil ochocientos nueve.

Antonio Pineda, Manuel Ceballos, Joaquín de la Barrera, Juan Ante y Valencia, Vicente Paredes, Nicolás Vélez, Francisco Romo, Juan Pino, Lorenzo Romero, Juan Vingarro y Bonilla, Manuel Romero, José Rivadineira, Ramón Puente, Antonio Bustamante, José Alvarez, Juan Coello, Gregorio Flor de la Bastida, José Ponce, Miguel Donoso, Mariano Villalobos, Cristóbal Garcés, Toribio Ortega, Tadeo Antonio Arellano, Antonio de la Sierra, Francisco Javier de Ascázubi, Luis Vargas, José Padilla, Nicolás Jiménez, Ramón Maldonado y Ortega, Nicolás Vélez, Manuel Romero, José Rosmediano, Vicente Melo, Francisco Villalobos, Juan Barreto, Manuel de Angulo.



Casa que compró el Dr. Arenas para
las reuniones clandestinas
de los patriotas.

El Diez de Agosto

En el antiguo virreinato de Santafé el primer grito de independencia se dió en Quito, el 10 de agosto de 1809.

Habia llegado el tiempo de emanciparse de la madre patria, y para ello contaba con abundantes y poderosos elementos y con intré-

pidos y audaces caudillos suscitados por la misma Providencia para cumplir sus designios.

Espejo fué confinado en Bogotá en 1787, y allí entró en relaciones con Nariño, hombre notable por la elevación de sus pensamientos, la energía de su carácter y los principios de independencia y libertad que le impulsaban a todo género de sacrificios. El mismo Espejo, literato de grande erudición, y que poseía conocimientos de Derecho Público, creía que la América española podía sacudir el yugo de la madre patria y regirse y gobernarse por sí misma. Y esta fué, sin duda, una de las causas de la encarnizada persecución de que fué víctima.

El Virrey de Santafé, D. Francisco Gil y Lemus, ordenó el regreso de Espejo a su patria, en noviembre de 1789, y Espejo trabajó talvez con más ardor que antes, en propagar las ideas de independencia. Así que en 1794 llamó la atención popular con unas inscripciones que el Presidente de la Real Audiencia las reputó sediciosas.

La pesquisa que hizo el Presidente para descubrir al autor de aquellas inscripciones fué activa y violenta. Hizo prender al maestro de escuela, Marcelino Navarrete, por creerse que era suya la letra de las inscripciones, y Espejo fué sepultado en la cárcel, donde murió en 1796.



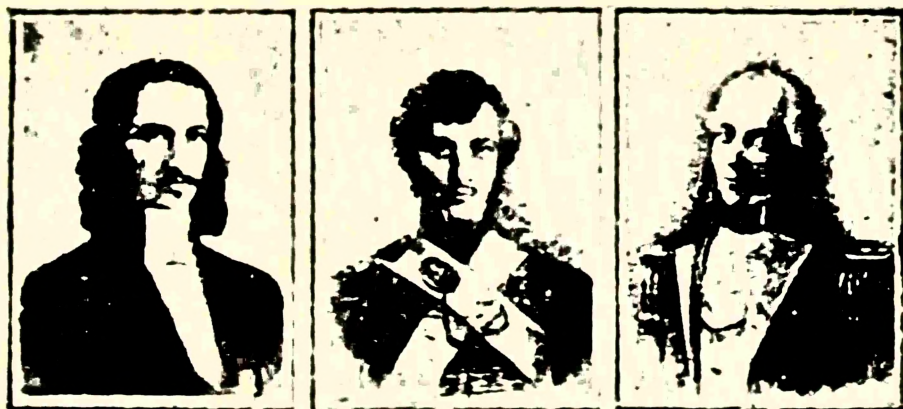
(*) ESPEJO SELVA ALEGRE LARREA

Vivía en Quito otro hombre extraordinario, de clara inteligencia, instruido en Derecho Público, de valor indomable, de carácter firme y enérgico. Este era don Juan de Dios Morales, natural de Antioquia. Hizo sus estudios en Quito, se recibió de abogado en 1798 y fué secretario del Presidente Barón de Carondelet. Deseaba la independencia de América y buscaba una ocasión propicia para realizar sus planes, de acuerdo con no pocos patriotas de Quito, tales co-

(*) Aunque Espejo y Carlos Montúfar no fueron de los del 10 de Agosto, tienen muy bien conquistado su puesto entre los próceres, como precursor y apóstol el uno, y brazo ejecutor el otro, de la noble causa.

mo Salinas, Quiroga, &. Se organizaron sociedades en las que se trabajaba secretamente para hacer la revolución con buen éxito y con la confianza de que toda la América española se levantaría para ser libre e independiente.

El Sr. Larrázabal refiere este acontecimiento en los términos siguientes: «Participaban los valerosos ecuatorianos de las mismas ideas revolucionarias que fueron comunes a toda la América y que serán siempre el símbolo de los pueblos oprimidos: y por una razón de mera circunstancia les tocó ensayar los primeros el proclamar la independencia. Celebraron una reunión preliminar el 25 de octubre de 1808 [fué en marzo, pues en abril se inició el proceso], en el obraje de Chillo, bajo la dirección de don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre: y se acordó formar una JUSTA SUPREMA que se encargase de los destinos del país. Túvose en reserva este proyecto, aunque se confió [calladamente] al Comendador de la Merced, Fray José Torresana. Y esto fué el mal, porque el Comendador lo divulgó [siempre en secreto] hasta llegar a oídos de don Francisco Manzano, Asesor General del Gobierno. Para el 9 de marzo de 1809, ya estaban presos el Marqués, don Juan de Dios Morales, Secretario que había sido de la Presidencia: don Manuel Quiroga y los capitanes Juan Salinas y Nicolás Peña. Nada pudo, sin embargo, probárseles en juicio: y el proceso, aunque ruidoso, terminó favorablemente. Los novadores volvieron a sus casas y a sus afanes patrióticos doblemente alentados: por una parte el triunfo les comunicó valor: por otra parte el apoyo que encontraron en el pueblo les advertía que debían sazonar mejor sus planes y contar siempre con él. (Vida de Bolívar).



QUIROGA

MONTÚFAR

SALINAS

Libres Morales, Salinas, Quiroga y los demás conjurados, continuaron trabajando para llevar a cabo la revolución con mayor ardor y prudencia que antes. Tenían frecuentes reuniones en la casa en que vivía Doña Manuela Cañizáres, y allí, indudablemente, se discutían, entre personas notables, principios de derecho público, poco co-

nocidos entonces en la América española. Así es que en una reunión, en la que tomó parte el Cabildo, don Manuel Zambrano, caballero de buen sentido y clara inteligencia, pero que no había seguido ninguna carrera científica ni literaria, habló sobre el derecho que tenía el pueblo de recobrar su soberanía, una vez que Fernando VII había renunciado la corona de España en favor de Napoleón; que en consecuencia no solamente la Península, sino toda la América española podía organizarse de la manera que más conviniera a sus intereses y necesidades. Este solo rasgo caracteriza y da a conocer el estado en que se encontraban las doctrinas políticas en el Ecuador, y manifiesta, por otra parte, que se trataba, no como se dió a entender, de conservar intactos los derechos del AMADO FERNANDO VII, sino de sacudir el yugo colonial.



ASCAZUBI

MORALES

Sin embargo de que el plan revolucionario se desenvolvía sin intermisión alguna, el Presidente Ruiz de Castilla estaba completamente desorientado y creía consolidada la paz, pues era un anciano débil y muy poco apto para el gobierno. En 27 de abril informó al Consejo de Indias que el pueblo de Quito había jurado solemnemente obedecer a la SUPREMA JUNTA CENTRAL de España e Indias, mientras la Divina Providencia se dignara restituir en su trono al MUY AMADO don Fernando VII; y en otra comunicación de 6 de agosto, hizo presente a la Suprema Junta que en la Presidencia de Quito NO HABÍA EL MÁS MÍNIMO MOTIVO PARA RECELAR DE LA SINCERA FIDELIDAD JURADA AL AMABLE Y ADORADO DON FERNANDO VII.

Pero el 10 del mismo mes, al amanecer, estuvo preso y depuesto de su empleo el Presidente Ruiz de Castilla y cambiado el Gobierno, sin que se alterara la paz ni se derramara una sola gota de sangre.

Amistad y sacrificio

Extinguidos al fin los odios entre peninsulares y americanos, y estrechado el lazo íntimo de tradiciones y recuerdos de familia, vemos ahora con criterio sereno la buena fe con que muchos criollos sostuvieron el régimen colonial.

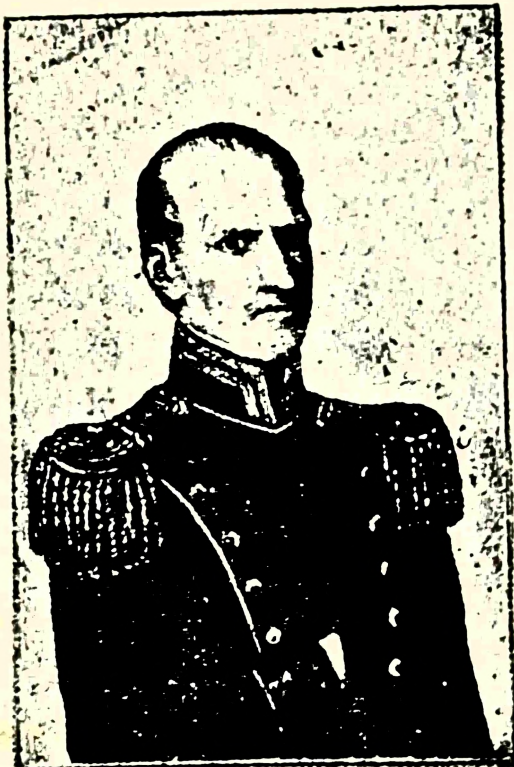
De este número es el ambateño don Antonio Erdoiza Mayorga, tronco de una familia honorable de mi país nativo, el cual desde el 10 de agosto de 1809 fué, en unión del célebre teólogo don Joaquín Miguel Araujo, y del Corregidor don Ignacio Arteta, uno de aquellos que más trabajaron por contener los avances de la revolución iniciada en Quito en esa fecha gloriosa.

Por lo expuesto se comprende que el capitán Erdoiza compitió en entusiasmo y ardor bélico con doña Josefa Sáenz de Manzanos, que fué la heroína de esa época y mereció también ser condecorada con un escudo.

A raíz de la ocupación de Quito, el general Montes le confió el cargo de Administrador General de Correos; y en este puesto importante se desempeñó con diligencia sin que le sobreviniese en los primeros días ninguna contrariedad, hasta que un incidente extraordinario vino a conturbar su espíritu de una manera inesperada y dolorosa, siendo la causa por la cual se pasó al bando de los patriotas.

* * *

Una noche, después de recibir la valija de Esmeraldas, vociferó, como un poseído, contra los chapetones: renegó furiosamente de las autoridades y la Corona, agitándose convulso cual si quisiera huir de una aparición espantosa. Conmovióse todo su sér a la vista de una EXCOMIENDA, procedente de Tumaco y consistente en dos pequeños cajones. El contenido de ellos lo expresaban dos notas, nemada la una para el general Montes, y la otra, dirigida casi en igual sentido, para el Administrador de Correos, en las cuales el coronel don José Fábrega anunciaba con fecha 17 de julio de 1813 la remisión de dos cabezas, en los siguientes términos: «El 17 del presente fué ejecutada la sentencia, como lo acredita la adjunta certificación. Siguen las dos cabezas en dos cajones, bien acomodadas, y es el único modo como puedan llegar en mejor estado; y en el instante las he puesto en vía con oficio a los jueces de la Tola y Esmeraldas para que con reserva y a la mayor brevedad posible sigan a Quito».



CORONEL NICOLÁS DE LA PEÑA

¡Las mutiladas cabezas eran de los próceres don Nicolás de la Peña y su esposa doña Rosa Zárate!

Como herido del rayo dejó caer las notas al suelo: apagó las velas: volvió a tientas a tomar las comunicaciones: despidió al conductor y a los amanuenses que le observaban sorprendidos, y acudió precipitadamente y confuso al aposento que don Toribio ocupaba en el Palacio para recibir por la noche a sus amigos y subalternos.

Impuesto el General de la noticia dada sin ambajes por don Antonio, accedió conmovido a las súplicas y observaciones del amigo, y las cabezas no fueron expuestas al día siguiente en la plaza mayor de la Capital. Retrocedió ante el escarnio de la atroz sentencia, y dióle en seguida al capitán Erdoiza el encargo de que procediese sin pérdida de tiempo a la furtiva inhumación de esos restos mortales.

* * *

La noche está triste y lóbrega. La ciudad envuelta en su manto de nieblas yace sumergida en profundo silencio. Una atmósfera de muerte pesa sobre ella después de ahogado el sublime grito de los libres. El monte sombrío, como que oculta el rayo en sus abruptos declivios, y espera el hermoso día en que el astro de los Shiris se reflejará en las armas de los héroes, que vienen siempre después de los mártires.

Un indio de la servidumbre del capitán Erdoiza conduce los dos cajones ocultos bajo una carpeta roja: otro le sigue con una barra y dos palas. Don Antonio y su esposa, doña María Mercedes Viteri, sobrina del Regidor don Melchor Benavides, forman el cortejo fúnebre y en hora avanzada se encaminan al panteón del Tejar. Ningún obstáculo hallan para penetrar en él, pues todo está previsto; y después de algunos minutos empleados en abrir la fosa, fueron sepultados los tristes despojos -----.

¡Ya estáis salvadas, reliquias venerandas! Sólo en el seno de la tierra han encontrado reposo las cabezas que se agitaron en vida en pos del ideal sublime de emancipación y ventura de la Patria. La oración elevada al cielo por el consternado grupo de los cuatro cir-

constantes, sujeta de los deudos que, lejos de sus hogares y perseguidos, ignoran esta patética ceremonia....

* * *

El padre de don Nicolás vino de España a la Presidencia de Quito, en compañía del vizcaíno, abuelo de don Antonio Erdoiza, el cual llevaba este mismo nombre, y había alcanzado la GRACIA DE LA GOBERNACIÓN DE CHIMBO. Ambos proyectaron introducir industrias nuevas en el país, pues para ello trajeron consigo autorización suficiente del Gobierno de la Metrópoli.

Fué casado el General don Manuel Díez de la Peña con doña Juana Maldonado, hija única del sabio don Pedro Vicente Maldonado.

* * *

Cuatro son las nobles víctimas de esta familia singular, que dejaron huella luminosa de generoso civismo:

El coronel don Nicolás de la Peña, ardiente y animoso, asiste a la reunión preliminar en el Obraje de Chillo, promovida por el Marqués de Selva Alegre. Junto con éste y otros patriotas es enjuiciado y preso en el convento de la Merced por el primer conato de revolución descubierto el 25 de marzo de 1808. Ante el prestigio de su amor desinteresado a la libertad, levántanse las masas populares: y sin que le faltén la energía y la constancia de Morales y Ante, mantiene con empeño la causa de sus convicciones, fija siempre su espíritu en la sagrada consigna que le impusiera la Junta Soberana en la memorable noche del 10 de agosto, que irradia luz inmortal en el Continente. Pero su natural arrebatado y su misma impaciencia, acrecida con los obstáculos y falta de unidad en la acción de los próceres, ahondó todavía más la división intestina, y de este modo contribuyó sin quererlo a que se precipitasen los acontecimientos desastrosos.

El teniente coronel don Francisco Antonio de la Peña, hijo del anterior, participa del ardoroso entusiasmo del padre, y es como el alma del ejército improvisado, que ora con Calderón, ora con Montúfar, ensaya en el sur y en el centro las primeras lides de la libertad y la democracia. Castiga denodado a los desleales de la causa americana por la que ha jurado sacrificarse, e INFUNDE EL VALOR A LOS CORTOS DE ANIMO. Estuvo llamado a figurar como Córdova en las batallas decisivas, por su hermosa arrogancia y demás prendas militares; pero su estrella infortunada le condujo a un abismo, y el 2 de Agosto fué asesinado con los otros patriotas en el cuartel del Real de Lima. Apasionado de los estudios literarios como su compañero de campaña y sacrificio, don Juan Larrea, su rara inteligencia habría lucido en el sereno cielo de la Literatura ecuatoriana.

En el Ecuador se ha pagado ya tan sagrada deuda a los HIJOS PRIMOGÉNITOS de la Patria. En la plaza de la Independencia se alza airoso un soberbio monumento.

Todas las Municipalidades de la República han contribuido con

parte de sus rentas para esta obra decretada en la Legislatura de 1888, que supo interpretar el sentimiento nacional. Los nombres de los próceres están grabados con caracteres de oro, haciendo juego con los bajos relieves en la artística base del monumento. De ella se destaca esbelta columna, coronada por la bronceínea estatua de la Libertad, que lleva en su diestra la simbólica antorcha que ilumina al mundo.

Nuestra mirada ansiosa ha recorrido esos ilustres nombres, y no ha encontrado entre ellos el de doña Rosa Zárate de la Peña. Este olvido involuntario o esta omisión incalificable nos ha movido a trazar estas líneas reparadoras, con el cariño y la veneración que siempre nos ha inspirado esa familia tan patriota como desgraciada.

CELIAÑO MONGE.

Heroínas y patricias

ISABEL BOU DE LARREA.—Joven y bella esposa del teniente Juan Larrea y Guerrero, que estaba preso y a quien visitaba en los terribles momentos del cruento y feroz sacrificio de los patriotas el 2 de agosto de 1810. Recibió una herida y cayó al suelo mezclando su sangre valerosa con la del noble esposo que cayó también muerto a sus piés.

JOSEFA CALISTO—Patricia decidida, por su mediación consiguieron los ambateños la abjuración del esposo de ella, Jorge Ricaurte, y que el Corregidor de Latacunga, Ignacio Arteta, abrazase también la santa causa.

MAGDALENA DAVALOS—Esta insigne patriota ecuatoriana profesó dos cultos: las artes y la libertad de su Patria. Perteneció a la Escuela de la Concordia.

MARIA LARRAIN—Patriota quiteña muy hermosa, que a la llegada del Comisionado Regio en casa de su tío, don Pedro Montúfar, en setiembre de 1810, se presentó a hacerle la guardia con otras mujeres a quienes con entusiasmo comprometió para tal objeto.

MANUELA SAENZ—Quiteña, viuda de un inglés. Salvó la vida del Libertador a riesgo de la suya el 25 de setiembre de 1828

en Bogotá, cuando los conjurados en una conspiración contra Bolívar trataban de capturarlo, y cuando hubiera así fracasado el Héroe.

La gentil doña ROSA VELEZ ALAVA. — Esposa de D. Antonio de la Peña, labró la dicha del hogar que pronto quedaría desolado. Dotada de tierna sensibilidad, con que realzaba los encantos de su hermosura, no pudo sufrir el inmenso dolor que le causara el fin trágico de su esposo y de sus padres políticos, y murió con la honda pena de dejar huérfana y sola a su hija Manuela, único fruto de su amor. Poseemos su retrato al óleo, obra del antiguo pintor don Antonio Salas, que contiene esta inscripción conmovedora: Falleció muy joven, oculta por ser perseguida y sentenciada a muerte por el Gobierno español. — 1813. Su hija doña Manuela llegó a ser una matrona ejemplar y muy piadosa. En 1884 murió a la avanzada edad de 76 años.

No hay en el martirologio político de las naciones víctima más noble y legendaria que doña ROSA ZÁRATE. Desde la muerte de su hijo, el bizarro don Antonio, hasta su llegada a Tumaco, donde es fusilada y decapitada, corriendo la misma suerte de su esposo, su vida es un encadenamiento de sacrificios por la emancipación americana. Tenía un carácter expansivo y apto para fomentar toda idea levantada: y por lo mismo su influencia en favor de la revolución se extendió con eficacia a otras poblaciones, donde había también mujeres de su temple que la secundaban, siendo una de éstas doña Teresa Flor, con quien mantenía correspondencia epistolar.



DOÑA ROSA ZÁRATE

La señora Zárate de Peña, por su exquisito tacto social, fué muy apreciada del pueblo quiteño: y de aquí el que se le haya señalado al igual de su esposo como promotora de motines que tanta inquietud despertaban en los realistas. El alma se llena de admiración y de tristeza al considerar el penoso viaje que hizo a Barbacoas por las selvas de Malvucho, perseguida por las fuerzas de Sámano, triunfantes en San Antonio de Caranqui. Don Nicolás de la Peña y los demás patricios que le acompañaban se veían muchas veces en el caso angustioso de contener agazapados en la montaña a sus perseguidores, y de vencer en medio de la inquietud consiguiente los pasos difíciles que presentaban los torrentes caudalosos y los bosques enmarañados. Llegaron al fin a orillas del Telembí; mas cuando se creyeron salvados de Barbacoas, cayeron en poder

de fuerzas superiores, enviadas de Panamá por el Virrey Pérez Brito, que obraba en combinación con el General Montes.

Conducidos a Tumaco fueron ambos fusilados y decapitados el 17 de Julio de 1813.

CELIANO MONGE.

Para la libertad de la América del Sur. una mujer, a la par de los hombres, debía concebir y hacer estallar la idea.



DOÑA MANUELA CAÑIZARES

La egregia doña MANUELA CAÑIZARES, alma heroica y elevada, imaginación ardiente y soñadora: corazón caldeado a los rayos del sol ecuatorial, y empapada en el entusiasmo de una gran pasión, la de la Patria, era una mujer romana con las seducciones griegas.

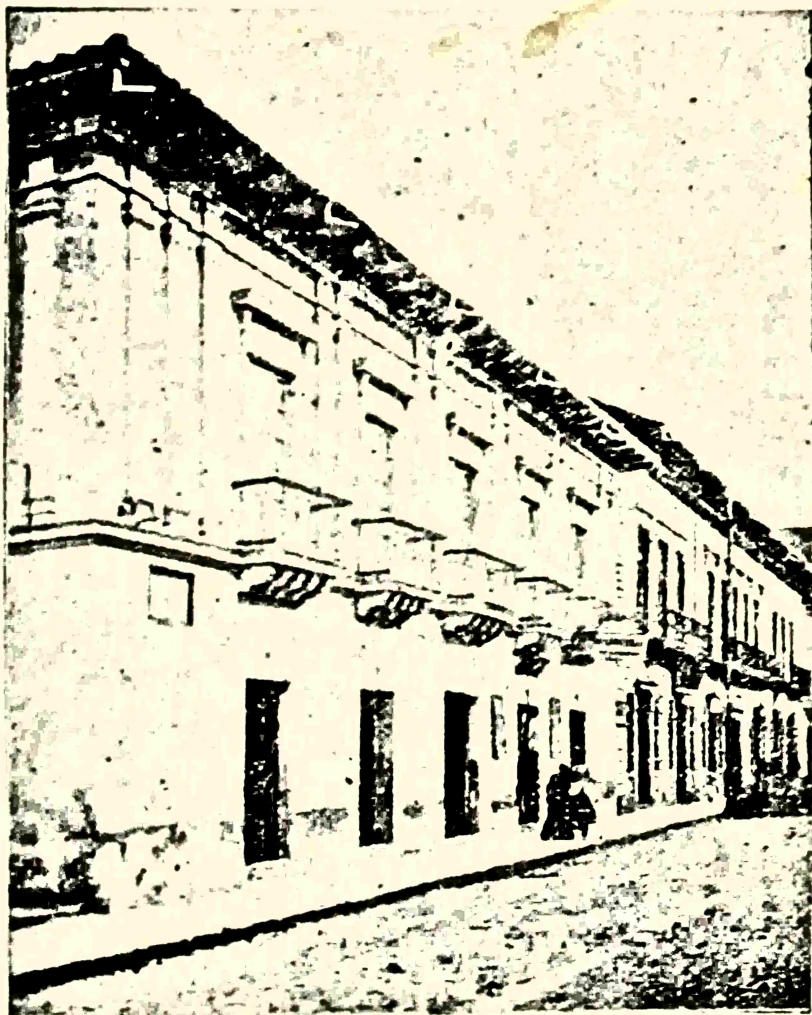
Sacerdotisa inspirada, sacrificaba en secreto en los altares de la libertad. Vestal quiteña, mantenía siempre ardiente el fuego sagrado del patriotismo en el pecho de aquellos próceres que concurrían a su casa a cambiar ideas acerca de la suerte futura de este hemisferio; y en los moldes de su alma enérgica y varonil se fundió el espíritu de cada uno de ellos. Ninfa Egeria de la nueva

idea, ella infundía inspiraciones patrióticas a Montúfar y a Morales; a Salinas, a Quiroga y a Mathew; a Checa, Ascáubi y Ante; a Zambrano, Arenas y Riofrío; a Correa y a Vélez y más patricios que habían hambre y sed de libertad y de justicia para América.

La casa de doña Manuela Cañizares fué el Cenáculo al cual descendió el espíritu de Dios en lenguas de fuego a incendiar en patriotismo el alma de los Apóstoles quiteños que, los primeros en la América española, habían de anunciar a la faz del universo el Evangelio de la República de la libertad.

En la noche del jueves 9 de agosto se reunieron los próceres

en la casa de doña Manuela Cañizares. ¡Momentos supremos!... En aquel consejo augusto, imagen del Senado Romano, se decidía de la suerte, del porvenir de la América del Sur. Y de la frente de cada uno de los próceres, parecía desprenderse el rayo de inspiración de Isaías y de Ezequiel, los profetas de las terribles venganzas. Aquellos próceres, en esa noche apocalíptica, escribían en caracteres de fuego la terminación del imperio colonial de España.



CASA QUE FUÉ DE DOÑA MANUELA CAÑIZARES

Aparece doña Manuela: Irradia el pensamiento de su frente; su mirada centelleante despide fulgores de inspirada, y parece leer en el libro invisible de los destinos futuros de este hemisferio.

Con su palabra ardiente, lava desbordada de un volcán, y a los mágicos nombres de Patria y Libertad, retempla el valor de los unos, y alienta y decide a los que temen y vacilan; y allí, a impulso é inspiración de aquella mujer sublime, redondearon los próceres el plan de insurrección----Y con la fe en el alma y el valor en el corazón, salieron ellos de esa casa a dar el grito que con ecos inmortales esta-

Iló en la alborada del 10 de Agosto de 1809, día santo en el calendario de la libertad.....

¡Gloria a Dios en las alturas! E inclinémonos, reverentes, al recuerdo de aquellos ínclitos varones, patriarcas excelsos de la libertad hispano-americana!.....

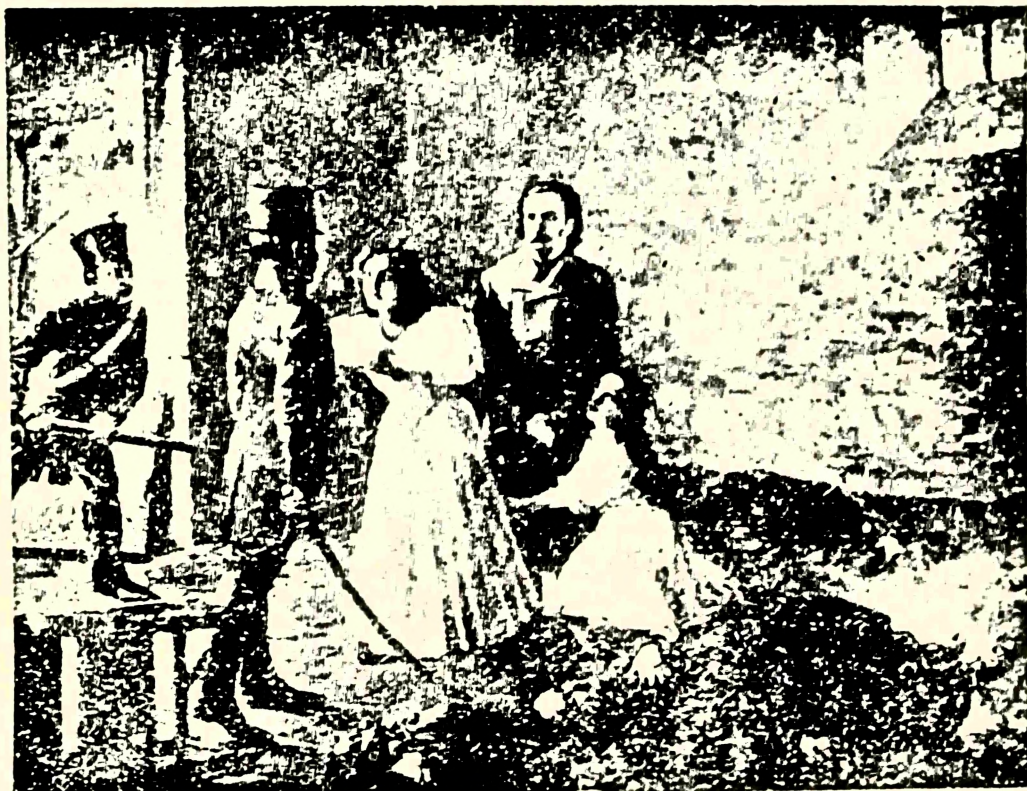
¡Gloria a Quito, la primogénita de la libertad! ¡Gloria a sus hijos, los del 10 de Agosto; y gloria a la excelsa doña Manuela Cañizares, inspiradora de aquella revolución inmortal.

RAFAEL MARÍA DE GUZMAN.

En la casa en que habitó la señora Cañizares, «esa casa sagrada que fué cuna de la emancipación americana», se colocó, el año 1891, siendo Presidente el doctor Antonio Flores Jijón, una placa conmemorativa, en bronce, decretada por la Legislatura de 1888, con esta leyenda:

«En este sitio, y en la noche del 9 de Agosto de 1809, se reunieron los Padres de la Patria para proclamar su independencia:

Montúfar, Morales, Salinas, Quiroga, Mathew, Checa, Ascázubi, Ante, Zambrano, Arenas, Riofrío, Correa y Vélez.



1810.—EPISODIO DEL 2 DE AGOSTO.—MUERTE DE RIOFRÍO.

—CUADRO DE C. A. VILLACRES.—

Las auxiliares poderosas que los patriotas del 9 de Octubre de 1820 tuvieron en Guayaquil, fueron las damas y señoritas de las familias Rocafuerte, Llaguno, Garaicoa, Díaz, Gorrochátegui, Luzcano

do, Campo, Roca, Plaza, Merino, Casilari, Haro, Morlás, Gainza, Nobeoa, Roldán, Urbina, Elizalde, Icaza y otras, principalmente la familia Morlás, en cuya casa se reunían los sediciosos a pretexto de saraos, bailes, etc.

En una fiesta a que la señora Ana Garaicoa invitó a sus amigos (los conjurados) fué que el fogoso Antepara comprometió solemnemente a los primeros actuantes, en torno de una mesa, a la que llamó «La Fragua de Vulcano», en la noche del 1.º de octubre de 1820.

Nuestra deuda a España

Pasó la lucha cruenta; y, si la generación que los combatió, sentía odio y venganza contra los españoles, nosotros, cerrado ya el libro de los mutuos agravios de la guerra magna, no vemos ya en ellos sino carne de nuestra carne y sangre de la suya en la nuestra.

La gran misión civilizadora de España había terminado. Estos pueblos habían llegado a su virilidad; y, cumpliendo la eterna ley de las evoluciones o transformaciones históricas de la humanidad para su perfeccionamiento moral, pudieron pasar de humildes vejados colonos a la condición de ciudadanos libres. En una palabra: estos pueblos quisieron ser los dueños y señores de su casa, en donde mandasen los criollos y no los empleados del Rey de España, y, en síntesis, éste fué el espíritu y el pensamiento de la insurrección americana.

Pero sin ser descastados no debemos ni podemos maldecir ni renegar de España, nación hidalga y caballeresca. Ella, con su sangre, con su idioma, con su religión y con sus tradiciones gloriosas, nos dió su espíritu y su pensamiento: nos dió lo que tenía. Y, sobre todo, nos dió el amor acendrado al hogar y el espíritu de familia, refugio en las tempestades de la borrascosa vida democrática.

La España guerrera de los siglos XV y XVII, con su sangre transmitió a sus hijos el espíritu y altivez de sus grandes héroes. Ella les transmitió el valor indomable y la constancia. Ella, con la lucha de los siete y medio siglos contra los árabes, y la de siete años contra Napoleón, les enseñó a amar la independencia de la patria y a combatir y a morir por ella.

Esa nación sublime que, en las Navas de Tolosa y en las aguas de Lepanto salvó la civilización de Europa, humillando a la Media Luna, es nuestra madre, y nos enorgullecemos de abolengo tan ilustre. España debe también sentirse feliz y orgullosa de haber engen-

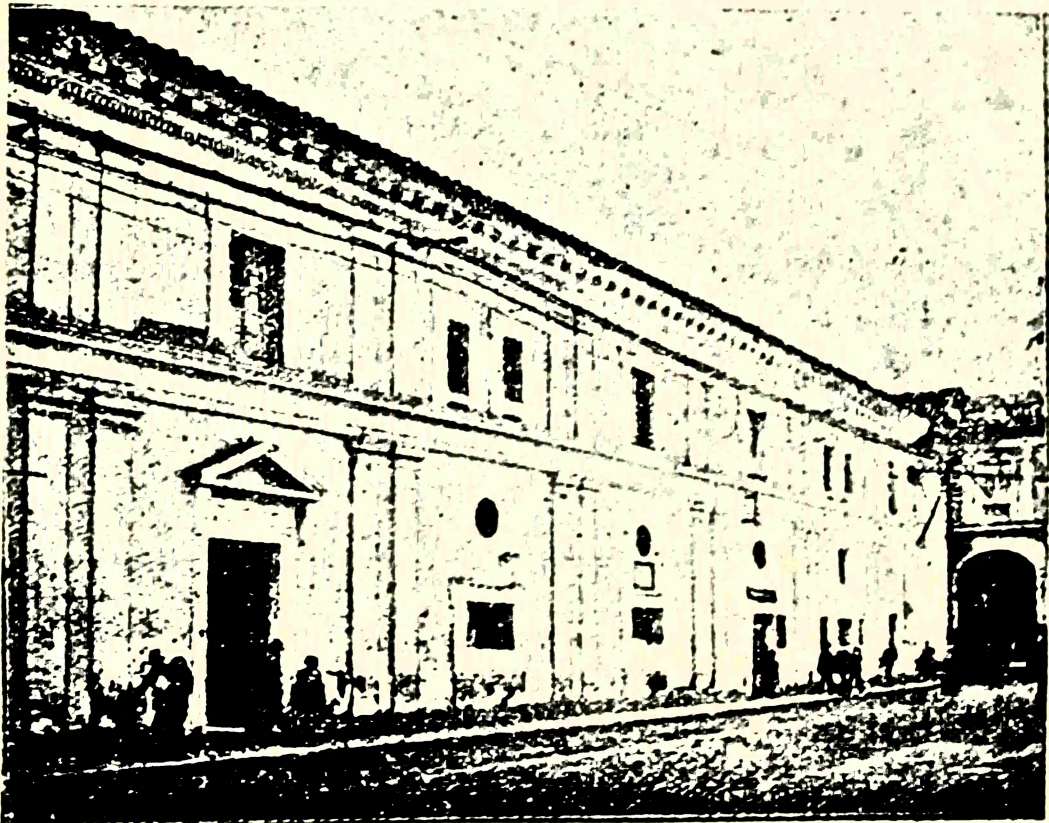
drado y amamantado a sus pechos de leona dieciséis naciones, en las cuales flotan el pensamiento y el espíritu españoles.

Y llegará el día, cuando se escriba la grande epopeya de la raza ibérica, en que algún Homero español cante a Don Pelayo y a Bolívar: al Cid Campeador y a Páez; a Pescara y a Sucre: a don Alvaro de Basán, el gran marino, y a Padilla, el héroe de Maracaibo: a los héroes de Sagunto y de Numancia, y a Ricaurte, aquél que en la lava de un volcán subió hasta los cielos para demandarle a Dios la redención de su Patria. Cantará a los Infantes de Lara y a Abdón Calderón, aquel adolescente que, en Pichincha, asombró al valor y escandalizó al heroísmo.

Y España, en fin, honrará la historia de su raza juntando a doña Manuela Cañizares con la heroica consorte del conde de Castilla, el decapitado en Villalar por el Conde de Haro: el valiente don Juan de Padilla.

Cuanto a nosotros, buscaremos en el pasado todo lo grande, sublime y hermoso: daremos forma a nuestros ideales en esos moldes, y nos esforzaremos para realizarlos en lo futuro, honrando así el recuerdo de los Próceres del 10 de Agosto, y entre ellos a la ilustre doña Manuela Cañizarés.

RAFAEL MARÍA DE GUZMAN.



CASA QUE FUÉ CUARTEL, DONDE FUERON VÍCTIMAS LOS PATRIOTAS

Diez de Agosto

I

Escrito estaba: El misterioso mundo
Que, revestido de belleza suma,
Aparece perdido entre la bruma
A los ojos del Nauta sin segundo,

Debe luego inclinarse gembundo,
Bajo la férrea planta que le abrumba,
Abatido el poder de Moctezuma.
El Imperio del Inca, moribundo.

Apenas débil resistencia traba
La indígena mesnada, en llano y sierra,
Contra la turba de invasores brava;

Y desde Arauco al Missisípi en guerra,
Queda América esclava: pero esclava
Del pueblo más pujante de la tierra,

II

Mas estaba también por Dios prescrito
Que, roto el yugo secular iberio,
Recobrará la sierra el noble imperio
De sus propias grandezas, infinito.

Y, amazona terrible, el primer grito
Que despierta y commueve al Hemisferio,
Lanza altiva en su mismo cautiverio,
Desde el viejo Pichincha, la audaz Quito.

¡Sólo una chispa del volcán! Y basta
Para encender la lid en que contrasta
Y vence, al fin, el Continente armado!

Que el rayo siempre en la altitud se encierra:
¡Y aquella chispa bélica ha saltado
En el pueblo más alto de la tierra!

CARLOS CARBO VITERI.

A QUITO

Salud, ciudad hermosa,
de Libertad primicia,
¡oh, Quito, cuna augusta
de redención y dicha!
Vayan a tí en las alas
del céfiro, mis rimas,
fecunda madre de héroes
que a un mundo dieron vida.

Viajera entusiasmada,
cual rápida avecilla
quisiera alzar el vuelo,
y, trasponiendo cimas,
llegar cabe tus muros
que sangre fertiliza,
para soñar despierta
con la epopeya antigua,
y oír en alta noche
el llanto de las víctimas
que en generosa lucha,
tras de asechanza impía,
rindieron la jornada
en trágica caída;
y el himno de los libres
que ardiendo en santas iras
lograron rescatarte
del yugo en que gemías,
mezclado con el choque
de espadas diamantinas,
sobre la erguida cumbre
del inmortal Pichincha.

¡Soñar! ¡Soñar!--¡Dios mío!
Al pie del monumento
que a mártires y próceres
alzó entusiasta el pueblo.
¡Cómo llevar me haría
al mar de los recuerdos
donde aún la gloria irradia
con resplandor febeo!-----

Antes, la densa sombra,
amparo del silencio,
do la ignominia vierte
las aguas del Leteo;
luego, la tenue aurora,

y en su profundo seno,
rumores de marea
que avanzan desde lejos-----
Más tarde los gemidos
de aquellos que cayeron,
de la asesina hueste
bajo el puñal sangriento-----
Después.----¡Después, oh Quito!
El inmortal estruendo
de la contienda heroica
que engrandeció el derecho....

Subir vería a Sucre,
con arrojado esfuerzo,
las faldas de aquel monte
que entristecidas vieron
a Abdón, el héroe niño
de corazón de acero,
como una flor troncharse
entre el clamor sangriento;
del pabellón del Iris
en el sudario envuelto,
y a Córdova, el Aquiles
de aquel glorioso tiempo,
el adalid gallardo
a quien el hado adverso
una ignorada tumba
reserva en el misterio;
a los de Albión temibles,
los de mirar sereno,
que herencia de heroísmo
dejaron con sus hechos.

¡Cómo el silencio rompe
bajo el brumoso cielo
el canto nunca oído
de un celestial concierto!
De un Continente libre
es el primer aliento:
¡un mundo nace y marcha
camino del Progreso!

¡Padres! Fué vuestra sangre
el fecundante riego •
que puso en pié, cual Lázaro,
de América a los pueblos!
¡Padres! ¡Esos laureles

no ha marchitado el tiempo,
y a eterna vida os llama
nuestro inmortal recuerdo!

¡Salud, oh noble Quito,
trono de luz del Inca,
que duermes en las faldas
de la montaña andina,
donde la Gloria puso

su resplandor un día!

La aurora ya se acerca,
las sombras se disipan,
y el Pabellón del Iris
flamea en el Pichincha!

Del céfiro en las alas
vayan mis pobres rimas,
¡a tí, Ciudad Heroica!
¡A tí, Ciudad Invicta!

MARÍA PIEDAD CASTILLO.

Los días de la Patria

Ya hemos visto, niño, el acta de la Independencia de nuestra Patria, independencia cuya cuna fué Quito y su voz la primera que resonó en oídos hispano-americanos para decirles que ya era tiempo de reivindicar la natural prerrogativa de hombres libres. Al Ecuador cabe esa rara gloria, y especialmente a nuestra heroica Quito, que por eso se llama Luz de América.

Pasemos ahora a ocuparnos, y para que vayas ya siendo un perfecto ciudadanito, conocedor de tu historia patria, de otra magna efemérides, de otra ciudad no menos patriota y no menos digna heredera de la sangre española mezclada en preciosa resultante con la sangre de los huancavileas.

El fuego de la noble idea que, partiendo de Quito, había ido prendiendo de punto en punto, ardía ya en medio Continente, como formando alegres y vivas llamaradas de vivaques diseminados en ese inmenso campamento.

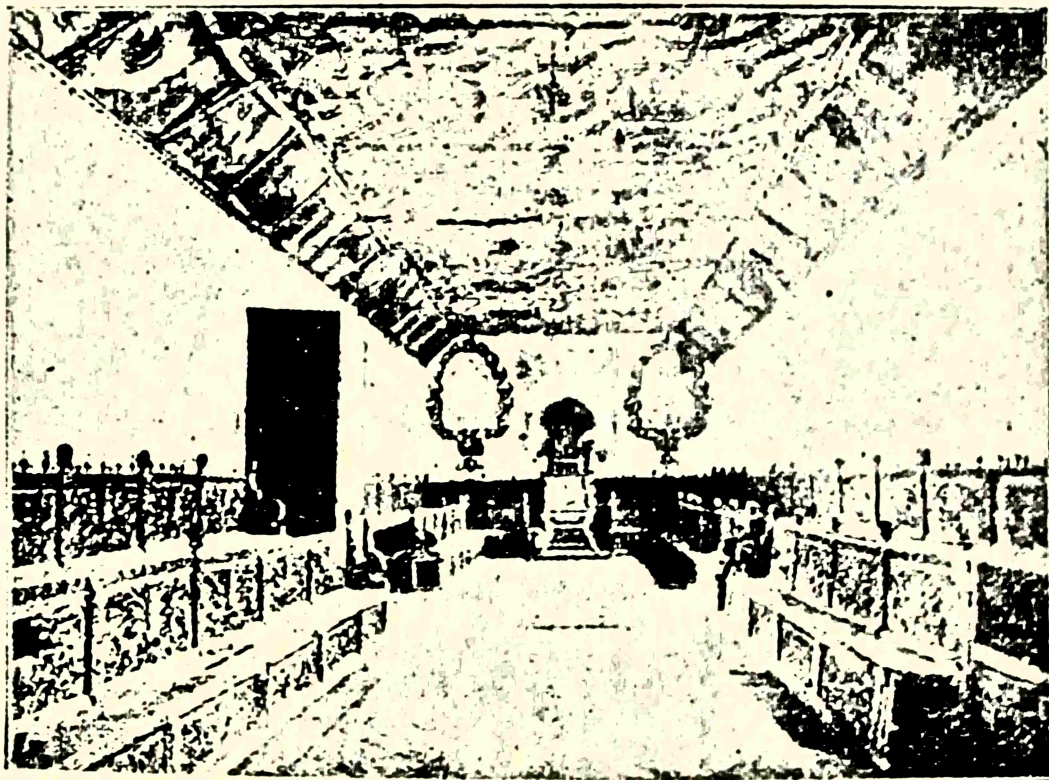
Bolívar era el genio guerrero que al frente de sus invencibles huestes venía combatiendo en otros puntos, y ante cuya espada se replegaban ya las no menos heroicas fuerzas realistas.

Guayaquil, en acecho siempre, vió el momento oportuno y proclamó su independencia también, el 9 de Octubre de 1820, suceso que consta en el acta que luego veremos.

Por esto es que el 10 de Agosto en Quito y el 9 de Octubre en Guayaquil, son días de regocijos públicos a que todos contribuimos, ya con nuestro trabajo, comisionados de algún arreglo, ya adornando las fachadas de nuestras casas o almacenes, ya ataviándonos con nuestros mejores vestidos, para salir a unirnos a la animación general

que bulle por las calles embanderadas, iluminadas y atravesadas con guirnaldas.

En esos días parece que el pecho se ensancha, que respiramos un ambiente de gloria, de salud, de alegrías; que recuperamos energías y nos sentimos orgullosos y llenos de fe y de valor para luchar por nuestra Patria, cuando contemplamos los retratos o vemos los gratos nombres de nuestros próceres.



Sala Capitular de San Agustín, donde se verificó el 16 agosto de 1809, la Reunión Popular que ratificó el Acta del día 10, estableciendo un nuevo Gobierno.

¡Qué multitud de ideas y de sentimientos se agolpan en el ánimo del ecuatoriano cuando ve flamear su alegre pabellón, ese tricolor glorioso, copiado del arco iris, y que se extiende, a impulsos de la brisa, como manto de la Patria sobre las cabezas de sus hijos libres, que se descubren entusiasmados al oír los magestuosos compases del Himno Nacional, símbolo de su gloria, conjuro que en un instante congrega a los hijos en torno del Ecuador, la madre común.

Estos días tan bellos se llaman Días de la Patria.

18—¿Por qué se llama América el Continente que habitamos los americanos?



Perfil de Bolívar

Bolívar no era blanco, mas aun de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuran los bustos de los emperadores romanos: rostro, bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre.

Tampoco era rubio, como Escipión: sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de Lord Byron: pelo rico y floreciente que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene cuidado de atuzar, como quien sabe que nada de femenino conviene al heroísmo.

Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones; las musas traen coronas de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada, que de ninguna manera pase a la brutalidad; pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura.

Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto y no excluye el amor.

JUAN MONTALVO

COMPENDIO BIOGRAFICO:—Nació en Caracas (Venezuela) el 24 de Julio de 1783. Fueron sus padres don Juan Vicente Bolívar y doña María Concepción Palacio y Sojo, marqueses de Bolívar y vizcondes de Coporete. A la edad de dos años quedó huérfano de padre. Simón Rodríguez, filósofo y polígloto, fué su maestro y ayo. A los 15 años perdió a la madre y se fué a España, en donde, favorecido por Mallo, popayanejo, favorito de los reyes, y por su tío materno, Esteban Palacio, tuvo acceso a la Corte, y distinciones de la Reina. Especializó sus estudios allí de Literatura, Matemáticas e idiomas. Casó a los 18 años con Teresa Toro, de noble abolengo; pero al poco tiempo la perdió, víctima de violenta fiebre, cuando hacía su viaje de bodas.

Antes estuvo en Francia, y la Revolución le suscitó sus primeros anhelos de redención de su patria.

Humboldt y Bonpland, de regreso de su misión científica en el Ecuador, le alentaron en sus propósitos, y fué a Italia, después de recorrer casi toda Europa, con su maestro Rodríguez, y allí hizo el juramento llamado del Monte Sacro, cuando ya Miranda hacía sus primeras pero infortunadas tentativas en Venezuela.

Coronel de las milicias de Aragua fué su primer título, y a las órdenes de Miranda, el sud-americano general napoleónico, hizo sus primeros triunfos y desplegó sus galas el futuro Libertador. Triunfos y reveses, fugas, ocultaciones, ardidés, emigraciones, destierros, asechanzas y aventuras forman los comienzos de la magna obra del guerrero indomable y genial, hasta que en medio de un brillante séquito de capitanes que Napoleón hubiera tenido con orgullo: Sucre, Páez, Córdova y cien más cuyos nombres en la Historia están al lado de sus victorias, heroísmos y virtudes, emprende decididamente el camino de la gloria que, comenzando en la modesta cooperación en Caracas, del coronel Bolívar, terminó en las ciclópeas batallas de Junín y Ayacucho, del Libertador de América.

De 124 infantes, 25 artilleros y 500 reclutas con que abrió la campaña contra 6,000 aguerridos españoles que defendían Venezuela, regresó, triunfante, con sólo siete de los 125, entre ellos Antonio

Ricaurte, el que poco después, en San Mateo, ingenio propiedad de Bolívar, en donde éste hacinó su abundante parque para salvarlo de las manos de Boyes que con fuerzas superiores le perseguía, quedó de custodia con 50 compañeros: Le cerca una columna realista de 800: no hay minuto que perder: el parque, la única riqueza de la independencia va a caer en manos del enemigo y a hacerlo invencible; la Patria se hunde si así sucede. ¡Ya está resuelto! Ricaurte hace salir a sus 50 compañeros con una orden sin más objeto que alejarlos del sitio. Deja avanzar sin resistencia a los 800 de Boyes: cercan el parque, penetran: Ricaurte dispara su pistola sobre los barriles de pólvora, y el horrendo estallido es la voz gigantesca que irá a decir a Bolívar que la Patria está salvada, el deber cumplido, y que un mártir más ha volado a la Gran Patria, en apoteosis digna de las almas grandes que tan hermosa misión trajeron y aceptaron.

La ingratitud, el olvido, la envidia que llevaron hasta el puñal de celada sobre el sagrado cuerpo del Libertador, laceraron, si no su carne, que no había vestido para morir así, en los designios providenciales, sí hirieron su alma, y llegó la hora de la copa final, la de cicuta, para el superhombre.

Sus primogénitas le rechazaron de su seno: su hija menor, el Ecuador, tiene la satisfacción de haber llamado al suyo al padre desterrado, para ofrecerle en su casa el venerando sillón, el honor y reposo que por cien títulos más se merecía en cinco naciones. Ya era tarde: su suerte estaba decidida: su misión había acabado. En 1830, el 8 de mayo, salió de Bogotá, y en la quinta de San Pedro Alejandrino, sin más compañeros que el médico, el cura párroco y un fiel servidor, murió el 17 de diciembre en la mayor pobreza, quien había sido el dueño de casi media América del Sur: quien, si no fué rey porque fué en voluntad superior á Napoleón, sí cedió á sus sienes una corona de oro y brillantes, que cedió luego á Sucre, y éste á Córdoba. Bolívar fué enterrado con ropa ajena: ni de su patrimonio hereditario cuantioso le había quedado un céntimo: todo estaba dado a la Patria.

Así mueren los predestinados: pero el alma nacional no tiene pasiones malas, sino justicia, amor, veneración, gratitud, coronas para esos servidores: y pasados los tiempos en que las emulaciones se agitaron y anublaron la aureola de los héroes, todas las naciones libertadas con sus sacrificios, ostentan hoy magníficos monumentos en que inmortalizados en bronce para las generaciones actuales, se yerguen las efigies ó se aclaman los nombres de sus próceres, en los más importantes sitios públicos. (*)

(*) Datos del libro *Próceres de la Independencia*, de Manuel de Jesús Andrade.



Retrato de Sucre

Erase el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que la EMPETECIERON los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas; los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla, en que se encendían y relampagueaban: la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de

la rasura, a que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla.

El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba para mostrar el rostro ceñudo. Sonreía con alguna frecuencia, pues era hombre vivo e insinuante, y descubría los dientes blancos e iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fué propenso a las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar o de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes a los subalternos salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo: en una palabra: de un alma superior.

Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos o caprichos que movían frecuentemente a algunos oficiales volutariosos, tercios y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro, humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la república y por amor a la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre,—sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—con la pena de quien prefiere al bárbaro degüello los combates de la razón en los pacíficos campos de la tribuna o de la imprenta. Baralt se admira de que Sucre hubiese tenido enemigos: a mí no me sorprende: los resplandores del mérito hieren los suspicaces ojos de la envidia y despiertan las malas pasiones de quienes no pueden brillar sino en el caos.

La envidia... reflejo tenebroso de las virtudes, mar tóxico que pretende tragar al mérito; pero que lo lleva en su superficie y lo hace flotar más visible: la envidia... cuervo que atraen los olores de lo que se perfecciona y no los hedores de lo que se corrompe: la envidia, digo, le hirió, picoteó en sus cualidades: pero no penetró jamás en su corazón para roerle, ni en su espíritu para envilecerle. Amó a sus compañeros como a coadyuvadores de la empresa: aun cuando algunos de ellos le odiaron como a represión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independencia como madre de nobleza y prosperidad, no como causa del desbarato, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos lo arrebató: la rectitud de alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía a sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, habría perecido seguramente poco después, dilacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid: acaso besó la tierra que le fué tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no sé qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso habría sido rey: como nació en Américale asesinaron.

CARLOS R. TOBAR.

COMPENDIO BIOGRAFICO:—Nació en Cumaná, en 1793, de familia notable y rica. A los 18 años estaba ya alistado en las filas de Miranda y, con los cien, redimía a las tres primeras provincias en Venezuela. «Los célebres campos de Maturín y Cumaná, dice un biógrafo, lo vieron con tres o cuatro compañías rompiendo filas y destrozando enemigos poderosos». Como Jefe de la Campaña del Sur, vino a Guayaquil para obtener su anexión a Colombia, después de 1820. Entre triunfos y reveses llegó a las faldas del Pichincha y dió la inmortal batalla definitiva de nuestra independencia. En sus filas fué Abdón Calderón, el héroe niño. El año 23 era ya General en Jefe. Estratega habilísimo, de recursos fulminantes, y concepciones acertadísimas, donde Sucre se presentaba era para vencer, como su camarada el General Córdova, el de la célebre frase: «¡Armas a discreción y paso de vencedores!», joven también, temerario, gallardo, general cuando casi adolescente, merced justa a sus hechos: pero inferior en otros respectos a su amigo Sucre.

El Perú dió a Sucre el título de Mariscal de Ayacucho.

Bolívar lo llamaba cariñosamente EL IMPECABLE y el GENERAL MÁS DIGNO DE COLOMBIA, cuando lo recomendó ante el Congreso de Bogotá. Por el especioso argumento de no tener 40 años no lo eligieron Presidente de Colombia, y un biógrafo dice: «¡Sarcasmos! No tuvo edad para ser Presidente de una República quien en Ayacucho y otras cien batallas sí la tuvo para redimir un Continente!» Ese mismo año salió para Quito, por la vía de Popayán, a retirarse a la vida privada: pues en Quito estaba su esposa, la señora doña Mariana Carcelén, marquesa de Solanda, cuando al atravesar la solitaria montaña de Berruecos, y cerca del tambo llamado «La Venta», sonaron unos disparos, y ese segundo coloso cayó, bajo el traidor plomo de una emboscada, atravesado el cráneo por unas balas cortadas para mayor estrago y seguridad del tiro. El móvil y los autores han quedado en el secreto más lamentable.

¿Había concluido su misión?

¡Quién sabe!

Importantes batallas por la independencia

Las Trincheras, Bárbula, Vijirima, Araure, La Victoria, San Mateo, La Puerta, Carabobo 1.^a Arao, Valencia, Aragua, Margarita, Barcelona, San Félix, Apostadero de Guayana, Senén, Queseras del Medio, Palacé, Izcuanaté. Calibío, Turbaco. Tacines. Cartagena. Cachirí, Portobelo, Molinos de Bonza, Pantano de Vargas, Boyacá, Carabobo 2.^a Yaguachi. Huachi 1.^o y 2.^o Tanizahua, Pichincha, Bomboná, Junín y Ayacucho.

Mompox—Tenerife—Guamal—Banco—Puerto de Ocaña—Chirihuaná—Tamalameque—Cúcuta dieron a BOLÍVAR el prestigio de la victoria, y le abrieron el camino que recorrió en tres lustros, hasta colocar su nombre por encima de todos los grandes capitanes que fueron, que son y que serán.

Tinaquillo—Bárbula—Vijirima—Araure—San Mateo—Carabobo (1.^a) atestiguan el valor y el genio del Caudillo que debía redimir cinco naciones.

La Puerta—Aragua—Clarines—Casacoima—La Uriosa—El Sombrero—Rincón de los Toros señalan la constancia y la energía en la desgracia, y la grandeza de ánimo en la lucha con la adversa fortuna.

Pantano de Vargas—Bonza—Boyacá son testimonio de la más grande de las empresas militares. El estratega sobrepasa en ella a lo que realizaron Aníbal, César y Napoleón. La Nueva Granada no podrá olvidar nunca esa inmortal campaña, para la cual abre capítulo aparte

la historia, y ella pasará a la posteridad ocupando el primer puesto como modelo de concepción y de ejecución.

Carabobo (2^a) aseguró la libertad de Venezuela y la creación de la Gran Colombia. Sin esa victoria, estériles habrían sido los esfuerzos de Páez, de Urdaneta, de Mariño y de los mil lidiadores más, centauros de la gloria, que tuvieron por caudillo al dios de la libertad.

Bomboná—Pasto—Tahuando—Junín, completaron la obra iniciada sobre las márgenes del Magdalena, y el Ecuador nació al brillo de estas victorias a la vida de los pueblos libres.

PENSAMIENTOS DE BOLIVAR

Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, por que éste emana de la guerra: aquél emana de las leyes. Cambiadme todos mis dictados por el de buen ciudadano.

Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o revocación de todos mis estatutos o decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

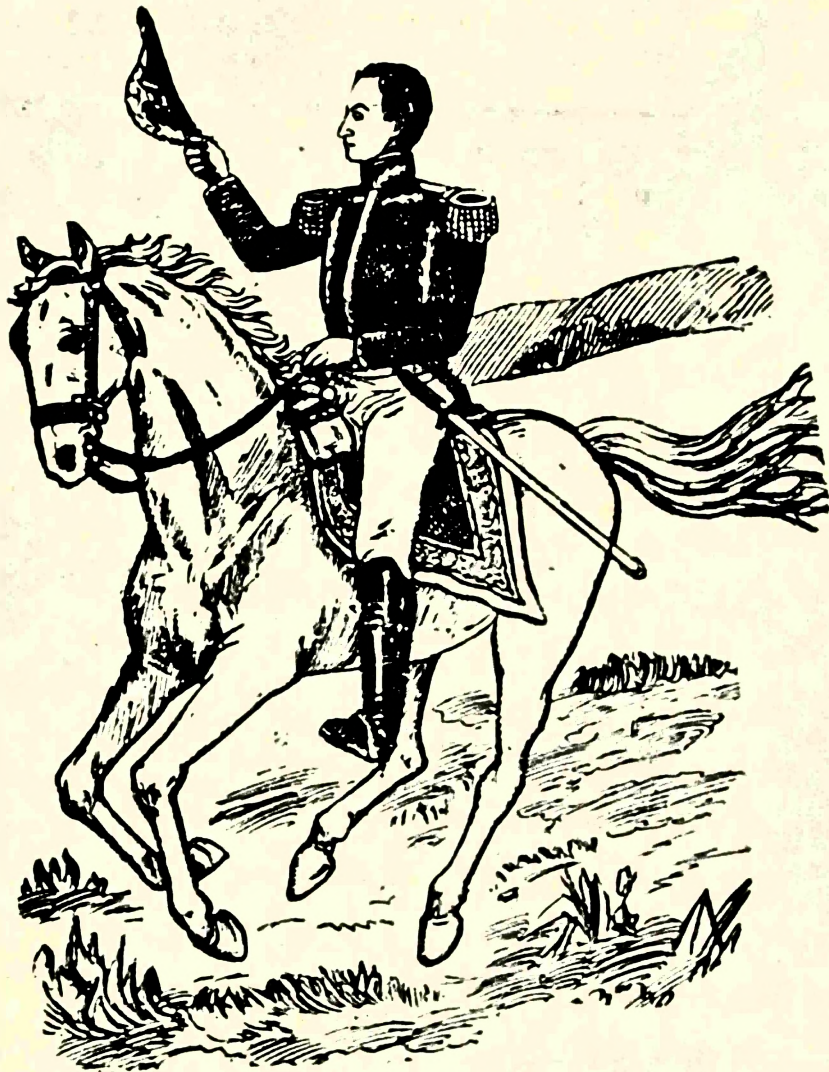
Tan sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es la soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad, usurpación.



«¡Libertador!» decían
Los ángeles en coro desde el cielo;
«¡Libertador!» cien pueblos repetían
En torno suyo, con ferviente anhelo;
Y vibró acelerando sus latidos
El corazón de América, gozosa
Cual ave que con júbilo aletea
Libre ya de su cárcel enojosa;
¡Los Incas a sus huacas se asomaron
Para verle pasar! Rugió el Demonio
De la antigua opresión y el fanatismo.
Y sobre su cabeza,
Que circundaban inclitos laureles,
Los cóndores del Ande revolaron,
Cual otro tiempo el águila de Arbeles
Sobre la frente audaz del Macedonio!

Tú, Patria mía, entonces,
«Ven, mi Libertador, tregua da al brazo»,
Dijiste, «Clava tus guerreros bronces,
Y enjuga tu sudor en mi regazo!»
El te escuchaba; reclinó en tu seno
Su frente palpitante y altanera,
Y el rostro, con la ibérica bandera,
Del sol velando, se durmió sereno!

NUMA P. LLONA.



¡BOLIVAR EN SU CABALLO DE GUERRA FAVORITO, «PALOMO»

Los Santos de la Libertad

¿Qué nombre tiene ese ofrecer la vida sin probabilidad ninguna de salir con el intento? Sacrificio: y los que se sacrifican son mártires: y los mártires se vuelven santos: y los santos gozan de la veneración del mundo.

Nuestros santos, los santos de la libertad, santos de la patria, si no tienen altares en los templos, los tienen en nuestros corazones. Sus nombres están grabados en las frentes de nuestras montañas: nuestros ríos respetan la sangre corrida por sus márgenes y huyen de borrar esas manchas sagradas. Miranda, Madariaga, Roscío, a las cadenas: Torres, Caldas, Pombo, al patíbulo. Pero los que cogieron la flor de la tumba, los que desfilaron primero hacia la eternidad, coronados de espinas bendecidas en el templo de la patria, se llaman

Ascázubi, Salinas, Morales y otros hombres, grandes por el fin con que se entregaron al cadalso, primogénitos escogidos para el misterio de la redención de Sud-América. La primera voz de independencia fué a extinguirse en el sepulcro: Quito, primera en intentarla, habría de ser última en disfrutarla: así estaba de Dios, y doce años más de cautiverio se los habría de resarcir en su montaña el más virtuoso de los héroes. Ese ¡ay! de tan ilustres víctimas; ese ¡ay! que quería decir: ¡Americanos, despertaos! ¡Americanos, a las armas! Llegó a Bolívar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el Nuevo Mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, mas no antes de vacar a una promesa que tenía hecha al Monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistieran en la obra estupenda a la cual iba a poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares a tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.

JUAN MONTALVO.

1820

La aurora del siglo 19, el de los grandes acontecimientos, bañaba el mundo de su inefable luz, presagiando el nacimiento del sol de la libertad en el hemisferio de Colón. Las tinieblas de la opresión se esfumaban, y una generación viril y pensadora, brillante por su porte social, denuedo y patriotismo, inundaba de sangre sus feraces campos levantando altares a la Patria bajo la égida de la Razón. Pero esa sangre era riego benéfico que vigorizaba el árbol cuyos frutos son hoy los derechos de cincuenta millones de hombres.

Corría el año de 1820. Por aquella época ya eran libres las Provincias Unidas del Plata: Chile había quebrantado sus cadenas en Chacabuco, y generoso lanzaba su escuadra bajo el mando de Cochrane, en auxilio de sus hermanos oprimidos. Colombia renacía en Boyacá, y la pujanza española cedía en Carabobo al ímpetu de los legendarios llaneros del Apure.

Llegaba la hora en que Guayaquil, la pintoresca ciudad de Orellana, el principal arsenal marítimo de la Colonia en el Pacífico, sacudiese por sus propias fuerzas la dominación extraña. Y surgió esplendoroso el Astro del 9 de Octubre de 1820.

¡Salve, Día bendito!

ANTECEDENTES

Las primeras ideas de emancipación empezaron a germinar en la América a mediados del siglo 18. En aquel tiempo figuraban ya en las colonias individuos que divulgaban secretamente las máximas de libertad que habían saboreado en Europa, o adquirido mediante la lectura de infinidad de obras filosóficas cuya difusión por el Continente escapó al ojo avisor del Santo Oficio. Mas no se ocultaba del todo a la penetración de los agentes del gobierno español el nuevo período que se iniciaba, y no dejaban de abrigar el temor de que los hispano-americanos, a ejemplo de sus hermanos del Norte, recurriesen al derecho de la fuerza para conquistar la fuerza del derecho.

De allí la tolerancia que usaran muchas veces con los conspiradores, y el sigilo en que se mantuviesen los procesos de los sindicados; pues como lo enunciaba uno de los virreyes, «era más conforme a la sana política y buen gobierno la conservación de tan laudable ignorancia en que tanto se interesaba el buen servicio, precaviendo que el remedio no fuese puerta de entrada de los males que se deseaba evitar».

Entre los hijos de Guayaquil imbuídos de las nuevas doctrinas y que se hacían sus apóstoles ocultos, figuran en primera línea el doctor José Joaquín de Olmedo, el coronel Jacinto Bejarano, don Vicente Rocafuerte y don Vicente Ramón Roca.

Olmedo, como el ilustre Mejía, adquirió las primeras nociones de liberalismo en los bancos de la escuela que regentaba en Quito el doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, honra de la patria ecuatoriana, allá por los años de 1790. Fundóla con el propósito de infiltrar en el corazón de sus hermanos oprimidos ideas de independencia y en sus aulas se preparó un grupo de esforzados adalides del derecho.

Bien claro puso Olmedo de manifiesto el móvil que impulsaba su alma, cuando en 1812 y en la sesión de 12 de agosto que celebraron en Cádiz las Cortes Españolas, pidió, como representante de Guayaquil y como americano, la abolición de la mita, o sea la restitución del indio a su estado de sér racional.

Fué entonces cuando indignado lanzó al poder opresor el reto a muerte en estas proféticas palabras: «Este despojo, exasperando el sufrimiento, producirá malos efectos, y quizá veremos sobre uno de los Andes repetida la famosa escena del monte Aventino, aunque no creo entonces nos faltaría un Agripa a los americanos». E inflamándose en el amor de sus semejantes, prorrumpía: «Es admirable que haya habido en algún tiempo razones que aconsejen esta práctica de servidumbre y de muerte; pero es más admirable que haya habido reyes que la manden, leyes que la protejan y pueblos que la sufran».

El coronel Jacinto Bejarano constaba en el registro de los sospechosos de profesar creencias contrarias a los derechos monárquicos, desde 1793.



LOS PROCERES DE OCTUBRE FIRMANDO EL ACTA DE LA INDEPENDENCIA

Los gobernantes sabían que era tenido por uno de los miembros más conspicuos de la famosa sociedad «Escuela de la Concordia» que implantó en Quito el doctor Espejo, bajo el pretexto de desarrollar conocimientos agrícolas e industriales; pero con el objeto real de trabajar cautelosamente en la propaganda anti-colonial.

Cuando se supo en Guayaquil la insurrección de Quito del 10 de Agosto de 1809, el Gobernador de la plaza, don Bartolomé Cucalón y Villamayor, redujo a prisión al coronel Bejarano y a su sobrino don Vicente Rocafuerte, de quienes se presumía estar en connivencia con los patriotas de Quito para apoderarse de la ciudad, con los batallones de milicias que mandaba Bejarano a la sazón y entre los que gozaba de gran prestigio. Como resultasen infructuosas las pesquisas que se hicieron para cerciorarse de su complicidad, fueron puestos en libertad, pero más estrechamente vigilados.

Vicente Ramón Roca sostenía desde 1817 asidua y laboriosa correspondencia con Felipe Clavijo, cura de Acapulco, tendiente a fomentar en América el sentimiento revolucionario. Atemorizado Clavijo por las excomuniones que el arzobispo de México lanzara contra los sustentadores de tales ideas, denunció a Roca ante el gobernador de Acapulco, entregando su correspondencia y multitud de documentos que acreditaban los triunfos de los patriotas, la decisión de los guayaquileños para derrocar al gobierno peninsular y los medios que podían adoptarse para unificar esta opinión.

Puesto el hecho en conocimiento de las autoridades de Guayaquil, Roca fué sorprendido *INFRAGANTI*, sacando de la estafeta del correo la contestación de una de aquellas cartas.

Sepultado en un calabozo, se le siguió causa criminal, y remitido a Lima en calidad de reo de Estado, logró verse absuelto por la Real Sala, mediante influencias de familia y no escasa suma de dinero. Libre ya, dió vuelta a la ciudad natal.

Distinguíase también por su vehemencia en pro de la causa americana un joven extranjero que hizo de Guayaquil la tierra de sus afectos desde su arribo a la ciudad en 1815, y a la cual dedicó sus raras energías en una larga y gloriosa carrera. Nos referimos al luisianés José María Villamil. Tanto por ser hijo de español, cuanto por haber fijado su residencia definitiva en la provincia, donde contrajo matrimonio con una espiritual hija del Guayas, doña Ana de Garaicoa, llegó Villamil a ocupar puestos de importancia dentro del régimen colonial.

En 26 de setiembre de 1820 fué electo Procurador General a pesar de la oposición que le hiciera el gobernador José Pascual Vivero, para quien no eran secreto sus instintos de insurgente empecinado, y la labor diaria que hacía en el ánimo de los guayaquileños a fin de lanzarlos a la insurrección.

Al rededor de estos hombres, a quienes podemos llamar muy acertadamente «los Evangelistas de la Revolución», agrupábase poco a poco un núcleo importante de jóvenes que abrazaban con ca-

lor tan bellos ideales, que se reprimían impacientes en espera de oportunidad propicia para proclamar la independencia de su Patria.

Ya habían probado sus bríos en 1816 rechazando el ataque de Brown. En esa ocasión se vió de lo que podía ser capaz la sociedad que alentaba en su seno los Jado, los Barnow de Ferruzola, los Lavayen, los Carbo, los García, los Roca. ¡Noble juventud!

•Un pueblo que toma las armas por vez primera, que se expone en pampa rasa a la metralla de un bergantín bien armado: que aborda ese buque a nado por bien varado que haya estado, y que deja caer sus armas a la voz de un hombre sin autoridad pública, no podía ser menos que apasionado, valiente, dócil y humano». Así lo reconoce Villamil al reseñar aquella jornada.

Pero esos mismos muchachos que capturaron al almirante argentino, contemplaron con curiosidad respetuosa el estandarte de los Libres del Plata, que el arrojado marino llevara bajo el brazo hasta el lugar de su prisión. Después de aquella hazaña se expresaron con menos reserva de sus planes de rebelión.

Se acercaba el gran día. Las autoridades españolas reconcentraban sus fuerzas en la ciudad; las victorias de Bolívar provocaban el entusiasmo de los americanos, y el intrépido Illingworth encendía faros a la libertad en las costas ecuatorianas desde el puente de la histórica «Rosa de los Andes».

LOS CONJURADOS PARA LA INDEPENDENCIA

A principios de septiembre de 1820 llegaron a Guayaquil en tránsito para Venezuela, su patria, tres oficiales del batallón «Numanca», quienes habían sido separados del servicio por haber dejado entrever en Lima sus inclinaciones a la causa de América.

Confíóseles aparentemente el desempeño de una comisión: pero en realidad debían ser reducidos a prisión a su arribo a Puerto Cabello. Eran éstos el mayor Miguel Letamendi y los capitanes León de Febres Cordero y Luis Urdaneta. Bien lo sabían ellos, de suerte que no demostraban gran empeño en proseguir su viaje.

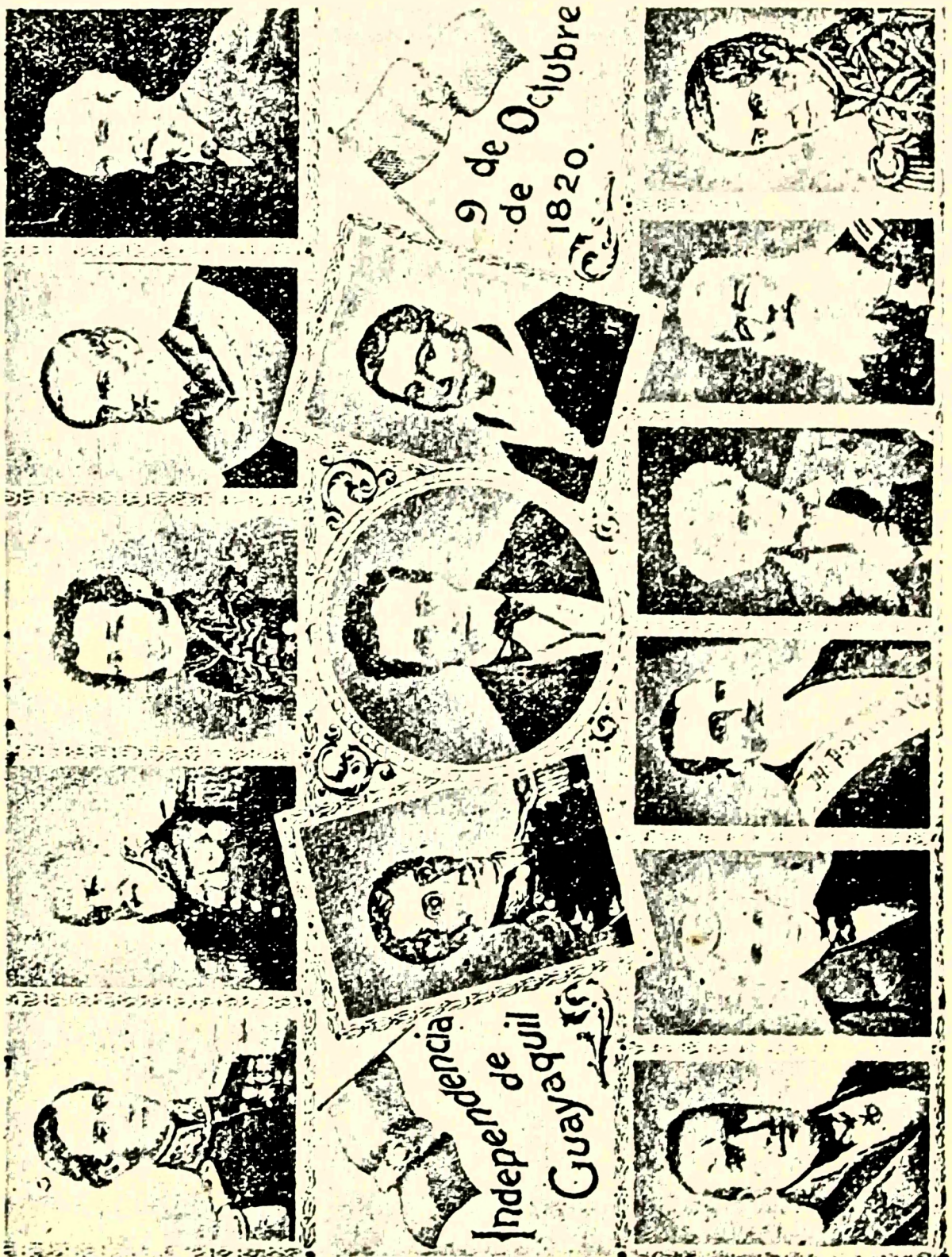
Por otra parte, la sociedad de Guayaquil habíales recibido con marcadas muestras de aprecio, y puéstose en contacto con las personas que trabajaban por derrocar el poder español, creció su entusiasmo y ofrecieron a éstas su cooperación.

Desde los primeros días de octubre no había otro tema de conversación en la ciudad, aunque con la mayor reserva, que el de «dar el grito».

Reuníanse los patriotas en conciliábulos nocturnos o disfrazaban sus intenciones con bailes y saraos que se sucedían con frecuencia en las casas de los conspiradores.

Lugar favorito de estas fiestas eran los salones de Villamil. La familia Garaicoa era ardientemente revolucionaria y a ella es en gran parte deudora Guayaquil de su independencia.

El día primero de octubre invitó doña Ana a «sus amigos» a una agradable soirée. En el momento de la cena, el fogoso José Antepara agrupó en torno de una mesa reservada, a la que llamó en un arranque de entusiasmo «Fragua de Vulcano», a todos los oficiales y compañeros comprometidos, y tomóles la promesa de triunfar o de sucumbir noblemente en la lucha. Allí juraron la libertad de la Pa-



tria: León de Febres Cordero, Miguel Letamendi, Luis Urdaneta, Gregorio Escobedo, Baltasar García, Guillermo Bodero, los hermanos Lavayen y otros ilustres próceres.

Al anochecer del 2 de octubre celebró la Junta Revolucionaria sesión solemne, en la cual se comisionó a Villamil para proponer al coronel Bejarano se pudiese a la cabeza de la intentona. Pero Bejarano era ya de edad muy avanzada y declinó este honor «porque sus años le impedían correr los mismos peligros que sus compañeros».

Se habló luego del teniente coronel don José Carbo, digno émulo de Bejarano en la defensa de Guayaquil de 1816, y esposo de doña Josefa Noboa, noble matrona que rindió culto estrecho a la libertad. Pero no se quiso exponer a Carbo a los primeros golpes de una revolución, de la que debía ser más tarde fuerte base. Se tocó en seguida con Olmedo. El gran ciudadano opuso a toda insistencia la modestia que le caracterizó en los actos sucesivos de su vida pública. «Este peligroso y delicado cargo», dijo, «debe recaer en un jefe militar de mucho arrojo».

Indicó a Rafael Ximena, teniente de artillería, no en servicio activo. Mas este pundonoroso guayaquileño rehusó la confianza que se le ofrecía, «por no incurrir en la nota de ingratitude respecto a España donde recibió su educación, y prestó importantes servicios, a pesar de su vehemente empeño por la Independencia».

El miércoles 4 de octubre, en vista de estas negativas y perurgida la Junta por el fuego juvenil de sus miembros, resolvió lanzarse a la revuelta, invocando la sola palabra «Patria».

La gran responsabilidad de esta decisión la tomaron sobre sí los guayaquileños José de Antepara, Lorenzo de Garaicoa, Francisco de P. Lavayen, Vicente Ramón Roca, Diego Noboa, Isidro Viteri, José Vallejo, Juan Francisco Elizalde, Baltasar García, Manuel L. Llona, José Ponce, Luis Fernando Vivero, Francisco Valverde y N. Vásquez, en compañía de Cordero, Urdaneta, Letamendi, Villamil, Alvarez, Farfán, Escobedo, Luzarraga y Loro.

Faltábanos decir que el espíritu de sedición había echado hondas raíces en todos los círculos sociales. Los personajes que componían el Cabildo eran sus adeptos, a saber: Manuel José de Herrera, Gabriel García Gómez, José Antonio Espantoso, Pedro Santander, José María Maldonado, Bernabé Cornejo y Avilés, José Ramón Menéndez, Gerónimo Zerda, Manuel Ignacio de Aguirre, Juan José Casilari, Francisco de Marcos y José Ramón de Arrieta. No eran menos apasionadas las damas de Guayaquil: fomentaban el sentimiento patrio de padres, esposos, hijos y hermanos, y fueron en más de una ocasión las inspiradoras de sus atrevidas concepciones.

La conjuración había sentado sus reales hasta en casa del gobernador Vivero, quien por esto mismo se creía obligado a usar de mayor tolerancia. Su familia era insurgente.

Las tropas acantonadas en la plaza se vieron también arrolladas por la ola invasora. Estas se componían de los batallones «Gra-

naderos de Reserva», «Milicias de Guayaquil», «Brigada de Artillería» y «Escuadrón de Caballería Daule»: total 1.200 hombres.

Los oficiales del «Granaderos» fraternizaron pronto con sus compañeros del «Numancia». El teniente coronel graduado Gregorio Escobedo acogió con calor la idea de independencia, y era convenido en la Junta que asumiese el mando del cuerpo una vez efectuada la transformación.

El teniente N. Alvarez, oriundo del Cuzco, a quien prestaba fe ciega el Cuerpo de Sargentos, sus compatriotas, les ganó para el golpe.

Don Benito del Barea, español y realista furioso, comandante del «Granaderos», no se apercibió del trabajo sordo de sus subordinados.

En la «Brigada de Artillería» existían también algunos auxiliares. Descollaba entre éstos el oficial N. Nájera, a quien varias veces se había castigado a causa de sus opiniones. Sólo el cariño que le profesaba el teniente coronel don Manuel de Torres Valdivia, su primer jefe, pudo haberle conservado en el puesto. Bien mereció Nájera este cariño, y supo corresponder a él, tendiendo al coronel Valdivia una celada y reteniéndole en encierro mientras se desarrollaban los sucesos del 9. De otro modo, oficial de honor, habría caído Torres indispensablemente, frente a su cuerpo. La revolución quería conservarlo.

Como a las 3 de la tarde del día 8 se supo que todo el plan había sido denunciado a Vivero, quien ordenó desplegar mayor cuidado en los cuarteles.

Alguien propuso que se aplazase, hasta obtener alguna noticia favorable de Bolívar o San Martín.

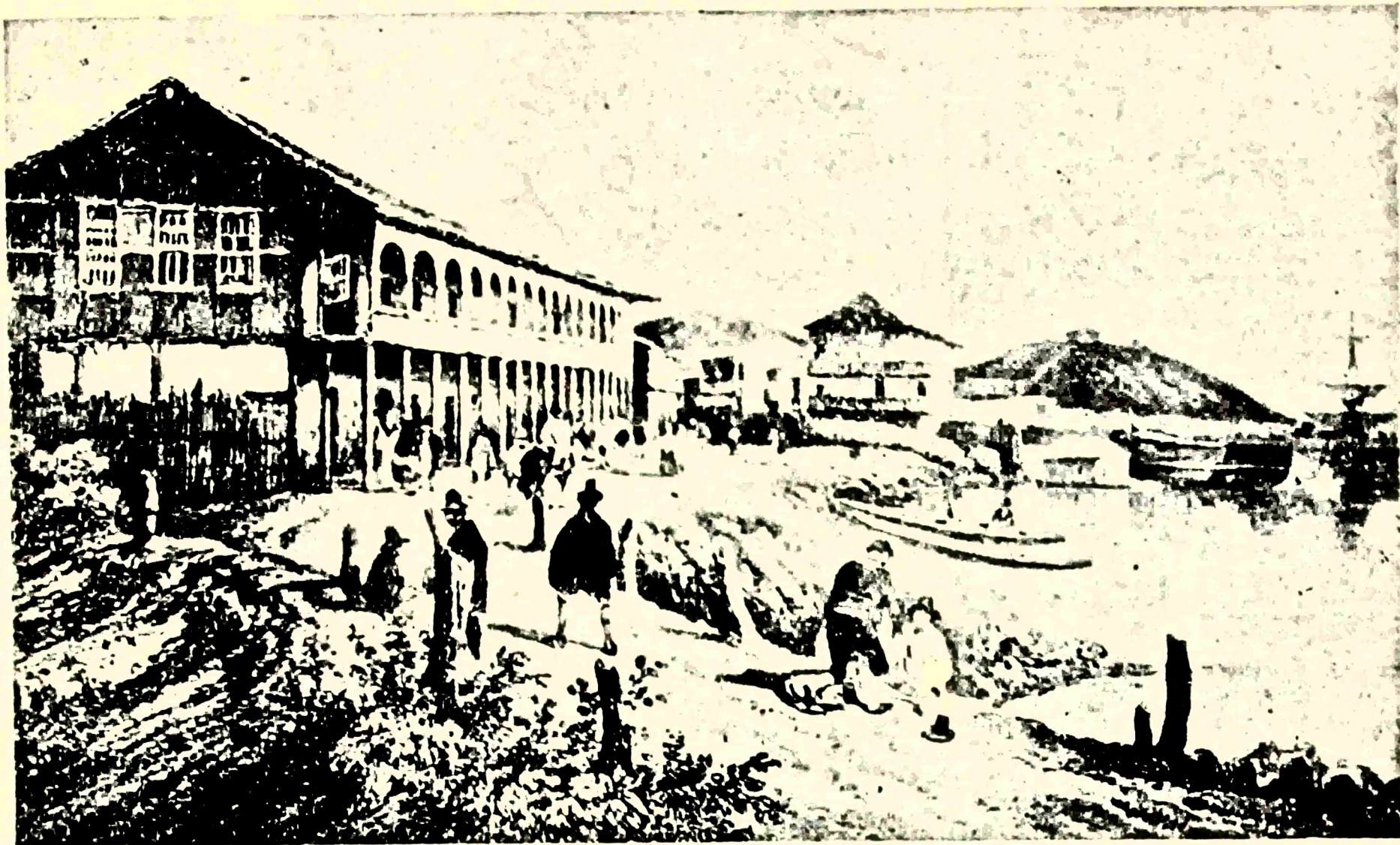
El arrojado Cordero se opuso a ello tenazmente:—«¡Ahora que estamos comprometidos, o nunca!» protestó. «¿Cuál es el mérito que contraemos con asociarnos a la revolución, después del triunfo de los generales Bolívar y San Martín? Un rol secundario en la independencia es indigno de nosotros!»

En consecuencia, se convino en que el grito se diese en la madrugada del 9 (día lunes)

La impaciencia de Cordero y Urdaneta adelantó el convenio en una media hora.

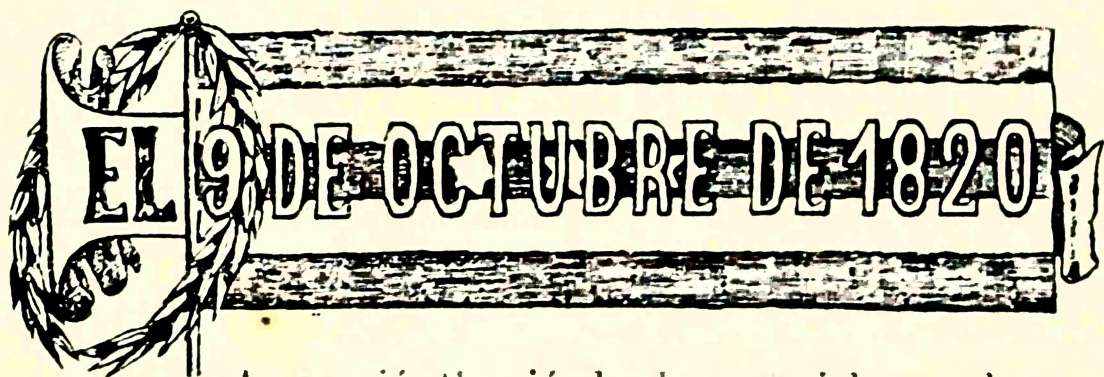
A la voz de «¡Viva la Patria!» fueron atacados los cuarteles y, sorprendida la guarnición, fué reducida a la impotencia.

Acompañado de cincuenta hombres del «Granaderos», se apoderó el bizarro Cordero del local que ocupaba la Artillería. Con 25 hombres del mismo batallón se arrojó Urdaneta sobre el «Daule». El comandante Magallar saltó de la cama al oír ruido de armas, y fué víctima del deber: cayó a los pies de Urdaneta y su muerte decidió de la sumisión de sus soldados. Los sargentos José Vargas y Francisco Pavón influyeron mucho en el sometimiento de la tropa, que no provocó mayor resistencia al saber la muerte de su jefe.



CASA QUE SE LLAMÓ "LA TAHONA" Y EN DONDE ESTUVO EL CUARTEL DE J. DAULE EN 1820

En la sorpresa del «Daule» acompañaron a Urdaneta nueve jóvenes guayaquileños en calidad de voluntarios, y dispuestos a derramar su sangre por la Patria que querían rescatar. Sus nombres han salvado del olvido y llegado a la posteridad:—Francisco de Paula Lavayen, José Antepara, Lorenzo Garaicoa, Baltasar García, Miguel, Manuel y Agustín Lavayen, José Ponce, Manuel Llona. ¡Guayaquil pregona vuestra fama!



Amaneció. Surgió el sol ecuatorial en todo su esplendor: sus rayos vivificadores rasgaron el manto denso que oculta a nuestra vista la mole granítica del Ande, y el excelso Chimborazo asomó su cabeza blanca para contemplar la Ciudad de los Libres.

La Historia puso fin en sus anales al relato de los 283 años de servidumbre y abrió nuevo capítulo bajo el siguiente lema:—GUA-YAQUIL INDEPENDIENTE.

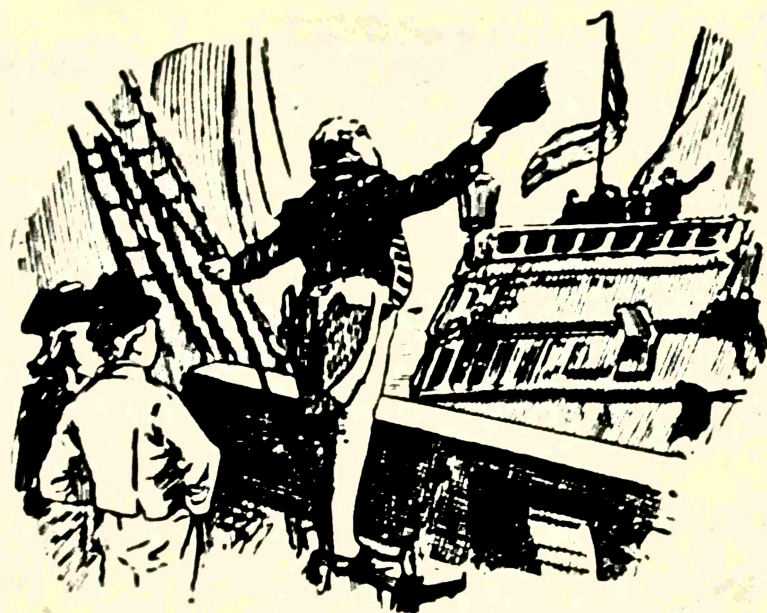
Con los primeros albores de aquella mañana, numerosas partidas de ciudadanos recorrían las calles de la población y prorrumpían en gritos de ¡Viva la Patria!, ¡Viva la Libertad! Improvisáronse en soldados todos los hijos de este bello suelo, acudieron presurosos a los cuarteles y agrupándose en torno de los libertadores, ofrecieron a la patria naciente todos sus desvelos.

¡Era un bello espectáculo!

Hombres, mujeres, niños, se abrazaban en las calles y plazas, dábanse la enhorabuena e iban de acá a acullá manifestando su regocijo. Las campanas fueron echadas a vuelo, y la Casa del Pueblo fué invadida por la muchedumbre.

Una agrupación numerosa de ciudadanos presentóse frente a sus balcones enarbolando un precioso pabellón, reliquia veneranda, que en los aniversarios de este día vemos flamear con orgullo los guayaquileños.

Ignórase quién fué su autor. Arrojado del corredor de la casa de un patriota, cuyo nombre ha olvidado la historia, quizá intencionalmente, para que aparezca brotado de la mente de todos, el pueblo lo prohió, llamóle «Estandarte de la Libertad» y entre salvas de nutridos aplausos lo elevó en la Casa del Cabildo.



!GUAYAQUIL POR LA PATRIA!

Villamil dando la voz desde la popa de la «Aleance»

Es una armoniosa concepción: Cinco franjas horizontales: tres azules y dos blancas. En la del centro (azul), tres estrellas. (1)

Esta bandera de efímera existencia, tiene un pasado glorioso. Dió al viento sus fúlgidos colores, surcando el océano a la popa del «Aleance», cuando Villamil fué a anunciar a Cochrane y San Martín la buena nueva. La tremoló en Yaguachi el mayor Soler: José de Antepara, Francisco y Luis Benites clavaron en ella sus ojos moribundos en el fatídico Huachi, y el Héroe Niño envolvió en sus pliegues el cuerpo mutilado, sobre las faldas del Pichincha. (2)

(1) Esta bandera, fué reformada el 2 de junio de 1822, de acuerdo con el siguiente decreto:

LA JUNTA DE GOBIERNO:

Debiendo reformarse de un modo más natural el pabellón que se adoptó provisionalmente, la Junta de Gobierno, DECRETA: El Pabellón de la Provincia Libre de Guayaquil será blanco y su primer cuarto superior será azul, con una estrella en el centro. Imprimase y circúlese y comuníquese a quien corresponda.—Guayaquil, junio 2 de 1822.

OLMEDO—XIMENA—ROCA—PABLO MERINO—SECRETARIO.

(2) La expedición libertadora de Quito, organizada por la Junta de Guayaquil, y puesta a las órdenes de Sucre, se componía de los batallones «Voluntarios de la Patria» y «Yaguachi», guayaquileños; y de los auxiliares «Paya», «Alto Magdalena», «Albión», «Dragones» y «Lanceros», colombianos; y «Granaderos de los Andes», «Cazadores del Perú», «Segundo» y «Cuarto», peruanos.

Todos estos cuerpos llevaban sus propias enseñas. Así pues, Calderón cayó bajo la bandera del «Yaguachi», que era la del 9 de Octubre, y nó bajo la colombiana, como ligeramente se ha dicho por los historiadores.

Arrestados los jefes militares, autoridades y las otras personas que ofrecían desconfianza por el momento, se hizo llamar a Olmedo para que se encargase del Gobierno Civil. A pesar de su obstinación tuvo que ceder. Dió cuenta de los sucesos desarrollados, por medio de un bando solemne, e invitó al pueblo para las diez del mismo día, a que eligiese sus nuevas y legítimas autoridades.

Instalada la gran Asamblea, Cordero fué llevado en triunfo desde su casa hasta la Sala Consistorial en hombros de una multitud frenética y delirante que le aclamaba Jefe Superior de la Provincia. Tributo rendido en justicia a quien fué alma y brazo de la revolución.

Pero Cordero.—y aquí crece nuestra admiración por el prócer—negóse rotundamente a aceptar el nombramiento que brotaba unísono del alma de todos. «Los militares somos peligrosos», había dicho días antes en el seno de la Junta. «El Gobierno debe ser civil para que inspire confianza al pueblo. Por otra parte, la libertad me necesita en los campos de batalla».

No fué posible hacerle cambiar tan firme resolución, y cuando se vió perurgido por los ruegos de todo un pueblo: «Conciudadanos» suplicó, «permitidme en recompensa de mi adhesión a la Patria organizar el primer batallón que salga a socorrer a nuestros hermanos de Quito».

¡Ejemplo raro de civismo, frases sublimes que debían ser grabadas al pie de la columna, donde muy en breve colocarán nuestra gratitud y amor filial, la gallarda figura del capitán Cordero!

La Asamblea Popular nombró entonces una «Junta Gubernativa», compuesta del teniente coronel Gregorio Escobedo, del doctor Vicente Espantoso, juriconsulto de reconocida ejecutoria, y del teniente coronel Rafael Ximena. Como Secretario fué designado el doctor Luis Fernando Vivero, abogado de gran fama y hombre de relevantes prendas. Todos los elegidos ofrecieron ser independientes, fieles a la Patria y a la Causa de la Libertad. Confirmóse los nombramientos de empleados públicos a los meritorios Pedro Morlás, Gabriel Francisco de Urbina, Bernardo Alzúa, Juan Barnow de Ferruzola, José Joaquín Loboguerrero, Angel Tola, Carlos Calisto y Ramón Pacheco, factores importantes en el hecho que acababa de realizarse.

Se convocó en seguida un Colegio Electoral, que reunido el 8 de noviembre expidió la primera Constitución Provisoria de la provincia libre de Guayaquil, nombrando una Junta Suprema de Gobierno compuesta de los señores José Joaquín Olmedo, Francisco María Roca y Rafael Ximena. Presidente y vocales, respectivamente, y del doctor Francisco de Marcos en calidad de Secretario. El doctor Marcos se hizo conocer desde temprana edad por su saber y probidad y fué uno de los auxiliares más decididos y entusiastas para conseguir la autonomía política de Guayaquil.

Todos estos esclarecidos ciudadanos, cuyas figuras hemos esbozado, patriotas verdaderos, aunaron sus esfuerzos desde el naci-

miento de la República para conseguir su mejor establecimiento y prosperidad, sacrificándole tranquilidad, fortuna, honores y hasta la vida.

Olmedo, Rocafuerte, Marcos, Espantoso, Vivero y Arrieta, redactaron sus leyes y estatutos. Cordero, Urdaneta, Villamil, Letamendi, Elizalde, Alvarez, Farfán, Escobedo y García, condujeron sus ejércitos. Ximena y Ferruzola, Carbos, Noboas y Rocas, le abrieron sus arcas. Antepara, Soler, García, Calderón, los Benites y mil más, la fecundizaron con su noble sangre.

He aquí, a grandes rasgos, la página indeleble que escribió Guayaquil en los fastos de la Gran Revolución Americana.

¡SALVE, OH PATRIA!

J. GABRIEL PINO R.

Autógrafos de algunos próceres

Diego Quiroga
J. Marcos

Coris de
Vivero

Leopoldo
Cordero

J. Villamil

J. J. Olmedo

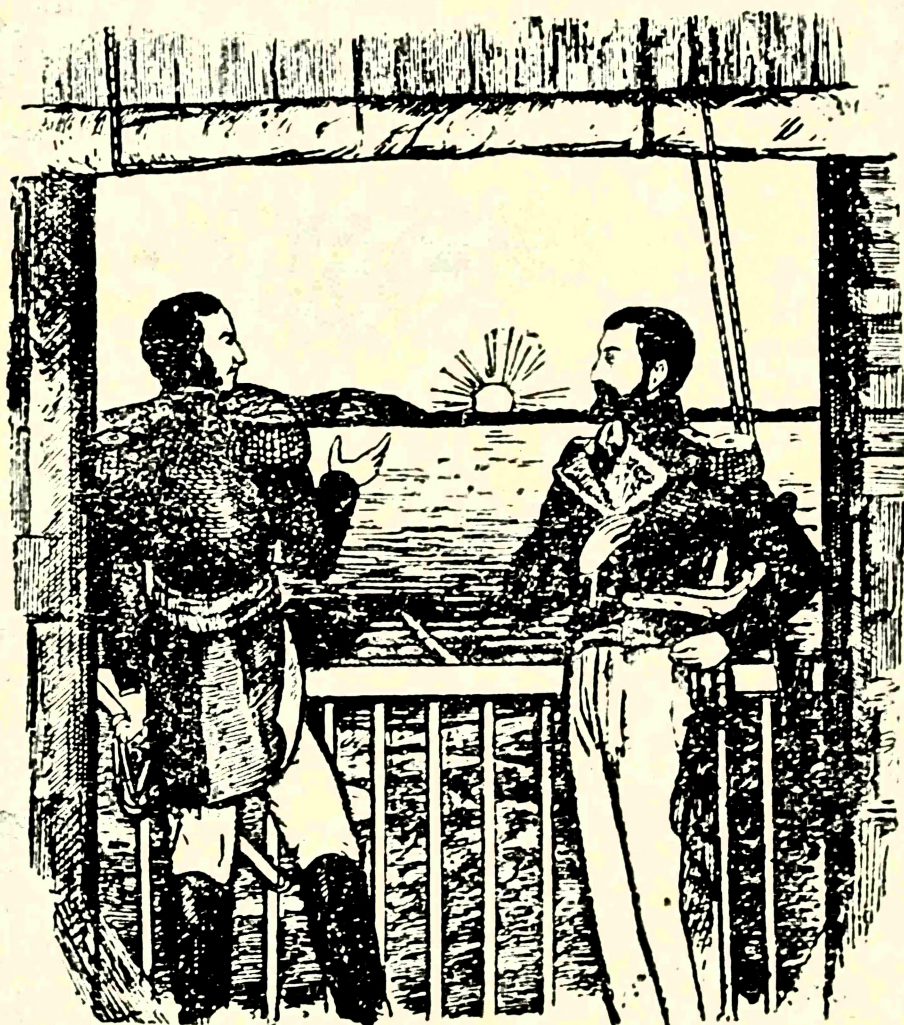
Rafael Letamendi

Francisco Mariátegui

La aurora del 9 de Octubre

El domingo 8 de octubre, a las 4 de la tarde, estábamos a la mesa todos los conspiradores: cuatro esclavos fieles nos servían. Yo les había dicho: «Cerrad los ojos, poned algodón en los oídos y un candado a la boca, y mañana seréis libres.» Nadie vino a sorprendernos. Dejamos la mesa preparados a hacer frente a lo peor que pudiera sobrevenir.

Como a las diez de la noche volvió Escobedo a casa a decirme que todo estaba listo para las dos de la madrugada: que todas las partidas sueltas se reunirían en su cuartel, como centro de operaciones, y que ahí me esperaba con los pocos americanos e ingleses que había podido reunir. Se despidió diciendo:—Adiós. ¡Hasta vernos triunfantes!—¿Tan cierto tiene usted el triunfo?—le dije.—No hay con quién pelear,—contestó:—Ni una sola gota de sangre correrá.



CORDERO Y VILLAMIL VIENDO AMANECEER

EL SOL DEL 9 DE OCTUBRE

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

A las 2 en punto del lunes 9 de Octubre del año 1820 oí el grito repetido de ¡VIVA LA PATRIA! Me dirigí entonces al cuartel con mi partida de imprudentes bullangueros. Llegué tarde: todo estaba concluido. Mi incansable antagonista Cordero, con su sangre de fuego, me había privado de toda participación a la última mano.

Al aparecer el sol en todo su brillo por sobre la cordillera, Cordero vino a mí corriendo, y obligándome sin mucha ceremonia a dar media vuelta, me dijo:— ¡Mire usted el sol del Sur de Colombia!» —A usted en gran manera lo debemos, dije. Nos abrazamos con los ojos húmedos.

GENERAL JOSÉ VILLAMIL.

Acta de la Independencia de Guayaquil

En la ciudad de Santiago de Guayaquil, a nueve días del mes de Octubre de mil ochocientos veinte años, y primero de su independencia, reunidos los señores que lo han compuesto, a saber, los señores Alcaldes: don Manuel José de Herrera, don Gabriel García Gómez, y señores Regidores: doctor don José Joaquín Olmedo, don Pedro Santander, don José Antonio Espantoso, doctor don José María Maldonado, doctor don Bernabé Cornejo, don Jerónimo Zerda, don José Ramón Menéndez, don Manuel Ignacio Aguirre, don Juan José Casilari y doctor don Francisco Marcos; con el señor Procurador General, don José María Villamil, por ante mí el presente Secretario; dijeron: Que habiéndose declarado la independencia por el voto general del pueblo, al que estaban unidas todas las tropas acuarteladas, y debiéndose tomar en consecuencia todas las medidas que conciernan al orden político, en circunstancias que éste necesita de los auxilios de los principales vecinos, debía primeramente recibirse el juramento del señor Jefe Político que se ha nombrado, y lo es el señor doctor don José Joaquín Olmedo, por voluntad del pueblo y de las tropas; y en efecto, hallándose presente dicho señor en este Excelentísimo Cabildo, prestó el juramento de ser independiente, fiel a su patria, defenderla, coadyuvar con todo aquello que concierna a su prosperidad, y ejercer bien y legalmente el empleo de Jefe Político que se le ha encargado.

En seguida el referido señor Jefe Político, posesionado del empleo, recibió el juramento a todos los individuos de este cuerpo, quienes juraron ser independientes, fieles a la patria y defenderla con todas las fuerzas que estén a sus alcances, cuyo juramento lo presenció el señor Jefe Militar, don Gregorio Escobedo.

Después de este acto se acordó igualmente que los empleados antiguos continúen en el servicio de su ministerio, siempre que con absoluta libertad presten el juramento de ser independientes y fieles

a la patria, como el de propender a la libertad de América, en el ejercicio de sus destinos, bajo del concepto que en caso de no quererlo prestar, no serán acriminados por la omisión única de este acto: y habiéndose hecho llamar a los señores don Pedro Morlás, don Gabriel Francisco de Urbina y don Pedro Alzúa, Ministros de la Hacienda Pública: don Juan Ferruzola y don José Joaquín Loboguerrero, Administrador y contador de la Aduana Nacional: don Angel Tola y Carlos Calistro, Administrador y Contador del ramo de tabaco: y don Ramón Pacheco, Administrador de Correos, prestaron el juramento indicado, a excepción de don Juan Ferruzola que no pudo comparecer en el acto, y don Bernardo Alzúa, quien expuso que no era empleado en ejercicio, sino agregado a estas cajas, y por este motivo no lo hacía, cuanto por haber hecho dimisión de este cargo por no gravar inútilmente el erario público.

Se acordó igualmente que se expidiesen dos expresos a los Ayuntamientos de Quito y Cuenca, poniendo en su noticia la nueva forma de Gobierno establecida en esta ciudad, exhortándoles a la uniformidad de sentimientos y operaciones, conducentes a la independencia general de la América, y que esta providencia se extienda a todos los pueblos de esta jurisdicción por el señor Jefe Político.— Finalmente se acordó que se publicase por bando con acuerdo del señor Comandante Militar.

En este estado compareció don Juan Ferruzola, y habiéndose enterado de todo el contenido de esta acta, prestó el indicado juramento.

Y habiéndose tratado del ejercicio de la jurisdicción contenciosa y orden que debía observarse en la ciudad, se acordó generalmente que dicha jurisdicción se ejerciese por dichos Alcaldes con arreglo a las leyes que han regido hasta el día de hoy: y que para mantener el orden, se destinasen todos los señores del Ayuntamiento a hacer patrullas, procurando mantener el sosiego con el modo y sagacidad que exigen las circunstancias del día.

Con lo que, y no habiendo tratado otra cosa, firmaron esta acta los señores, por ante mí el presente Secretario.— José Joaquín Olmedo, Manuel José de Herrera, Gabriel García Gómez, José Antonio Espantoso, Pedro Santander, José M. Maldonado, Bernabé Cornejo y Avilés, José Ramón Menéndez, Jerónimo Zerba, Manuel Ignacio de Aguirre, Francisco de Marcos, José Villamil, Juan José Casilari.— Ramón de Arrieta, Secretario.

EN épocas como las nuéstras en que las propiedades están constantemente expuestas a variar de dueño, la mejor fortuna que un joven pueda heredar de sus parientes es una buena educación, que esté en armonía con las instituciones republicanas que hemos adoptado y en perfecta consonancia con los sólidos principios de la religión, del patriotismo y de la utilidad pública.

VICENTE ROCAFUERTE.

A Guayaquil

¡Salve, hermosa ciudad! De tus desvelos
el dulce fruto saborea hoy día;
cantos de libertad y de alegría
eleva entusiasmada hasta los cielos.

Pronta a imitar los ínclitos modelos
tu noble juventud, loe a porfía
la heroica abnegación y bazarria,
la cívica virtud de sus abuelos.

Y así conceda el Dios de las naciones
eterno resplandor al sol de ahora;
mas si su luz, con rojos nubarrones

en día aciago el Despotismo encubre,
torna a blandir tu espada vengadora
al aire dando el *Pabellón de Octubre*.

M. N. ARIZAGA.

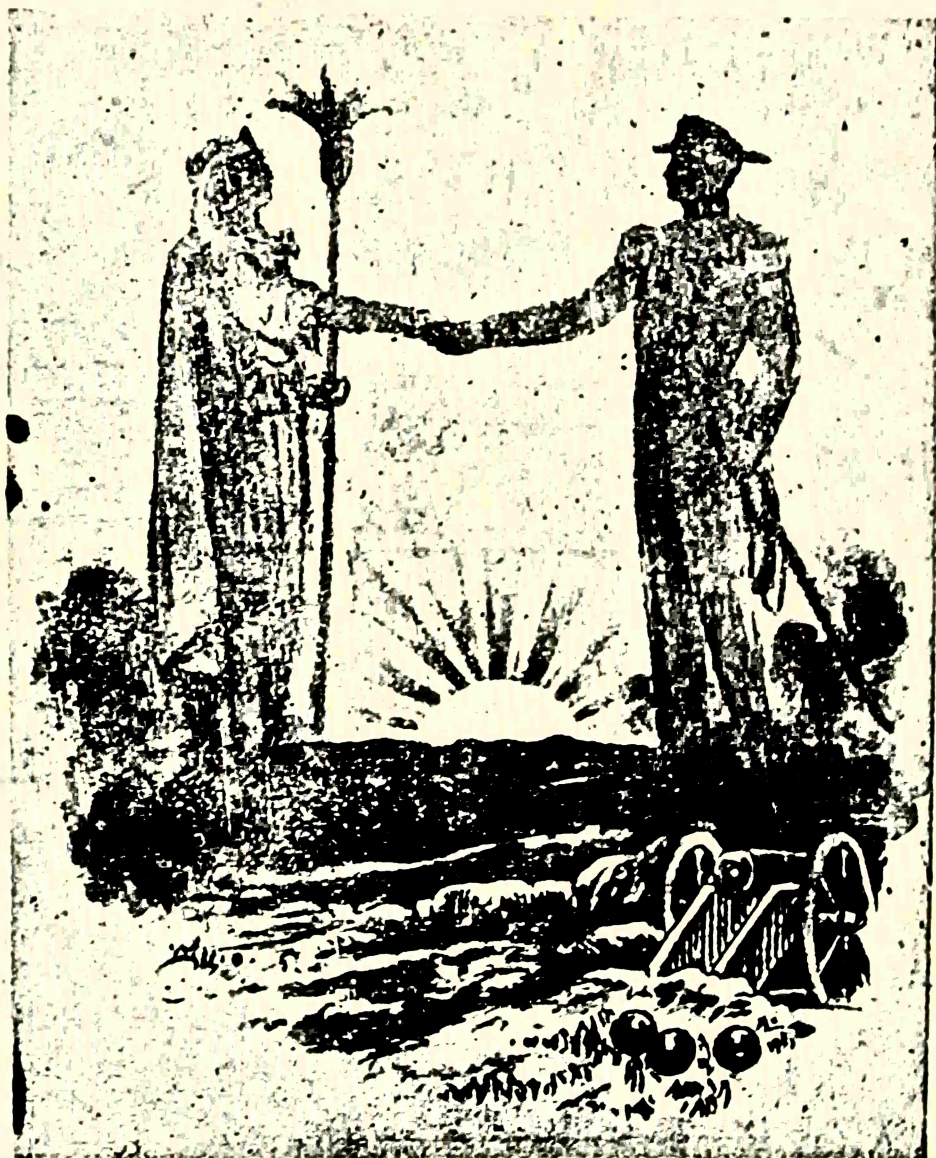
La batalla de Pichincha

La historia militar no había presentado hasta entonces el caso de un combate habido a 4.600 metros de altura y casi a los bordes de un volcán. Dióse a la vista de la ciudad, teniendo por espectadores a cuarenta mil almas, cuyos corazones debieron conservarse palpitantes por la incertidumbre entre cantar la libertad o gemir por la esclavitud. Hasta ancianos y adultos de ambos sexos habían subido gozosos las crestas encumbradas, cuál llevando una canasta de bizcochos o un plato de comida, cuál un poco de pólvora, cuál una bayoneta, alguna cosa, en fin, con qué manifestar su gratitud a los

soldados de la patria. Los vivas a la libertad y al vencedor tuvieron aturrida la ciudad toda la noche del 24.

El día siguiente se firmaron las capitulaciones, habiendo dado éstas y el combate los siguientes resultados: 400 cadáveres y 190 heridos españoles; la ocupación de la ciudad y su fortín: 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles y cuantos más elementos de guerra pertenecían al vencido, y, sobre todas las cosas, la independencia recuperada a los 289 años de haberla perdido con Rumiñahui en Tiocajas. Los republicanos perdieron 200 hombres, que quedaron en el campo, y 140 heridos. El más sobresaliente de los jefes que combatieron en Pichincha fué el coronel Córdova, y entre los subalternos, el teniente Abdón Calderón, quien, teniendo ya cuatro heridas en el cuerpo, no quiso separarse del puesto que le habían confiado.

PEDRO FERMÍN CEVALLOS.



Abdón Calderón

Una de la figuras más simpáticas de la época admirable de nuestra independencia es el héroe cuencano de 18 años, Abdón Calderón, teniente abanderado, voluntario del batallón YAGUACHI. Murió gloriosamente en la batalla de Pichincha, así llamada por haberse librado en las faldas de ese volcán, el 24 de Mayo de 1822.

Herido en ambos brazos y en ambas piernas, imposibilitado así para sostener la bandera a él confiada, se dice que se inclinó para tomarla con los dientes y la hizo flamear ante sus filas mientras le restaron energías.



Tuvo la dicha de oír antes de expirar, las alegres dianas del triunfo que tocaban los clarines del ejército que combatía por la emancipación; y por eso sus últimas palabras fueron: «Ya puedo morir contento porque mi patria es libre».

Efectivamente, la batalla de Pichincha, ganada contra las tropas del rey de España, por el valiente y noble general venezolano Antonio José de Sucre, teniente del Libertador Simón Bolívar, fué el sello y remate de la lucha por la independencia.

El LIBERTADOR, General Bolívar, hizo ascender al teniente Abdón Calderón, después de muerto, al grado de capitán: dispuso que se le llamara en la lista todos los días, en su batallón, llamamiento al cual respondían sus camaradas: «Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones», y que no se pusiera reemplazo de su puesto en la compañía a que perteneció.

¡Qué hermoso ejemplo os da el héroe Abdón Calderón, casi un niño, como vosotros! Aprendedlo, niños míos, y sabed que, así como él, debemos morir todos los ecuatorianos cuando nuestra patria nos llame a su defensa.

Es lamentable que no exista un retrato de este héroe, para ofrecérselo aquí, niños: pues en aquella época, los pocos retratos que se hacían eran en lienzo y a pincel, en varias sesiones y estando presente el modelo, pues la fotografía no estaba aún en uso general: y como de este costoso modo sólo se retrataban los papás o las personas muy notables, no es presumible que haya habido ninguno de Calderón, que murió tan joven. El que os damos es, sin embargo, muy aproximado, pues se funda en datos obtenidos de su familia, según se asegura.

En la biblioteca municipal de Guayaquil se conserva un libro de latinidad en que estudió Abdón Calderón, y es emocionante el ver los dibujitos, letreros y más travesuras usuales por los niños en sus libros de aprendizaje.

ABDON CALDERON

¡Pasmó de héroes! ¡Terror de la batalla!
La Gloria misma te envidió ese día,
Que, antes que el lauro a tu valor, ponía
Traba a tus miembros, de mortal metralla.

No hubo al torrente de tu genio, valla;
Y, en reto al plomo que doquier te hería,
¡Fuego! tu bravo corazón rugía,
¡A barrer de leones la muralla!



¡Mancebo heroico! Se rindió el soldado
Altivo y rudo de la Iberia, al verte
Cautivar, con tu ejemplo, a la Victoria.
Mas se cumplió la voluntad del Hado
Dé ceñirte, por manos de la Muerte,
En laureles, ya póstumos, de gloria.....

CÉSAR BORJA.

Decreto de Bolívar

1822

Art. 1.º—Para honrar debidamente la memoria de Calderón, no se nombrará otro Capitán a la primera compañía del batallón «Yaguachi».

Art. 2.º—En lo sucesivo pasará revista el expresado Calderón como si estuviese vivo; y cuando en las de Comisario sea llama-

do por su nombre, toda la compañía responderá: «Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones.»

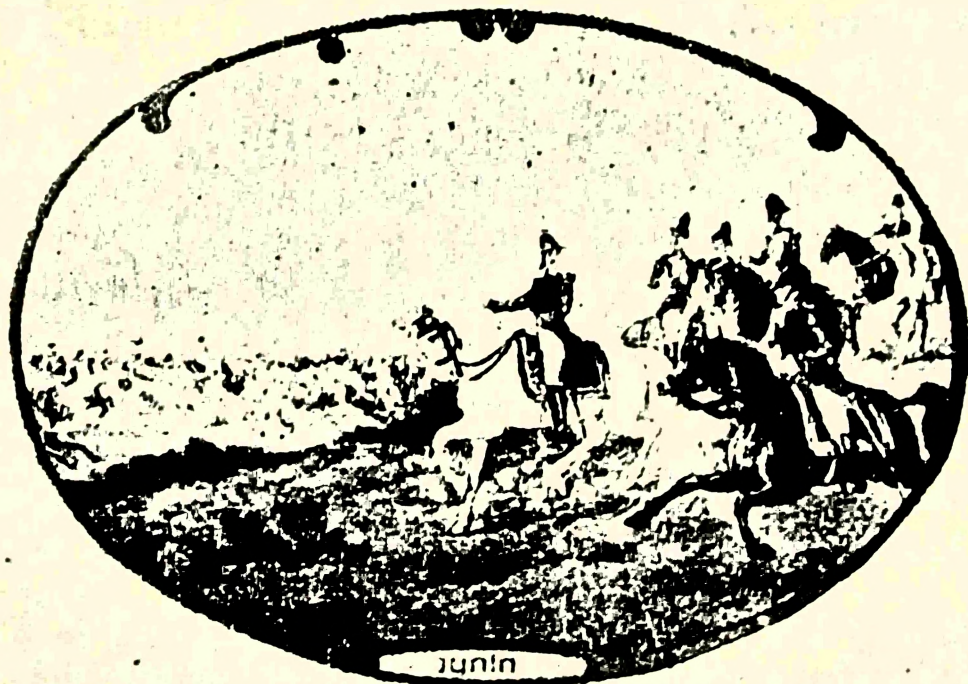
Art. 3.º—A la madre de Calderón se le pagará mensualmente el mismo sueldo de que hubiere disfrutado su hijo en la clase de Capitán, a que fué ascendido después de su muerte por su extraordinario valor.

SIMÓN BOLIVAR.

Junín y Ayacucho

El 26 de agosto de 1823 sale el Libertador de Guayaquil para el Perú y llega a Lima el 1.º de setiembre.

Asume el mando supremo: triunfa en Junín un año después, el 6 de agosto de 1824, donde las caballerías colombiana y peruana hicieron prodigios de valor, y donde Necochea, el argentino valeroso, como lo llamó después Olmedo en su canto inmortal, se cubre de gloria.



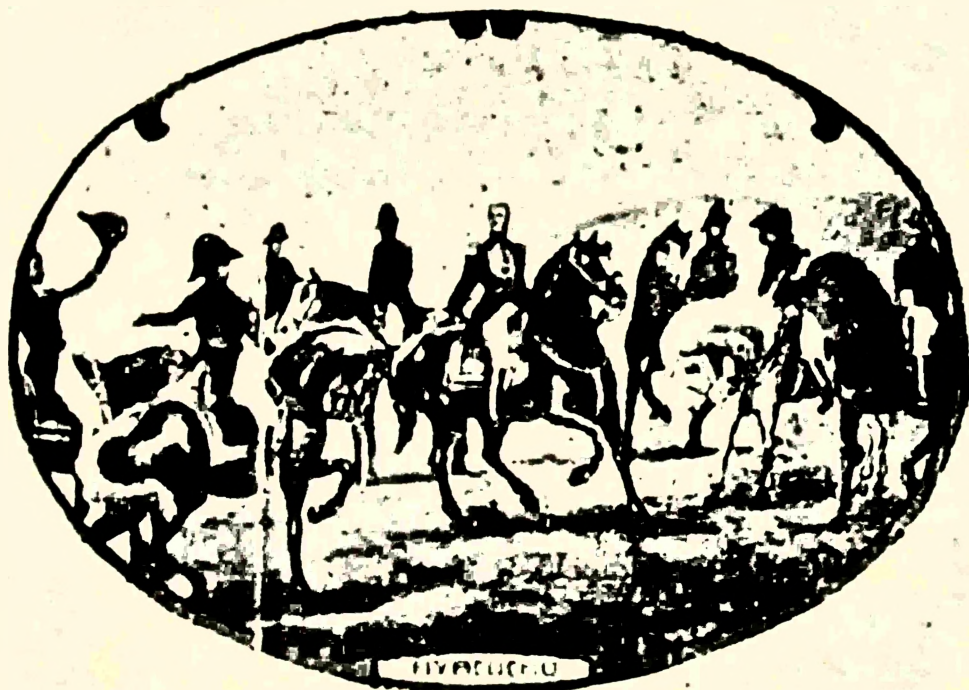
BATALLA DE JUNIN

El 9 de diciembre de aquel año se da la batalla de Ayacucho, en la que Sucre derrota al ejército español, superior en número: toma prisionero al virrey Laserna, a virtud de una capitulación noble, grande, admirable, como el héroe que la dictó sobre un tambor en la tienda del General vencido, y sella, de este modo, la emancipación del poder colonial en toda la América del Sur.

Sucre fué premiado merecidamente, por ese hecho de armas, con el título de Mariscal de Ayacucho.

La guerra de la Independencia había terminado.

Inmensos sacrificios costaba a Colombia la libertad de medio Continente.



BATALLA DE AYACUCHO

Los huesos de cien mil patriotas quedaban esparcidos en cien campos de combates homéricos, desde el Avila hasta el Potosí: y la nueva República había adquirido la deuda inmensa—interna y externa—de doscientos millones de pesos.

Pero la América Meridional era libre: y Bolívar había cumplido el solemne juramento que había hecho, algunos años antes, en la histórica Ciudad de la Siete Colinas.

N. A. GONZALEZ.

La victoria de Junín

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre,
Que más feroz que nunca amenazaba
A sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman a Bolívar en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra.

.....

Los Andes.....Las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando
Jamás se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y de protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos,
Que con eco profundo,
A la postrera edad, dirán, del mundo:
«Nosotros vimos de Junín el campo:
Vimos que al desplegarse
Del Perú y de Colombia las banderas,
Se turban las legiones altaneras,
Huye el fiero español despavorido.
O pide paz rendido.
Venció Bolívar: el Perú fué libre;
Y en triunfal pompa libertad sagrada
En el templo del Sol fué colocada.

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

Presidentes del Ecuador

Parece que el ideal de Bolívar fué formar la Gran República de Colombia con todos los países que él lograra emancipar de España. Pero como San Martín también era jefe de otra insurrección en el Sur de América, contra España, Bolívar hubo de limitarse hasta el Perú y dividir sus glorias con ese otro héroe y campeón de la independencia sud-americana. Bolívar, pues, libertó cinco regiones, como ya sabemos: con esas cinco repúblicas hermanas quiso realizar su ideal de unificación para hacer fuerte, grande y unida a la Gran Colombia. Pero su muerte y luego las ambiciones y las escuelas políticas dividieron los elementos, y una a una se fueron disgregando las cinco porciones y formando cinco repúblicas independientes, como hoy están, aunque poco se ocuparon sus caudillos y dirigentes de entonces de dejar terminantemente demarcados sus límites territoriales y de allí que hasta hoy oigan ustedes hablar de las CUESTIONES DE LÍMITES entre ellas. Quizá el ideal de Bolívar hubiera sido preferible, aunque duela algo al patriotismo de cada una de ellas el confesarlo.

Así serían muy fuertes y más prósperas, como es la gran Norte América, o Estados Unidos de Norte América, que así se llama una gran extensión de territorio que forma parte de nuestro continente americano y ocupa la mitad del Norte. Quizá, andando los tiempos, los sud-americanos, con mejor acuerdo y más altruismo, se subdividan menos en partidos políticos y sean más americanistas, o continentalistas, o mundiales, o humanos, en una palabra, y realicen el avanzado sueño de Bolívar.

El Ecuador, pues, se fundó como nación independiente de la Gran Colombia el 13 de Mayo de 1830, en que el ejército se sublevó en Quito, proclamando al estado independiente, bajo la denominación de Ecuador, nombre cuyo origen conocemos ya.

El movimiento del ejército de Quito fué secundado en Guayaquil al día siguiente, y después una asamblea popular aprobó ambos movimientos y se inauguró la República, poniendo a la cabeza de su gobierno, como Presidente, al general Juan José Flores, uno de los que habían sido tenientes de Bolívar. Flores, pues, fué el primer Presidente del Ecuador.

He aquí los demás, hasta el año de la aparición de este libro:

Don Vicente Rocafuerte,	1835
General Juan José Flores (segunda vez)	1839
General Juan José Flores (tercera vez)	1843
Don Vicente Ramón Roca	1845
Don Diego Noboa	1850
General José María Urbina	1852
General Francisco Robles	1856



Doctor Gabriel García Moreno	1861
Don Jerónimo Carrión	1865
Don Javier Espinoza	1868
Doctor Gabriel García Moreno (segunda vez)	1869
Doctor Antonio Borrero	1875
General José Ignacio de Veintemilla	1878
Doctor José María Plácido Caamaño	1884
Dr. Antonio Flores Jijón (hijo del Gral. Juan J. Flores)	1886
Doctor Luis Cordero	1892
General Eloy Alfaro	1897
General Leonidas Plaza G.	1901
Don Lizardo García	1905
General Eloy Alfaro (segunda vez)	1907
Don Emilio Estrada	1911
General Leonidas Plaza G. (segunda vez)	1912

Respuestas a las preguntas intercaladas en este libro

1—Don Pedro Vicente Maldonado. Nació en Riobamba en 1710. Hizo la primera carta geográfica de estos territorios, entonces pertenecientes a España.

2—Uno o muchos libros en donde se hacen constar, con especificaciones de sexo, edad, oficio, nacionalidad, etc. a todos los individuos nacionales y extranjeros que habitan en un país, provincia, cantón, etc. y según eso el censo se llama general, provincial o cantonal. Esto se hace con el objeto de saber de modo cierto el número de habitantes del país, poder de tiempo en tiempo conocer su aumento o disminución y es útil para otras muchas cosas y ramos de administración pública, como sabrás más tarde.

3—La ciudad en donde reside el gobierno de un país y su administración pública central.

4—Hace muchos años que no se levanta el censo general del Ecuador y por eso no se conoce de modo fijo su población. Pero se calcula en dos o dos y medio millones de habitantes. Hace muchos años que se le viene asignando sólo millón y medio, producto de un censo antiguo e imperfecto. Pero esto sería hoy absurdo.

5—Buscarlo en la sección de este libro referente a la fundación del coloniaje.

7—Geógrafo también del Ecuador y autor de un mapa que es tenido por uno de los más autorizados y buenos. Sabio alemán que

vivió muchos años entre nosotros, viajó mucho por el país, lo exploró y conoció bastante, y que difundió mucho de sus vastos y múltiples conocimientos en nuestra patria. La más moderna y extensa de nuestras Geografías es la suya y es muy consultada.

8—Búscalo al pie del artículo AMÉRICA en este libro.

9—Sí: fray Enrique Vacas Galindo, explorador de la región oriental, a quien se deben los conocimientos más detallados de esa para nosotros casi misteriosa zona.

11—Recuerda lo que has visto en el artículo PATRIA.

12—Caspicara—Aborígen ecuatoriano: quiteño. Gran escultor cuyas obras magistrales llamaron la atención de Europa a donde emigraron casi todas. Artista genial, sin escuela ni más reglas que su inspiración, coincidió con muchos notables maestros del Viejo Mundo y superó a muchos también con rasgos geniales singulares de sus obras.

En los templos de san Francisco de Quito y la Catedral existen algunas obras suyas. Vivió en la época del coloniaje, y fué maestro, dicen, de Pampite, otra celebridad en el mismo arte y de quien se cuenta ésta anécdota: Llegó un rico inglés a Quito, coleccionador de obras de arte, y habiendo oído hablar de Pampite, le llamó para saber si podría atreverse a imitar una preciosa obra de arte, un Cristo, que el inglés traía de Europa comprado en alto precio. Grande fué su sorpresa al encontrarse con un humilde indiecito en vez de un arrogante artista a quien esperaba. Enterado del objeto, dijo Pampite:—No sé si podré imitar este mismo Cristo, pues desde que lo hice he adelantado bastante y creo que lo haré mejor.—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que esa obra es suya? ¡Si la he comprado carísima en Europa!—Pampite, por respuesta, tomó el Crucifijo, tocóle un resorte oculto que tenía en la cruz y el dueño no había visto: saltó una plaquita, y bajo de ella apareció esta leyenda—Pampite fecit—(lo hizo) Quito.—El inglés, entusiasmado dió a Pampite una bolsa de oro.

13—Quiteño.—Un gran pintor—Genial en arte y en carácter—Están sus célebres cuadros en Quito, en templos y conventos. Se dice que en un raptó de locura genial, queriendo pintar un Cristo agónico, y habiendo simulado la crucifixión de un muchacho, su modelo, desesperado de no poder dar la expresión de angustia suprema que buscaba, saltó como poseído de locura, tomó una lanza y veloz como un rayo la hundió en el costado del mozo, que se debatió y expiró realmente en la cruz, mientras su maestro aceleradamente copiaba y copiaba sus expresiones fisonómicas. Esto le acarreó un proceso: se refugió en el convento de san Agustín, y durante su encierro pintó allí muchas obras maestras que aún existen: Goribar, Samaniego, Velas y Oviedos, y muchos más son los predecesores de los Salas, Velis, Ayabaca, los Manosalvas, los Pinto, los Salguero y otros muchos contemporáneos nuestros, notables en escultura o pintura.

14—José Antonio Lequerica, quiteño—1767. De asombroso talento precoz, a los once años de edad se presentó a obtener el título

lo de doctor en Teología y Cánones, con exámenes brillantísimos. Dos años después, triunfó contra eminentes doctos en un concurso para obtener una prebenda en el Capítulo Catedral; venció, pero no pudo ocupar la curul por falta de edad.

15—Padre de don José Joaquín—Natural de Málaga, España, y casado con doña Francisca Maruri, guayaquileña.

16—Es un canto del pueblo dedicado a la patria. Una canción nacional en que se recuerdan los hechos gloriosos de la patria y se hacen promesas de conservarla, amarla y engrandecerla siempre y defenderla de extrañas dominaciones, pues ese fué el ideal de nuestros antepasados, de los héroes que nos dieron patria, y nosotros debemos conservar y enriquecer esa herencia tan preciosa.

17—Uno de los próceres del 9 de Octubre de 1820—Guayaquileño, y padre del gran poeta don Numa P. Llona.

18—Porque juntas lucharon por su independencia bajo la dirección de un mismo jefe: Bolívar, auxiliándose unas a otras. Porque sus glorias, sus héroes, sus ideales les son comunes, una misma es su historia y un solo pabellón las cubrió a todas durante esos grandes hechos: un solo cendal las abrigó en su cuna, y porque, además, fueron hijas de una misma madre, España, una su religión, uno su idioma, sus costumbres y su territorio, dividido hoy solamente por los límites convenidos como consecuencia de su autonomía.

19—Américo Vespuccio o Vespucci, uno de los navegantes que siguieron a Colón, hizo el primer mapa de las tierras descubiertas, y como al pié del mapa pusiera su nombre: Américo, el uso, la costumbre llamó a ese trabajo el mapa de Américo, la carta América, etc. y poco a poco se llamó América a este Continente, dándosele el nombre de primer cartógrafo.

Errores notados

A pesar de la prolijidad con que se ha hecho la corrección de pruebas, se han escapado en algunos ejemplares de este tomo unos pocos errores tipográficos, disculpables en una obra de esta magnitud por su cuantioso tiraje y variedad de temas y tipos de letras. Los maestros y los lectores suplirán fácilmente esos defectos pequeños e inevitables.

Anotamos los siguientes:

Página 52, línea última dice: sin aspiración a terrenal su recompensa: léase a terrenal recompensa.

Página 76, línea 12, dice: caracte—léase carácter—a sí, léase así,—en precencia—presencia.—Línea 14: alcansan—léase alcanzan.—Línea 15 dice: se manifiestan—léase—manifiesta.

LOS AUTORES.

Apéndice

CARTILLA COMPENDIADA

DE

HIGIENE POPULAR

*Escrita especialmente para uso de las Escuelas Municipales
del Cantón Guayaquil*

POR

ALFREDO ESPINOZA TAMAYO

Cartilla compendiada

DE

HIGIENE POPULAR

EL AIRE

El aire es el agente indispensable a la existencia, pues la privación completa de él produce la muerte.

La influencia de la presión atmosférica es necesaria a nuestra existencia, pues es gracias a ella que la sangre no se escapa de nuestras arterias y que nuestro cuerpo conserva su forma.

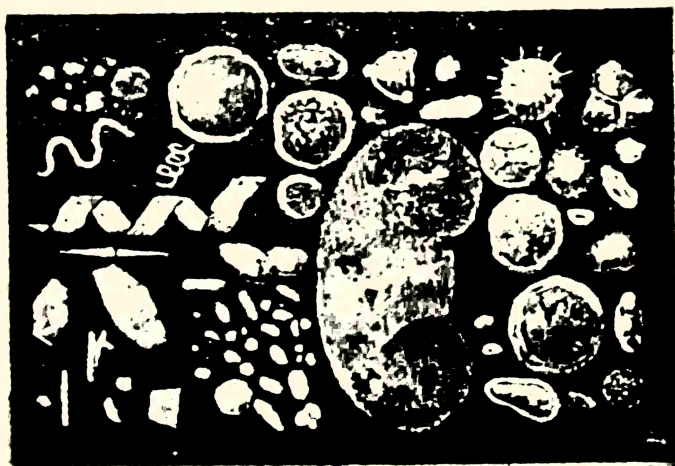
La pureza del aire es necesaria a nuestra salud: toda modificación, cualquiera que sea su cantidad o calidad, tiene una repercusión desastrosa sobre nuestro organismo y da origen a las enfermedades.

La cura de aire en plena campiña es un medio de tratamiento empleado con éxito para los tuberculosos, los débiles, los convalecientes, etc.

Los pulmones tienen agentes maravillosos de defensa contra el polvo y los microbios contenidos en el aire: éstos son las pestañas vibrátiles: desgraciadamente, el alcohol, aun tomado en pequeñas dosis, neutraliza su acción bienhechora, paralizándola. De aquí que el alcoholismo sea una de las principales causas de la tuberculosis, pues paralizando las funciones del pulmón, favorece la introducción de los microbios que dan origen al terrible mal.

El aire de las montañas es más puro que el de las llanuras, y el de los campos más que el de las ciudades: por eso se recomienda recurrir a ellos en el caso de las enfermedades pulmonares.

El aire del mar es así mismo saludable por el yodo y las sales marinas que contiene.



LO QUE ABSORBEMOS CON EL POLVO.—PARTÍCULAS MINERALES Y VEGETALES DEL AIRE.

ALIMENTOS

La alimentación tiene por objeto reparar nuestras fuerzas y mantener y renovar nuestros tejidos.

Tres clases de alimentación concurren a este objeto:

- 1.º Los alimentos nitrogenados;
- 2.º Los alimentos hidrocarbonados; y
- 3.º Los alimentos minerales.

Dos alimentos, la leche y los huevos, son alimentos completos (es decir: encierran productos nitrogenados, hidrocarbonados y minerales) y pueden, por consiguiente, mantener nuestra vida.

Los otros alimentos son incompletos y no pueden por sí solos mantener la existencia, sino con la condición de ir asociados unos con otros, lo cual constituye la alimentación mixta.

De la selección de nuestros alimentos, de su calidad y cantidad, depende nuestra salud.

Cada alimento tiene sus ventajas e inconveniencias algunas veces peligrosas.

De manera general, es higiénico asociar la alimentación de carnes a la vegetariana: las legumbres contribuyen al mejor funcionamiento del organismo humano, aparte de su valor alimenticio.

El ideal de una buena alimentación es que esté compuesta por alimentos frescos, los que deben comerse sin escrúpulos, siempre que tengan estos requisitos: la carne muy fresca y poco cocida, los huevos frescos y bien cocidos, la leche al momento de ser extraída, las frutas y legumbres poco cocidas, pues la cocción exagerada les hace perder sus cualidades.

Los alimentos en conserva pierden su valor nutritivo, aun cuando no hayan sufrido alteración. Alterados son alimentos peligrosos (intoxicaciones por las conservas alteradas.)

En resumen: para que la alimentación sea higiénica, debe componerse de alimentos frescos y naturales, que excluyan todo refinamiento culinario y todo exceso de condimentos.

Ciertas reglas de higiene son necesarias en una buena alimentación: masticación larga y suficiente, comidas regulares, bebidas en pequeña cantidad en las comidas, evitan el estreñimiento.

BEBIDAS

Las bebidas son indispensables al organismo para compensar la pérdida líquida que éste sufre por la secreción urinaria, por la transpiración y por la evaporación pulmonar.

Aun cuando los alimentos propiamente dichos restituyen cerca de la mitad de la cantidad indispensable al organismo, el rol de las bebidas no es menos considerable, pues ellas se encargan de suministrar la diferencia.

La mejor de las bebidas es una agua de buena calidad. Desgraciadamente no siempre puede disponerse de ella.

Los caracteres de una buena agua potable son: ser fresca, límpida, sin olor ni sabor, debe cocer bien las legumbres, emulsionar ó disolver bien el jabón y contener los gases y sales requeridos.

Algunas aguas son químicamente malas (aguas selenitosas, aguas infectadas, etc.)

Según su procedencia, se distinguen:

- I Agua de lluvia:
- II Aguas de fuente:
- III Aguas de río:
- IV Aguas de deshielos:
- V Aguas estancadas:
- VI Aguas de pozos:
- VII Aguas hervidas:
- VIII Aguas minerales.

Un precepto importante de la higiene es el de que toda agua sospechosa debe ser hervida antes de usarla.

El agua es la sola bebida racional que debiera tomar el hombre, pues ella solamente tiene todas las condiciones que se pueden exigir en una bebida.

Está probado científicamente que se puede vivir y sostener un trabajo penoso no bebiendo más que agua.

Las bebidas alcohólicas no son más que condimentos, y como tales, no debieran consumirse sino pequeñas cantidades de ellas.

Así mismo ha llegado a probarse que el alcohol y las bebidas alcohólicas no son necesarias al organismo y, antes bien, tomadas en gran cantidad, o siquiera frecuentemente, son peligrosas.

Las principales bebidas alcohólicas son:

- 1.º El vino rojo o blanco:
- 2.º La cerveza:
- 3.º La cidra:

El vino es el producto de la fermentación del jugo de la uva. La dosis diaria para un hombre adulto, y de la que nunca debe de pasar, es la de un medio litro de vino ordinario, pues el vino contiene gran cantidad de alcohol. El vino sólo debería beberse mezclado con agua.

La cerveza es una bebida de la que puede consumirse un poco más a causa de la gran cantidad de agua que contiene y poca cantidad de alcohol.

Los alcoholes propiamente dichos: aguardientes, licores, ajenos, aperitivos, no son sino venenos: venenos para el cerebro, para el corazón, para el estómago, para los riñones y para los pulmones.

Los alcoholes son los grandes coadyuvantes de la locura y de la tuberculosis pulmonar: por consiguiente, siendo, como son, un peligro conocido, se debe prescindir completamente de ellos.

El abuso del alcohol y del ajeno, y aun sólo la costumbre de tomarlos frecuentemente en pequeñas dosis, origina enfermedades incurables.

Las bebidas aromáticas, café, té, etc., son excelentes bebidas, con la condición de no abusar de ellas.

VESTIDO—HIGIENE DE LA PIEL.

El vestido debe variar según la temperatura: debe ser caliente para luchar contra el frío y fresco para el calor. El vestido de lana es el que más protege contra el frío.

El vestido no debe ejercer presión en ninguna parte del cuerpo: desgraciadamente la higiene y la moda, cruel y déspota con las señoras, ésta última, siempre andan en desacuerdo, y la moda puede más que la higiene.

Así, a pesar de las desastrosas consecuencias del corsé, el corsé subsiste y subsistirá hasta el día en que las señoras lleguen a persuadirse de las desventajas de su uso. Puede decirse esto mismo para las ligas, para el calzado estrecho y de tacones muy altos.

Los vestidos son agentes de transmisión y de propagación de las enfermedades: los vestidos de los tuberculosos y de otros enfermos son objetos de contagio: deben, pues, desinfectarse cuidadosamente.

La limpieza minuciosa del vestido y de la piel es indispensable a la salud.

El agua es para la piel lo que el aire para los pulmones. El baño es el agente de limpieza más adecuado para el cuerpo.

La mejor manera de quitarse el mal olor producido por la corrupción del sudor en los pies y en las axilas o sobacos, es la de lavarse con agua y jabón, pasándose luego una tohalla embebida en una solución de sublimado o de agua oxigenada o bicarbonato de soda.

Es necesario tener presente el refrán que dice: «La limpieza y aseo son el lujo del pobre.»

El baño debe ser tomado diariamente como una limpieza usual y debe desterrarse la idea de que ocasiona enfermedades, así como la de tomarlo sólo por temporadas y en número determinado, como si se tratara de una medicina.

Es preciso no olvidar el jabonado cuidadoso de la piel.

No debe permitirse la pululación de parásitos en el cuerpo; éstos deben ser mirados como repugnantes bichos, transmisores de muchas enfermedades. Sólo las personas desaseadas los toleran en su cuerpo.

El mejor medio de evitar su propagación es el de la limpieza general y el mudarse frecuentemente con ropa limpia. Una pomada



MICROBIO DE LA PULMONÍA—TAMAÑO AUMENTADO 700 VECES.

al 2 ° de óxido rojo de mercurio (polvos de jaunes) mata todos los parásitos, como piojos, pulgas, etc.

Las manos deben ser objeto de una cuidadosa limpieza y las uñas deberán llevarse cortadas al rape. Nunca se olvidará de lavar las manos antes y después de las comidas y después de haber llenado alguna de las necesidades corporales.

HABITACION

Las cualidades que requiere una buena habitación, bajo el punto de vista de la construcción, son:

- 1.º—La elección del terreno seco y permeable;
- 2.º—Una buena orientación (exposición al sol);
- 3.º—Materiales secos y refractarios a la humedad.



HABITACIÓN Y BARRIDO HIGIÉNICOS—NADA DE ALFOMBRAS NI CORTINAJES.

Siendo la humedad el principal peligro para la salud, debe evitarse ésta a todo trance.

El aire y la luz son indispensables para que una habitación sea sana; la aglomeración de las ciudades y el deseo de sacar mayor in-

terés a las propiedades, hacen que los propietarios no tomen en cuenta esta urgente necesidad y que las habitaciones sean húmedas y faltas de luz. Los desagües y gabinetes de aseo son también a menudo focos de infección.

El aseo y limpieza de las habitaciones es la regla de higiene quizá más necesaria.

Los muebles de la habitación deben ser cuidadosamente limpiados, quitándoseles el polvo con un trapo húmedo: pero no sacudiéndolos. El barrido de las habitaciones nunca debe hacerse con la escoba seca, sino regando el piso con una solución desinfectante. El uso de esteras y alfombras debe ser completamente prohibido.

No se debe permitir que en los muebles de la habitación o en las paredes hayan parásitos, pues ellos son los transmisores de muchas enfermedades. Las chinches y las pulgas deben ser desterradas de las habitaciones y los lechos, mediante un cuidadoso aseo y limpieza de las sábanas, colchones y cobertores que deben ser frecuentemente asoleados y sacudidos.

Las pulverizaciones con creso, en las junturas de los lechos, destierran estos parásitos, lo mismo que las fumigaciones con formol o azufre matan los que se asilan en las paredes porosas. Las moscas deben ser perseguidas implacablemente no dejándolas poner en contacto con las deposiciones, donde depositan sus huevos, cubriendo éstas con aceite de petróleo.

Las ratas no serán tampoco toleradas, evitándose las paredes dobles y los rincones oscuros o los tumbados mal iluminados.

Los gatos y los perros no deben ser consentidos en las habitaciones.

Nunca debe escupirse en las paredes ni en los pisos, sino en escupideras de loza o hierro fundido, las que deben ser desinfectadas y lavadas todos los días.

Las basuras no deben permanecer en las habitaciones: pero tampoco deben arrojarse a la calle, sino cuando sean recogidas por los encargados del aseo público. Lo mismo debe decirse de los demás desperdicios.

HIGIENE DE LA INFANCIA

La lactancia del niño por su propia madre o, por lo menos, los cuidados maternales hasta la época del destete, deberían constituir preferentemente el objeto de las sociedades de beneficencia y de las leyes de protección a la infancia.

La lactancia materna es la única racional. La mixta puede ser admitida, pues da buenos resultados.

La lactancia artificial es contra natura: en efecto, la leche animal es de una composición diferente a la leche materna: además es difícil de conservar y fermenta siempre y más aún si no se observan estrictas condiciones de aseo.

El biberón en que se da la leche al niño es siempre un objeto

de infección, si no está cuidadosamente lavado con agua hirviendo. El chupón de engaño también es otro foco de infección, que debe ser suprimido.

La lactancia mercenaria o dada por nodriza, sería muy buena siempre que éstas no hicieran de su profesión un objeto de lucro, y que en muchos casos compromete gravemente la salud del niño.

Los cuidados que un niño necesita son de tal naturaleza que sólo la solicitud y el cariño maternos pueden dispensarlos.

La segunda infancia reclama así mismo imperiosamente los cuidados maternos, pues la higiene de la alimentación debe ser muy severa.

Es sólo a la edad de siete años que el niño entra en el grupo escolar, y a esa edad la higiene escolar sustituirá a los cuidados maternos, previniéndolo contra las enfermedades que pueda contraer en la escuela (miopía, deformación del esqueleto, etc.)

La adolescencia es un período crítico para la salud: es por esto que la educación física del niño tiene gran influencia en este momento peligroso de su vida.



La gimnasia, los sports, los juegos al aire libre y los paseos por el campo, son indispensables a los niños y a los jóvenes y deben formar parte integrante de su educación.

ENFERMEDADES QUE PUEDEN EVITARSE

El hombre no muere: él se mata. Este pensamiento de Séneca es tanto más verdadero cuanto que, casi todas las enfermedades, son evitables: pues en su mayoría son originadas por las faltas contra la higiene.

Como nos sería difícil pasar revista a todas las enfermedades

que pueden evitarse, nos limitaremos a estudiar aquí solamente las enfermedades contagiosas.

Para que una enfermedad contagiosa se desarrolle, ha dicho Trousseau, es necesario que el organismo humano lo consienta.

En efecto, todas las causas de la depresión física y moral predisponen el organismo al contagio: los excesos, las privaciones, las edades extremas, el desaseo, la aglomeración, el recargo de trabajo, las penas morales, son los principales agentes que predisponen al contagio.

Viruela

La viruela es una fiebre eruptiva originaria del Oriente. Esta es una enfermedad infecciosa de las más graves y que a menudo da lugar a muchas enfermedades penosas: ceguera, sordera. La más terrible de las complicaciones es la tuberculosis: así, pues, se recomienda a los variolosos la más severa higiene.

La vacunación y renovación son los medios de profilaxis por excelencia contra la viruela. En Alemania, gracias a la ley de 1874, ha llegado a ser una enfermedad casi desconocida, pues dicha ley hace la vacuna obligatoria.

La vacunación debe ser hecha siempre con vacuna de ternera.

La vacuna debe hacerse siempre en los brazos y no en los miembros inferiores, pues en los muslos y en las piernas la vacuna es seguida de inflamaciones graves que no se observan en los brazos.

El veneno variolítico es muy tenaz y puede existir durante muchos años: así, es necesario desinfectar la ropa de los variolosos al mandarla a lavar; debe así mismo desinfectarse las camas y habitaciones de los enfermos, hasta mucho tiempo después de la enfermedad.

El varioloso durante la enfermedad debe tener grandes cuidados de aseo, y sus ropas y las de su cama deben estar siempre muy limpias.

Un plazo de seis semanas, por lo menos, es necesario para que el enfermo éntre en la vida común.

Sarampión

El sarampión es una fiebre eruptiva originaria del Asia.

El prejuicio popular que hace esta enfermedad de carácter benigno, es equivocado: pues, al contrario, es una enfermedad grave, por las complicaciones que puede tener (estomatitis, otitis y bronconeumonías.)

El sarampión es una enfermedad muy contagiosa. El contagio sarampiñoso no es muy tenaz: sin embargo, debe observarse la más perfecta limpieza.

Los baños fríos, las compresas mojadas al rededor del pecho,

son el tratamiento eficaz de las bronco-neumonías producidas por el sarampión. No debe, pues, haber ninguna resistencia de parte de las familias a que el médico emplee estos medios enérgicos, pues en caso de muerte no serían ellos los que la produjeran.

Escarlatina

La escarlatina es una fiebre eruptiva siempre grave. Sus principales complicaciones son la angina y la nefritis, ocasionadas por enfriamientos.

La escarlatina es muy contagiosa y su gérmen es muy tenaz: éste es transmitido a la distancia, por medio de una carta o de otros objetos.

Sobre todo, las escamas de la piel son la fuente de transmisibilidad del contagio.

Todas las medidas de aislamiento y de desinfección deben tomarse para esta enfermedad: el escarlatinoso no debe entrar a la vida común sino seis semanas después de su curación.

La leche es el tratamiento por excelencia para evitar la albuminuria, y los baños fríos son necesarios en las formas graves de esta enfermedad.

La convalecencia de esta enfermedad debe ser vigilada muy de cerca.

Paperas

Enfermedad contagiosa, parecida a las fiebres eruptivas y contra la cual deben tomarse medidas de aislamiento y de desinfección. Esta enfermedad es caracterizada por la tumefacción de las parótidas.

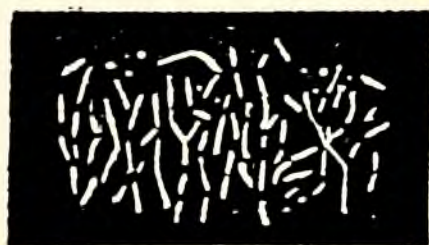
Coqueluche

Enfermedad muy contagiosa que ataca con preferencia a los niños y para la que es preciso usar medidas severas de aislamiento y desinfección.

Esta enfermedad es peligrosa en los niños muy pequeños, por las complicaciones pulmonares y por el aniquilamiento que ocasiona.

Difteria ó crup

La difteria es una enfermedad contagiosa caracterizada por la presencia de falsas membranas sobre las amígdalas, en la faringe y los bronquios. Es una enfermedad poco transmisible por el aire: es generalmente transmitida por los vestidos, los pañuelos, los juguetes.



MICROBIOS DEL TIFUS Y DE LA
DIFTERIA—TAMAÑO AUMENTADO
1.000 VECES.

Las medidas de aislamiento y desinfección son de gran importancia en esta enfermedad. El enfermo no debe hacer vida común sino un mes después de su curación, a causa de los bacilos que quedan en su boca.

Las inyecciones de suero antidiftérico son el mejor tratamiento para esta enfermedad.

Grippe o influenza

La grippe es una enfermedad infecciosa, algunas veces benigna; pero en otras de carácter muy grave, pues prepara el terreno a la tuberculosis. Esta es una enfermedad que debe siempre cuidarse y que obliga a guardar cama, por benigna que sea.

Fiebre tifoidea

La fiebre tifoidea es una enfermedad de origen fecal, como lo prueba el ejemplo de la ciudad de Munich. En 1858, sobre 100.000 habitantes hubo 334 muertos por esta enfermedad en el año. Gracias a los trabajos de saneamiento efectuados en esa ciudad en los desagües y en el agua potable, la mortalidad ha sido reducida a tres por año.

M. M. Brouardel y Thoinot han demostrado por sus trabajos de investigación, que el agua de la alimentación tiene un gran papel sobre la etiología de la fiebre tifoidea.

El medio de contagio y de propagación de esta enfermedad se hace por las defecaciones de los tíficos: así, las defecaciones de los enfermos, las ropa de cama, los utensilios de uso personal de éstos y todos los objetos de su servicio, deben ser escrupulosamente desinfectados. A las defecaciones, sobre todo, antes de arrojarlas al desagüe, debe ponérselas una gran cantidad de agua hirviendo y una solución al 1 % de sulfato de cobre, o de creso al 4 %. El aislamiento de los enfermos es de todo punto necesario.

Los baños fríos y las lociones frías son de gran valor en esta enfermedad.

Cólera

Para esta enfermedad, así como para la fiebre tifoidea, son las defecaciones el agente de contagio y las mismas causas engendran esta terrible dolencia.

Así, pues, deben tomarse iguales precauciones que para la fiebre tifoidea, para esta última enfermedad.

Disentería

La disentería es una enfermedad igualmente transmisible por el agua que ha sido contaminada con las defecaciones de los enfermos.

Se distinguen dos clases de disentería: la una llamada disentería amibiana y la otra disentería bacilar, debidas cada una a un parásito distinto; pero teniendo los mismos síntomas, aunque diversos tratamientos una y otra.

Las precauciones que hemos anotado en la fiebre tifoidea deben tomarse para esta enfermedad, así como la guerra a las moscas que son otro vehículo de contagio.

Tuberculosis

La tuberculosis hace anualmente un sinnúmero de víctimas. En Francia sobre 30 millones de habitantes hay 20.000 muertos por tuberculosis, o sea un promedio de 1 4 ‰. En Guayaquil hay 452 víctimas por año, en una población aproximadamente de 50.000 habitantes, o sea 2 y 1 2 por ciento.

Las causas que favorecen la eclosión de la tuberculosis son:

1.º El alcoholismo; 2.º la herencia; 3.º los excesos; 4.º las privaciones; 5.º las enfermedades debilitantes.

El alcoholismo es la causa más poderosa de la tuberculosis en casi todos los países del mundo.

La tuberculosis de origen alcohólico, es de suma gravedad, tanto que de ella muy raro es el que cura.

La tuberculosis es contagiosa; su agente más activo de transmisión es el esputo; el esputo es más peligroso mientras más seco está, pues las partículas desecadas de éste se mezclan al polvo del aire y son absorbidas por la transpiración. De esto proviene que el contagio sea tan fácil.

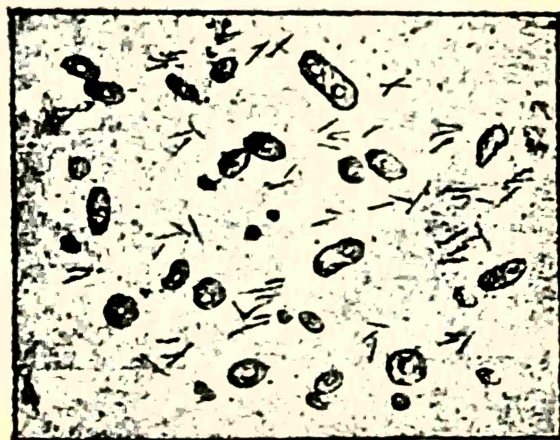
Por esta razón, los enfermos no deben escupir en el suelo en ningún caso.

Además, los tuberculosos deben tomar precauciones a fin de no dejar escapar de su boca partículas de esputo en los accesos de tos: al toser deben poner el pañuelo sobre ella.

Otra precaución importante es la de no barrer ni limpiar los cuartos de los enfermos, en seco;

debe acostumbrarse, antes de hacerlo, el regar una solución desinfectante cualquiera, o limpiar los pisos y muebles con trapos empapados en una solución de creolina o creso.

Esta regla de conducta debe adoptarse en caso de toda enfermedad contagiosa: cuidar de que no se levante el polvo.



TUBERCULOSIS DEL PULMÓN—BACILO DE KOCH—AUMENTADO 700 VECES.

La desinfección de las ropas y utensilios de los tuberculosos debe ser indispensable y rigurosamente hecha.

En teoría, la tuberculosis es susceptible de curar: en la práctica lo es más excepcionalmente: así, pues, el mejor medio de curar la tuberculosis es hacer todo lo posible para no adquirirla.

Para preservarse de ella es necesario abstenerse de las bebidas alcohólicas y no descuidar las gripes, y trastornos digestivos, los sudores copiosos, la anemia, el adelgazamiento y todo otro síntoma precursor de la tuberculosis.

El tratamiento de la tuberculosis es, sobre todo, higiénico, y consiste en la cura de aire, reposo y sobria alimentación: pero ¡cuán difícil es para las gentes desvalidas este tratamiento!

Por nuestra parte encontraremos muy justa la creación de dispensarios y sanatorios y de todas las otras medidas tomadas para luchar contra ese flagelo: pero estas medidas no satisfacen, pues todas ellas son insuficientes y no atacan la causa sino los efectos; es el determinante de la tuberculosis el que hay que combatir: es preciso combatir el alcoholismo: de esta manera, luchando contra él encontraríamos más eficaz la lucha contra la tuberculosis. Destruída la causa, se suprimirá el efecto.



EL BAÑO

Erisipela

Enfermedad contagiosa que siempre tiene por causa una llaga o lastimadura, por pequeña que sea.

Las curaciones de las heridas mal desinfectadas predisponen a la erisipela: el cuero cabelludo, la nariz, la cara, son las partes del cuerpo más expuestas a la erisipela.

Los individuos enfermos de la piel, o que tengan cualesquiera herida o lastimadura, no deben acercarse a los erisipelatosos.

La desinfección de los vestidos, habitación, etc., así como el aislamiento de los enfermos, se imponen.

Fiebre intermitente—Paludismo

Esta es una enfermedad debida a un parásito de la sangre, el cual es transmitido al hombre por la picadura de los mosquitos. Por consiguiente, los sitios pantanosos y húmedos y las aguas estancadas donde se crían mosquitos, son los lugares donde domina el paludismo, principalmente en los climas cálidos.

Es necesario destruir este insecto y mejor aún sus larvas o gusarapos, desecando los pantanos y cubriéndolos con petróleo y evitando, en general, la formación de charcas.

En los campos el mejor medio consiste en cubrir las ventanas y puertas de las casas con rejas de tela metálica para impedir la entrada de los mosquitos. Debe cubrirse así mismo los depósitos de agua dulce, evitando que las larvas se críen en ellos. La ingestión diaria de treinta centigramos de sulfato de quinina preserva en los países palúdicos de los ataques de esta enfermedad. No hay que temer el acostumbramiento a la quinina, ni que ésta cause accidentes tóxicos o influya sobre la salud general; tales temores son infundados. El cultivo de los campos es otro de los medios empleados: a medida que disminuyen los terrenos vírgenes o incultos, disminuye también el paludismo.

Carbón

El carbón es una enfermedad infecciosa y contagiosa que se comunica al hombre por los animales (cordero, sobre todo; buey, vaca.)

La pústula maligna es ordinariamente el comienzo de la infección carbuncosa. Ciertos profesionales (teneros, carniceros, pastores, boyeros) son los más expuestos a esta enfermedad.

La pústula maligna es caracterizada por una escara negra central, rodeada de una corola de finas vesículas.

La fiebre carbuncosa es producida por una intoxicación gastro-intestinal provocada por la ingestión de las carnes carbuncosas.

Por esta razón la carne de los animales atacados de esta enfermedad no debe comerse en ningún caso y se les debe quemar o enterrar en un pozo lleno de cal viva.

Rabia—Quistes hidáticos

El agente de contagio de la rabia es la baba del perro. Algunas veces las mordeduras hechas sobre los vestidos no llevan el con-

tagio, por haberse limpiado los dientes del perro de la saliva de la rabia en las ropas; pero en las partes descubiertas, manos, piernas, etc., siempre son peligrosas.

De todas maneras y donde sea la mordedura, debe hacerse cauterizar inmediatamente con un hierro enrojecido al fuego, donde no haya otro medio.

Además de la rabia, el perro transmite al hombre el quiste hidático, enfermedad muy grave, que reside en el hígado, el pulmón, el cerebro, el peritoneo; que es producida por la evolución de huevos de una tenia especial que vive al estado adulto en el perro.

Esta enfermedad se observa frecuentemente entre las gentes que viven en promiscuidad con sus perros, que los dejan hacer la siesta en sus propias camas y aún les hacen lamer los platos después de haber comido en ellos, y que luego, sin ninguna precaución, aparte de lavarlos ligeramente con agua, vuelven a usarlos para sus comidas.

Peste bubónica

La peste negra o bubónica es una enfermedad que ataca preferentemente a las ratas y a los otros roedores y que se transmite al hombre por intermedio de las pulgas.

Una mortalidad extraordinaria de ratas precede generalmente a la epidemia humana.

La extirpación de esos roedores por todos los medios que sea posible, y en especial no permitiéndoles vivir en las mismas habitaciones que el hombre, en lugares y rincones oscuros, es el mejor medio de evitar la peste.

La vacunación preventiva es completamente eficaz y no debe ser descuidada. El aseo personal debe ser riguroso.

Fiebre amarilla

La fiebre amarilla es transmitida por una especie de mosquitos cuyas larvas viven en las aguas dulces estancadas.

La destrucción de las larvas por medio del aceite de petróleo, así como la clausura de los depósitos de agua son los medios que se deben emplear para evitar la pululación de los mosquitos.

Los enfermos deben ser aislados prematuramente bajo una cubierta de tela de alambre.

Las personas no indemnes deben evitar las insolaciones, los abusos del alcohol y de las comidas y observar una vida moderada.

Anquilistoma

La anquilomiasis o anemia tropical, es causada por un parásito cuyas larvas se encuentran en las tierras húmedas y en las aguas

estancadas. Se debe evitar beber estas aguas, así como andar descalzo en los terrenos pantanosos.

MEDIDAS GENERALES CONTRA LAS ENFERMEDADES CONTAGIOSAS

Las medidas generales que deben tomarse contra las enfermedades contagiosas son:

1.º El aislamiento del enfermo:

2.º La desinfección.

El aislamiento del enfermo atacado de alguna enfermedad contagiosa es la primera medida que se impone para evitar la diseminación del contagio.

Hemos dicho ya que los cuidados de aseo para los enfermos son imprescindibles; pero en los enfermos atacados de enfermedad contagiosa, deben ser de los más rigurosos.

El cuarto del enfermo debe ser objeto de un cuidado particular; debe ser aireado, expuesto al sol y no estar cubierto por cortinas, ni lleno de adornos donde se deposite el polvo, y el enfermo ha de dormir completamente solo.

Los enfermeros deben tomar todo género de precauciones para no servir de agentes de transmisión, para lo cual deberán tener un vestido especial que se pondrán al entrar al cuarto del enfermo y que cuidarán de sacarse inmediatamente para salir de él. Así mismo, deberán lavarse las manos y la cara, los cabellos y la barba y enjuagar la boca con agua y un dentrífico cualquiera.

No comer jamás en el cuarto del enfermo: esto último debe ser observado cuidadosamente.

Desinfección

Un servicio público de desinfección es necesario en toda población donde haya regular número de habitantes; donde se entreguen las ropas y útiles de los enfermos y se devuelvan perfectamente desinfectados.

Indicaremos algunos productos destinados a este objeto y muy económicos:

El agua de javel mezclada con agua de jabón es un excelente desinfectante para las ropas, y con esta misma agua, pura, se desinfectan los pisos.

La leche de cal que se obtiene mezclando una cantidad de cal con un poco de agua, es un desinfectante para los retretes, las deyecciones, los desagües, etc.

El sulfato de cobre puede emplearse también en la desinfección de estos últimos.

En las medidas que se tomen para la defensa personal de cada individuo, contra las enfermedades contagiosas, recomendamos evitar la exageración y sobre todo el miedo al contagio, pues toda preocupación excesiva desmoraliza y quebranta el organismo y lo predispone a estas enfermedades.

Si el alejamiento de un foco de epidemias es un excelente medio de defensa para una persona sana, esta medida no tiene gran eficacia para una persona que esté bajo la influencia del terror o de la exageración.

En efecto, cuántas personas, algunos días después de haber dejado el lugar infectado, han contraído la enfermedad de la cual huían, debido a la preocupación exagerada.

Además, muchas enfermedades tales como la difteria, la viruela, la peste bubónica, pueden ser evitadas por la vacuna, por la inyección de suero y por la renovación; otras como la rubeola, la coqueluche y las paperas son de un contagio muy precoz y es inútil el alejamiento.

En tiempos de epidemias, lo mejor es consultar con el médico y no tomar medidas de alejamiento que, a menudo, no son más que ilusorias.

Alimentarse bien, evitar los excesos, guardar una buena higiene, son los únicos preceptos que deben seguirse para evitar el contagio y para afrontarlo sin terror. Es necesario que las autoridades tomen todas las medidas de protección indispensables.

Todos los medios de defensa contra las enfermedades no tendrán ningún resultado hasta el día en que los institutores no se pongan a la tarea de enseñar al niño desde muy pequeño que la higiene y las precauciones para conservar la salud, forman parte de su vida misma.

Esta enseñanza de higiene y de aseo, debe entrar en el programa del maestro.

En el extranjero, legislaciones sanitarias rigurosamente cumplidas, dan excelentes resultados. En nuestro país, donde puede decirse que todo queda por hacer, esperamos que algún día se dicten estas leyes de tanta utilidad.

RESUMEN

Casi todas las enfermedades son evitables, gracias a una buena higiene. Así, para no citar más que una sola falta, la más grave, de higiene, sería preciso combatir el alcoholismo, y lográndose, se evitaría muchas enfermedades de los pulmones, del corazón, del hígado, etc.

En las enfermedades infecciosas, las medidas higiénicas son muy benéficas.

La vacunación y revacunación obligatoria harían desaparecer la viruela y la peste. Las leyes contra los canes vagabundos darían, como en otros países, muy buenos resultados contra la rabia y para la higiene de las calles.

Las medidas de saneamiento dirigidas hacia la purificación de las aguas potables y de los desagües, suprimirían la fiebre tifoidea, el cólera y la disentería.

La intervención enérgica del Estado para luchar contra el alcoholismo, a la que debería añadirse la reforma de las habitaciones insalubres, la creación de dispensarios y sanatorios, la desinfección, disminuirían notablemente la proporción de la tuberculosis.

El aislamiento de los enfermos, y la desinfección han demostrado de tal manera sus ventajas, que sería innecesario hablar de ellas y pedir se les aplique con todo el rigor.

La extirpación de los mosquitos acabaría con la fiebre amarilla y el paludismo, y la de las ratas haría desaparecer la peste bubónica.

Todos estos medios de defensa contra las enfermedades no darán ningún resultado, o por lo menos éste no será todo lo serio que sería de desearse, hasta el día en que los institutores, mediante enseñanzas especiales, los hagan penetrar en las masas populares por medio del niño.

En espera de tan hermosos resultados, deberíamos tener, por lo menos, una legislación sanitaria conforme a las de otros países.



INDICE

DE

Autores y producciones

ALVAREZ ARTETA SEGUNDO—	
La Patria	95
ANDRADE ROBERTO—	
Los caras y los quitus	129
ANDRADE MANUEL DE J.—	
Heroínas y patricias	208
ARIAS SANCHEZ ALBERTO—	
La madre del soldado	22
El origen de dos nombres	175
ARIZAGA M. N.	
A Guayaquil	245
BOLIVAR SIMON	
Pensamientos	226
Decreto sobre Calderón	249
BORJA CESAR	
Dios, Patria y Libertad	190
Abdón Calderón	248
CALLE MANUEL J.	
El Juramento del Monte Sacro	191
CAMPOS FRANCISCO	
La madre	20
Los pobladores de América	114
El Nuevo Mundo	115
La reina Paccha	136
Bautismo y muerte del Inca	146
CAMPOS MANUEL ANTONIO	
El mérito y la fama	83
Ideas y colores	96

	Remotísima antigüedad de los pobla- dores de América	118
	El tesoro de Atahuallpa	155
CARBO PEDRO	Lo más importante bajo el Coloniaje	161
CARBO VITERI CARLOS	Diez de Agosto	215
CARBO LUIS FELIPE	Huainacápac	135
CASTILLO MARIA PIEDAD	A Quito	216
CEVALLOS PEDRO FERMIN	Atahuallpa	138
	La batalla de Pichincha	245
CORDERO LUIS	Ilustrad	103
CORDERO DAVILA LUIS	Amor filial	38
CRESPO TORAL REMIGIO	¡Tierra! ¡Tierra!	117
CHAVES ANGEL POLIBIO	Himno de la Patria	87
	La bandera	90
	Patria	191
CHIRIBOGA B. FRANCISCO	Héroismos	196
DESTRUGE CAMILO	El Coloniaje	167
	El General Miranda	184
ENDARA BENJAMIN	Cristóbal Colón	107
ESPINOZA TAMAYO ALFREDO	Cartilla de higiene popular	261
ESPINOSA ROBERTO	Pensamiento	42
	id.	52
	La escuela	57
	El hombre de carácter	76
FLORES CARLOS ABERTO	EL trabajo	81
GALLEGOS DEL CAMPO JOAQUIN	¡Madre mía!	21
GALLEGOS N. MANUEL	Antes de la conquista	130
GONZALEZ NICOLAS AUGUSTO	Amor patrio	99
	Junín y Ayacucho	250

GUZMAN RAFAEL M.

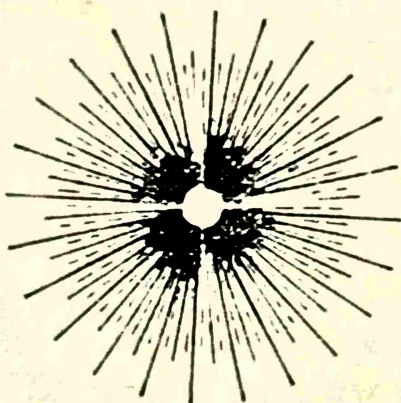
Heroínas y patricias. Manuela Cañizares	210
Nuestra deuda a España	213

LOS AUTORES

Cómo se ve a Dios	6
Religión	9
La mujercita moderna	17
El llanto en la cuna	29
En mi estudio	33
El servirse no averguenza	44
El obrero	46
El bombero	48
Los deberes	53
La mentira	58
El hurto	59
El fraude	61
Los apodos	62
Los mayores precoces	63
Instrucción y cultura	65
Los valientes	67
Prudencia—Circunspección	70
La hamaca	73
El Ecuador	75
El vendedor de periódicos	77
Nuestro Escudo de Armas	88
La bandera de mi Patria	92
Los colores del Pabellón Nacional	96
Colón ofreciendo un mundo	108
América	113
El 1er. eco de Europa en América	116
Nuestra historia antigua	121
Conquista de Quitú	122
Llegada de los españoles	124
Los últimos paladines incas	126
Establecimiento del coloniaje	128
Los heraldos de Pizarro	139
Célebres palabras de Atahuallpa	142
Los contratos entre conquistadores y sus reyes	148
La cláusula capital	153
Gonzalo Pizarro	157
Hombres distinguidos de la época colonial	169
Presidentes de la Real Audiencia	171
Historiadores	172
Los Piratas	181
La Independencia	188

Acta de la Independencia	197
Los días de la Patria	217
Compendio biográfico de Bolívar	220
Compendio biográfico de Sucre	224
Importantes batallas por la Independencia	225
Abdón Calderón	247
Presidentes del Ecuador	253
Respuestas a las preguntas	255
LOPEZ FELICISIMO	
Dios es la Belleza	7
El Hogar	19
La moral y la música	39
Pensamientos	72
Patria y hogar	101
LLONA N UMA POMPILIO	
A la bandera del Ecuador	98
Colón e Isabel la Católica	111
¡Libertador!	227
MARTINEZ ASTUDILLO F.	
El Iris de la Patria	91
MATA RAFAEL MARIA	
La mujer intelectual	15
MERA JUAN LEON	
Himno Nacional—Letra	85
La Conquista	146
MONGE CELIANO	
Amistad y sacrificio	205
Heroínas y patricias—Rosa Vélez Alava y Rosa Zárate	209
MONTALVO JUAN	
Pensamiento	12
La mujer	14
Los niños	30
Los ancianos	38
El lujo del pobre	43
Nobleza	47
Perfil de Bolívar	219
Los santos de la libertad	228
NEUMANE ANTONIO	
Himno Nacional	85
OLMEDO JOSE JOAQUIN	
Consejos a un niño	31
Oración de la infancia	32
La sombra del Inca	160
La Victoria de Junín	252

PEÑA LORENZO R.		
	Dios	5
P. H.		
	El 10 de Agosto	201
PINO ROCA J. GABRIEL		
	1820	229
RENDON VICTOR MANUEL		
	Haced el bien	51
ROCAFUERTE VICENTE		
	Pensamientos	84
	Patria	95
	Pensamiento	102
	id.	244
SORIA F. DE P.		
	Deberes para con Dios	8
	El hombre	11
SUCRE DOLORES		
	Consejo a una señorita	37
TOBAR CARLOS R.		
	Van a pasar	23
	Los jóvenes	35
	El pobre	40
	Retrato de Sucre	222
VELA JUAN BENIGNO		
	El ciego	41
VELASCO JUAN		
	Atabuallpa y la escritura	144
VILLAMIL JOSE		
	La aurora del 9 de Octubre	242
ZALDUMBIDE GONZALO		
	Mirad, jóvenes.	63
	Pensamientos	52
	id.	147



EL LECTOR | J. A. |
ECUATORIANO | CAMPOS

37
CAMP

BN